PIERRE-YVES SAUNIER

La historia transnacional

PRENSAS DE LA UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

ACCESO ABIERTO

Pierre-Yves Saunier es profesor en el Departamento de Ciencias Históricas de la Université Laval, en la ciudad de Quebec (Canadá). Fue codirector, junto con Akira Iriye, del influyente *Palgrave Dictionary of Transnational History* (2009). Como historiador, ha investigado las sociedades urbanas europeas en la época contemporánea y se ha interesado particularmente por los fenómenos transnacionales, como los circuitos europeos y mundiales que entre los siglos xviii y xx conectaron personas, ideas, bienes, capitales y poderes.

LA HISTORIA TRANSNACIONAL

Pierre-Yves Saunier

Traducción de Vladimir López Alcañiz
Revisión técnica de Ángel Alcalde

PRENSAS DE LA UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

CREATIVE COMMONS

© Palgrave Macmillan, 2013
© De la traducción, Vladimir López Alcañiz; revisión técnica, Ángel Alcalde
© De la presente edición, Prensas de la Universidad de Zaragora
(Vicerrectorado de Cultura y Proyección Social)
1.ª edición, 2021

First published in English by Palgrave Macmillan, a division of Macmillan Publishers Limited under the title *Transnational History* by P. Saunier. This edition has been translated and published under licence from Palgrave Macmillan. The author has asserted his right to be identified as the author of this work.

Colección Ciencias Sociales, n.º 149
Director de la colección: Pedro Rújula López

Prensas de la Universidad de Zaragoza. Edificio de Ciencias Geológicas, c/ Pedro Cerbuna, 12
50009 Zaragoza, España. Tel.: 976 761 330. Fax: 976 761 063
puz@unizar.es http://puz.unizar.es

La colección Ciencias Sociales de Prensas de la Universidad de Zaragoza está acreditada con el sello de calidad en ediciones académicas CEA-APQ, promovido por la Unión de Editoriales Universitarias Españolas y avalado por la Agencia Nacional de Evaluación de la Calidad y Acreditación (ANECA) y la Fundación Española para la Ciencia y la Tecnología (FECYT).

ISBN: 978-84-1340-150-8
Impreso en España
Imprime: Servicio de Publicaciones. Universidad de Zaragoza
D. L.: Z 161-2021

PREFACIO

Paradójicamente, no es fácil escribir una introducción a un campo de estudio cuando este se ha definido como una rama del saber diferenciada solo recientemente. No existen líneas teóricas canónicas ni una lista consensuada de libros seminales ni una nómina de autores consagrados ni tampoco un acervo metodológico contrastado durante décadas de investigación que pueda ser discutido de nuevo con tranquilidad. Este es el primer dilema para el autor que no desea grabar en piedra una versión «autorizada» de su campo mientras este se encuentra todavía en construcción. He abordado esta dificultad mostrando la diversidad de la historia transnacional, aunque me he visto limitado por mi ignorancia en diversos temas, regiones o momentos.

Un segundo dilema deriva también de la cristalización relativamente reciente de la historia transnacional. Por un lado, se hace necesario cubrir el mayor espectro posible de preocupaciones y situaciones que se han explorado; por el otro, es preciso hallar o construir un marco para cumplir con la misión introductoria de este libro. El más obvio de estos marcos parecía impráctico en el mejor de los casos y contraproducente en el peor. Se consideró, y rechazó, organizar los contenidos en función de subdisciplinas históricas (historia económica, cultural, de las relaciones internacionales…), regiones (Asia del Sur, Américas…), temas (migraciones, tecnologías, mercancías…), categorías (clase, género, raza…), etapas historiográficas o conceptos principales. En su lugar, el núcleo del volumen se

ha compuesto dentro de un marco «nocional», basado en preocupaciones clave que pueden ayudar a los historiadores a investigar y escribir historia con una perspectiva transnacional.

El resultado no es un libro que limite la definición de lo que la historia transnacional debe o no debe ser. Es meramente una guía, cuya validez está sujeta a los rápidos cambios del paisaje que pretende describir, analizar y domesticar.

AGRADECIMIENTOS

Muchos colegas me han prestado una ayuda inestimable a la hora de recopilar la abundante bibliografía que necesitaba consultar para escribir este libro. La larga lista de sus nombres está en el complemento bibliográfico en línea, que proporciona una extensa lista de libros y artículos que no podía incluirse aquí. Dicho complemento puede obtenerse escribiendo a <pys.th.2013@gmail.com>.

Estoy extremadamente agradecido por los comentarios que hicieron Kiran Patel, Ian Tyrrell, Donna Gabaccia y Sunil Amrith al manuscrito completo de este libro en una fase en que estaba escrito en lo que solo yo podría llamar inglés. Christophe Verbruggen aceptó amablemente rastrear los errores más flagrantes en la sección que trata del análisis de redes sociales. Sonya Barker y Don MacRaild han sido editores exigentes y alentadores, tal como cabía esperar, y los elogio por ello. Además, seleccionaron a revisores anónimos, cuyos comentarios han sido útiles para pensar con o contra ellos: se lo agradezco a todos. Ha sido un placer también trabajar con Philip Tye y Alec McAulay, los dos correctores cuya tarea ha consistido en retocar mi particular versión del inglés sin humillarme. Misión cumplida.

Estudiantes de distintas clases han contribuido a formular los elementos de este libro: en la Universidad de Chicago, la Universidad de Montreal, la École des hautes études en sciences sociales de París, la Universidad de Ginebra y el Institut de hautes études internationales de Ginebra.

Distintos aspectos que han acabado fusionándose aquí se han generado, presentado, discutido y corregido durante y después de encuentros en numerosos seminarios y presentaciones: en la Universidad Noruega de Ciencia y Tecnología de Trondheim y la Universidad de Bergen; en la Universidad de Lausana, la Universidad de Ginebra y los talleres doctorales de la Conférence universitaire de Suisse occidentale; con la History of International Organizations Network en Ginebra; en la Universidad de Carleton y la Universidad de Montreal; en la École normale supérieure de la calle Ulm; en la Universidad de Estudios de Padua y el Robert Schuman Centre del Instituto Universitario Europeo de Fiesole; en la Universidad Técnica de Eindhoven; en el Harvard-Yenching Institute; en el Centre for Transnational History del University College de Londres y en el grupo de investigación de la European Science Foundation «Making Europe. Technology and Transformations, 1850-2000», la compañía de cuyos participantes ha sido un constante placer.

La experiencia de editar *The Palgrave Dictionary of Transnational History* fue la que me proporcionó varias de las fuentes en las que me he basado: sin mi coeditor Akira Iriye, los editores asociados y los participantes en ese volumen, mi horizonte y este libro habrían sido irremediablemente distintos.

INTRODUCCIÓN

> Pero no solo es cierto que ningún país puede comprenderse sin tener en cuenta todo su pasado; también es verdad que no podemos seleccionar una franja de tierra y decir que a esta limitaremos nuestro estudio, pues la historia local solo puede entenderse a la luz de la historia del mundo. Existe unidad, así como continuidad. Para conocer la historia de la Italia contemporánea, debemos conocer la historia de la Francia contemporánea, de la Alemania contemporánea. Cada una actúa sobre la otra. Las ideas, incluso las mercancías, rehúyen los límites de una nación. Todas están inextricablemente conectadas, por lo que cada una es necesaria para explicar las otras. Esto es especialmente cierto en nuestro mundo moderno, con su complejo comercio y sus medios de conexión intelectual. En la historia, así, hay unidad y continuidad. Cada época debe estudiarse a la luz de su pasado; la historia local debe observarse a la luz de la historia mundial.

Esta declaración no se hizo en uno de los foros actuales donde se predica la necesidad de «una historia global para un mundo globalizado». Tampoco se formuló en un seminario universitario donde jóvenes historiadores entusiastas presentan sus primeras investigaciones históricas, ni en uno de los cada vez más frecuentes congresos y talleres donde académicos consolidados contrastan su trabajo sobre ideas, mercancías y otras cosas en movimiento. Ni siquiera se escribió en las últimas dos décadas, cuando más y más historiadores han tratado de expandir los límites de sus investigaciones e imaginaciones, más allá de las restricciones de lo meramente nacional. Estas palabras las pronunció el historiador estadounidense Frederick Jackson Turner en 1891.[1]

---

1 Frederick Jackson Turner, «The Significance of History», en Ray Allen Billington (ed.), *Frontier and Section: Selected Essays of Frederick Jackson Turner,* Englewood Cliffs, 1961, pp. 20-21.

Solo dos años después, Turner volvió a abordar la cuestión del significado de la historia y formuló su famosa hipótesis de la «frontera», llamada a convertirse en la piedra de toque de la idea de que Estados Unidos transitaba por una vía histórica excepcional, distinta de la de los demás países y que, por ello, debía narrarse como tal. La tensión entre una perspectiva relacional y una historia nacional aislada se encarnaba, así, en una sola persona, un miembro de la generación que hizo de la historia una disciplina en el seno de la universidad basada en la investigación.

Dicha tensión no es específica de los historiadores estadounidenses. Otros contextos nacionales poseen a sus propios Turner, que abogan por el estudio de las «conexiones inextricables». Karl Lamprecht en Alemania, Henri Pirenne en Bélgica, el rumano Nicolae Iorga, Cheikh Anta Diop en Senegal o el japonés Suzuki Shigetaka podrían describirse en términos similares. En algunas comunidades académicas, como la de los orientalistas, el estudio de las interacciones entre civilizaciones ya estaba en el orden del día de las conferencias internacionales a finales de la década de 1880.[2] Ciertamente, la historia y sus practicantes han sido parte integrante del proceso de construcción nacional en sus distintas encarnaciones a lo largo del siglo xx. Han reunido materiales, procesado datos y establecido narrativas con el marco nacional como referencia y horizonte. Con todo, la reconocidamente «represiva conexión entre la historia y la nación»[3] que estableció esta corriente de historia lineal nunca llegó a ser hegemónica.

En medio de las historiografías más nacionalistas y, sin embargo, no siempre a contracorriente, algunos historiadores abogaron por dirigir su mirada más allá, a lo largo y a través de las naciones. Esta tensión nunca dejó de definir el teclado metodológico y narrativo que los historiadores utilizaban para investigar, escribir y enseñar historia. La mayor parte de las teclas toca las notas del *nacionalismo metodológico,* por medio del cual los historiadores producen, implícita o explícitamente, una melodía en la que

---

2 Pascale Rabault-Feuerhahn, «"Les grandes assises de l'orientalisme". La question interculturelle dans les congrès internationaux des orientalistes (1873-1912)», *Revue germanique internationale,* 12, 2010, pp. 47-67.

3 Prasenjit Duara, *Rescuing History from the Nation. Questioning Narratives of Modern China,* Chicago, 1995, p. 4.

el país, o sea, el Estado nación, aparece como la forma natural de organizar las sociedades y la unidad básica de la historiografía.[4] Pero hay una alternativa que rechaza por ficticia la autonomía de las historias nacionales y, en su lugar, privilegia lo que atraviesa o está entre las sociedades nacionales y otras unidades de análisis histórico.[5] Pero ¿acaso deben oponerse necesariamente estos dos polos? En las últimas dos décadas, hemos visto a la vez signos de renacionalización de la historia —particularmente en los nuevos países que emergieron del colapso de la Unión Soviética y su cinturón occidental— y una revisión a fondo de la historia alemana y estadounidense que ha ido en la dirección opuesta. En este caso, se ha hecho un gran esfuerzo para comprender cómo esas historias nacionales debían su forma a fuerzas externas y cómo, a su vez, constituyeron un factor en acontecimientos históricos más allá de sus fronteras. Nada de esto pretende insinuar la superioridad de la perspectiva transnacional: concebir, investigar y escribir la historia de y en un país todavía merece la atención del historiador. Con respecto a la historiografía nacional, lo que argumenta este libro es que la perspectiva transnacional fortalece sus capacidades, añadiendo la historia de los entrelazamientos entre países a la lista de tareas de la escritura de la historia nacional.

Esto es posible porque la historia transnacional es un enfoque que enfatiza lo que opera entre y a través de las unidades que los humanos han establecido para organizar su vida colectiva. Esto contrasta con el énfasis en lo que ocurre dentro de tales unidades tomadas como *mónadas.* Es un enfoque, pues, que se centra en las relaciones y formaciones, las circulaciones y conexiones entre, a lo largo y a través de esas unidades y en cómo estas se han hecho, no hecho o deshecho. Para apreciar su naturaleza tentativa, es preciso recordar que la expresión «historia transnacional» es todavía joven y su definición fluida. El capítulo 1 resituará esta idea en el contexto más amplio de las ciencias sociales, demostrará su diversidad y la conectará con la trayectoria del término desde su aparición en 1842. Del

4 Andreas Wimmer y Nina Glick-Schiller, «Methodological Nationalism and Beyond: Nation-State Building, Migration and the Social Sciences», *Global Networks,* 2, 4, 2002, pp. 301-334.

5 Michael Geyer, «Historical Fictions of Autonomy and the Europeanization of National History», *Central European History,* 22, 3-4, 1989, pp. 316-342.

mismo modo que «transnacional», como adjetivo, se usa a menudo indiscriminadamente para describir cierta clase de fenómenos o espacios, la identidad de determinados individuos o las características de algunas organizaciones, la reciente invasión de la «historia transnacional» en títulos de tesis, libros y artículos también cubre muchos significados distintos. Mientras algunos usan la expresión frecuentemente y en alguna de estas acepciones, otros prefieren calificaciones genéricas o específicas de la historia como universal, oceánica, mundial, comparativa, conectada, entrecruzada, compartida, cosmopolita, simétrica, translocal, internacional o transfronteriza. Las diferencias entre estos enfoques son, desde mi punto de vista, menos importantes que su énfasis común en las relaciones. Empecemos, pues, por el porqué, el cuándo y el dónde de la historia transnacional, para ver qué perspectivas y preocupaciones específicas, si es que las hay, la distinguen del resto de enfoques relacionales.

Historia transnacional: ¿cuál es la apuesta?

Si consideramos lo que hacen los historiadores cuando investigan y escriben historia con una perspectiva transnacional, tres cosas saltan a la vista. Son las «grandes cuestiones» que la historia transnacional trata de abordar.

La primera es la *historización* de los contactos entre comunidades, entidades políticas *(polities)* y sociedades.* Aquí, el objetivo es estudiar cómo los intercambios e interacciones han crecido y decrecido; evaluar los cambiantes niveles de integración, desintegración e intercambio entre las unidades territoriales básicas de la comprensión histórica (regiones, países, continentes): una respuesta empírica a qué fue y cuándo ocurrió la *«globalización»*.

En segundo lugar, la perspectiva transnacional reconoce y valora las contribuciones exteriores al diseño, discusión y aplicación de elementos domésticos dentro de las comunidades, entidades políticas y sociedades y,

---

* *N. del T.:* La aparición conjunta de estos tres elementos —o de dos de ellos— es recurrente en este libro. En inglés, las palabras son *communities, polities* y *societies*. La segunda de ellas, que aquí traduciremos generalmente por «entidades políticas», tiene un significado más amplio, incluyendo tanto «formas de gobierno» como «comunidades políticas».

al revés, la proyección de dichos elementos al exterior. El propósito es hacer más densa nuestra comprensión de entidades independientes —como las naciones, regiones, civilizaciones, ciudades, agrupaciones profesionales y comunidades religiosas— arrojando luz sobre la naturaleza compuesta de sus materiales.

Y, en tercer lugar, la historia transnacional trata de las tendencias, patrones, organizaciones e individuos que han estado viviendo entre y a través de esas entidades independientes que utilizamos como unidades de la investigación histórica. Aquí tenemos la oportunidad de recuperar la historia de proyectos, individuos, grupos, conceptos, actividades, procesos e instituciones que, a menudo, han sido invisibles o, en el mejor de los casos, secundarios para los historiadores, porque se desarrollaron entre, a lo largo y a través de entidades políticas y sociedades.

Estas tres cuestiones marcan la diferencia entre la historia transnacional y la *historia global.* Esta última, de acuerdo con una descripción oficial de la revista epónima, trata «los principales problemas del cambio global en el tiempo, junto con las diversas historias de la globalización».[6] El cambio planetario es, sin duda, parte del programa mencionado, pero no todo él.

En esta agenda intelectual problematizadora se apoyan los capítulos 2-5 de este libro, basados en una abundante bibliografía que va más allá de lo que pueda leerse en los títulos, palabras clave y resultados de las últimas investigaciones. Si la expresión «historia transnacional» es reciente, sus tres frentes suscitaron el interés de numerosos historiadores antes de la década de los noventa. Por otra parte, la expresión es hiperbólica: parece sugerir la existencia de una subdisciplina especializada que no casa con el espíritu de mucho de lo que se está escribiendo e investigando bajo su nombre. Su disposición apunta, más bien, a la amplitud de miras y la experimentación con respecto al espectro de temas y metodologías.[7] Consideremos el índice

6 La descripción del *Journal of Global History* en su página web ha cambiado, pero la citada todavía puede leerse aquí: <https://www.scimagojr.com/journalsearch.php?q=16100154770&tip=sid> (consultada en junio de 2019).

7 Michael Geyer, «Transnational History – The New Consensus», reseña de Gunilla Budde, Sebastian Conrad y Oliver Janz (eds.), *Transnationale Geschichte. Themen, Tendenzen und Theorien,* Gotinga, 2006, *H-Soz-Kult,* 11 de octubre de 2006, <https://www.hsozkult.de/publicationreview/id/rezbuecher-8227> (consultada en junio de 2019).

del número especial de *The Journal of American History* de 1999.[8] Los participantes abordaron el medio ambiente, las identidades, las migraciones, la historia de la disciplina histórica, la historiografía de la emancipación negra en Estados Unidos, el movimiento sindical, las ciencias sociales, los derechos humanos, las políticas sociales y de desarrollo, la raza y el imperio, y mostraron cómo los cambios y patrones en la historia estadounidense estaban entrelazados con sucesos exteriores, desde México a Italia, pasando por Filipinas. Difícilmente puede esto considerarse un ámbito temático, menos aún una síntesis subdisciplinar.

Puede resultar apropiado aquí pensar en lo que escribió William Cunningham acerca de la historia económica: «No es tanto el estudio de una categoría especial de hechos, sino el estudio de todos los hechos de la historia de una nación desde un punto de vista especial».[9] Exceptuando la referencia a «la historia de una nación», este libro parte de aquí. «Todos los hechos»: la historia transnacional puede aplicarse a cualquier tema, lo que no significa que sea útil y relevante para todos ellos. «Punto de vista»: es lo que la historia transnacional afirma proporcionar, partiendo de la base de que su punto de vista especial completará otras perspectivas sin reemplazarlas. Por eso usaré, a menudo, la expresión «historia con una perspectiva transnacional», para reducir el riesgo de *hybris* subdisciplinar que puede sugerir la fórmula «historia transnacional», aunque también utilizaré con frecuencia esta última por su comodidad sintáctica. Asimismo, mi uso de «historiadores transnacionales» no significa que crea que necesitemos otro tipo más de historiadores: solo es más corto que «historiadores que adoptan una perspectiva transnacional».

La lista de temas incluida en *The Journal of American History* resulta familiar a cualquier historiador social. Temas similares se han cubierto bajo muchas otras etiquetas, especialmente la de *historia comparada* —o, mejor, la aplicación de la comparación entre distintas sociedades nacionales («historia comparada transfronteriza», como se la llamó)—. Una referencia de primer orden para los historiadores que comparan historias nacionales es

8 «The Nation and Beyond: Transnational Perspectives on United States History», número especial de *The Journal of American History,* 86, 3, 1999.

9 William Cunningham, *The Growth of English Industry and Commerce during the Early and Middle Ages*, Cambridge, 1890, vol. 1, p. 8.

un artículo del historiador francés Marc Bloch escrito en 1928.[10] El texto incluía ejemplos de «filiación» e «influencia» entre sociedades y entidades políticas nacionales en el ámbito de la historia comparada. A pesar de ello, no distinguía el estudio de las conexiones y circulaciones efectivas entre países como la dirección «más interesante» para comparar sociedades. Bloch expresaba su preferencia por la comparación de países que no tuvieran vínculos concretos entre sí, una elección retomada por muchos de sus seguidores explícitos.[11] Así, es la forma en la que se ha desarrollado la comparación entre historias nacionales, y no la forma en la que se concibió, lo que ha creado ciertas diferencias entre la comparación del destino histórico de países sin vínculos concretos entre sí y el estudio de los procesos y elementos que componen la sustancia de tales vínculos.

Esta temprana divergencia regresaría con fuerza a la historiografía europea en las escaramuzas entre la historia comparada y la *Transfergeschichte* en los años noventa. La historia comparada, se argumentó, había pagado un tributo excesivo a las historias nacionales.[12] Había aceptado los países como las unidades básicas para investigar y escribir historia, a costa de las regiones u otras unidades, y no había manifestado interés en las relaciones efectivas entre y a través de los países. La *Transfergeschichte,* se replicó, se preocupaba por cuestiones menores de la historia, con su atención depositada en productos culturales o libros: no tenía nada que decir sobre los grandes cambios sociales y políticos de la historia de Europa.[13]

El debate amainó y, hoy, la mayoría comparte que ambas aproximaciones pueden combinarse con provecho, porque permiten responder preguntas distintas.[14] Esto puso las bases de los intentos empíricos de combi-

---

10 Marc Bloch, «Pour une histoire comparée des sociétés européennes», *Revue de synthèse historique,* XLVI, 1928, pp. 15-50.

11 Marcel Detienne, *Comparar lo incomparable. Alegato en favor de una ciencia histórica comparada,* Barcelona, Península, 2001.

12 Michel Espagne, «Sur les limites du comparatisme en histoire culturelle», *Genèses. Sciences sociales et histoire,* 17, 1, 1994, pp. 112-121.

13 Jürgen Kocka y Heinz-Gerhard Haupt (eds.), *Geschichte und Vergleich: Ansätze und Ergebnisse international vergleichender Geschichtsschreibung,* Fráncfort del Meno, 1996, p. 10.

14 Johannes Paulmann, «Internationaler Vergleich und interkultureller Transfer. Zwei Forschungsansätze zur europäischen Geschichte des 18. bis 20. Jahrhunderts», *Historische Zeitschfrift,* 267, 1998, pp. 649-685.

nar ambos enfoques;[15] desde entonces, los historiadores que comparan naciones y los que estudian las conexiones y circulaciones entre naciones pueden confrontar sus respectivos puntos de vista de un modo más productivo.[16] Además, ayudó a afinar las distinciones en cuanto al papel de la comparación en la historia comparada y en la historia de las transferencias culturales o de otro tipo. En la historia comparada, la comparación es la herramienta que los historiadores utilizan para evaluar distintos cursos históricos —sobre todo, nacionales— en busca de causas estructurales para procesos amplios y patrones que expliquen las distintas trayectorias históricas nacionales, sus diferencias y similitudes. Para aquellos que trabajan entre y a través de las historias nacionales, la comparación es la herramienta que usaban en el pasado los propios actores históricos cuando ingeniaban similitudes y diferencias para crear trayectorias políticas particulares para sus entidades políticas y comunidades.

En su obra sobre las miradas recíprocas entre la visión francesa del estilo estadounidense y la visión estadounidense de la moda francesa, Nancy Green se refirió a su «historia comparada interactiva» como un estudio de «visiones recíprocas».[17] De hecho, los historiadores transnacionales no eluden la comparación entre distintos lugares, aunque solo sea porque deben entender qué ocurre con los vínculos y flujos que persiguen a través de entidades políticas y comunidades diferentes. Pero, para ellos, la comparación es un tema de estudio, más que una herramienta para el estudio de temas.

El *cuándo* de la historia transnacional

Para seguir y reconstruir la operación y el impacto de los entrelazamientos a lo largo y a través de sociedades, entidades políticas y comunidades, los historiadores pueden dirigir su atención hacia el lapso de cinco mil

---

15 Christof Mauch y Kiran Klaus Patel (eds.), *The United States and Germany during the Twentieth Century: Competition and Convergence,* Nueva York, 2010 (ed. orig. alemana, 2008).

16 Deborah Cohen y Maura O'Connor (eds.), *Comparison and History: Europe in Cross-National Perspective,* Londres, 2004.

17 Nancy L. Green, *Ready-to-Wear and Ready-to-Work: A Century of Industry and Immigrants in Paris and New York,* Durham, 1997.

años desde el asentamiento de sociedades agrarias y alfabetizadas, o hacia los ocho millones de años desde la fecha del primer fósil conocido de homínidos; al fin y al cabo, fue a través de la circulación como los homínidos se dispersaron desde África hasta cubrir el planeta entero. En tiempos más cercanos, hay ejemplos de intercambios, contactos, personas, patrones o coyunturas que existieron entre, a lo largo y a través de entidades políticas y sociedades entre el año 200 antes de nuestra era y finales del siglo XVIII. Historiadores como Jerry Bentley, Fernand Braudel, Sanjay Subrahmanyam o Victor Lieberman han abarcado así amplios panoramas cronológicos.[18]

Algunos historiadores no dudan en etiquetar los trabajos de estos y otros escritores como historia transnacional ni en utilizar esta noción para la Europa moderna.[19] Empezando por la *natio* como el grupo de personas nacido en el interior de la misma comunidad, señalan que es deber de los historiadores rastrear los entrelazamientos entre aquellas naciones, aunque no se trate de las naciones de tiempos más recientes, en las que la fusión de los procesos de construcción estatal y nacional alumbró unidades delimitadas territorialmente con un impulso homogeneizador. Por el contrario, otros historiadores arguyen que, en cuanto a la periodización, debe restringirse la aplicación de la etiqueta «historia transnacional» al momento en que los Estados nación empezaron a cristalizar. Para el historiador del siglo XX Kiran Patel, usar la expresión «historia transnacional» para la *polis* griega, la China Tang o la Europa carolingia tiene escaso valor: «Quien habla de transnacionalismo en esos tiempos, o bien está usando una anacrónica etiqueta de moda, o bien introduce, por la puerta trasera, una comprensión esencialista de la nación que la perspectiva transnacional pretende evitar».[20]

---

18 Jerry H. Bentley, *Old World Encounters: Cross-Cultural Contacts and Exchanges in Pre-Modern Times,* Nueva York, 1993; Fernand Braudel, *Civilisation matérielle, économie et capitalisme, XV^e^-XVIII^e^ siècle,* París, 1979, 3 vols.; Sanjay Subrahmanyam, *Explorations in Connected History,* Delhi, 2005, 2 vols.; Victor B. Lieberman, *Strange Parallels: Southeast Asia in Global Context, c. 800-1830,* Cambridge, 2003 y 2012, 2 vols.

19 Martin Krieger, «„Transnationalität" in vornationaler Zeit? Ein Plädoyer für eine erweiterte Gesellschaftsgeschichte der Frühen Neuzeit», *Geschichte und Gesellschaft,* 30, 1, 2004, pp. 125-136; Ángeles Redondo y Bartolomé Yun Casalilla, «"Localism", Global History and Transnational History. A Reflection from the Historian of Early Modern Europe», *Historisk Tidskrift,* 127, 4, 2007, pp. 659-678.

20 Kiran Klaus Patel, «Überlegungen zu einer transnationalen Geschichte», *Zeitschrift fur Geschichtswissenschaft,* 52, 7, 2004, p. 634.

Este libro parte de una posición similar: la historia transnacional es la península cronológica de un continente más amplio de estudios; firmemente conectada a él, pero con contornos distintos. Está en consonancia con el trabajo de aquellos historiadores que han investigado ávidamente los entrelazamientos entre entidades políticas, sociedades y comunidades. Que ellos llamaran a su investigación historia «global», «mundial», «conectada» o «translocal» es secundario. Existe una estrecha relación entre todas ellas. Por ejemplo, la historia transnacional posee vínculos especialmente estrechos con la idea de las *«historias conectadas»* que, inspirándose en el trabajo previo de Joseph Fletcher, elaboró Sanjay Subrahmanyam en los años noventa para abordar grandes temas (coyunturas o imperios) a través del estudio de las confrontaciones específicas entre distintas entidades políticas de Eurasia «desde el Tajo hasta el Ganges» entre los siglos XV y XVIII.[21] Pero la historia transnacional es también una franja determinada de esas historias conectadas, puesto que se ocupa de un momento en el que las entidades políticas, sociedades y comunidades eran definidas —o machacadas— en función de la idea y la práctica del Estado nación, en cuanto que unidad territorial delimitada donde las autoridades luchaban por la homogeneidad interna y la proyección externa de prestigio y poder, y donde se exigía fidelidad exclusiva a la ciudadanía a cambio de derechos civiles. Esta «edad de la territorialidad», sostiene Charles Maier, tomó forma durante el siglo XVIII, alcanzó la mayoría de edad en la era de las revoluciones y cristalizó a mediados del siglo XIX.[22] Los procesos entretejidos de construcción nacional y estatal, manifestados en el control del espacio fronterizo y el alineamiento de la sociedad dentro de ese espacio, se consideraron —o impusieron— como la mejor forma para crear entidades políticas provistas de soberanía.

Desde comienzos del siglo XIX, la humanidad ha vivido en un mundo crecientemente organizado por la idea y la práctica del Estado nación, aunque es cierto que algunos análisis han diagnosticado un decaimiento

---

21 Sanjay Subrahmanyam, «On the Window That Was Asia», en Sanjay Subrahmanyam, *Explorations,* vol. 1, pp. 1-17.

22 Charles S. Maier, «Consigning the Twentieth Century to History: Alternative Narratives for the Modern Era», *The American Historical Review,* 105, 3, 2000, esp. pp. 817-822. Ulteriormente, Maier indicó que, a sus ojos, la territorialidad estaba una vez más en auge.

de las naciones y Estados en décadas recientes. En su texto, el propio Maier diagnostica el debilitamiento de la correspondencia entre el espacio de la identidad y el de la toma de decisiones desde los años sesenta y, en otra parte, la socióloga Saskia Sassen evalúa la desincorporación de territorio, autoridad y derechos que caracterizó los ochenta.[23] Aun así, como ella misma señala, esa formidable combinación conocida como el «Estado nación» es todavía la más extendida y significativa forma de gobierno del planeta.

A esto podría añadirse que parte de la pregnancia del Estado nación es producto de la resistencia o acomodo que suscitó durante su desigual y resistible ascenso. Otro tipo de comunidades, territoriales (ciudades Estado) o no (afiliación religiosa o de clase), también tuvieron intelectuales y partidarios: en nombre de la *umma,* la comunidad de creyentes musulmana, la idea misma de nación fue contestada por diversos académicos, activistas e intelectuales, lo que se tradujo en oleadas opuestas de absorción nacionalista y compromiso con la unidad del islam.[24] Incluso ahí donde el Estado nación no era endémico, los pueblos, autoridades e intelectuales tomaron partido con respecto a él, aunque solo fuera porque la expansión europea «pregonó el Estado nación en el mundo como una de sus preciadas comunidades de exportación».[25] Eso no significa que aquellos que aspiraban a crear un nuevo Estado nación independiente siempre toleraran sus extremos territoriales más furibundos. Prueba de ello son las geografías cambiantes de la lucha por la independencia latinoamericana bajo Bolívar o el patriotismo indio «desterritorializado».[26] Tampoco deberíamos concluir que el Estado nación monopolizó la imaginación de aquellos que se esforzaban por crear o mantener una comunidad: la comunidad religiosa transatlántica del candomblé, la nación jejé, «vio la luz antes de la edad "clásica" del nacionalismo y ha perdurado tras ella», como nos

23 Saskia Sassen, *Territorio, autoridad y derechos. De los ensamblajes medievales a los ensamblajes globales,* Buenos Aires, 2010.

24 James P. Piscatori, *Islam in a World of Nation-States,* Cambridge, 1986.

25 Sugata Bose, *A Hundred Horizons: The Indian Ocean in the Age of Global Empire,* Cambridge (Massachusetts), 2006, p. 280.

26 Sobre las concepciones nacionales de gente como M. N. Roy o Rabindranath Tagore, véase Kris Manjapra, *M. N. Roy: Marxism and Colonial Cosmopolitanism,* Nueva Delhi, 2010, caps. 1 y 3, y Bose, *A Hundred Horizons,* cap. 6.

recuerda James Lorand Matory.[27] La nación jejé, no territorial, fue contemporánea de imperios y Estados nación y, en buena medida, esos diferentes tipos de comunidad se «subvencionaron» unos a otros, puesto que se procuraban recursos económicos, lingüísticos o personales para su mutua instalación y permanencia. Tal contemporaneidad es crucial para los historiadores transnacionales.

El éxito desigual y resistible de los Estados nación territoriales y homogeneizadores traza los contornos cronológicos de la historia transnacional: los últimos doscientos años si hacemos un corte grueso, con una muesca en las postrimerías del siglo XVIII y una incisión más profunda desde mediados del XIX. Al enfrentarnos al Estado nación en su apogeo, podemos estudiar cómo las interdependencias e interconexiones se desplegaron en el interior, en contra o más allá de las barreras e incentivos derivados de las órdenes emitidas por las naciones. También podemos evaluar la naturaleza compuesta de la nación y el Estado contra sus propias narrativas de generación autónoma. La pretensión del Estado nación de ser la mejor —por no decir la única— manera de organizar las entidades políticas y sociedades nos brinda la oportunidad de escribir acerca de cómo llegó a ser eso así, o no, a través de la definición de los estilos nacionales económicos o culturales antagónicos, de las apropiaciones de pensamiento político, del apoyo mutuo entre movimientos nacionalistas o de las transferencias de políticas públicas.

El impulso del Estado nación hacia la homogeneidad llevó a intentos de controlar, rechazar o erradicar flujos, vínculos y formaciones transfronterizas. Su capacidad de proyectar poder, en cambio, conllevó aspiraciones de promover y orientar tales flujos, vínculos y formaciones, aunque solo fuera para preservar o aumentar lo que caía dentro de la definición de «nacional». Como resultado, tenemos una abundancia de pruebas documentales sobre la vida entre y a través de los países, con el sesgo de que los materiales fueron reunidos por autoridades, agencias o individuos que «veían como un Estado».[28]

---

27 James Lorand Matory, *Black Atlantic Religion: Tradition, Transnationalism, and Matriarchy in the Afro-Brazilian Candomblé,* Princeton, 2005, p. 111.

28 James C. Scott, *Seeing Like a State: How Certain Schemes to Improve the Human Condition Have Failed,* New Haven, 1998.

Este horizonte cronológico muestra diferencias con enfoques que también comparten la perspectiva relacional de la historia. Especialmente desde su consolidación en los sesenta, la *historia mundial* ha tenido el ambicioso objetivo de escribir la historia de la humanidad.[29] Algunos de sus practicantes le han dado incluso una vuelta de tuerca. Es el caso de David Christian, cuya *Big History* empieza con el universo inanimado y el posible *big bang.*[30] Lo que comúnmente se acepta como historia mundial, sin embargo, suele ocuparse de los últimos cinco mil años y la mayoría de su actividad se centra en fracciones más pequeñas, aunque todavía considerables, de ese espacio de tiempo. La *historia global,* como intento de establecer las diversas y cambiantes formas de integración y convergencia a escala planetaria, recorre los últimos quinientos años, trazando el curso de la globalización desde que se circunnavegó el mundo.[31]

La perspectiva transnacional tiene un alcance mucho menor, aun cuando debe reconocer tendencias y patrones históricos previos. Obviamente, la circulación de ideas, capital y personas no comenzó en la era de los Estados nación, y mucho de lo que se desarrolló en ese período tardío sucedió en el marco —incluso cuando era en su contra— de patrones existentes. Si queremos sopesar lo que la evolución de los Estados nación y sus ideas de proyección exterior y homogeneidad territorial trajeron consigo como limitaciones y posibilidades para la dirección, el contenido y la orientación de esos flujos, tenemos que considerar el despliegue y la estructura previos de estos últimos. Los historiadores de la ciencia han mostrado la importancia de tratar conjuntamente los siglos XVIII y XIX, por ejemplo.[32] Así pues, la periodización de la historia transnacional no está fijada.

La atención en el momento de creciente ubicuidad de los procesos de construcción nacional y estatal no equivale a una nueva certificación onto-

---

29 Patrick Manning, *Navigating World History: Historians Create a Global Past,* Nueva York, 2003.

30 David Christian, *Mapas del tiempo. Introducción a la «Gran Historia»,* Barcelona, Crítica, 2005.

31 A pesar de su manifiesto interés por artículos que aborden períodos anteriores, el *Journal of Global History* ha atraído, sobre todo, textos que tratan del período posterior al siglo XV.

32 Simon Schaffer, Lissa Roberts, Kapil Raj y James Delbourgo (eds.), *The Brokered World: Go-Betweens and Global Intelligence, 1770-1820,* Sagamore Beach, 2009.

lógica de las naciones como mónadas indivisibles. Sin embargo, traquetear el peso del marco nacional no debe traducirse en negar las naciones como *categorías realizadas* que han contribuido, decisivamente, a la estructuración de nuestras vidas colectivas e individuales. Perderíamos nuestra capacidad de entender la presencia del pasado en el presente si, sistemáticamente, escribiéramos prescindiendo de la nación o contra ella. Los historiadores transnacionales deben pensar «con y a través de» la nación, si pretenden hacer justicia a esta «inadecuada e indispensable categoría», como sostiene la historiadora del imperialismo británico Antoinette Burton.[33] La historia transnacional, por ende, es una perspectiva disponible para todos los historiadores de los últimos doscientos o doscientos cincuenta años cuyo proyecto de investigación implique indagar y escribir una historia con naciones que no sea una historia de naciones.

El *dónde* de la historia transnacional

¿Circunscribe este marco cronológico la capacidad de análisis de la historia transnacional a ciertos lugares y espacios? El capítulo 6, que abre la caja de herramientas metodológicas de la historia transnacional, profundizará en la cuestión de la espacialidad, pero antes debemos hacer frente a tres preguntas preliminares. ¿La historia transnacional solo estudia procesos de gran escala? ¿Solo se preocupa por los entrelazamientos en los que las naciones son las unidades básicas? ¿Solo puede aplicarse a lugares donde la fusión de la construcción nacional y estatal ha dado lugar a territorios soberanos delimitados y ordenados?

Una respuesta afirmativa a la última pregunta parecería limitar el alcance de la historia transnacional: durante el siglo XVIII, e incluso la primera mitad del XIX, las entidades políticas organizadas y concebidas como Estados nación estaban tomando forma, principalmente, en Europa y las Américas. Aun así, el impacto del proyecto nacional se sintió con fuerza más allá del núcleo atlántico, mucho antes de que la nación se convirtiera en el superventas político de la modernidad a través de las sucesivas oleadas

33 Antoinette Burton, «Introduction: On the Inadequacy and the Indispensability of the Nation», en Antoinette Burton (ed.), *After the Imperial Turn: Thinking with and through the Nation,* Durham, 2003, pp. 1-26.

de construcción nacional y estatal que sacudieron África y Asia tras la Segunda Guerra Mundial.[34]

Por una parte, la proyección colonial de las naciones europeas impuso el Estado nación en tierras lejanas por medio de asentamientos en los que las poblaciones indígenas eran excluidas de la comunidad nacional de colonos, con el consiguiente impacto en la idea de ciudadanía nacional, que se desarrolló como un proyecto maniqueo, tanto en el contexto colonial como en el metropolitano.[35] Por otra, la idea del Estado nación fijó una meta para los movimientos de independencia y emancipación en áreas donde los sistemas políticos no se habían organizado según criterios nacionales, empezando por Haití a finales del siglo XVIII. Figuras nacionalistas y republicanas europeas, como el italiano Mazzini, provocaron tormentas muy lejos de sus regiones y países de origen.[36] A principios del siglo XIX, misioneros cristianos negros caribeños y estadounidenses desempeñaron un papel central en el arraigo de definiciones nacionales en Liberia y Sierra Leona, así como en la expectativa de una nación africana.[37] Hasta qué punto fueron estos los antecedentes de los intentos de crear un Estado libre en la Costa de Oro en la década de 1860 (la Confederación de Fante) es todavía incierto, pero el Estado nación era un proyecto político en Camerún después de la Primera Guerra Mundial, mucho antes de las luchas por la independencia africana, y el panafricanismo como proyecto nacional para África floreció con Claude McKay y Marcus Garvey, en la década de los veinte.[38]

---

34 Paul H. Kratoska, «Elites and the Construction of the Nation in Southeast Asia», en Jost Dülffer y Marc Frey (eds.), *Elites and Decolonization in the Twentieth Century,* Basingstoke, pp. 36-55.

35 Véase John R. Chávez, *Beyond Nations: Evolving Homelands in the North Atlantic World, 1400-2000,* Nueva York, 2009, esp. los caps. 4-7; Antoinette Burton, *At the Heart of the Empire: Indians and the Colonial Encounter in Late-Victorian Britain,* Berkeley, 1998.

36 C. A. Bayly y Eugenio F. Biagini (eds.), *Giuseppe Mazzini and the Globalization of Democratic Nationalism, 1830-1920,* Oxford, 2008.

37 Robin Law, «Constructing a "Real National History": A Comparison of Edward Blyden and Samuel Johnson», en P. F. de Moraes Farias y Karin Barber (eds.), *Self-Assertion and Brokerage: Early Cultural Nationalism in West Africa,* Birmingham, 1990, pp. 78-100.

38 Verkijika G. Fanso, «The Latent Struggle for Identity and Autonomy in the Southern Cameroons», en Ian Fowler y Verkijika G. Fanso (eds.), *Encounter, Transformation, and Identity: Peoples of the Western Cameroon Borderlands, 1891-2000,* Nueva York, 2009, pp. 141-150; Roderick D. Bush, *The End of White Supremacy: Black Internationalism and the Problem of the Color Line,* Filadelfia, 2009; Michelle Stephens, *Black Empire:*

De igual manera, las ideas nacionalistas, los activistas antiimperialistas y la propaganda anticolonial cruzaron el océano Índico entre territorios bajo dominación británica.[39] Incluso en zonas donde las naciones estaban ausentes en cuanto a sus manifestaciones territoriales, la *idea* de Estado nación estaba presente en la vida política, social, religiosa y cultural. A principios del siglo XIX, además, distintas entidades políticas tendieron hacia una mayor homogeneidad interna dentro de un territorio netamente definido, a pesar de no estar concebidas como Estados nación. En el Imperio otomano, en el Irán de Amir Kabir o en el Egipto de Mehmet Alí, los Gobiernos desarrollaron programas para reformar las esferas tributaria, educativa y militar y avanzaron hacia una mayor uniformidad cultural dentro de cada país.[40] Esto creó nuevos obstáculos y oportunidades para las circulaciones y conexiones. No solo donde los Estados nación cristalizaron más pronto, en el mundo atlántico, una historia «con y a través de» la nación es relevante, posible y necesaria.

Pasemos ahora al tipo de espacios con y sobre los que trabaja la historia nacional. Hemos partido de la premisa de que el Estado nación logró organizar entidades políticas y sociedades en los últimos doscientos o doscientos cincuenta años. La historia transnacional, precisamente porque lleva a los historiadores a seguir flujos, observar vínculos y reconstruir formaciones y relaciones entre, a lo largo y a través de las naciones, ejerce presión sobre la nación como unidad básica de la investigación y escritura de la historia y lo hace desde arriba y desde abajo. La perspectiva transnacional, así, no solo revela que las naciones están insertas en redes de interacciones con otras naciones, sino que también «hace emerger historias subnacionales de varios tipos».[41] Cuando uno cartografía el movimiento de los migrantes, percibe que estos no «parten» desde un

---

The Masculine Global Imaginary of Caribbean Intellectuals in the United States, 1914-1962, Durham, 2005.

39 Mark Frost, «"Wider Opportunities": Religious Revival, Nationalist Awakening and the Global Dimension in Colombo, 1870-1920», *Modern Asian Studies,* 36, 4, 2002, pp. 937-967.

40 M. Şükrü Hanioğlu, *A Brief History of the Late Ottoman Empire,* Princeton, 2008, cap. 4; Abbas Amanat, *Pivot of the Universe: Nasir Al-Din Shah and the Iranian Monarchy, 1831-1896,* Berkeley, 1997, caps. 3 y 4; Afaf Lutfi al-Sayyid Marsot, *Egypt on the Reign of Muhammad Ali,* Cambridge, 1984.

41 Arif Dirlik, «Performing the World: Reality and Representation in the Making of World Histor(ies)», *Journal of World History,* 16, 4, 2005, pp. 405-406.

país, sino desde un lugar específico, como una ciudad, una aldea, una región o un grupo de parentesco.[42] De forma parecida, las políticas públicas que sus partidarios u opositores observan, emulan y etiquetan en términos nacionales son, a menudo, experimentadas por autoridades locales, no nacionales.[43] Y lo mismo puede decirse de los conocimientos técnicos, las ideas y el capital: el estudio detallado de flujos, vínculos y formaciones lleva a los historiadores a cuestionar las etiquetas nacionales y a volver a emparentar las circulaciones y las conexiones con instituciones, grupos y segmentos espaciales o sociales específicos que se agitan bajo el paraguas nacional.

Para tratar estos elementos subnacionales o no nacionales, algunos historiadores han propuesto la noción de *translocalidad,* por su capacidad de identificar entrelazamientos que no implican países, especialmente en regiones donde el Estado nación llegó tardíamente.[44] Así es también como entiendo la historia transnacional.

Por otra parte, investigar flujos, vínculos y formaciones a través de unidades nacionales da acceso a formaciones más amplias. En ese aspecto, la perspectiva transnacional se nutre de los *estudios fronterizos* y de la pujante investigación sobre las cuencas oceánicas como áreas de densas interacciones.[45] Pero también contribuye a recuperar zonas olvidadas como el Sáhara, a reformular nuestro conocimiento de «Europa» o a revelar formaciones inesperadas que no encajan con las regiones identificadas por los *estudios de área* como, por ejemplo, el interés mutuo entre los intelectuales y los Gobiernos japonés y otomano.[46] Así, paradójicamente, la creciente relevancia

---

42 James L. Watson, *Emigration and the Chinese Lineage: The Mans in Hong Kong and London,* Berkeley, 1975; Samuel L. Baily, *Immigrants in the Lands of Promise: Italians in Buenos Aires and New York City, 1870-1914,* Ithaca, 1999; Andrew Hardy, *Red Hills: Migrants and the State in the Highlands of Vietnam,* Honolulu, 2003.

43 Daniel T. Rodgers, *Atlantic Crossings: Social Politics in a Progressive Age,* Cambridge (Massachusetts), 1998.

44 Ulrike Freitag y Achim von Oppen (eds.), *Translocality: The Study of Globalizing Processes from a Southern Perspective,* Leiden, 2010.

45 Ramón A. Gutiérrez y Elliott Young, «Transnationalizing Borderlands History», *Western Historical Quarterly,* 41, 1, 2010, pp. 27-53; Isabel Hofmeyr, «The Black Atlantic Meets the Indian Ocean: Forging New Paradigms of Transnationalism for the Global South – Literary and Cultural Perspectives», *Social Dynamics,* 33, 2, 2007, pp. 3-32.

46 Véanse, respectivamente, Ghislaine Lydon, *On Trans-Saharan Trails: Islamic Law, Trade Networks, and Cross-Cultural Exchange in Nineteenth-Century Western Africa,* Cam-

de las naciones en los últimos doscientos años, más o menos, es una brecha por la que se abren paso circulaciones y conexiones entre otros tipos de entidades políticas, sociedades y comunidades: imperios, ciudades Estado, regiones subnacionales, aldeas, grupos étnicos, cuencas regionales de intercambio y mercados que también contribuyeron a organizar la actividad humana. Pero todos ellos estaban enmarcados por el Estado nación y sus productos homogeneizadores: derechos y deberes ciudadanos, políticas sociales, moneda, lengua, estilos de vida, lealtades, legislaciones, política cultural exterior o expansión nacional. Por consiguiente, cuando examinamos interacciones, circulaciones y constelaciones entre y a través de las naciones con nuestra cámara histórica configurada en modo transnacional, también nos ponemos en posición de capturar flujos, vínculos y formaciones que han operado entre, a lo largo y a través de otros tipos de unidades, empezando por las unidades territoriales infranacionales y supranacionales.

El tercer aspecto espacial que precisa de clarificación es el alcance de las investigaciones que nos ha legado la perspectiva transnacional. En efecto, hay diversas conexiones y circulaciones que se despliegan en distancias más largas. Benedict Anderson sigue las conexiones revolucionarias que surgieron del improbable vínculo entre los nacionalistas filipinos y el movimiento anarquista en París, Bruselas y Barcelona.[47] De la mano de José Rizal, Isabelo de los Reyes y Mariano Ponce, viaja también hasta remotos núcleos de activismo, exilio e intriga en La Habana, Singapur, Tokio y Yokohama. Toda una aventura. Pero la historia transnacional no se reduce, necesariamente, a movimientos de larga distancia y circuitos lejanos. Las complejas relaciones de observación, emulación y rivalidad entre artistas, oficiales e intelectuales de China y Japón, Francia y Alemania, Estados Unidos y México tuvieron lugar en mapas relativamente limitados.[48] La historia de Palestina como crisol de

---

bridge, 2009; Alexander Badenoch y Andreas Fickers (eds.), *Materializing Europe: Transnational Infrastructures and the Project of Europe,* Basingstoke, 2010, y Selçuk Esenbel, *Japan, Turkey and the World of Islam: The Writings of Selçuk Esenbel,* Folkestone, 2011.

47 Benedict Anderson, *Bajo tres banderas. Anarquismo e imaginación anticolonial,* Madrid, Akal, 2014.

48 Joshua A. Fogel, *Articulating the Sinosphere: Sino-Japanese Relations in Space and Time,* Cambridge (Massachusetts), 2009, esp. las partes 2 y 3, y Shogo Suzuki, «The Importance of "Othering" in China's National Identity: Sino-Japanese Relations as a Stage of Identity Conflicts», *The Pacific Review,* 20, 1, 2007, pp. 23-47; Michel Espagne y Michael Werner (eds.), *Transferts. Les relations interculturelles dans l'espace franco-allemand (XVIII^e^ et*

los pueblos judío y palestino posee, ciertamente, dimensiones de largo recorrido, pero se ha desarrollado dramáticamente en una porción muy pequeña de tierra.[49] La vida cotidiana de las fronteras a lo largo del planeta ha sido el ir y venir de contrabandistas y trabajadores fronterizos que no viajan hacia lugares lejanos, pero transportan bienes, ganancias y estilos de vida a través de pequeñas distancias.[50] El túnel ferroviario de San Gotardo, apenas quince kilómetros de vía abierta bajo los Alpes en 1882, devino un icono de la identidad nacional suiza y un baluarte de su integridad territorial. Pero fue también producto del capital, los conocimientos técnicos y la fuerza de trabajo internacionalizados, y se convirtió en un eje comercial y turístico entre la Europa noroccidental y la Italia septentrional.[51]

En general, los historiadores transnacionales pueden tener presente el intento exitoso de Donald Wright de incorporar el «pequeño lugar» de Niumi (Gambia) a sistemas más amplios. A causa de la especialización de la región de Niumi en el cultivo y exportación a gran escala del cacahuete, contamos con un informe detallado de su sociedad y su vida cotidiana desde finales del siglo XIX que, inevitablemente, pone de manifiesto su lugar dentro de la economía imperial de mercancías y migraciones.[52] Este interés en combinar la visión de conjunto con el estudio de circulaciones de corto y medio alcance, de lugares pequeños y singulares, es la tercera respuesta la pregunta por el dónde de la historia transnacional.

Conclusión

La perspectiva transnacional tiene mucho que ver con otros acercamientos relacionales a la historia. Está historiográficamente conectada con ellos y

---

XIX^e siècle), París, 1988; «Rethinking History and the Nation-State: Mexico and the United States as a Case Study», número especial de *The Journal of American History,* 86, 2, 1999.

49 Gudrun Krämer, *Historia de Palestina. Desde la conquista otomana hasta la fundación del Estado de Israel,* Madrid, 2006.

50 Alain Tarrius, *La Mondialisation par le bas. Les nouveaux nomades de l'économie souterraine,* París, 2002; Eric Tagliacozzo, *Secret Trades, Porous Borders: Smuggling and States along the Southeast Asian Frontier, 1865-1915,* Singapur, 2007.

51 Judith Schueler, *Materialising Identity: The Co-Construction of the Gotthard Railway and Swiss National Identity,* Ámsterdam, 2008.

52 Donald R. Wright, *The World and a Very Small Place in Africa: A History of Globalization in Niumi, the Gambia,* Armonk, 2004, caps. 4-8.

promueve investigaciones que se extienden más allá de las unidades nacionales. Aun así, también hay diferencias significativas de naturaleza complementaria: la historia transnacional no se escribe contra o sin las naciones, pero presta atención a lo que vive contra, entre y a través de ellas; se limita, *grosso modo,* a los últimos doscientos o doscientos cincuenta años; trabaja globalmente en lo relativo a espacios, escalas y temas. Este libro no persigue cristalizar las distinciones o ajustar la definición de lo que la historia transnacional debe ser o no. Pretende, más bien, ser un vademécum que transmita la diversidad de lo que han estado haciendo los historiadores y científicos sociales interesados en la historia al investigar y escribir historias que contribuían a responder a las «grandes cuestiones» que hemos esbozado al comienzo de esta introducción. La bandera bajo la que ellos marchan es aquí secundaria.

Como debería hacer cualquier guía, el capítulo 1 cartografía el territorio con mayor detalle y da cuenta de los itinerarios del concepto «transnacional». Los cuatro capítulos centrales del libro están dedicados a nociones específicas, cuyo estudio permite capturar el contenido, el funcionamiento y el impacto de los entrelazamientos entre entidades políticas, sociedades y comunidades: conexiones, circulaciones, relaciones y formaciones. Los dos primeros tienen un propósito panorámico y su marco está concebido para hacer pensar a los lectores en otros temas, lugares y momentos distintos de aquellos con los que están más familiarizados. El capítulo 2 se dedica a las conexiones y ofrece un cuadro de los enlaces creados por organizaciones e individuos humanos y por intermediarios no humanos. El capítulo 3 se centra en los flujos que esos enlaces impidieron o favorecieron e insiste en formas de especificar su contenido, dirección, alcance e intensidad. En los dos capítulos siguientes, la perspectiva analítica da paso a una mirada sintética, que presta atención a ejemplos seleccionados para un examen más profundo. El capítulo 4 pone el énfasis en las relaciones que emergen de las conexiones y circulaciones, así como en el modo en que los protagonistas se ven transformados por su participación en ellas. Con el capítulo 5, volvemos a las distintas formaciones que generan —y son generadas por— las circulaciones y conexiones. El último capítulo regresa a diversos problemas metodológicos que estaban al acecho a lo largo de los capítulos precedentes. Durante el camino, trataré de apoyarme en un amplio espectro de momentos, temas y regiones, pero sin la intención o ilusión de cubrir el campo exhaustivamente o sin sesgos. Después de todo, se supone que una guía debe suscitar la curiosidad por otros países, no reflejarlos.

1
SIGNIFICADOS Y USOS

En 2005, el científico social estadounidense Gustavo Cano presentó un sustancioso informe sobre los significados y usos de los términos «transnacionalismo» y «transnacional» en el mundo académico.[1] Estableció el inicio de su uso a finales de los años noventa, con precedentes que se remontaban a 1979; basándose en la Social Science Abstract Database, detectó un incremento agudo y duradero después de 1993 e ilustró la situación de todo el arco de las ciencias sociales y las humanidades buscando por palabras clave como «comunidades transnacionales», «vínculos transnacionales», «migración transnacional/problemas migratorios» y «espacios transnacionales» en publicaciones de antropología, economía, historia, derecho, ciencia política, estudios migratorios y sociología. El informe de investigó el término solo en Estados Unidos y solo en los últimos treinta años, aproximadamente. Sería tentador concluir de ahí que la historia transnacional es una moda reciente, que deja la historia a la zaga de las ciencias sociales y a la comunidad mundial de historiadores siguiendo otra moda pasajera procedente de los campus estadounidenses.

---

1 Gustavo Cano, *The Mexico-North Report On Transnationalism*, Washington D. C., 2005, disponible en <https://www.academia.edu/9251783/The_Mexico_North_Report_on_Transnationalism> (consultada en junio de 2019).

Este capítulo complicará esa visión. Empezando por la relación de los recientes éxitos del enfoque transnacional en las ciencias sociales, explorará ciento setenta años de uso tanto académico como profano del término «transnacional» y sus derivados. Después, se centrará en la disciplina de la historia, prestando especial atención al modo en que algunos historiadores habían adoptado una perspectiva transnacional mucho antes de que la expresión «historia transnacional» fuese acuñada. Esto nos llevará, por último, a considerar por qué y cómo los historiadores contemporáneos* han adoptado cada vez más la perspectiva transnacional en los últimos veinte años y a valorar los numerosos programas que se condensan en la historia transnacional. Gustavo Cano señala, con acierto, que «transnacionalismo» fue un término «generoso»: el uso que han hecho de él historiadores y científicos sociales no desmiente en absoluto su afirmación.

Fin de siècle o el *Zeitgeist* transnacional en las ciencias sociales

A finales del siglo XX, las diferentes disciplinas de las ciencias sociales y las humanidades se vieron asaltadas por insistentes peticiones de deshacerse de su preocupación predominante por lo que ocurría en territorios configurados por el Estado nación. En un presente caracterizado como la era de la *globalización,* tal preocupación era cada vez más desdeñada por inapropiada —inepta para captar un fenómeno que trascendiera esos límites—. En un volumen que decía dibujar los horizontes de la sociología para el próximo siglo, la socióloga estadounidense Saskia Sassen urgió a sus colegas a «romper los marcos» y su homólogo británico Barry Wellman criticó con dureza la sociología de «pequeños cajones».[2] Este estado de ánimo definió un momento en el que las nuevas consignas instaban a los historiadores a dar con los patrones y tendencias que escapaban al control

---

* *N. del T.:* por economía expresiva, se ha optado por traducir como «historiadores contemporáneos» la locución *modern historians,* que será recurrente en estas páginas, para designar a los «historiadores especializados en la Edad Contemporánea».

2 Barry Wellman, «From Little Boxes to Loosely-Bounded Networks: The Privatization and Domestication of Community», y Saskia Sassen, «Cracked Casings: Notes towards an Analytics for Studying Transnational Processes», ambos en Janet L. Abu-Lughod (ed.), *Sociology for the Twenty-First Century: Continuities and Cutting Edges,* Chicago, 1999, pp. 94-114 y 134-145, respectivamente.

de las ciencias sociales territorialmente limitadas. «Redes», «hibridación», «diásporas», «rizoma», «mestizaje» y «fronteras» se contaban entonces entre las palabras clave más importantes y sonaban con mayor o menor armonía. El nuevo trabajo empírico se gestó bajo su embrujo. Los términos «transnacional» y «transnacionalismo» ganaron terreno a lomos de esta moda global. De hecho, una nueva gama de «trans» surgió o resurgió en ese momento: «transmigrantes», «transurbanismo», «translocalidad», «translocal» o «transnaciones» rimaban con los más antiguos «transnacional», «transnacionalismo» o «transnacionales». Numerosos autores de otras tantas disciplinas contribuyeron a inventar o revivir esa terminología y a ponerla en circulación, pero tres campos lo hicieron de un modo más sostenido que los demás.

La conceptualización conquistadora de lo «transnacional» surgió del campo de los estudios culturales. El puntal más importante fue el Center for Transcultural Studies de las Universidades de Chicago y Pensilvania. El centro empezó a desarrollar un programa para estudiar la internacionalización de la cultura y la comunicación en 1986, bajo la dirección de Arjun Appadurai y Carol Breckenridge; lanzó un «proyecto de estudios culturales transnacionales» y fundó la revista *Public Culture* en 1988. El centro y la revista serían la plataforma de un grupo interdisciplinar de académicos estadounidenses, muchos con vínculos con la India como lugar de origen o campo de trabajo, que compartían el objetivo de analizar lo que veían como un cambio dramático en los flujos y las formas culturales que se había iniciado en los años setenta. Más allá de este núcleo estadounidense, los escritos de Appadurai y la obra *Black Atlantic* del sociólogo inglés Paul Gilroy fueron las puntas de lanza de una larga serie de estudios culturales que llevó la familia terminológica «transnacional» a un sector más amplio de las ciencias sociales.[3] En ese contexto, «transnacional» se tomó claramente como una forma de calificar, observar, valorar o profetizar un nuevo mundo multipolar, multicultural y posnacional. Appadurai no dudó en

3 Arjun Appadurai, *Modernity at Large. Cultural Dimensions of Globalization*, Mineápolis, 1996, cuyo contenido se publicó entre 1990 y 1995 (hay trad. castellana: *La modernidad desbordada. Dimensiones culturales de la globalización*, Buenos Aires, 2001); Paul Gilroy, *Atlántico negro. Modernidad y doble conciencia*, Madrid, 2014 (ed. orig. americana, 1993).

sugerir que «la época misma del Estado nación toca a su fin».[4] Su prolífica inventiva léxica de términos con el prefijo «trans» da testimonio de su sentido de que la época pedía nuevas nociones.

El estudio de las migraciones, con antropólogos y sociólogos a la cabeza, fue otro de los dominios que dio impulso a lo transnacional. En los años setenta, diversos estudiosos de las migraciones hemisféricas americanas ya habían señalado que muchos inmigrantes «tenían un pie en cada sociedad».[5] Desde comienzos de los ochenta, los antropólogos Nina Glick Schiller y Georges Fouron, entre otros, desarrollaron la idea de que los migrantes contemporáneos en Estados Unidos, especialmente los haitianos y los caribeños, respaldaban múltiples identidades que no encajaban con las concepciones territorializadas de la identidad. Su diagnóstico dictaminó que esos flujos migratorios y de artefactos culturales (música e imágenes) sin precedentes exigían la reconceptualización de las identidades migrantes. Ninguna de esas identidades, como tampoco lo hicieron las prácticas políticas y culturales de los migrantes, se limitó a su país de origen o de acogida. Tales identidades, actividades y migrantes eran «transnacionales», un término reclamado por el intelectual radical neoyorquino Randolph Bourne y su alegato de 1916 a favor de una «América transnacional».[6] Desde sus tempranas y esporádicas apariciones en la literatura, «transnacional», «transmigrantes» y, pronto, «transnacionalismo» se convirtieron en consignas con la publicación de dos volúmenes, en 1992 y 1994, a cargo de Linda Basch, Nina Glick Schiller y Cristina Szanton-Blanc.[7] Su investigación fue también un argumento a favor de una sociedad estadounidense multicultural. Más adelante, los sociólogos de la migración también apoyaron este enfoque centrándose, en su caso,

---

4 Appadurai, *Modernity at Large*, p. 19.

5 Elsa Chaney, *Supermadre: Women in Politics in Latin America*, Austin, 1979, p. 209 (hay trad. castellana: *Supermadre. La mujer dentro de la política en América Latina*, Ciudad de México, 1983).

6 Randolph Bourne, «Trans-National America», *Atlantic Monthly*, 118, julio de 1916, pp. 86-97.

7 Linda Basch, Nina Glick Schiller y Cristina Szanton-Blanc, *Towards a Transnational Perspective on Migration: Race, Class, Ethnicity, and Nationalism Reconsidered*, Nueva York, 1992; Linda Basch, Nina Glick Schiller y Cristina Szanton-Blanc, *Nations Unbound: Transnational Projects, Postcolonial Predicaments and Deterritorialized Nation-States*, Ámsterdam, 1994.

en las actividades económicas de los migrantes y en la noción de «globalización desde abajo», según la cual las comunidades migrantes desarrollaban estrategias económicas transnacionales como respuesta a la reconfiguración de la relación entre capital y trabajo que se produjo a escala planetaria.[8] Ya en los noventa, «transnacionalismo» devino el nuevo concepto para concebir la migración en la «era global»: las discusiones acerca de la utilidad y la definición «correcta» del término empezaron con esos estudiosos de la migración.[9]

Hubo aún un tercer campo de estudio en el que «transnacional» ganó terreno como una noción específica en los noventa: el de las relaciones internaciones. En este caso, existía un linaje de usos y definiciones que se remontaba a la década de los sesenta (véase *infra*); de ahí que, a mediados de los noventa, el politólogo alemán Thomas Risse-Kappen pudiera hacer un llamamiento a «traer de vuelta las relaciones transnacionales» que llamaba la atención sobre el impacto político de las organizaciones no gubernamentales que trabajaban a través de las fronteras estatales.[10] La segunda mitad de los noventa vio crecer el número de publicaciones en esa misma línea, incluyendo el frecuentemente citado volumen de Margaret Keck y Kathryn Sikkink sobre las «redes de apoyo transnacional»: coaliciones de grupos y movimientos que hacían campaña por cuestiones políticas y sociales a través de las fronteras nacionales.[11] Tales trabajos tenían dos características en común. En primer lugar, todos enfatizaban la contribución de los actores no estatales a la concepción, implantación y aplicación de polí-

---

8 Compárese Alejandro Portes y Luis E. Guarnizo, «Tropical Capitalists: U.S.-Bound Immigration and Small Enterprise Development in the Dominican Republic», en Sergio Díaz-Briquets y Sidney Weintraub (eds.), *Migration, Remittances, and Small Business Development: Mexico and Caribbean Basin Countries*, Boulder, pp. 101-131, con Alejandro Portes, «Transnational Communities: Their Emergence and Significance in the Contemporary World-System», en Roberto Patricio Korzeniewicz y William C. Smith (eds.), *Latin America in the World Economy*, Westport, 1996, pp. 151-168.

9 Alejandro Portes, «Introduction: The Debates and Significance of Immigrant Transnationalism», *Global Networks*, 1, 3, 2001, pp. 181-193.

10 Thomas Risse-Kappen (ed.), *Bringing Transnational Relations Back In: Non-State Actors, Domestic Structures and International Institutions*, Cambridge, 1995.

11 Jackie Smith, Charles Chatfield y Ron Pagnucco (eds.), *Transnational Social Movements and Global Politics: Solidarity Beyond the State*, Siracusa (Nueva York), 1997; Margaret E. Keck y Kathryn Sikkink (eds.), *Activists beyond Borders: Advocacy Networks in International Politics*, Ithaca, 1998.

ticas de área y de la gobernanza global. En segundo lugar, saludaron la existencia, emergencia, función y repercusión de la «sociedad civil global/transnacional» como poder moderador ante la prevaleciente dimensión económica y neoliberal de la globalización. En ese ámbito, «transnacional» significaba no estatal.

Aunque no siempre estaban al corriente unos de otros, esos núcleos principales compartían un mismo credo: los flujos de capital, personas, ideas o imágenes estaban volviendo irrelevantes o insuficientes los Estados nación como unidades de análisis, así que las ciencias sociales debían dar cuenta de esa ruptura en la historia del mundo. El desciframiento del cambio cayó en la prescripción y la profecía, pues muchos científicos sociales vieron, en el uso de la familia terminológica transnacional, una plataforma social y política. Esos usos y significados crecieron rápidamente en la academia y la esfera pública. Periódicos en distintas lenguas abrazaron la idea de «transnacionalismo» para calificar a los migrantes que «no estaban ni aquí ni allí». Si, hasta los años noventa, el término tuvo un uso en el mejor de los casos esporádico, empezó a aflorar en nuevas publicaciones científicas (*Diaspora: A Journal of Transnational Studies,* creada en 1991; *Global Networks: A Journal of Transnational Affairs,* lanzada en 2001), en títulos de proyectos de investigación (el «Transnational Communities Programme», dirigido por Steven Vertovec en la Universidad de Oxford en 1997; la «Transnational Social Fields Network», puesta en marcha por Ludger Pries en la Universidad del Ruhr de Bochum durante los primeros años 2000), así como en programas universitarios en «estudios transnacionales». Todas esas iniciativas tenían métodos, objetos y objetivos distintos, pero derivaban de una misma declaración de intenciones: las fuerzas de la globalización estaban transformando la migración, la política, la economía y la religión, borrando sus rasgos nacionales. En consecuencia, estas debían concebirse e investigarse como hechos y procesos transnacionales.

Gustavo Cano observó con acierto que «transnacional» fue el término más utilizado en el mundo académico estadounidense entre finales de los ochenta y principios de los noventa, hasta que «transnacionalismo» tomó el relevo en 1994. Esto sugeriría que el poder semántico de lo transnacional —inicialmente un calificativo que se agregaba a hechos, procesos, individuos y grupos— hizo que la palabra se usara cada vez más como paradigma de una cosmovisión, e incluso como proyecto político de transformación de

las ciencias sociales, cuando no del mundo. Paralelamente a ese giro terminológico, se inició la búsqueda de definiciones normativas. Los debates empezaron a definir lo que era «realmente» el transnacionalismo, lo que era transnacional y lo que no. Una industria artesanal que generaba y valoraba definiciones floreció rápidamente, a medida que la etiqueta se hizo imprescindible y, como cabía esperar, empezó a recibir críticas por falta de teorización. Ya en 1994, una antropóloga especializada en Europa del Este notó que el término se diluía «al examinarlo de cerca» y señaló su confusión inherente entre Estado y nación.[12] Más adelante, los historiadores de la migración también se reconciliaron con el presentismo y las aproximaciones que percibieron en el uso de la noción de «transnacionalismo» para estudiar las migraciones contemporáneas.[13] Con todo, eso no detuvo la proliferación del término y, hoy, los distintos usos de la familia terminológica transnacional son moneda corriente mucho más allá de los ámbitos y lugares en los que se acuñaron o revitalizaron veintitantos años atrás.

Recientemente, Sanjeev Khagram y Peggy Levitt han captado este ímpetu en su propuesta de establecer los «estudios transnacionales» como una nueva área de las ciencias sociales que, de forma audaz y estimulante, busca sentar las bases empíricas, metodológicas, teóricas, filosóficas y públicas del transnacionalismo, insistiendo en la necesidad de fortalecer nuestra capacidad de trabajar con distintos territorios y escalas. La tarea de los estudios transnacionales —según ellos la sintetizan— es la de «desvelar, analizar y conceptualizar similitudes, diferencias e interacciones entre realidades transociales y transorganizativas, incluyendo los modos en que estas dan forma a dinámicas y fenómenos limitados y delimitados a través del tiempo y el espacio».[14] El destino de los estudios transnacionales es transformar las ciencias tal como las conocemos. Aunque Khagram y Levitt reconocen que la investigación transnacional no es del todo nueva, no rebo-

12 Katherine Verdery, «Beyond the Nation in Eastern Europe», *Social Text*, 38, 1994, pp. 1-19.

13 Ewa Morawska, «Disciplinary Agendas and Analytic Strategies of Research on Immigrant Transnationalism: Challenges of Interdisciplinary Knowledge», *International Migration Review*, 37, 3, 2003, pp. 611-640; Roger Waldinger y David Fitzgerald, «Transnationalism in Question», *American Journal of Sociology*, 109, 5, 2004, pp. 1177-1195.

14 Sanjeev Khagram y Peggy Levitt (eds.), *The Transnational Studies Reader: Intersections and Innovations*, Nueva York, 2008, p. 11.

binan la cinta demasiado: se atienen al lapso de treinta años que comparte el estado de ánimo *fin de siècle* de la globalización. Y, sin embargo, el término «transnacional» lleva con nosotros, al menos, ciento setenta años. Un estudio de su recorrido anterior a su reciente fortuna se hace necesario para contextualizar los cuándo, dónde y porqué de su uso.

Retrospectiva: «transnacional» a los ciento setenta años

La continua expansión de las bases de datos en línea con textos completos probablemente volverá obsoleta esta afirmación muy pronto, como ha ocurrido ya con aserciones previas, pero, de momento, el francés Constantin Pecqueur (1801-1887) puede citarse como el primer usuario del adjetivo «transnacional». En unas memorias publicadas en 1842, Pecqueur estudió los medios de alcanzar la paz y sugirió que la mejor garantía era la interdependencia entre las naciones, que debía establecerse por medio del comercio libre, los sistemas de indemnizaciones y la implantación de un «poder cosmopolita». Solo entonces las *considérations d'intérêt transnational* («consideraciones de interés transnacional») tendrían la oportunidad de prevalecer.[15]

Pecqueur usa «transnacional» para subrayar que la paz es un asunto de interés general para todas las naciones; lo hace sin comillas, lo cual sugiere que él podría no haber acuñado el término. Esta mención no es anecdótica, puesto que nos lleva a una familia política concreta: Pecqueur fue un importante escritor socialista de mediados del siglo XIX, sansimoniano en sus orígenes, que creía firmemente en el arbitraje internacional.[16] Sus publicaciones se citan a menudo en *El Capital* de Marx, aunque ahí no hay rastro de la palabra «transnacional».

El siguiente paso conocido nos lleva hasta Alemania y el lingüista Georg Curtius (1820-1895). Este vacío de veinte años sugiere que, entretanto, hubo otros usos, todavía a la espera de ser desenterrados. En su

15 Constantin Pecqueur, *De la paix, de son principe et de sa réalisation*, París, 1842, p. 199.

16 Ahmed Zouaoui, *Socialisme et internationalisme: Constantin Pecqueur*, Ginebra, 1964.

conferencia inaugural de 1862 en la Universidad de Leipzig, Curtius insistió en que todas las lenguas nacionales hunden sus raíces en familias lingüísticas, culturales y raciales cuya comprensión exigía ir más allá del estudio de la literatura nacional. «Eine jede Sprache ist ihrer Grundlage nach etwas transnationales und eben deshalb von dem Standpunkte des Philologen allein nicht völlig zu begreifendes», escribió.[17] En 1868, un anónimo autor estadounidense usó la cita en apoyo de su propia posición en la *Princeton Review*. La tradujo así: «Every language is fundamentally something transnational and therefore not to be fully comprehended from the philologist's point of view».[18] Esta es, provisionalmente, la primera aparición conocida del término en inglés.

Estas manifestaciones anclan el término en el siglo XIX en varios idiomas y cuestionan los contenedores nacionales justo cuando se están consolidando. Un uso posterior, cuyos significados opuestos atestiguan que había distintas corrientes semánticas, está documentado entre finales del siglo XIX y principios del XX. «Trans-nacional», escrito con guion, se utilizó entonces en periódicos estadounidenses para describir las infraestructuras de transporte, como las carreteras o vías navegables, que conectaban distintos puntos del país.[19] Esta acepción opuesta no parece haber menoscabado su presencia paralela como sinónimo de «internacional».

En cualquier caso, el primer uso famoso del término iba a ir todavía en otra dirección de la mano de Randolph Bourne (1886-1918), reputado personaje en la escena intelectual neoyorquina. Como reacción a las expectativas y ansiedades ampliamente compartidas ante la posible deslealtad de los «estadounidenses con denominaciones compuestas»* en el

17 Georg Curtius, *Philologie und Sprachwissenschaft*, Leipzig, 1862.

18 Estoy en deuda con Donna Gabaccia, por haberme mencionado esta cita, que me puso tras la pista de Curtius. *N. del T.:* en castellano, la frase quedaría así: «Cada lengua es, fundamentalmente, algo transnacional y, por tanto, no puede comprenderse del todo desde el punto de vista del filólogo».

19 Por ejemplo, «autopistas trans-nacionales», en *Atlanta Constitution*, 10 de octubre de 1915.

* *N. del T.:* el autor utiliza la expresión *hyphenated Americans* (o «americanos con guion»), que se usó en Estados Unidos entre 1890 y 1920 para designar, de forma despectiva, a los americanos de ascendencia u origen extranjeros, que se identificaban con adjetivos que entonces se escribían con guion (su uso se desaconseja hoy en estos casos); por ejemplo, *German-American* o *Irish-American*.

contexto de la guerra en Europa, Bourne encabezó la carga sobre la idea de asimilación de inmigrantes en su artículo de 1916.[20] En él arguyó que Estados Unidos tenía que reconciliarse con la miríada de orígenes nacionales que poblaban la República y debía convertirse en la primera «nación internacional», la matriz de la ciudadanía mundial.

Bourne se deleitó en la invención léxica para exponer su argumento: usó «trans-nacional» como adjetivo para describir a una población estadounidense que desafiaba la simple adscripción nacional, «transnacionalidad/trans-nacionalidad» para calificar la situación resultante, «transnacionalismo» para caracterizar el sentido de pertenencia que iría más allá de los nacionalismos existentes hasta llegar a la ciudadanía mundial y «transnacionales» para designar a las personas con un sentido de pertenencia dual. En su recorrido, Bourne presentaba su terminología «trans» como un conjunto de sinónimos de «internacional», «internacionalismo» o «cosmopolitismo». No tuvo la oportunidad de elaborar más las definiciones por su inesperado encuentro con un migrante sin guion: el virus de la gripe española.

En los años sucesivos, el adjetivo se usó regular, pero infrecuentemente. «Transnacional/trans-nacional» calificaba elementos que se desarrollaban a través de las fronteras. El uso ocasional del término en inglés puede rastrearse en periódicos y revistas estadounidenses regionales y nacionales: «acuerdos transnacionales» refería las operaciones de la Sociedad de Naciones que atravesaban fronteras (1925), «viaje transnacional» anunciaba un *tour* de estudios universitarios en Europa (1931), «asuntos trans-nacionales» describía el orden del día de la sesión anual del Institute of International Relations (1931). En francés, *trans-national* sirvió como sinónimo de «panhumano» y «universal» para denotar aspectos de la literatura rusa (1927) o para calificar el estado mental que debía llevar a la reconciliación francoalemana y la construcción europea (1929). Se utilizaba sobre todo a la ligera, a medio camino entre un sinónimo de «internacional» y una abreviatura taquigráfica de «cosa que cruza fronteras nacionales». La mayoría de sus usuarios no trató de sacarle partido conceptual.

---

20 Bourne, «Trans-National America». El ensayo aparece recogido en Randolph Bourne, *War and the Intellectuals: Collected Essays, 1915-1919*, Nueva York, 1964, editado por Carl Resek.

Aun así, algunos usuarios resueltos se ampararon en «transnacional» para nombrar cosas o procesos de una determinada naturaleza durante los años de entreguerras. El profesor de Derecho de la Universidad de Heidelberg Max Gutzwiller (1889-1989), que trabajó en el campo del derecho y el arbitraje internacionales, fue uno de ellos. En 1931, con la expresión *transnationale Privatrecht* denominó las nuevas normas y situaciones legales que escapaban al ámbito del «derecho internacional privado»: los casos de arbitraje aceptados por los tribunales arbitrales mixtos creados por el Tratado de Versalles.[21] En *Los frutos de la victoria* (1921), el periodista y escritor inglés Norman Angell (1872-1967), partidario de la Sociedad de Naciones y activista por la paz, asoció el término a su argumentación acerca del comercio prebélico y los entrelazamientos financieros e industriales entre países. Angell escribió sobre una economía «trans-nacional» que unía los países europeos entre sí y con otras áreas, producida por la división mundial del trabajo y las transacciones entre agentes económicos. Consideró ese adjetivo «más correcto» que «internacional» y, en consecuencia, lo usó repetidamente en su libro junto a sus derivados («trans-nacionalismo» o «trans-nacionalidad»).

El éxito de sus ensayos puede estar detrás de la popularidad del término en la prensa estadounidense durante la década de los veinte. No ocurrió lo mismo, en cambio, con el uso que le dio Simon Kuznets en un artículo de 1948, a pesar de la fama del autor. De todos modos, me parece significativo que Kuznets usara la expresión «relaciones económicas transnacionales» para apremiar a sus colegas economistas a considerar la economía estadounidense en un contexto más amplio. Para apreciar la economía doméstica, dijo Kuznets, era necesario incluir los intercambios no materiales (población, políticas, obligaciones y proyección de poder), así como la emulación y competición entre países.[22]

Aparte de unos pocos juristas que detectaron el neologismo de Gutzwiller, todos esos usos permanecieron aislados. Los significados ape-

---

21 Max Gutzwiller, «Das Internationalprivatrecht der durch die Friedensverträge eingesetzten Gemischten Schiedsgerichtshöfe», *Internationales Jahrbuch für Schiedsgerichtswesen in Zivil- und Handelssachen*, 3, 1931, pp. 123-152.

22 Simon Kuznets, «Foreign Economic Relations of the United States and Their Impact upon the Domestic Economy. A Review of Long Term Trends», *Proceedings of the American Philosophical Society*, 92, 4, 1948, pp. 228-243.

nas se exploraron, ni mucho menos discutieron, hasta la década de los cincuenta. Las primeras muestras de un uso más sistemático aparecieron entonces y ofrecieron definiciones más nítidas y aplicaciones más concretas. Por una parte, «transnacional» se convirtió en la etiqueta de ciertos desarrollos de la economía política del mundo real durante las décadas de los cincuenta y sesenta. En Estados Unidos, se utilizó cada vez más para dar nombre a empresas en los cincuenta, como puede verse en las secciones de anuncios y las noticias económicas de diversos periódicos. La marca «transnacional/transnacional» parece que atrajo a compañías de distintos sectores, incluyendo algunas con una clara orientación doméstica. También ganó terreno en los primeros años sesenta, cuando la expresión «corporación transnacional» se abrió camino lentamente, tanto en la lengua común como en el lenguaje académico, primero como sinónimo de «multinacional» y, después, para sugerir un estadio superior de la integración empresarial en el que el capital, la investigación y otros aspectos se gestionaban al margen de los intereses del país de origen de la empresa.

Al cabo, en 1975 las Naciones Unidas adoptaron la terminología para su nuevo Centro sobre las Empresas Transnacionales. Este último uso puede haber sido decisivo, puesto que hizo que el término recorriera el mundo. El adjetivo entró en el vocabulario económico y político más allá de Estados Unidos y, por ejemplo, se utilizó para designar las consecuencias empresariales efectivas o esperadas de la integración europea. Mientras tanto, activistas de izquierda comenzaron a criticar con dureza el «capital transnacional» y las «transnacionales». Diversos grupos de activistas, periódicos y laboratorios de ideas empezaron a llevar el adjetivo «transnacional» en sus nombres. Ejemplos de ello son *Agenor: Transnational Left Review* en 1970 o los centros de investigación creados por exiliados chilenos tras el golpe de Pinochet (Instituto Transnacional, 1974; Instituto Latinoamericano de Estudios Transnacionales, 1976). Esas son las semillas de una duradera comprensión antiimperialista del término «transnacional» en Centroamérica y Sudamérica.

Por otra parte, «transnacional» encontró un nicho entre aquellos que trataban de analizar y explicar el mundo de posguerra. Los comentaristas estadounidenses del presente y el futuro orden político mundial hablaron de la «cooperación transnacional» promovida por la ONU y sus agencias (Walter Lippmann, 1949), de «grupos transnacionales» para describir los

bloques soviético y norteamericano (William McNeill, 1954) o del establecimiento de «comunidades transnacionales» de investigadores, científicos y demás al servicio de la paz mundial (Robert Oppenheimer, 1958). El profesor de Derecho Myres S. McDougal eligió el término para referirse a grupos cuya composición o actividades traspasaban las fronteras nacionales, y lo mismo hizo el politólogo Arnold Wolfers, quien subrayó el papel de las empresas como «actores transnacionales» en la política mundial (1959). Como puede verse en estos ejemplos, el significado de la palabra todavía estaba abierto: esta podía usarse como equivalente de «supranacional» o «internacional», añadirse a nombres de actores gubernamentales, intergubernamentales, empresariales y civiles, y ser esgrimida tanto por quienes esperaban el fin de la era de las naciones como por aquellos que tan solo describían relaciones entre naciones.

En la encrucijada entre estos dos campos, la economía y las relaciones internaciones, tuvo lugar el primer intento académico de crear un paradigma transnacional. En febrero de 1956, Philip Jessup, un profesor de Derecho internacional y Diplomacia en la Universidad de Columbia, dio tres conferencias en la Escuela de Derecho Yale que se publicaron dos meses después con el título *Transnational Law [Derecho internacional]*. Aunque no tuvo en cuenta el uso que dieron al término los expertos en derecho germanohablantes en la década de los treinta, Jessup compartía con ellos su frustración. Perro viejo del Departamento de Estado —el ministerio de asuntos exteriores estadounidense—, Jessup había participado en el diseño de diversas instituciones del nuevo orden mundial durante la Segunda Guerra Mundial, especialmente como secretario general adjunto de la Administración de las Naciones Unidas para el Auxilio y la Rehabilitación. Abandonó su cargo en el Gobierno en 1953 y, posteriormente, trabajó con la Fundación Rockefeller y el Fondo Carnegie para la Paz Internacional.

Las antedichas conferencias de 1956 expresaban la necesidad de contar con un corpus de «derecho internacional» que incluyera todo el derecho que regulara acciones o eventos que traspasaban fronteras nacionales. Era algo que se esperaba desde hacía tiempo, dijo, para lidiar con casos relacionados con el trabajo en las agencias de la ONU, el desarrollo de las instituciones europeas, las actividades empresariales, las inversiones y el comercio extranjeros, el patrimonio mundial, las actividades de las organizaciones no gubernamentales y otras manifestaciones de una «compleja

comunidad mundial interrelacionada». Para Jessup, las relaciones exteriores distintas de aquellas que se producían entre países y Estados precisaban de un corpus legal, como también lo necesitaban los problemas que rebasaban las fronteras nacionales y las categorías especializadas del derecho.

No obstante, la transformación del *Bulletin of the Columbia Society of International Law* en el *Columbia Journal of Transnational Law* en 1964 fue uno de los pocos resultados inmediatos de la sugerencia de Jessup. Solo mucho más recientemente, volvería el derecho transnacional a aparecer en el mapa.[23] A pesar de que el primer conato de giro transnacional no fue concluyente, apuntó a un nuevo momento en que el término «transnacional» iba a ser cada vez más objeto de propuestas y discusiones en el seno de distintas disciplinas del mundo académico, todas ellas con el propósito común de aprehender lo que se percibía como una transformación mundial.

Todos esos rasgos estuvieron presentes en el campo de las ciencias políticas a finales de los años sesenta, cuando un grupo de académicos definió su perspectiva en términos de «relaciones transnacionales» en lugar de «relaciones internacionales». Hemos visto más arriba que el vocablo había empezado a aparecer con cierta regularidad entre los especialistas en política mundial desde finales de los cincuenta. Wolfers lo utilizó en 1959, para identificar el papel de los agentes empresariales no estatales en la política global. En 1962, el francés Raymond Aron habló de una *société transnationale,* para señalar la existencia de un sistema paralelo a las relaciones interestatales que implicaba a individuos de distintos países y bloques que migraban, comerciaban, intercambiaban ideas y se juntaban en celebraciones, competiciones o protestas. El alemán Karl Kaiser escribió sobre la evolución de la *transnationale Politik,* que resultaba de las crecientes interacciones entre actores situados en países distintos.[24] A caballo entre la academia y el activismo, el investigador sobre la paz noruego Johan Galtung usó «transnacional» para definir el tipo de fidelidad que él esperaba que se desarrollase en las organizaciones no gubernamentales que trascendían las fronteras nacionales (1967).

---

23 Peer Zumbansen, «Transnational Law», en Jan M. Smits, *Elgar Encyclopedia of Comparative Law,* Cheltenham, 2006, pp. 738-754.

24 Karl Kaiser, «Transnationale Politik», en Ernst-Otto Czempie (ed.), *Die anachronistische Souveränität. Zum Verhältnis von Innen- und Außenpolitik,* Colonia, 1969, pp. 80-109.

Entre 1970 y 1971, dos politólogos estadounidenses, Robert Keohane y Joseph Nye, recogieron y sistematizaron esta tendencia en una conferencia sobre «relaciones transnacionales» de la que se publicaron las actas. Fue un desafío declarado al enfoque realista que dominaba el campo de las relaciones internacionales y a su «visión estadocéntrica».[25] Amparándose en trabajos sobre interdependencia económica y empresas multinacionales, los convocantes del encuentro se centraron deliberadamente en los «contactos, coaliciones e interacciones a través de las fronteras estatales que no están bajo control de los órganos centrales del Gobierno encargados de los asuntos exteriores»[26] y afirmaron su importancia «para la comprensión de la política contemporánea».[27] Nacía así el primer «transnacionalismo». Y lo hacía para poner de relieve las relaciones no intergubernamentales en la política mundial.

Los participantes en el volumen usaron la palabra para definir la condición presente del mundo, marcada por la abundancia de vínculos transfronterizos que no podían reducirse a las relaciones entre Estados. Y algunos la utilizaron para describir una situación en la que las unidades nacionales eran completamente irrelevantes, entendiendo el «transnacionalismo» como el estadio de la historia de las sociedades humanas posterior a la era del nacionalismo. Este interés en las «relaciones transnacionales» y el «transnacionalismo», sin embargo, se vio pronto eclipsado por la siguiente gran novedad en las relaciones internacionales, una disciplina en la que cada año surge un nuevo paradigma. Pero, especialmente entre los politólogos no estadounidenses, el interés perduró.[28]

El énfasis en las relaciones transnacionales centradas en los actores no estatales dejó una huella duradera en el vocabulario de otras ciencias sociales, así como en los propios protagonistas de tales relaciones. El transnacionalismo se puso de moda. Las organizaciones no gubernamentales lo encontraron atractivo, puesto que subrayaba su diferencia con respecto a

---

25 Robert O. Keohane y Joseph S. Nye Jr. (eds.), «Transnational Relations and World Politics», *International Organization*, 25, 3, 1971.

26 *Ib.*, p. 331.

27 *Ib.*

28 Thomas Risse-Kappen relaciona algunas de esas derivaciones en *Bringing Transnational Relations Back In*, especialmente en la nota 8.

los actores interestatales. En 1976, la expresión «asociaciones transnacionales» hizo su espectacular aparición en *International Associations*, la revista que publicaba el centro de investigación y documentación Union of International Associations. Un año después, la revista incluso cambió su nombre por el de *Transnational Associations*. Ese fue también el momento en el que la forma «trans-nacional», escrita con guion, ya en retroceso durante los sesenta, desapareció por completo. En suma, puede decirse que los setenta hicieron del adjetivo un nombre familiar en la academia y entre el público general.

A pesar de todas sus críticas a las perspectivas estadocéntricas de las relaciones internaciones, Keohane y Nye tuvieron la precaución de subrayar que ellos no abonaban la opinión de que los Estados nación estaban desapareciendo. Esta ambigüedad estuvo presente en los distintos usos terminológicos de las décadas anteriores. En efecto, lo que se definía como transnacional se presentaba como un reto a las políticas y sociedades nacionales, pero los politólogos no se pronunciaron acerca del resultado de ese combate. Incluso Galtung, a pesar de su entusiasmo por tales perspectivas, escribió en 1971 que la fase «transnacional», «global» o «mundial», en la que las organizaciones internacionales lograrían desprenderse de sus bases nacionales, todavía era una hipótesis. Como hemos visto, esta postura posnacional triunfaría claramente en los noventa, cuando el calificativo de «transnacional» devino una declaración sobre el presente y una profecía sobre el futuro. En cuanto al pasado, nunca fue una preocupación para aquellos que acuñaron o jugaron con las palabras de la familia transnacional, lo cual genera una cuestión: ¿qué hay de la historia y los historiadores?

La historia contemporánea antes de la historia transnacional

En su crítica del *nacionalismo metodológico*, Andreas Wimmer y Nina Glick Schiller reprendieron a la historia por su idilio con la nación.[29] Y lo cierto es que la historia como disciplina se desarrolló en estrecho contacto con los procesos de construcción nacional y estatal. En el siglo XIX, sus fuentes, técnicas y narrativas tomaron forma en concomitancia con las del

29 Wimmer y Glick-Schiller, «Methodological Nationalism and Beyond».

Estado nación. La perspectiva nacional enmarcó la obtención de datos y el trabajo de archivo. Las primeras grandes colecciones de fuentes, que sentaron las bases de la expansión de la historia empírica, llevaban el sello de la construcción nacional (*Monumenta Germaniae Historica* en 1823 o *Rolls Series* inglesas en 1857). La historia política, la primera especialización en alcanzar la mayoría de edad, contaba el relato del irresistible, aunque difícil, nacimiento de determinadas naciones.

El idilio con la nación fue largo, como atestigua el papel que concedieron a la historia los nuevos países que surgieron de la descolonización o la caída del bloque comunista. Aun sin una orientación nacionalista, la misión de la historia y los historiadores ha seguido siendo, en su mayor parte, contar la historia de un país determinado, y se ha seguido dando preeminencia a la unidad nacional al observar y ponderar los cambios y las continuidades. Más que la sociología, la geografía, la antropología o la economía, y posiblemente tanto como la literatura, la historia en cuanto disciplina y profesión ha sido, sin duda, sierva de los procesos de construcción nacional y estatal.[30] Y la historia contemporánea, como subdisciplina consagrada al estudio de los últimos dos siglos, ha caído en esta relación de servicio todavía más que otras especialidades, lo cual no implica que toda la historia contemporánea y todos los historiadores contemporáneos hayan obedecido esa norma, como podemos ver gracias a los experimentos que realizaron antes de los años noventa.

Las trayectorias de la *historia universal,* los *estudios de área* y la *historia mundial* prueban que los historiadores profesionales escribieron historia más allá del ámbito nacional, aunque a veces lo hicieran como consecuencia de los intentos manifiestos de ampliar el poder de una determinada nación. Ese fue el caso de los institutos y revistas de *Südostforschung [Estudios surorientales],* que se fundaron en Viena y Berlín antes de la Primera Guerra Mundial, del tipo de historia mundial que se practicó en Japón en los años cuarenta o de los estudios de área en las universidades americanas durante la primera década de la Guerra Fría.[31]

---

30 Stefan Berger, *Writing the Nation. A Global Perspective,* Basingstoke, 2007.

31 Immanuel Wallerstein, «The Unintended Consequences of Cold War Area Studies», en Noam Chomsky *et al., The Cold War & the University: Toward an Intellectual History of the Postwar Years,* Nueva York, 1997, pp. 195-231.

Por el contrario, el historiador alemán Karl Lamprecht, en una famosa conferencia que dictó en Estados Unidos en 1904, llamó al «estudio de la historia de las interrelaciones entre comunidades humanas» e insistió en la transmisión cultural, que resumió como la cuestión de la «influencia» entre naciones.[32] El historiador inglés Arnold Toynbee, que abordó los «encuentros» entre civilizaciones en el espacio y el tiempo, se preocupó, sobre todo, por los contactos entre la civilización occidental y algunas otras. Estaba ansioso por identificar las leyes de «la radiación cultural y la recepción», y su interés en los contactos fue prolongado por sus comentaristas, como José Ortega y Gasset o Christopher Dawson.[33] Marshall Hodgson, el primer profesor de Historia mundial de la Universidad de Chicago, reiteró constantemente su alegato a favor de un «enfoque hemisférico interregional» desde su artículo seminal sobre la materia de 1954.[34] El énfasis en los vínculos y flujos también estuvo presente durante las discusiones de proyectos como la *Historia de la humanidad* que la Unesco lanzó en 1946. El historiador francés Lucien Febvre declaró entonces que esa historia debería tratar de «todo cuanto haya estado sujeto a circulación».[35]

Aunque no es difícil encontrar otros ejemplos de historiadores más o menos famosos que han hecho afirmaciones parecidas, lo cierto es que aquellos que empezaron a trabajar entre y a través de sociedades, comunidades y entidades políticas frenaron en seco ante diversas limitaciones. En primer lugar, titubearon a menudo ante el umbral del siglo XIX, como si la mayoría de edad de los Estados nación hubiera desbaratado las interacciones y relaciones. En segundo lugar, los trabajos más importantes en esa línea, especialmente en historia mundial, fueron magistrales intentos de síntesis más que el resultado del hallazgo, dominio y cultivo de material original, un patrón que se vio reforzado cuando, como ocurrió en Estados Unidos, la historia mundial entró a formar parte del currículo escolar y se

---

32 Karl Lamprecht, «Problems of Universal History», en Karl Lamprecht, *What Is History? Five Lectures on the Modern Science of History*, Nueva York, 1905.

33 Arnold Toynbee, *A Study of History*, Nueva York, 1954, vol. 9.

34 Marshall G. S. Hodgson, «Hemispheric Inter-regional History as an Approach to World History», *Journal of World History*, 1, 3, 1954, pp. 715-723.

35 Poul Duedahl, «Selling Mankind: UNESCO and Invention of Global History, 1945-1976», *Journal of World History*, 22, 1, 2011, pp. 101-133.

definió como un proyecto docente.[36] Por último, ni la historia mundial ni la universal estuvieron orientadas a los problemas: fueron, cual un eco lejano del ensayo de Immanuel Kant de 1784, «ideas de historia universal en clave cosmopolita».[37] Celebraban la unidad de la humanidad; querían corregir las percepciones equivocadas entre las naciones o aplaudir la prominencia de una civilización sobre las otras. Pero no señalaron desafíos y problemas concretos en relación con la continuidad y el cambio históricos. Eso explica también por qué la gran mayoría de historiadores que sí estaban orientados a la investigación y los problemas ignoró el estudio de los entrelazamientos.

Aunque no todos lo hicieron. El historiador británico Eric Hobsbawm escribió interpretaciones sintéticas de la historia contemporánea de Europa y el mundo que entretejían constantemente la historia de entidades políticas y sociedades.[38] Los especialistas regionales trenzaron silenciosamente sus historias de conexiones culturales y económicas a través de los siglos, sin recibir demasiada atención de sus colegas en otros campos.[39] En Estados Unidos, el interés por inscribir la historia americana en una red de conexiones con el mundo se manifestó en voz alta en el siglo XIX, menguó en la década de los veinte, se recuperó en la de los cuarenta y enmudeció de nuevo poco después.[40] Y lo mismo ocurrió en determinados contextos

---

36 Gilbert Allardyce, «Toward World History: American History and the Coming of the World History Course», *Journal of World History*, 1, 1, 1990, pp. 23-76.

37 Immanuel Kant, *Ideas para una historia universal en clave cosmopolita y otros escritos sobre Filosofía de la Historia*, Madrid, 2006.

38 Lo hizo en su famosa tetralogía, que se publicó entre 1962 y 1994. Eric Hobsbawm, *La era de la revolución, 1789-1848*, Barcelona, 1997; *La era del capital, 1848-1875*, Barcelona, 1998; *La era del imperio, 1875-1914*, Barcelona, 1998, e *Historia del siglo XX, 1914-1991*, Barcelona, 1995 (*N. del T.*: título este último que, en castellano, no sigue la secuencia original, que culmina con *The Age of Extremes: The Short Twentieth Century, 1914-1991*).

39 Véase el trabajo de los historiadores franceses Jean Aubin y Denys Lombard, quienes han explorado incansablemente estas cuestiones en el sur y el sudeste de Asia desde los años sesenta. Por ejemplo, en Jean Aubin y Denys Lombard (eds.), *Marchands et hommes d'affaires asiatiques dans l'océan Indien et la mer de Chine, XIII[e]-XX[e] siècle*, París, 1988.

40 Thomas Bender, «The Revolt against Enclosure: American History Opens Out to the World», en Gary W. Reichard y Ted Dickinson (eds.), *America on the World Stage: A Global Approach to U.S. History*, Urbana, pp. xiii-xxv.

subdisciplinares. La historia económica, en sus declinaciones marxista o liberal, se basa en tradiciones que nos exhortan a estudiar los entrelazamientos económicos entre naciones en los dos últimos siglos. El propio Karl Marx allanó el terreno en *El Capital,* que, en buena medida, es una historia de las conexiones económicas a principios del siglo XIX. Los historiadores y científicos sociales marxistas de finales de los años setenta iban por un camino parecido al investigar temas como el desarrollo desigual y el capitalismo periférico desde mediados del siglo XIX.[41] Algo que los historiadores actuales tienden a olvidar es que, hace solo unas pocas décadas, sus homólogos tenían que hablar con fluidez el lenguaje de los ciclos económicos, entendidos como las coyunturas comunes a los países que estaban integrados en la moderna economía capitalista. Aun si los ciclos de Kitchin, Juglar, Kuznets y Kondrátiev ya no son lo que fueron entre las décadas de los cincuenta y los setenta, todavía nos recuerdan ese aspecto de la historia económica.

A pesar de tales precedentes, la disciplina de la historia económica quedó atrapada en el vórtice de los datos, territorios y evaluaciones exclusivamente nacionales de los temas de estudio y sus resultados. La historia de los entrelazamientos económicos habrá podido proporcionar un hilo continuo en las páginas de periódicos estadounidenses especializados como el *Bulletin of the Business Historical Society* y, más adelante, el *Business History Review,* pero sus artículos han versado, casi siempre, sobre los entrelazamientos de la economía estadounidense con el resto del mundo. Un historiador estadounidense como Clark Spence empezó su carrera escribiendo un importante libro sobre las inversiones británicas en el oeste americano, pero con el tiempo terminó centrándose en la historia regional estadounidense.[42] El historiador británico Sidney Pollard, aficionado como era a seguir los caminos regionales de transmisión en su estudio de la Revolución Industrial, creyó necesario reintroducir el nacionalismo económico como un *deus ex machina,* y eso que había criticado con mucha dureza la perniciosa tendencia de sus colegas académicos a razonar «que los países

41 Samir Amin, *Desarrollo desigual. Ensayo sobre las formaciones sociales del capitalismo periférico,* Barcelona 1975 (ed. orig. francesa, 1973).

42 Clark C. Spence, *British Investments and the American Mining Frontier, 1860-1901,* Ithaca, 1958.

en el interior de sus fronteras políticas son las únicas unidades dentro de las cuales vale la pena considerar el proceso de industrialización».[43]

En otras provincias del reino académico, algunos estaban igualmente insatisfechos con el contenedor nacional, como los historiadores de la diplomacia, descontentos con la atención de su subdisciplina a los acuerdos y desacuerdos diplomáticos entre Gobiernos nacionales.[44] Algunos espíritus libres aprovecharon la oportunidad para surcar otros mares,[45] pero, por lo general, eso no impidió que el interés principal de la subdisciplina siguiera siendo el estudio de las políticas de poder, guerra y paz entre países. La conjunción de datos encuadrados nacionalmente y comunidades académicas encuadradas nacionalmente solía inducir a las comunidades subdisciplinares a definir su investigación dentro del contenedor seguro de las historias nacionales. Dirigirse a audiencias y horizontes nacionales era el camino más corto hacia las fuentes, el público, los lugares de trabajo, la financiación de las investigaciones y la legitimidad intelectual.

Fueron, sobre todo, inconformistas quienes pensaron de otro modo, ya fuera colectiva o individualmente. Así pues, la historia económica tuvo a trabajadores empíricos, oportunistas, calculadores y constructores de sistemas que también consideraron los entrelazamientos prácticos o sistémicos del mundo moderno.[46] Trabajar entre y a través de las unidades nacionales de análisis también era tentador para aquellos historiadores que

---

43 Sidney Pollard, *Peaceful Conquest: The Industrialisation of Europe, 1760-1970*, Oxford, 1981, p. VII (hay trad. castellana: *La conquista pacífica. La industrialización de Europa, 1760-1970*, Zaragoza, 1991); véase también Paul Bairoch, *Victoires et déboires. Histoire économique et sociale du monde du XVI^e siècle à nos jours*, París, 1997, 3 vols.

44 Pierre Renouvin y Jean-Baptiste Duroselle, *Introduction à l'histoire des relations internationales*, París, 1964, hicieron un llamamiento a estudiar las relaciones interpersonales y las *forces profondes* de las relaciones internacionales.

45 Brigitte Schroeder-Gudehus, «Challenge to Transnational Loyalties: International Scientific Organizations after the First World War», *Science Studies*, 3, 2, 1973, pp. 93-118.

46 Elizabeth Fox-Genovese y Eugene D. Genovese, *Fruits of Merchant Capital: Slavery and Bourgeois Property in the Rise and Expansion of Capitalism*, Nueva York 1983; A. J. H. Latham, *The International Economy and the Undeveloped World, 1865-1914*, Londres, 1978; Alexander Gerschenkron, *Economic Backwardness in Historical Perspective: A Book of Essays*, Cambridge, 1962; Immanuel Wallerstein, *El moderno sistema mundial*, Madrid, 2016, 4 vols. (ed. orig. americana, 1974-2011).

trataban de desbrozar un nuevo campo. Cuando se desarrollaron los nuevos intereses y las tendencias subdisciplinares, como la historia medioambiental en los ochenta, no aceptaron fácilmente que su jurisdicción se restringiera a las fronteras de los territorios nacionales,[47] aunque solo fuera porque tuvieron que subvertir el reparto del saber de las subdisciplinas consolidadas que sí acataban la especialización nacional.

Asimismo, algunos historiadores singulares trabajaron entre y a través de los marcos nacionales, sin preocuparse demasiado por encajar en el clima dominante. Las reflexiones de A. O. Lovejoy sobre la historia intelectual, que en 1948 subrayaron la necesidad de atender a la combinación y recombinación de «unidades-ideas», implicaban seguir las ideas independientemente de las fronteras nacionales o lingüísticas.[48] En 1959, el historiador de la literatura Claude Digeon mostró la simbiosis antagonista en la que vivieron las esferas de la alta cultura francesa y alemana entre 1870 y 1914.[49] A menudo, estos autores singulares permanecieron aislados, pero la perspectiva transnacional empezaba a aplicarse vigorosamente en los márgenes de las especialidades consolidadas de la historia contemporánea.

Esto sucedió con mayor frecuencia entre historiadores y en dominios periféricos con respecto a la corriente social e intelectualmente mayoritaria de la disciplina, como ocurrió con los orientalistas de finales del siglo XIX mencionados más arriba. En esas periferias, se observa una correspondencia entre la situación de los historiadores y la de los grupos que estudiaban: ambos tenían que buscar recursos fuera de sus comunidades nacionales.[50] Consideremos, por ejemplo, las historiografías de los movimientos femenino, obrero y negro en Estados Unidos. Sus historiadores tempranos a

---

47 Donald Worster, «World Without Borders: The Internationalizing of Environmental History», *Environmental Review*, 6, 2, 1982, pp. 8-13, y Donald Worster (ed.), *The Ends of the Earth: Perspectives on Modern Environmental History*, Cambridge, 1988.

48 Arthur O. Lovejoy, «The Historiography of Ideas», en Arthur O. Lovejoy, *Essays in the History of Ideas*, Baltimore, 1948, pp. 1-13; véase también George B. Sanson, *The Western World and Japan: A Study in the Interaction of European and Asiatic Cultures*, Nueva York, 1949.

49 Claude Digeon, *La Crise allemande de la pensée française, 1870-1914*, París, 1959.

50 Marilyn Lake, «Nationalist Historiography, Feminist Scholarship, and the Promise and Problems of New Transnational Histories: The Australian Case», *Journal of Women's History*, 19, 1, 2007, p. 183.

menudo fueron también activistas que estudiaron la historia de esos grupos y su lucha por la emancipación, porque entendieron la escritura de la historia como un elemento más en el camino hacia esa emancipación. Debido a que, durante mucho tiempo, la historia de esos grupos no fue central en los círculos de la historia académica, esos primeros historiadores tuvieron que apoyarse en otros historiadores comprometidos del exterior para entablar conversaciones y situar su objeto de estudio en el orden del día de las diversas historiografías nacionales. Los protagonistas históricos de los movimientos femenino, obrero y negro habían creado, además, comunidades de acción y convicción más allá de sus fronteras gracias a un lenguaje de sororidad y fraternidad que ayudaba a trascenderlas.

Estas fueron razones de peso para que los historiadores comprometidos prestaran atención a las actividades que desbordaban los límites nacionales. El interés en los recursos que los movimientos femeninos nacionales habían conseguido reunir a través de las fronteras nacionales a finales del siglo XIX y principios del XX estuvo, pues, presente desde bien pronto en la historia de las mujeres.[51] La preocupación por rastrear la solidaridad de clase y los contactos transfronterizos fue un aspecto perdurable en la historiografía de los movimientos obreros; entre otras cosas, por el papel duradero del «internacionalismo» en el lenguaje y la ideología del sindicalismo y el socialismo desde el «discurso a las clases obreras belgas» escrito por la London Working Men's Association en 1836.[52] Es significativo que los historiadores del movimiento obrero hicieran incursiones tempranas en temas que, más tarde, serían explorados en otros campos como la historia de las migraciones laborales.[53] Esta tendencia fue todavía más constante en el caso de los negros norteamericanos. Los intelectuales y académicos negros de finales del siglo XIX y principios del XX estaban deseosos de escribir la historia de la diáspora negra y del panafricanismo. W. E. B. Du Bois, Eric Williams, C. L. R. James

---

51 Johanna W. A. Naber, *Wegbereidsters*, Groninga, 1909. Véase Karen M. Offen, *European Feminisms, 1700-1950: A Political History*, Stanford, 2000, p. 6.

52 Para una evaluación de este patrón, véase Marcel van der Linden y Frits van Holthoon (eds.), *Internationalism in the Labour Movement, 1830-1940*, Leiden, 1988, 2 vols., esp. Marcel van der Linden, «Internationalism in the Labour Movement: Fragments of a Bibliography», vol. 2, pp. 624-654.

53 Ernesto Ragionieri, «Italiani all'estero ed emigrazione di lavoratori italiani: un tema di storia del movimento operaio», *Belfagor*, 17, 6, 1962, pp. 640-669.

y sus colegas tuvieron siempre un ojo puesto en los avatares pasados y presentes de esa historia y en la línea de color del mundo atlántico (y más allá). No solo estaban muy interesados en la evolución contemporánea de la diáspora negra, sino que también participaron en la lucha revolucionaria y emancipatoria en todo el mundo. Más tarde, algunos de los promotores de los «estudios negros» en los años setenta trataron a los africanos y a los descendientes de africanos como un mismo pueblo. Robin Kelley resume así la situación: «Muchos de los primeros participantes en el *Journal of Negro History* estaban tratando de escribir historia transnacional antes de que existiera tal terminología».[54] Es una aseveración que resulta igualmente válida para la historia de los movimientos femenino y obrero. Esta corriente de historia transnacional militante no se detuvo cuando lo transnacional se puso de moda. Las actividades actuales del Instituto Tepoztlán para la Historia Transnacional de las Américas, en México, dan fe de las virtualidades emancipatorias que cabe esperar del término «transnacional» en su línea historiográfica antiimperialista y anticolonial.[55]

Aunque limitada a momentos o nichos específicos de la investigación y la escritura históricas, esta breve exploración es sugerente. Tomar conciencia de esos tempranos intentos de configurar una perspectiva transnacional puede evitar que los actuales historiadores transnacionales crean que han inventado la rueda. También les proporciona una reserva de recursos intelectuales: temas, hipótesis, fuentes, métodos y puntos de vista, que no deben menospreciarse como arcaicos o superados. Esto es especialmente útil ahora que la corriente mayoritaria de la disciplina ha empezado a prestar cierta atención a lo que una vez fue el terreno de inconformistas, oportunistas e independientes.

Los historiadores contemporáneos se hacen transnacionales

El término «transnacional», la expresión «historia transnacional» y el abanico de cuestiones y preocupaciones que comprenden se han hecho familiares para la disciplina de la historia durante los últimos veinte años. Hasta entonces, los historiadores habían usado la palabra de forma aleato-

54 Robin D. G. Kelley, «"But a Local Phase of a World Problem": Black History's Global Vision, 1883-1950», *The Journal of American History*, 86, 3, 1999, pp. 1045-1077.

55 <https://www.tepoztlaninstitute.org/> (consultada en junio de 2019).

ria, a veces como sinónimo de «múltiples países» o de «regional»,[56] pero sin intentar nunca hacer de ella algo más que un adjetivo vagamente descriptivo. Muy pocos historiadores participaron activamente en el desarrollo léxico del término desde su aparición hace ciento setenta años. Excepto James Field, los historiadores no contribuyeron significativamente a ninguno de los talleres transnacionales que abrieron juristas, politólogos, antropólogos y sociólogos desde los años cincuenta hasta los primeros noventa.[57] A pesar del obvio interés de Arjun Appadurai y Carol Breckenridge en los procesos históricos y de que un historiador como Dipesh Chakrabarty colaboró regularmente con *Public Culture*, raramente se veía a historiadores entre los participantes en las primeras iniciativas del Center for Transnational Studies a finales de los ochenta y principios de los noventa.[58]

Los antropólogos de las migraciones tampoco parecen haber conectado con los historiadores al elaborar sus puntos de vista sobre el transnacionalismo. Y la ausencia de un debate interdisciplinar ha sido duradera. El *Transnational Studies Reader* (2008), el intento más resuelto de crear una investigación interdisciplinar y una conversación educativa e intelectual sobre la perspectiva transnacional, incluye una breve sección titulada «Perspectivas históricas».[59] Los textos de esa sección proceden de los sociólogos Lila Abu-Lughod y Howard Winant, el pionero de los estudios culturales Paul Gilroy y el historiador mundial William McNeill. Aunque allí se pretende sacar a la luz los «modos en que el mundo ha sido siempre transnacional», no se incluye —ni se da a entender que exista— ninguna contribución de historiadores que hayan hecho trabajo empírico sobre los entrelazamientos en la historia de la humanidad, ni siquiera de historiadores de las migraciones, la cultura, el comercio o la religión. ¿Es que acaso los historiadores somos redundantes o irrelevantes?

---

56 Un ejemplo es David H. Pinkney, «American Historians on the European Past», *The American Historical Review*, 86, 1, 1981, p. 19, pero pueden encontrarse muchos otros en distintos idiomas.

57 James A. Field, Jr., «Transnationalism and the New Tribe», en Robert O. Keohane y Joseph S. Nye, Jr. (eds.), «Transnational Relations and World Politics», pp. 353-372.

58 Prasenjit Duara, el historiador de la China contemporánea, fue uno de los pocos en hacer una contribución al grupo, pero la describe como «una intervención bastante breve» (correspondencia con el autor, noviembre de 2007).

59 Khagram y Levitt (eds.), *The Transnational Studies Reader*.

Si echamos un vistazo a las estanterías de las bibliotecas, los catálogos de las editoriales, los índices de las revistas, los tablones de anuncios o los programas de conferencias, parece que los historiadores sí han adoptado la perspectiva transnacional. En los últimos veinte años, cada vez más libros y artículos de historia contemporánea han mostrado su interés en lo que se halla entre las historias nacionales. Han aparecido bajo las etiquetas de historia «global», «internacional», «mundial», «transnacional», «conectada» o «entrecruzada», o bien han ignorado las etiquetas por completo. Sea como fuere, hoy son la primera fuente de información a la que debe acudir cualquier historiador contemporáneo que desee adoptar una perspectiva transnacional. ¿Cómo ha ocurrido esto?

De la mayor importancia fueron las discusiones en el seno y acerca de historiografías nacionales concretas, a las que se reprochó su fijación con lo nacional. La propia acuñación de la expresión «historia transnacional» tuvo lugar en ese contexto. Fue el historiador australiano Ian Tyrrell, especialista en Estados Unidos, quien usó el adjetivo y la locución varias veces en un artículo publicado en el foro de la *American Historical Review* en 1991.[60] El propósito de Tyrrell era tender una emboscada al provincianismo de la historia estadounidense y su piedra angular, el excepcionalismo, vale decir la idea de que las diferencias de Estados Unidos equivalen a una singularidad que hace de su historia un caso inconmensurable y espléndidamente aislado de la historia del resto del mundo.

Su veredicto quizá fuera demasiado severo o selectivo,[61] pero surtió efecto. Su acusación recibió, posteriormente, el respaldo de la Organization of American Historians a través de una serie de encuentros y seminarios dedicados a «la internacionalización de la historia estadounidense». Sus esfuerzos culminaron en el número especial de *The Journal of American History* de 1999, «The Nation and Beyond» («la nación y más allá»), y en

60 La expresión se la sugirió un revisor de su artículo, el historiador estadounidense Thomas Bender (correspondencia con el autor, noviembre de 2007).

61 Michael Adas, «From Settler Colony to Global Hegemon: Integrating the Exceptionalist Narrative of the American Experience into World History», *The American Historical Review*, 106, 5, 2001, pp. 1692-1720; Robert Gregg, «Making the World Safe for American History», en Burton (ed.), *After the Imperial Turn*, pp. 170-185.

un volumen colectivo publicado un año después.[62] Ensayos posteriores ofrecieron el resultado sintético de este intento de resituar la historia contemporánea de Estados Unidos dentro de un juego de interacciones con el mundo.[63] Interacciones las hubo también con otras historiografías nacionales, a pesar de que la discusión norteamericana estuvo abrumadoramente preocupada por la escritura de la propia historia. Algunos historiadores españoles contemporáneos, por ejemplo, se basaron en los recursos de sus colegas estadounidenses para considerar la posibilidad de delinear espacios narrativos y de investigación que no estuvieran limitados por la nación. En el taller que organizaron en 1997 y en la publicación resultante de un monográfico sobre *La historia transnacional,* se refirieron a los trabajos de Tyrrell y Thelen e invitaron a algunos participantes del proyecto Internationalisation of American History.[64] ¿Daba eso una pista de que la historia transnacional iba a ser otro producto *made in America* que conquistaría el mundo académico en el siglo xx?

La respuesta es negativa si consideramos que la preocupación de los historiadores españoles no era la historia estadounidense —ni la española, para el caso—. Los coordinadores del proyecto deseaban poner de relieve que hacerse transnacional tenía que ver con hacer historia para *todos los terrenos* en cuanto a temas, niveles de análisis (de lo micro a lo macro) y territorios (atravesando las unidades subnacionales y tomando en consideración situaciones regionales o globales).

Y la respuesta es también negativa si tenemos en cuenta otro lugar de referencia para el surgimiento de la terminología y la práctica de la historia transnacional: Alemania. El tirón de la *Transnationale Geschichte* debió buena parte de su éxito a su capacidad de inquietar el gran relato del *Sonderweg* («camino especial») alemán, que había dominado la historiografía

62 Thomas Bender (ed.), *Rethinking American History in a Global Age,* Berkeley, 2002.

63 Thomas Bender, *A Nation among Nations: America's Place in World History,* Nueva York, 2006; Ian Tyrrell, *Transnational Nation: United States History in Global Perspective since 1789,* Nueva York, 2007.

64 Carmen de la Guardia y Juan Pan-Montojo, «Reflexiones sobre una Historia Transnacional», *Studia historica. Historia contemporánea,* 16, 1998, pp. 9-31, número especial dedicado a «La historia transnacional». De hecho, puede ser el primer número especial de una revista histórica en usar la expresión «historia transnacional» en su título.

del país desde los años setenta. Este era uno de los objetivos intelectuales del experimentado historiador alemán Jürgen Kocka cuando inició la discusión en la sección de debate de la revista *Geschichte und Gesellschaft* en 2001.[65] De un modo análogo al de Estados Unidos, la *Transnationale Geschichte* era una llamada a resituar la historia contemporánea de Alemania y a desembarazarse de la fijación nacional derivada de la atención historiográfica al período de la dictadura nazi y sus raíces. Pero, entre ambas situaciones, había considerables diferencias[66] que nos ayudan a entender que los historiadores alemanes estaban lejos de imitar a sus homólogos estadounidenses al hacerse transnacionales. Por una parte, la *Transnationale Geschichte* sacó provecho de los diversos intentos previos de escapar del marco nacional por parte de los historiadores contemporáneos alemanes, cuyo ejemplo más notable fue la *Transfergeschichte*. Esta noción surgió a finales de los ochenta del estudio de las transferencias culturales entre Francia y Alemania,[67] pero no tardó en suscitar interés más allá de ese ámbito específico[68] y en provocar las discusiones con los historiadores comparatistas que están detrás del nacimiento de la *Transnationale Geschichte* (véase *supra* la introducción). Además, de nuevo a diferencia de Estados Unidos, la *Transnationale Geschichte* floreció en encuentros interdisciplinares. Es cierto que el momento transnacional de la historia contemporánea estadounidense mantuvo algunas conversaciones *ex post* con científicos sociales, pero, en el caso alemán, estas estuvieron presentes desde el principio.

AGORA, un programa de investigación del Wissenschaftskolleg (Instituto de Estudios Avanzados) de Berlín, fue el invernadero de la historia transnacional en Alemania. Respondiendo a la invitación de Jürgen Kocka y del sociólogo Wolf Lepenies, algunos jóvenes investigadores se reunieron entre 1998 y 2001 para entablar una fructífera conversación. Fue entonces

---

65 *Geschichte und Gesellschaft*, 27, 3, 2001, con una introducción de Kocka y contribuciones de Jürgen Osterhammel, Susanne-Sophia Spiliotis y Albert Wirtz. En números posteriores, se publicaron otras contribuciones en ese hilo.

66 Kiran Klaus Patel, «"Transnations" among "Transnations"? The Debate on Transnational History in the United States and Germany», *American Studies*, 53, 2009, pp. 451-472.

67 Espagne y Werner (eds.), *Transferts*.

68 Rudolf Muhs, Johannes Paulmann y Willibald Steinmetz (eds.), *Aneignung und Abwehr. Interkultureller Transfer zwischen Deutschland und Großbritannien im 19. Jahrhundert*, Bodenheim, 1998.

cuando la antropóloga Shalini Randeria expuso, por fin, algunas de sus ideas a Kocka y a jóvenes historiadores como Sebastian Conrad y sociólogos como la francesa Bénédicte Zimmermann. Randeria insistió en que el estudio de los procesos de interacción y mestizaje, lo que ella llamaba las «historias entrelazas de las modernidades desiguales», hacía posible considerar múltiples modernidades, prestar atención a procesos y pautas originales en las sociedades no occidentales y, en última instancia, evitar la concentración exclusiva de las ciencias sociales y las humanidades en la experiencia y las trayectorias históricas de Occidente.[69] AGORA tuvo múltiples resultados directos, empezando por el número de 2001 de *Geschichte und Gesellschaft* mencionado más arriba y los desarrollos ulteriores de Bénédicte Zimmermann y Michael Werner, que dieron con la *histoire croisée*.[70] Más ampliamente, su énfasis en el estudio de las interacciones y entrelazamientos pronto prendió. Si la *Transnationale Geschichte* cuajó como propuesta relativa a la historia alemana, no tardó en atraer a otros historiadores alemanes y europeos interesados en la historia contemporánea de Centroeuropa, China o el mundo atlántico y, en general, en patrones y objetos que existían entre y a través de países o regiones.[71]

A grandes rasgos, estas cristalizaciones nacionales eran actualizaciones singulares de una preocupación cada vez mayor por la historia contemporánea. La historia transnacional no «empezó» con el proyecto de internacionalizar la historia estadounidense o de desmantelar el *Sonderweg*. Antes bien, pertenecía al mismo *Zeitgeist* que había llamado la atención de los especialistas en estudios culturales o los antropólogos de las migraciones a finales de los años ochenta. Los historiadores contemporáneos aprovecharon el tirón de lo transnacional en un contexto en el que la «globalización» era la palabra clave de moda. En su introducción a *Globalization in World*

---

69 Shalini Randeria, «Geteilte Geschichte und verwobene Moderne», en Jörn Rüsen, Hanna Leitgeb y Norbert Jegelka (eds.), *Zukunftsentwürfe. Ideen für eine Kultur der Veränderung*, Fráncfort, 2000, pp. 87-96.

70 Michael Werner y Bénédicte Zimmermann, «Vergleich, Transfer, Verflechtung. Der Ansatz der *Histoire croisée* und die Herausforderung des Transnationalen», *Geschichte und Gesellschaft*, 28, 4, 2002, pp. 607-636.

71 Véase Sebastian Conrad y Jürgen Osterhammel (eds.), *Das Kaiserreich transnational. Deutschland in der Welt 1871-1914*, Gotinga, 2004, y Philipp Ther, «Beyond the Nation: The Relational Basis of a Comparative History of Germany and Europe», *Central European History*, 36, 1, 2003, pp. 45-73.

History, Antony Hopkins dijo con acierto que, «con pocas excepciones [...], los historiadores tienen todavía que participar, o incluso que reconocer, la materia».[72]

En efecto, sociólogos, antropólogos, economistas y politólogos habían estado debatiendo definiciones e interpretaciones desde comienzos de los noventa, cuando la globalización empezó a ser noticia de portada.[73] Los historiadores entraron en liza bastante tarde, especialmente los historiadores contemporáneos, y al principio solo como actores de reparto en discusiones acerca de la profundidad cronológica de la economía mundial integrada.[74] La historia transnacional —junto con la *historia global*, la *historia conectada* y el resurgimiento de la historia mundial— ha sido uno de sus intentos de adaptar esas discusiones a los modos y modas de la historia. Como de costumbre, el presente funcionó como un recurso heurístico: empujó a los historiadores a cuestionar el pasado para estudiar las interrelaciones e interconexiones que la literatura acerca de la globalización decía que eran nuevas y sin precedentes. Ese movimiento no solo explica el renacimiento de la historia mundial como metarrelato de un pasado global compuesto de procesos englobantes a escala planetaria. También hizo posible una línea de investigación que se originó en todo el mundo: una historia de la «movilidad y la movilización, del comercio y los comerciantes, de los migrantes y las diásporas, de los viajeros y la comunicación».[75]

Esa atmósfera también favoreció la confluencia de olas de largo alcance y llevó al surgimiento de nuevos programas de investigación que contribuyeron al éxito de la historia transnacional en los años noventa. Un ejemplo de esa convergencia fue el encuentro, en Estados Unidos, entre los historiadores de las migraciones y los de la diplomacia. Mientras la historia

---

72 Antony G. Hopkins, «Introduction: Globalization – An Agenda for Historians», en Antony G. Hopkins (ed.), *Globalization in World History*, Nueva York, 2002, p. 2.

73 David Held y Anthony McGrew, «Globalization», en Joel Krieger (ed.), *The Oxford Companion to Politics of the World*, Nueva York, 2001, pp. 324-327.

74 Jeffrey G. Williamson, «Globalization, Convergence, and History», *The Journal of Economic History*, 56, 2, 1996, pp. 277-306.

75 Michael Geyer y Charles Bright, «For a Unified History of the World in the Twentieth Century», *Radical History Review*, 39, 1987, pp. 69-91, y Michael Geyer y Charles Bright, «World History in a Global Age», *The American Historical Review*, 100, 4, 1995, pp. 1039-1040.

de las migraciones se había desarrollado en la estela de la historia social, la historia de la diplomacia había sido, de algún modo, el complemento intelectual de esta última en los años cincuenta y sesenta. Desde los noventa en adelante, sin embargo, ambas han llegado a compartir intereses debido a la común adopción de la perspectiva transnacional, algo que habría sido improbable veinte años atrás.[76]

Dicha intersección culminaba una larga tendencia en cada campo. Desde la década de los setenta, algunos historiadores de las migraciones se habían esforzado por rescatar su disciplina de la historia concreta de una nación (es decir, de la perspectiva de la emigración o la inmigración) y explicar cómo los migrantes viajaban y construían sus identidades y sus vidas a caballo entre distintos lugares. En lugar de centrarse en los puntos de partida y llegada, pues, lo hicieron en las trayectorias.[77] La historia de las migraciones se hizo, así, resueltamente multidisciplinar.[78] Los historiadores de las relaciones internacionales, por su parte, se habían volcado en cuestiones de género, raza y relaciones culturales, todo ello mientras Akira Iriye, Frank Ninkovich y otros impelían a sus colegas a incluir nuevos protagonistas y nuevas perspectivas en sus horizontes.[79] En los noventa, todo eso convergió en un aluvión de libros y artículos que llevó a la revista más importante del sector a afirmar que «las fuerzas transnacionales y sus elementos humanos son la materia de una nueva historia internacional y no

---

76 Dos libros que ponen de manifiesto este interés común son: Matthew Frye Jacobson, *Barbarian Virtues: The United States Encounters Foreign Peoples at Home and Abroad, 1876-1917*, Nueva York, 2000, y Donna R. Gabaccia, *Foreign Relations: American Immigration in Global Perspective*, Princeton, 2012.

77 Günter Moltmann (ed.), *Deutsche Amerikaauswanderung im 19. Jahrundert. Sozialgeschichtliche Beiträge*, Stuttgart, 1976; Gungwu Wang, *China and the Chinese Overseas*, Singapur, 1991, y Donna R. Gabaccia y Fraser M. Ottanelli (eds.), *Italian Workers of the World: Labor Migration and the Formation of Multiethnic States*, Urbana, 2001.

78 Jan Lucassen, Leo Lucassen y Patrick Manning, *Migration History in World History: Multidisciplinary Approaches*, Leiden, 2010, y Donna R. Gabaccia y Dirk Hoerder (eds.), *Connecting Seas and Connected Ocean Rims: Indian, Atlantic, and Pacific Oceans and China Seas Migrations from the 1830s to the 1930s*, Leiden, 2011.

79 Frank A. Ninkovich, *The Diplomacy of Ideas: U.S. Foreign Policy and Cultural Relations, 1938-1950*, Nueva York, 1981; Akira Iriye, *The Cold War in Asia: A Historical Introduction*, Nueva York, 1974, y Akira Iriye, «The Internationalization of History», *The American Historical Review*, 94, 1, 1989, pp. 1-10.

deben escapar a nuestra atención».[80] La atención al elemento migratorio de esas fuerzas acabó por unir a los historiadores de las relaciones internacionales y a los de las migraciones bajo la égida de la historia transnacional.

El estudio histórico de los imperios y la colonización ha sido otro ámbito cuya renovación ha estimulado el éxito de la perspectiva transnacional en los últimos veinte años. A finales de los ochenta, algunos historiadores de los imperios coloniales insuflaron nueva vida a la historia colonial, reuniendo a colonizadores, pueblos colonizados y territorios en un solo paquete analítico, mientras que el estudio de las conexiones entre las colonias y entre estas y las metrópolis había sido relegado a los márgenes de la corriente principal de la historia imperial.[81] Al tratar de leer la relación entre el imperio y la nación como un vínculo de mutua coproducción, y no solo de dominación, resistencia y filiación, los historiadores que contribuyeron a lo que más tarde se llamó «nueva historia imperial» se aventuraron a pensar «con y a través de la nación».[82] En otros casos, el cambio se produjo en interacción con historiadores de otras disciplinas. Ocurrió así, por ejemplo, con los historiadores de la religión y la política musulmanas, que participaron en el grupo «Muslim transnationalism», creado por el politólogo inglés James Piscatori y el antropólogo Dale Eickelman a finales de los ochenta.[83] En todos estos ejemplos, el uso de los términos «transnacional» e «historia transnacional» hizo posible abrir nuevas vías de investigación, iniciar nuevos debates y, por fin, dar un nombre a los múltiples estudios históricos que trabajaban entre y a través de marcos nacionales.

Conclusión

En 2005, una historiadora estadounidense especializada en la historia de la teoría y las categorías raciales del siglo xx escribió: «El interés en los

80 Michael Hogan, «The "Next Big Thing": The Future of Diplomatic History in a Global Age», *Diplomatic History*, 28, 1, 2004, p. 14.

81 Frederick Cooper y Ann L. Stoler, «Tensions of Empire: Colonial Control and Visions of Rule», *American Ethnologist*, 16, 4, 1989, pp. 609-621.

82 Burton (ed.), *After the Imperial Turn*.

83 Dale F. Eickelman y James Piscatori (eds.), *Muslim Travellers: Pilgrimage, Migration, and the Religious Imagination*, Londres, 1990.

enfoques transnacionales de la historia abarca hoy desde los más radicales a los más ortodoxos sectores de la profesión».[84] Micol Seigel hablaba, claro está, de la historia contemporánea bajo el hábito estadounidense y de su diagnóstico de un «giro transnacional». Los historiadores contemporáneos alemanes quizá habrían corroborado esa afirmación, pero otros de diferentes períodos o contextos disciplinares y nacionales la habrían tachado de prematura o irrelevante. En Europa, el idilio de los medievalistas y modernistas con el Estado nación fue siempre menos apasionado que el de los contemporaneistas, de modo que no necesitaban ninguna conversión ni giro. La idea misma de «giro» también es cuestionable si recordamos viejos ejemplos del interés de los historiadores contemporáneos por lo acontecido entre y a través de distintas entidades políticas y comunidades: hablar de «retorno» sería, quizá, más apropiado.* Y también hay contextos nacionales o subdisciplinares en los que no se muestra ningún interés en los enfoques transnacionales. En cualquier caso, el artículo de Seigel nos recuerda que la historia transnacional no es meramente sierva de la globalización, o una suerte de segundo abrazo del oso después del producido entre la historia y la nación. Su genealogía relaciona la historia transnacional con W. E. B. Du Bois, Eric Williams, C. L. R. James y Frantz Fanon. A sus ojos, los historiadores radicales son la punta de lanza de la historia transnacional; fueron «la movilidad y la resistencia ocasionadas por el colonialismo las que, traducidas por los intelectuales anticoloniales y poscoloniales, encendieron las llamas más candentes de los motores conducentes al giro transnacional».[85]

Como en el caso de Seigel y su programa emancipatorio y resistente, los historiadores tienen a menudo en mente metas y referencias concretas cuando afirman estar haciendo historia transnacional. Y sus planes pueden ser muy diferentes. Para algunos, la historia transnacional puede contribuir a las aspiraciones de «un solo mundo» que persiguieron personajes como Leften Stavros Stavrianos o Lucien Febvre. Este último, cuando participó

84 Micol Seigel, «Beyond Compare: Comparative Method after the Transnational Turn», *Radical History Review*, 91, 2005, p. 62.

* *N. del T.*: el autor juega aquí con la semejanza entre las palabras *turn* («giro») y *return* («retorno»).

85 *Ib.*, p. 63.

en el diseño de *La historia de la humanidad* de la Unesco, secundó el estudio de las conexiones, toda vez que «de esa imagen surgiría la idea de que las separaciones en el mundo son meras ilusiones, y de que la Tierra nunca deja de diversificarse, de enriquecerse, de fertilizarse mutuamente con corrientes de intercambios pacíficos».[86] Gran parte de la historia mundial, global y transnacional se ha escrito y sigue escribiéndose con ese objetivo.

Variaciones sobre el mismo motivo pueden hallarse en historiadores que anhelan un entendimiento mutuo pacífico, cuando no un futuro democrático cosmopolita a escala mundial, y en aquellos que tienen la esperanza de que los contextos nacionales alberguen una sociedad más multicultural.[87] En su reciente *A Nation among Nations,* Thomas Bender no esconde que su «objetivo cívico» al escribir una historia transnacional de Estados Unidos no es otro que «alentar y sostener una ciudadanía cosmopolita, cuyos miembros sean, a la vez, orgullosos patriotas y humildes ciudadanos del mundo».[88] A la inversa, más que como una narrativa unificadora, Arif Dirlik entiende la historia transnacional como una forma de desmontar las categorías occidentales y proceder a la provincialización de Europa, un paso subversivo más en el camino de la descolonización intelectual y la escritura de una historia posnacional.[89] Por su parte, muchos historiadores de las relaciones internacionales consideran que la historia transnacional es el estudio de los actores no estatales, en sintonía con las «relaciones transnacionales» de Nye y Keohane.[90] No es esa, en cambio, la posición de otros miembros de la disciplina, que sí toman en consideración la observación cruzada de las entidades políticas y las transferencias de políticas públicas.[91]

---

86 «Rapport de M. Lucien Febvre», mayo de 1949, citado por Duedahl, «Selling Mankind», p. 110.

87 Véanse, respectivamente, Akira Iriye, *Global Community: The Role of International Organizations in the Making of the Contemporary World,* Berkeley, 2002, y «The Nation and Beyond», número especial de *The Journal of American History.*

88 Bender, *A Nation among Nations,* p. 14.

89 Dirlik, «Performing the World», pp. 391-410.

90 Akira Iriye, *Global and Transnational History: The Past, Present, and Future,* Basingstoke, 2012, y Patricia Clavin, «Defining Transnationalism», *Contemporary European History,* 14, 4, 2005, pp. 421-439.

91 Rodgers, *Atlantic Crossings;* Kiran Klaus Patel, *Soldiers of Labor: Labor Service in Nazi Germany and New Deal America, 1933-1945,* Cambridge, 2005.

Los historiadores que adoptan una perspectiva transnacional no pueden, ciertamente, abrazar todas estas miras y definiciones distintas y contradictorias, pero necesitan ser conscientes de su existencia y situarse a sí mismos en relación con sus diversos contenidos y objetivos. Con todo, la historia es lo que hacen los historiadores, no las definiciones que ofrecen para explicar lo que deberían hacer. Este autor, y por tanto este libro, navegará entre las definiciones y los distintos significados, usos y no usos del concepto de «historia transnacional». Encontraremos el mapa de nuestra ruta en las tres «grandes cuestiones» que hacen de la historia transnacional un modo centrado en los problemas de investigar y escribir historia.

2
CONEXIONES

El microorganismo *Phytophthora infestans* no suele mencionarse como protagonista de la historia contemporánea, pese a que contribuyó decisivamente a enlazar lugares distintos y distantes a mediados del siglo XIX. Tras una estancia en Estados Unidos, viajó a Europa en 1845 y, hasta donde conocemos su pedigrí, sus orígenes están en Centroamérica. Bajo su hechizo, un destino común de necesidad y sufrimiento se abatió sobre diversas comunidades de Europa occidental en 1845 y 1846. Independientemente de afiliaciones nacionales, pero dependiendo de la composición de la dieta popular, el *Phytophthora infestans* ejerció presión sobre las instituciones de política social en numerosas ciudades y regiones. Provocó, por toda Europa, una atmósfera de malestar social y motines de subsistencias y afectó a los debates internaciones en torno al libre comercio. En el oeste y el sudoeste de Irlanda, en el pico de su actividad, no solo trajo la muerte de cerca de un millón de personas, sino que también aumentó la magnitud de una migración que había empezado un siglo atrás enviando en torno a dos millones de mujeres y hombres irlandeses a Inglaterra, Gales, Escocia, Estados Unidos, Canadá y Australia.[1]

1 Cormac Ó Gráda, Richard Paping y Eric Vanhaute (eds.), *When the Potato Failed: Causes and Effects of the «Last» European Subsistence Crisis, 1845-1850*, Turnhout, 2007.

Aunque es responsable del mildiu de la patata, el *Phytophthora infestans* resulta más familiar a los historiadores medioambientales que rastrean el impacto mutuo de los humanos y la biosfera que a los historiadores de las migraciones o de las políticas públicas. Y, sin embargo, mientras volaba con el viento desde Flandes, su cabeza de puente en Europa, se distinguió para captar la atención futura de los historiadores transnacionales, a quienes indica que no solo crean conexiones los seres humanos, sino también otros organismos vivos. Los humanos importan, pero también lo hacen los animales, los gérmenes, los objetos y las tecnologías. Por todo ello, en este capítulo nuestro viaje tendrá en cuenta tanto a los intermediarios humanos como a los no humanos.

Dicho esto, hay algunas advertencias previas que conviene hacer. La primera parece contraintuitiva: aunque de entrada tendemos a pensar en actores móviles, los conectores no siempre lo son. La imaginación transporta a las personas que leen libros, miran imágenes o escuchan historias sin moverse de su sitio. Los acuerdos y tratados no se mueven, pero crean distintos tipos de entrelazamientos. Los tratados de libre comercio del siglo XIX, o la política de puertas abiertas con respecto a China en 1899, introdujeron mercancías y bienes extranjeros en los mercados interiores; en 1975, la sección de derechos civiles de los Acuerdos de Helsinki creó una base legal para que comités de vigilancia supervisaran problemas relativos a los derechos humanos al este del Telón de Acero y, desde 1974, el Acuerdo Multifibras y sus cuotas impulsaron las inversiones de la industria textil hongkonesa en Tailandia, Malasia, Filipinas, China, Indonesia y Mauricio (cuya ventaja competitiva derivaba de su acceso a los mercados europeos gracias a otro acuerdo: la Convención de Lomé).

La esfera no humana incluye también un buen número de conectores inmóviles, como las condiciones lumínicas o higrométricas. Y no solo por su movilidad, sino por su escasez, las ballenas y otras especies migratorias han provocado la creación de alianzas y contraalianzas transfronterizas para explotarlas o protegerlas.[2] Debemos, pues, tener en mente que la movilidad depende de conectores estáticos: las guías para inmigrantes que informaban

2 D. Graham Burnett, *The Sounding of the Whale: Science & Cetaceans in the Twentieth Century*, Chicago, 2012.

o atraían a los candidatos a abandonar su país no se desplazaban, como tampoco lo hacen los oleoductos ni los ordenadores y algoritmos que hoy propulsan los motores de búsqueda en Internet. De hecho, el número y la huella de esos conectores inertes han crecido considerablemente a medida que la movilidad ha ido requiriendo más y mejores infraestructuras. A fin de cuentas, inmovilidad no es antónimo de conexión. Tanto como los migrantes que regresan con mayor o menor frecuencia, los familiares y amigos que permanecen son enlaces que llevan lo extranjero al corazón de lo propio al recibir remesas culturales y materiales en forma de bienes, estilos de vida o ideas que impregnan la vida cotidiana de la comunidad.[3]

La segunda advertencia es un prerrequisito: la capacidad de los conectores de crear, mantener, enredar y terminar las conexiones tiene que considerarse por partes según el tipo de conectores. Desde comienzos del siglo xx, la migración reproductiva del salmón del Pacífico ha creado un panorama de negociación y competencia entre autoridades locales, fábricas conserveras de salmón y sociedades de pesca a lo largo de la frontera entre Estados Unidos y Canadá,[4] pero la voluntad del salmón no es tan flexible como la de los emisarios humanos que viajaron por el mundo para difundir una causa sagrada o profana. La capacidad de adaptación también es variable: es más fácil romper un sistema de cables y tuberías que controlar los medios impresos o las ondas radiofónicas. Asimismo, los distintos tipos de transporte, como el caballo, el barco de vapor o el avión, no tienen el mismo poder de conexión en términos de velocidad, carga y predictibilidad. Los patrones de propagación de un germen son menos susceptibles de cambiar que el programa de una organización que trabaje para coordinar internacionalmente la acción política de la clase obrera. La solidez y el impacto de las conexiones deben valorarse de nuevo en cada caso.

La tercera advertencia tiene que ver con la contextualización detallada: los conectores no operan en el vacío. Por un lado, suelen formar parte de un sistema, ya se trate de un conjunto indeterminado de relaciones informales,

---

3 Para ejemplos llamativos, véase la novela de Carlo Levi, *Cristo se detuvo en Éboli*, Madrid, 2005 (ed. orig. italiana, 1945).

4 Joseph E. Taylor III, «The Historical Roots of Canadian-American Salmon Wars», en John M. Findlay y Ken S. Coates (eds.), *Parallel Destinies: Canadian-American Relations West of the Rockies*, Seattle, 2002, pp. 155-180.

ya de una organización estructurada. Su conectividad depende de los recursos de otros conectores, a los cuales estos están, a su vez, conectados. Por otro, su actividad extrae posibilidades, así como limitaciones, de conexiones pasadas. A mediados del siglo XIX, cada vez que un esclavo huido llegaba a Inglaterra y empezaba una gira de conferencias para captar fondos y apoyos para el movimiento antiesclavista en Estados Unidos, se beneficiaba del éxito de todos los otros que habían llegado antes y habían unido la causa de los obreros ingleses o irlandeses a la de los esclavos negros al otro lado del Atlántico.[5] Aun cuando realmente se crearon de nuevo durante los últimos doscientos o doscientos cincuenta años, los nexos estaban enredados en conexiones anteriores y el paisaje de posibilidades que estas habían creado. Los reformistas del islam de comienzos del siglo XX, en sus intentos de predicar por todo el mundo islámico, podían contar con los estudiantes que volvían a sus casas tras formarse en El Cairo, con los *hajjis* que regresaban del peregrinaje a La Meca, con los navegantes y comerciantes dispuestos a pasar de contrabando material impreso en su viaje de vuelta de Oriente Próximo al Sudeste Asiático y con miles de madrasas (escuelas religiosas).[6] Todas estas instancias existían desde hacía varios siglos, antes de que Muhammad Rashid Rida (1865-1935) tratara de revitalizar el islam a través de las comunidades musulmanas, y fueron los primeros recursos a los que recurrió en su empeño.[7]

Con estas cauciones en mente, podemos pasar ahora a investigar lo que se ha hecho acerca de cómo, cuándo, dónde y por qué las conexiones se tejieron y destejieron. Empecemos por las conexiones humanas.

Conexiones humanas

El papel de los individuos y grupos es, probablemente, el aspecto más estudiado del funcionamiento de las conexiones. Comerciantes y saquea-

---

5 R. J. M. Blackett, *Building an Antislavery Wall: Black Americans in the Atlantic Abolitionist Movement, 1830-1860*, Baton Rouge, 1983.

6 Anthony Reid, «Nineteenth Century Pan-Islam in Indonesia and Malaysia», *The Journal of Asian Studies*, 26, 2, 1967, pp. 267-283.

7 Stéphane A. Dudoignon, Komatsu Hisao y Kosugi Yasushi (eds.), *Intellectuals in the Modern Islamic World: Transmission, Transformation and Communication*, Londres, 2006.

dores, navegantes y guerreros, migrantes y vagabundos, artistas y científicos acuden rápido a la mente por su capacidad de enlazar las distintas comunidades y sociedades que incluyen en sus viajes, operaciones y horizontes. Los historiadores de la Edad Moderna llevan aquí la batuta, con una gran abundancia de estudios sobre estas cuestiones.[8] *The Brokered World,* una reciente recopilación de ensayos escritos por historiadores de la Edad Moderna que se centra en los mediadores en la producción y circulación del conocimiento, ofrece pistas e indicaciones útiles para organizar el estudio de los conectores humanos.[9] Los participantes en el volumen insisten en el aspecto beligerante del funcionamiento de las conexiones tanto como en los aspectos de intercambio: conectar está lejos de ser una actividad pacífica y bienintencionada, un hecho que los contemporaneístas tendemos a olvidar por nuestra visión positiva de las conexiones, como hemos visto en el capítulo anterior.

Además, *The Brokered World* abarca el Atlántico Norte y Sur, el Pacífico, el Imperio británico y las regiones luso-brasileñas. En general, los exponentes de la historia contemporánea están muy lejos de esa situación en la que los investigadores de un dominio, como los estudios religiosos, se reúnen para construir un marco común para analizar el papel de los intermediarios en el islam, las iglesias protestantes y el mundo católico en la producción y diseminación del saber religioso entre y a través de comunidades y sociedades durante los últimos doscientos años aproximadamente. *Religious internationals,* una colección publicada en 2012, es la primera en su género.[10] Gran parte de la investigación histórica contemporánea sobre conexiones e intermediarios se ha producido dentro de espacios geográficos o temáticos relativamente estrechos y especializados, y es desconocida para los historiadores de otros temas o regiones.

Los historiadores de la Edad Moderna también nos incitan a llenar algunos de los huecos más profundos en la investigación histórica de los últimos doscientos años. Nosotros, los historiadores contemporáneos, he-

8 Pierre-Yves Beaurepaire y Patrick Pourchasse (eds.), *Les Circulations internationales en Europe: années 1680-années 1780,* Rennes, 2010.

9 Schaffer *et al.* (eds.), *The Brokered World.*

10 Abigail Green y Vincent Viaene (eds.), *Religious Internationals in the Modern World: Globalization and Faith Communities since 1750,* Basingstoke, 2012.

mos dedicado la mayor parte de nuestra atención a obtener perfiles de intermediarios, ya pertenecieran estos a las élites gobernantes como autores, hombres de negocios o políticos, o a las élites rebeldes como revolucionarios, piratas o activistas. Cecil Rhodes y Jean Monnet contra Marcus Garvey y Mahatma Gandhi, por decirlo así. Sanjay Subrahmanyam, en cambio, ha reconstruido el trabajo de pequeños burócratas, mercenarios a la deriva y renegados sin suerte en su extenso trabajo sobre Asia del Sur entre los siglos XVI y XVIII.[11] Y Linda Colley, cuyo estudio sobre británicos corrientes encarcelados se extiende a través de las épocas moderna y contemporánea, también nos incita a ensanchar nuestro horizonte al ponderar el poder de las autobiografías de sus protagonistas para dar forma a la percepción del otro y a la concepción de la «britanicidad».[12]

Pero los conectores no son presa fácil para los historiadores. Los intermediarios, mediadores y brókeres vivían y operaban en los intersticios de las grandes construcciones sociales y políticas. De resultas, sus huellas escapan a menudo al corpus de fuentes primarias publicadas o no con el que nosotros, los historiadores (contemporáneos), hemos aprendido a trabajar. El productor cinematográfico James Dixon Williams (1877-1934), si hacemos caso de las historias nacionales de la industria del cine, es una figura secundaria. La importancia de sus innovaciones en las prácticas comerciales solo sale a la luz cuando se reconstruyen su trayectoria y sus operaciones en Canadá, Gran Bretaña, Australia y Estados Unidos.[13] La tarea es incluso más complicada cuando los intermediarios están implicados en actividades transfronterizas relacionadas con el contrabando, el comercio de productos falsificados o el transporte de material político subversivo. Entonces deben perseguirse siguiendo estrategias investigadoras todavía más tenaces e ingeniosas.[14] Otra

---

11 Subrahmanyam, *Explorations in Connected History*.

12 Linda Colley, *Captives: Britain, Empire, and the World, 1600-1850*, Londres, 2005.

13 Jill Matthews, «Modern Nomads and National Film History: The Multi-Continental Career of J.D. William», en Ann Curthoys y Marilyn Lake (eds.), *Connected Worlds: History in Transnational Perspective*, Canberra, 2005, pp. 157-169.

14 Tagliacozzo, *Secret Trades, Porous Borders*; Christophe Bulté, «Approche économique du secteur de la contrefaçon à Bruxelles (1814-1852)», *Cahiers du Cédic*, 2-4, 2003, pp. 3-78, disponible en <https://www2.ulb.ac.be/philo/cedic/cahiers/2-4/3-78_Bulte.pdf> (consultada en julio de 2019); Wolfgang Eichwede, «Archipel Samizdat», en Wolfgang Eichwede (ed.), *Samizdat. Alternative Kultur in Zentral- und Osteuropa, die 60er bis 80er Jahre*, Bremen, 2000, pp. 8-19.

dificultad tiene que ver con que muchos de esos brókeres operaban no solo entre entidades políticas, sociedades y comunidades, sino también a través de campos y dominios distintos. En su retrato del «cosmopolitismo de color» del intelectual Cedric Dover, Nico Slate demuestra que Dover no solo reunió las energías de la «gente de color sometida» contra el colonialismo y la opresión racial entre las décadas de los veinte y los cincuenta.[15] También entretejió la ciencia, las artes y la literatura con su política de «racismo antirracista».

Ante semejante capacidad de eludir la clasificación según el lugar, el ámbito o la profesión, los historiadores han sabido encontrar formas de enmarcar estos personajes y explicar su manera de actuar. Recientemente, los historiadores y científicos sociales que estudian las migraciones, el comercio y los movimientos sociales han incrementado nuestro conocimiento de los intermediarios modestos, ya sean estos refugiados reasentados, migrantes comunes, trabajadores transfronterizos, misionarios, mercenarios, activistas o comerciantes. Sobre estos últimos, podemos aprender de los estudios sobre las aventuras comerciales de los mercaderes de Shikarpur y Hyderabad en el siglo XIX y sobre las actividades de las «hormigas de la globalización» de Afganistán y el Mediterráneo, esos intermediarios indispensables en el comercio euroasiático legal y no tan legal a finales del siglo XIX y principios del XX.[16] La siguiente sección se apoya en esos estudios para desarrollar sus incursiones en la vida y los saberes de los conectores desde tres lugares privilegiados de observación: las situaciones, los papeles y los *circuitos*.

Situaciones

El viaje, el comercio y el traslado son las tres situaciones que usaremos para sopesar los límites y posibilidades de hacer y deshacer conexiones. Evidentemente, están lejos de ser las únicas que crean las condiciones para que los individuos actúen como conectores, pero son suficientemente dis-

15 Nico Slate, «A Colored Cosmopolitanism: Cedric Dover's Reading of the Afro-Asian World», en Sugata Bose y Kris Manjapra (eds.), *Cosmopolitan Thought Zones: South Asia and the Global Circulation of Ideas*, Basingstoke, 2010, pp. 213-235.

16 Claude Markovits, *The Global World of Indian Merchants, 1750-1947: Traders of Sind from Bukhara to Panama*, Cambridge, 2000; Alain Tarrius, *La Remontée des Sud. Afghans et Marocains en Europe méridionale*, Éditions de l'Aube, 2007.

tintas para darnos pistas acerca de cómo el estudio de las conexiones puede contribuir a las «grandes cuestiones» de la historia transnacional.

Hablar hoy de viaje nos remite al turismo, especialmente en la forma masiva en que ha emergido o se ha generalizado desde la década de 1860, los tempranos intentos de Thomas Cook de vender excursiones en grupo a la clase media británica para descubrir Gran Bretaña, primero, y poco después Suiza, Tierra Santa, Egipto o Jerusalén; destinos estos últimos que nos indican hasta qué punto el turismo se vendía como un viaje estético y espiritual a los albores de la civilización, o a los de la religión, de un modo no muy distinto a como hoy lo hacen los espectáculos de «autenticidad» que tratan de convencernos de que presenciar algunas danzas rituales nos conecta con las «genuinas» África, Italia o Bali.[17] La industria turística se ha dedicado a vender este tipo de situaciones para conectarnos a otros lugares y épocas. Pero el turismo es también un asunto de políticas públicas. En este caso, los historiadores transnacionales se interesan por la capacidad del turismo de crear un vínculo cultural, político o económico entre un lugar y el resto del mundo. Esta dimensión generó tensiones en los regímenes políticos autárquicos del siglo XX,[18] aunque las esperanzas de romper el aislamiento diplomático, ganar prestigio y atraer divisas fuertes a menudo se sobrepusieron a los prejuicios políticos. La España de Franco se abrió al turismo masivo a finales de los cincuenta, a pesar del deseo de aislar a la sociedad española de las influencias extranjeras y del desdén de algún ministro: «¿Para qué queríamos que fueran cuatro extranjeros a enseñarnos los pelos de las piernas?».[19]

Pero el turismo solo es una versión del viaje. Científicos, activistas o trabajadores, por nombrar solo a unos pocos, también se han desplazado a través de las fronteras durante los últimos doscientos años. El viaje es un acto complejo en el que los protagonistas (y su elenco de apoyo, desde la

17 Edward M. Bruner, *Culture on Tour: Ethnographies of Travel*, Chicago, 2005.

18 Semmens, «"Tourism and Autarky are Conceptually Incompatible": International Tourism Conferences in the Third Reich», en Eric G. E. Zuelow (ed.), *Touring Beyond the Nation: A Transnational Approach to European Tourism History*, Farnham, 2011, pp. 195-214.

19 Sasha D. Pack, *La invasión pacífica: los turistas y la España de Franco*, Madrid, 2009, p. 75.

familia hasta las compañías de transporte) actúan como intermediarios en todas las etapas, desde la preparación hasta el vídeo del viaje, ya sea este público o privado. En cada fase, los viajeros entablan o se unen a una discusión sobre las características, posiciones y funciones de los lugares que visitan por diversión, trabajo, negocio o iluminación espiritual; el vínculo también consiste en comparar «casa» con «afuera».

Todo esto hace que el viaje sea un lugar propicio para los historiadores transnacionales, como un tema por sí mismo o un elemento de una narrativa más amplia. En este último caso, proporciona un hilo a lo largo del cual cobra vida la historia de las conexiones, desvelando la acción de los actores. Los viajes de misionarias, tanto si se quedan en un lugar como si recorren el mundo, revelan así su capacidad de mediar entre Estados Unidos y los lugares que trataron de emplazar bajo su «imperio moral».[20] Un conjunto de casos extraídos del estudio de la región del océano Índico por Sugata Bose demuestra los beneficios que puede acarrear el estudio del viaje y los viajeros.[21] El análisis de los viajeros indios (soldados, capitalistas, peregrinos, trabajadores, poetas...) transmite meridianamente el mensaje de que el océano Índico no dejó de ser un ruedo interregional en el siglo XIX y a comienzos del XX, a pesar del poder coactivo del dominio británico y el capitalismo a gran escala. El énfasis de Bose en el *hach* —la peregrinación a los lugares sagrados del islam en La Meca y Medina— resalta a individuos concretos como el *muallim* o *mutawwif* (un guía y proveedor de servicios), un personaje central del *hach* que actúa como intermediario entre un grupo de peregrinos de similar origen y los lugares que visitan. El viaje fue también crucial para la articulación de pensamientos y conceptos. Así ocurrió con Rabindranath Tagore (1861-1941), cuyos viajes entre 1916 y 1930 contribuyeron a forjar sus ideas sobre la nación y su concepción de la misión universal de la India.

El comercio, con sus diversos agentes humanos, constituye otra situación en la que se pueden examinar las conexiones. Los comerciantes crearon o mantuvieron lazos entre lugares distantes al encargar, transportar,

---

20 Ian Tyrrell, *Woman's World/Woman's Empire: The Woman's Christian Temperance Union in International Perspective, 1800-1930*, Chapel Hill, 1991, cap. 5, e Ian Tyrrell, *Reforming the World: The Creation of America's Moral Empire*, Princeton, 2010, cap. 2.

21 Bose, *A Hundred Horizons*, caps. 3 y 7.

poner precio, promocionar y vender productos procedentes de distintas culturas materiales. Lo hicieron en forma de grandes compañías comerciales o empresas familiares, de la economía del bazar que caracterizaba al comercio del océano Índico, o de las diversas versiones de venta ambulante comunitaria (vendedores de los Alpes franceses en México desde comienzos del siglo XIX, libaneses cristianos y musulmanes en las Américas desde comienzos del XX, vendedores muridíes en Europa en la actualidad), y lo hicieron a través de las múltiples funciones que conlleva el comercio (desde la provisión naval hasta el pago).

Recientemente, los estudios sobre el comercio de los dos últimos siglos han hecho mucho por ampliar nuestros horizontes más allá del Atlántico o el Mediterráneo, posiblemente las cuencas comerciales más estudiadas del mundo. Desde este punto de vista, el trabajo de Ghislaine Lydon sobre el comercio transahariano en África occidental es revelador, puesto que no solo presenta a los caravaneros en su papel de comerciantes, sino también a hombres de leyes islámicos (cadíes y muftíes) que procuraban la mediación legal que hacía posible las transacciones.[22] Esta «economía financiera de la fe» expuesta por Lydon es un recordatorio de que las conexiones se basan en convenciones y reglas, especialmente en un espacio disputado entre diferentes autoridades (España, Francia y Marruecos).

El comercio y los comerciantes del océano Índico también han sido recientemente objeto de atención, lo cual ha arrojado luz sobre un buen número de intermediarios: individuos, familias y comunidades urbanas y regionales, entre ellos. Tales estudios subrayan que es esencial abordar los detalles de las situaciones comerciales para documentar en qué medida los comerciantes pueden contribuir a involucrar lugares distantes. Siguiendo a los miembros de la casta bania, un grupo hindú y jainista de comerciantes de Guyarat, se observa que su éxito tuvo que ver con su capacidad de ajustar el suministro de los tejedores de Jambusar en Guyarat a una estimación de la demanda en los mercados de África centroriental y sudoriental —lo que hoy es Mozambique—.[23] A ello siguió un dominio en ese mercado

22 Lydon, *On Trans-Saharan Trails.*

23 Pedro Machado, «Awash in a Sea of Cloth: Guyarat, Africa, and the Western Indian Ocean, 1300-1800», en Prasannan Parthasarathi y Giorgio Riello (eds.), *The Spinning World: A Global History of Cotton Textiles, 1200-1850,* Oxford, 2008, pp. 161-179.

hasta la década de 1830 basado en siglos de experiencia comercial en la región, mecanismos flexibles de adquisición y un contacto continuado con los centros comerciales de la costa y el valle del Zambeze. Estar en medio fue la clave.

Miles de comerciantes de distintas comunidades de la península indostánica apostaron a la misma carta en África oriental. Desde mediados del siglo XIX, usaron la condición del océano Índico bajo dominio británico como «Mare Nostrum» para expandir su antigua presencia comercial en la región. A medida que la implantación de sus pequeñas tiendas se extendía más allá de la región costera, se convirtieron en intermediarios imprescindibles del comercio hacia y dentro de la región, ligado a productos indios hasta tal punto que la rupia era moneda corriente en muchos lugares costeros y del interior.[24] Los oficiales británicos planearon aprovechar esta intermediación para fortalecer el Imperio, con los indios como intermediarios entre europeos y africanos en la construcción racial de la región. Esta fue una de las razones que estuvieron detrás del intento de atraer a la migración india al África sudoriental británica que, durante un tiempo, cautivó la imaginación de diversos funcionarios imperiales británicos y que, a su vez, se interpretó como una muestra de la capacidad mediadora atribuida al traslado, la última de nuestras tres situaciones.

El traslado desempeñó un papel en la propia definición de algunas comunidades nacionales: los *krios* y los *saros*, como eran llamados los esclavos retornados de Brasil, estandarizaron la lengua yoruba en Lagos durante el siglo XIX, sobre todo cuando tradujeron la Biblia del inglés.[25] Más adelante, estos grupos afrobrasileños hicieron grandes contribuciones al nacionalismo cultural y a las primeras élites nacionales de Dahomey (hoy, Benín), Togo y Nigeria después de la independencia. Al centrar su atención en el modo en el que los migrantes vivían entre distintos lugares receptores y emisores, los historiadores de la migración mostraron el abanico completo del trabajo conectivo que hacían las poblaciones trasladadas.

---

24 Thomas R. Metcalf, *Imperial Connections: India in the Indian Ocean Arena, 1860-1920*, Berkeley, 2008, esp. cap. 6.

25 Silke Strickrodt, «"Afro-Brazilians" of the Western Slave Coast in the Nineteenth Century», en José C. Curto y Paul E. Lovejoy (eds.), *Enslaving Connections: Changing Cultures of Africa and Brazil during the Era of Slavery*, Nueva York, 2004, pp. 213-244.

Gracias a los múltiples vínculos afectivos, económicos y políticos que mantenían con China, los chinoamericanos fueron capaces de lanzar o sostener proyectos políticos y económicos en ambos países, creando así un espacio intermedio que generó «momentos diaspóricos» como el boicot de productos americanos en China que tuvo lugar en 1905 como reacción a la legislación estadounidense contra la migración china, o como la ola de inversiones que los chinoamericanos protagonizaron tras las reformas económicas de Deng Xiaoping en los años ochenta.[26] La situación de estos migrantes trasladados a un nuevo lugar generó múltiples vínculos con su país natal, desde el comercio de productos chinos en una dirección y los flujos de remesas en la otra hasta inversiones excepcionales como el ferrocarril que el taishanés retornado Chen Yixi construyó en la región del delta del río de las Perlas desde 1904.[27]

Otras situaciones de traslado, más limitadas en el tiempo, el espacio o su alcance, también se apoyaron en la creación y el mantenimiento de vínculos con el país de origen. Las comunidades de exiliados políticos trataron incansablemente de encarnar el espíritu «genuino» de su nación real o soñada ante la audiencia extranjera, sobre todo para abrir canales de movilización a favor de su causa. Este fue un aspecto crucial de la actividad de los franceses libres en Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial, de los nacionalistas cameruneses en su base de operaciones en Ghana a mediados de los cincuenta, o de las diferentes oleadas de exiliados que pautaron la historia política de la construcción nacional en los siglos XIX y XX.[28] En general, las conexiones nacidas de la migración dieron forma a ideas políticas a través de los canales del «nacionalismo a larga distancia».[29]

---

26 Yong Chen, *Chinese San Francisco, 1850-1943: A Trans-Pacific Community*, Stanford, 2000.

27 Madeline Y. Hsu, *Dreaming of Gold, Dreaming of Home: Transnationalism and Migration between the United States and South China, 1882-1943*, Stanford, 2000.

28 Emmanuelle Loyer, *Paris à New York. Intellectuels et artistes français en exil (1940-1947)*, París, 2005; Meredith Terretta, «Cameroonian Nationalists Go Global: From Fontainebleau to a Pan-African Accra», *The Journal of African History*, 51, 2, 2010, pp. 189-212; Ingrid Fey y Karen Racine (eds.), *Strange Pilgrimages: Exile, Travel, and National Identity in Latin America, 1800-1900s*, Wilmington, 2000.

29 Benedict Anderson, «Long Distance Nationalism», en Benedict Anderson, *The Spectre of Comparisons: Nationalism, Southeast Asia, and the World*, Londres, 1998, pp. 58-74.

La experiencia de los soldados, policías, comerciantes, trabajadores del ferrocarril, burócratas y siervos por contrato en las regiones bajo control británico en Oriente Próximo, Asia del Sur y África oriental fue utilizada como estímulo de la acción por parte de activistas antiimperialistas indios. Estos dejaron constancia de su situación en diarios de viaje, cuadernos y la prensa: el traslado generó las condiciones para impugnar la necesidad de ser trasladado.[30]

El viaje, el comercio y el traslado son «sitios» en un sentido metafórico, pero las conexiones sí ocurrieron en lugares concretos. «Tierras medias»,* según la expresión de Richard White, son aquellos lugares de conflicto y encuentros, el locus donde las conexiones se tejen y destejen entre entidades políticas y sociedades.[31] No es necesario que tales lugares sean extensas regiones como los Grandes Lagos americanos a los que alude White. Un restaurante en Mánchester también puede proporcionar al historiador una observación gratificante.[32] Sitios así empezaron a llamar más la atención en los años noventa, que Charles Bright y Michael Geyer calificaron como momento de «preparación».[33] También fue entonces cuando algunos historiadores se inspiraron en nociones desarrolladas en otras disciplinas, como las «zonas de contacto» de la especialista en literatura Mary Louise Pratt o los «espacios intersticiales» del antropólogo Homi Bhabha.[34] El resultado fue el marcado énfasis en las diásporas y las zonas fronterizas como lugares donde la fricción definía y redefinía las identidades nacionales, pero también en el hibridismo y el mestizaje** como conse-

30 Además de Metcalf, véase también Isabel Hofmeyr, «Gandhi's Printing Press: Indian Ocean Print Cultures and Cosmopolitanisms», en Bose y Manjapra (eds.), *Cosmopolitan Thought Zones*, pp. 112-130.

* *N. del T.:* la expresión *middle ground* significa también «punto» o «término medio» o «terreno neutral», pero aquí se ha optado por verterla como «tierra media», en homenaje a Tolkien y su *Middle-earth*.

31 Richard White, *The Middle Ground: Indians, Empires, and Republics in the Great Lakes Region, 1650-1815*, Cambridge, 1991.

32 John McLeod, «A Night at "The Cosmopolitan". Axes of Transnational Encounter in the 1930s and 1940s», *Interventions*, 4, 1, 2002, pp. 53-67.

33 Geyer y Bright, «World History in a Global Age», p. 1039.

34 Mary Louise Pratt, *Ojos imperiales: literatura de viajes y transculturación*, Buenos Aires, 2010, y Homi K. Bhabha, *El lugar de la cultura*, Buenos Aires, 2002.

** *N. del T.:* en castellano en el original.

cuencias de esas fricciones.[35] Una de las cuestiones discutidas en la creciente bibliografía académica sobre la materia ha sido si la mayoría de edad de los Estados nacionales, con sus aparatos de normas y controles, ha destruido esas tierras medias y disminuido la cantidad de situaciones en las que los intermediarios pueden florecer.

El hecho de que bienes y personas fueran cada vez más identificados, rastreados, escudriñados, controlados y etiquetados en función de sus orígenes y preocupaciones nacionales también creó nuevos estímulos para las conexiones y nuevas oportunidades para los conectores. Las fronteras son uno de los lugares físicos, políticos y sociales donde se materializaron esos estímulos y oportunidades. Eric Tagliacozzo ha mostrado que el desarrollo de una frontera de 3000 kilómetros entre los imperios británico y alemán en el sudeste asiático durante el siglo XIX estableció las condiciones óptimas para que los contrabandistas pudieran prosperar, puesto que ellos ofrecían las vías más baratas de traspasar esas fronteras.[36] Este comercio «sumergido» o ilícito se aprovechó, pues, de todos los intentos que hicieron los Estados nación coloniales de fortalecer su capacidad de control político, monopolio comercial e imposición. Las propias autoridades estatales establecieron nuevas conexiones para controlar a los contrabandistas, así como a las fuerzas revolucionarias que desafiaban las fronteras nacionales: los vínculos que republicanos, anarquistas, nacionalistas irlandeses o comunistas trenzaron a través de las fronteras estatales crearon paisajes comunes de ansiedad y represión que se tradujeron en la cooperación policial entre los Estados germánicos europeos en el siglo XIX y evolucionaron hacia tentativas de organización planetaria.[37]

Así pues, el establecimiento de los Estados nacionales no arruinó el negocio de las conexiones entre entidades políticas y sociedades: más bien

---

35 Serge Gruzinski, *El pensamiento mestizo. Cultura amerindia y civilización del Renacimiento*, Barcelona, 2000.

36 Tagliacozzo, *Secret Trades, Porous Borders*.

37 Wolfram Siemann, *»Deutschlands Ruhe, Sicherheit und Ordnung«: Die Anfänge der politischen Polizei 1806-1866*, Tubinga, 1985; Jonathan Gantt, *Irish Terrorism in the Atlantic Community, 1865-1922*, Basingstoke, 2010, y Cyrille Fijnaut, «The International Criminal Police Commission and the Fight against Communism, 1923-1945», en Mark Mazower (ed.), *The Policing of Politics in the Twentieth Century: Historical Perspectives*, Providence, 1997, pp. 107-128.

le dio un nuevo ímpetu, si pensamos en el tráfico de armas, munición, suministros o narcóticos que los movimientos nacionalistas promovieron desde comienzos del siglo XIX. En las situaciones más extremas, los conectores humanos hallaron formas de evadir los planes de cercado. Incluso el corrimiento del telón de acero tras la Segunda Guerra Mundial generó sus propios intermediarios entre los bloques soviético y occidental. Artistas, científicos y gente común transportaron ideas, imágenes y bienes.[38] Muchos de ellos constituían una especie de agentes dobles, como por ejemplo los camioneros búlgaros. Cuando viajaban al extranjero, estos eran emisarios oficiosos de las sociedades comunistas y sus logros, pero, de regreso, llevaban consigo relatos, imágenes (el catálogo de la empresa textil alemana Neckermann se volvió imprescindible) y productos del otro lado que apuntalaban en Bulgaria la visión mítica de Occidente.[39] Si nosotros, los historiadores, somos capaces de apreciar esta relación complementaria entre la cristalización de sociedades y entidades políticas bien delimitadas y el desarrollo de conexiones entre y a través de esas unidades, entonces tendremos en nuestras manos los elementos que nos permitirán valorar el ritmo, la intensidad, el auge y la caída de las interconexiones entre entidades políticas y sociedades: una cuestión axial para *historizar* lo que se ha dado en llamar *globalización*.

Papeles

Estas y otras situaciones presentaron inconvenientes y ofrecieron oportunidades para que individuos o instituciones adoptaran papeles concretos y desarrollaran mediaciones específicas entre comunidades, entidades políticas y sociedades. La capacidad de compatibilizar distintos papeles parece haber sido de cierta importancia a la hora de convertirse en un intermediario reconocido y exitoso, pero la especialización también dio sus frutos. Los diplomáticos, en principio altamente especializados, no fueron meros mediadores en la negociación y los ajustes del orden mundial. Algunos de ellos aprovecharon sus estancias en el extranjero para transmitir la atmósfera del

38 Sobre los cruces ilegales cotidianos, véase Edith Sheffer, *Burned Bridge: How East and West Germans Made the Iron Curtain*, Nueva York, 2011.

39 Emilia Karaboéva, «Les visages invisibles de la vie quotidienne: le cas des camionneurs internationaux de la Bulgarie (1956-1989)», *Divinatio*, 27, 2008, pp. 179-193.

país de destino a la literatura del país de origen, como hizo Stendhal entre Italia y Francia, o para formar parte de la República de las Letras —piénsese en Pablo Neruda, Carlos Fuentes o Miguel Ángel Asturias.

Incluso los diplomáticos más modestos desempeñaron diversos papeles, sobre todo en tiempos o lugares donde la diplomacia estaba lejos de ser el reino exclusivo de los especialistas nacionales. En general, el servicio consular era un dominio mixto en el que los intereses privados se mezclaban con los imperativos de la representación nacional. Los comerciantes nativos aportaban la mayor parte del personal consular que los británicos necesitaban para representar su imperio en Arabia y Persia en el siglo XIX,[40] una situación que se reprodujo en otros países en esas y otras regiones hasta bien entrado el siglo XX, y que ha llegado hasta hoy. De resultas, los intereses diplomáticos y comerciales estaban indisolublemente mezclados y los intermediarios ajustaban con destreza sus lealtades (en el siglo XIX, los dragomanes del Mediterráneo fueron expertos en este juego).[41]

En líneas generales, la mayor visibilidad de un papel particular no debería distraer nuestra atención de la multiplicidad de roles que pueden desempeñar los individuos o los grupos. Los artistas indios del círculo de Tagore que recibieron visitas de artistas japoneses a principios del siglo XX no solamente «importaron» el estilo del pincel y la tinta, sino que se apropiaron de las características técnicas y el poder simbólico del diseño japonés para ilustrar la posibilidad de una esfera artística asiática.[42] Su figura principal, Nandalal Bose (1882-1966), también se inspiró en su propio viaje a Japón, que documentó en esbozos, fotografías y una colección de estampados, postales y biografías de pintores japoneses. El visitado fue

---

40 James Onley, «Britain's Native Agents in Arabia and Persia in the Nineteenth Century», *Comparative Studies of South Asia, Africa and the Middle East*, 24, 1, 2004, pp. 129-137.

41 Bernard Heyberger y Chantal Verdeil (eds.), *Hommes de l'entre-deux. Parcours individuels et portraits de groupes sur la frontière de la Méditerranée (XVIe-XXe siècle)*, París, 2009.

42 Mark Frost, «"That Great Ocean of Idealism": Calcutta, the Tagore Circle and the Idea of Asia, 1900-1920», en Shanti Moorthy y Ashraf Jamal (eds.), *Indian Ocean Studies: Cultural, Social and Political Perspectives*, Londres, 2009, pp. 251-279. Una versión revisada puede leerse en línea aquí: <https://iseas.edu.sg/images/pdf/nsc_working_paper_series_3.pdf> (consultada en julio de 2019).

también visitante, el artista también coleccionista, el importador también creador. Esta multiplicidad salta a la vista cuando los historiadores escarban en la vida de los intermediarios individuales con determinación y los siguen en sus variadas facetas y a través de fuentes diversas, como ha hecho Roger Levine en el caso que sigue.[43]

Jan Tzatzoe (1792-1868), hijo de un rey xhosa educado por la Sociedad Misionera de Londres, sirvió como intérprete al primer misionero que se aventuró más allá de la Colonia del Cabo en 1816. Pero Tzatzoe hizo algo más que traducir durante las negociaciones diplomáticas y las conversaciones religiosas. Puso los términos del encuentro religioso entre los xhosa y el cristianismo al predicar el Evangelio y, por tanto, estar en disposición de elegir las palabras que traducían las nociones evangélicas. También condujo las negociaciones en nombre de los misioneros, pues era el único capaz de evaluar las expectativas e intereses de las partes (los jefes xhosa, los misioneros y el Gobierno colonial). Tzatzoe sumó otros papeles a su repertorio: trabajó para otros misioneros británicos y alemanes, tradujo textos bíblicos y viajó a Gran Bretaña para testificar ante la comisión parlamentaria sobre los aborígenes y enseñar al público inglés. En cuanto a su papel en las guerras Xhosa, es demasiado complejo para resumirlo en pocas palabras. De este ejemplo, como del de los diplomáticos, emerge un arco de papeles, con fronteras difusas entre ellos, y un conjunto de intermediarios que, sucesiva o simultáneamente, ocupan distintas posiciones en ese arco.

Una de las tentaciones más irresistibles de los historiadores que estudian a intermediarios individuales y colectivos es, usando una analogía procedente del mundo de los negocios y el comercio, clasificarlos como «importadores» o «exportadores». Los estudios más pormenorizados nos alertan contra la observancia estricta de esas dos categorías. Desde la segunda mitad del siglo XIX, la empresa hongkonesa Jinshan Zhuang [Comerciantes de las Montañas Doradas] suministró comida y bienes a las comunidades chinas de California y Australia, pero también se encargó de transportar cartas, dinero e información de las familias emigradas hacia

43 Roger S. Levine, *A Living Man from Africa: Jan Tzatzoe, Xhosa Chief and Missionary, and the Making of Nineteenth-Century South Africa*, New Haven, 2010.

China.[44] Más aún, desde la década de 1880 hasta la de los cuarenta ofrecía crédito y cuentas de ahorro, así como un conjunto de servicios para los emigrantes legales e ilegales. Si segmentamos este proceso en compartimentos separados llamados «importadores» o «exportadores», nos alejamos de aquello que anima su capacidad única de conectar y enlazar entidades políticas y sociedades, lo que nos impedirá ver entre qué sociedades y entidades políticas median y comprender el contenido y la importancia de la mediación.

El libro de Daniel Rodgers sobre los visitantes progresistas estadounidenses a Europa desde la década de 1870 hasta 1945 arroja una lección similar.[45] Al seleccionar y filtrar las políticas sociales europeas en la esfera pública estadounidense, estos peregrinos del progresismo parecen actuar como «importadores», esforzándose por apropiarse de las políticas sociales para cambiar el *statu quo* en su país. Ahora bien, al ser la comparación con Estados Unidos su principal preocupación durante sus viajes de observación al extranjero, en sus publicaciones y su ulterior trabajo como asesores políticos o administradores, también presentaron las situaciones y soluciones americanas a sus compañeros o adversarios europeos, quienes, a su vez, usaron esas referencias en sus propias batallas. Estos dos patrones de comportamiento están en el origen de algunas controversias noratlánticas en las que los progresistas estadounidenses y otros intermediarios —a menudo, sus informadores— llevaron consigo ideas, conceptos y propuestas de un lado para otro. Ese fue el caso, notoriamente, de la discusión acerca de la propiedad municipal del agua, la electricidad, el gas y las infraestructuras de transporte a principios del siglo XX.[46] Y, cuando los acontecimientos volvieron las tornas, como ocurrió con la Primera Guerra Mundial y la movilización de las élites progresistas por las labores de socorro en Europa, los importadores se convirtieron en exportadores. Roles como estos no son categorías, sino posiciones que se adoptan para alcanzar unos objetivos. Esto es una advertencia frente a la tentación de establecer tipologías bas-

44 Madeline Hsu, «Trading with Gold Mountain: *Jinshanzhuang* and Networks of Kinship and Native Place», en Sucheng Chan (ed.), *Chinese American Transnationalism: The Flow of People, Resources, and Ideas between China and America during the Exclusion Era*, Filadelfia, 2006, pp. 22-33.

45 Rodgers, *Atlantic Crossings*.

46 *Ib.*, cap. 4.

das en una distinción rígida de los papeles y de forzar la inclusión de los intermediarios en solo una de ellas.

Circuitos

«Solo conecta». El epígrafe de *Howards End*, la novela de E. M. Forster, podría ser un lema adecuado para todos aquellos que se han esforzado por establecer vínculos entre entidades políticas y comunidades en los últimos doscientos años. Debe añadirse, eso sí, que con las conexiones vienen las desconexiones, y que algunas conexiones singulares pueden formar parte de tramas organizadas de vínculos. Por seguir con los partidarios estadounidenses de las políticas sociales, sus adversarios no estaban solos en su deseo de distanciar la escena estadounidense de los referentes europeos en esa materia: los propios progresistas se echaron atrás cuando el viento cambió. Ante su fracaso vendiendo seguros médicos de tipo alemán y el escaso atractivo de los modelos europeos entre el público norteamericano, desde la década de los treinta la American Association for Labor Legislation abandonó su argumento de «tomar prestado de la vieja Europa». Las conmociones de la Segunda Guerra Mundial, argumenta Rodgers, contribuyeron al renacimiento del fénix del excepcionalismo americano y alejaron la Norteamérica progresista de su perspectiva atlántica. Aun así, el vínculo no se rompió del todo, sino que más bien se redefinió: durante las décadas siguientes, las discusiones y las políticas públicas en Europa y otras regiones del mundo estuvieron marcadas por las referencias americanas en la gran disputa de la Guerra Fría.[47] Se formó otro *circuito*. El estudio de este y otros circuitos desvela el trabajo de los actores implicados en su creación y su funcionamiento (o en la lucha por destruir circuitos abiertos por otros), y obliga a los historiadores a reconocer que los intermediarios son parte intrínseca de los sistemas de intermediación.

Tales sistemas pueden ser grandes. Durante la Guerra Fría, el Gobierno de la Unión Soviética instaló sus propios circuitos en el entonces llamado tercer mundo, basados en la ayuda militar, el asesoramiento político y la asistencia técnica y comercial. Aunque probablemente estén sesgadas, las

47 *Ib.*, caps. 10 y 11.

cifras de la CIA causan impresión. En 1978, dejan constancia de cerca de setenta mil técnicos económicos soviéticos trabajando en el tercer mundo (además de doce mil asesores cubanos) y cerca de cincuenta mil estudiantes y técnicos tercermundistas formados en la Unión Soviética y los países del bloque del Este.[48] Estos últimos estaban llamados a ser los intermediarios encargados de mover estructuras políticas, económicas y técnicas entre distintas entidades políticas y sociedades. Una publicación reciente nos ayuda a entender el contenido de tales circuitos a través del caso de la relación entre la China comunista y la Unión Soviética.[49] Desde 1921, y con intensidades, contenido y dirección cambiantes, ese circuito fue una enorme aventura con patrocinio gubernamental que implicó un intenso tráfico de obras, textos, dinero, personas, ideas y tecnologías, así como una continua observación cruzada entre los dos gigantes. La apuesta era elevada: alcanzar el éxito del comunismo en ambos países y definir la forma del comunismo universal. Ese circuito es muy relevante para nosotros, porque incluye una gran desconexión: la ruptura chino-soviética de 1960, derivada de las crecientes divergencias políticas, que cortó los flujos de formación y asesorías. Con todo, este vínculo persistió en términos de interés mutuo, con autoridades y especialistas en ambos países que mostraban una curiosidad recíproca. Ni siquiera la desaparición de una de las partes puso fin a la observación cruzada: la caída de la URSS ha sido, desde entonces, un tema de estudio en numerosos programas oficiales de investigación chinos. Este caso demuestra que los circuitos deben estudiarse a largo plazo para captar tanto sus interrupciones como su capacidad de renovarse y perdurar.

La firmeza de estos circuitos burocráticos masivos no debe escapársenos. Tampoco que los circuitos no siempre son sistemas complejos y confusos como, por ejemplo, los tramados para esconder la evasión fiscal o el lavado de dinero a través de una catarata de cuentas bancarias y sociedades en centros financieros extraterritoriales o paraísos fiscales.[50] Los interme-

---

48 Robert H. Donaldson (ed.), *The Soviet Union in the Third World: Successes and Failures*, Boulder, 1981, pp. 336 y ss.

49 Thomas P. Bernstein y Hua-yu Li (eds.), *China Learns from the Soviet Union, 1949-Present*, Lanham, 2010.

50 Mark P. Hampton y Jason P. Abbott (eds.), *Offshore Finance Centres and Tax Havens: The Rise of Global Capital*, West Lafayette, 1999, y Ronen Palan, *The Offshore World: Sovereign Markets, Virtual Places, and Nomad Millionaires*, Ithaca, 2003.

diarios también operan en infraestructuras ajustadas asentadas en la inventiva. Las mujeres francomarroquíes que viven hoy en Francia y visitan a sus familiares en Marruecos durante las vacaciones de verano no precisan de sofisticadas logísticas para incrementar sus recursos simbólicos y financieros. Cuando viajan, llevan consigo bienes en ambos sentidos, para regalarlos a sus parientes o venderlos a vecinos y conocidos: los sistemas existentes de parentesco y transporte son cuanto necesitan movilizar para crear el circuito.[51]

Parte del trabajo de la historia transnacional consiste en revelar este uso discreto de los circuitos existentes y desenredar los originales circuitos que los individuos han trazado para que las conexiones marchen. Las mujeres de la «primera ola» del feminismo, activas entre los años treinta y sesenta del siglo XIX, establecieron un circuito a través de Norteamérica, Gran Bretaña y la Europa continental: mantenían correspondencia entre sí, publicaban sus respectivos manifiestos, se traducían, distribuían sus respectivas publicaciones, se leían los discursos antes de las asambleas, cruzaban océanos para asistir a convenciones, visitaban a sus hermanas y, en ocasiones, incluso participaron en revoluciones juntas.[52] Una de ellas, la cuáquera Anne Knight (1786-1862), desarrolló toda una parafernalia de folletos, pegatinas, volantes y carteles que enviaba a sus corresponsales para multiplicar las conexiones. Crear este circuito de papel y viajes no fue una tarea menor, aun teniendo en cuenta que esos fueron también los años en que el correo a un penique abarató y facilitó la correspondencia internacional y el vapor redujo los tiempos de transporte.

La menor firmeza de los circuitos creados gracias al compromiso individual no significa que fueran menos duraderos que aquellos generados por las burocracias gubernamentales. Al repasar la vida de la familia Chang, cuyos miembros se movieron de acá para allá entre la provincia de Cantón y California de 1915 a 1950, Haiming Liu muestra que tales circuitos

51 Saâdia Elhariri, «Les Marocaines au cœur d'un nouveau circuit d'échanges marchands: entre ici et là-bas», *Revue européenne des migrations internationales*, 19, 1, 2003, pp. 223-232.

52 Bonnie S. Anderson, *Joyous Greetings: The First International Women's Movement, 1830-1860*, Oxford, 2000.

pueden durar décadas.[53] La migración de los Chang, sugiere Liu, «no fue una aventura individual, sino una elección racional basada en las aspiraciones de progreso social»: el circuito de cartas, periódicos, remesas y estancias personales permitió a los Chang alcanzar sus objetivos y vivir entre dos mundos durante décadas, desafiando los proyectos de control y las burocracias de los Estados nacionales.

Los pequeños circuitos, además, podían convertirse en grandes estructuras formales. El Comité Comunista de Correspondencia que Marx y Engels crearon en Bruselas a principios de 1846 pretendía sistematizar los vínculos entre un puñado de socialistas alemanes, franceses e ingleses, pero se convirtió en una de las plataformas de las que surgió el movimiento socialista internacional. Al otro lado de la división de clases, el ingeniero británico Charles Le Maistre (1874-1953) predicó a favor de la estandarización técnica y el consenso voluntario para fijar estándares internacionales en Gran Bretaña, Europa y el mundo desde 1906 hasta 1953; ayudó a crear organismos nacionales de normalización y a levantar la Organización Internacional de Normalización (conocida por la abreviación ISO), de la que fue uno de sus primeros secretarios.[54] Aquellos a quienes los sociólogos John Braithwaite y Peter Drahos llamaron «vendedores de modelos» en el campo de la regulación empresarial a finales del siglo XX se beneficiaron, precisamente, de su ubicuidad en múltiples foros, organizaciones y publicaciones.[55] Eso es exactamente lo que el estudio de los circuitos nos permite comprender: ¿cómo introducen los intermediarios ideas o bienes en distintos lugares y entornos? Frederick Cooper estaba en lo cierto cuando sugirió que los historiadores debían historizar la globalización: el análisis minucioso de los circuitos es lo que hace posible recuperar la capacidad de acción de aquellos que vivieron entre y a través de comunidades, sortear la vaguedad de los argumentos acerca de la «influencia» de lo extranjero en lo propio y diseccionar el

---

53 Haiming Liu, *The Transnational History of a Chinese Family: Immigrant Letters, Family Business, and Reverse Migration*, New Brunswick, 2005.

54 JoAnne Yates y Craig N. Murphy, «Charles Le Maistre: Entrepreneur in International Standardization», *Entreprises et Histoire*, 5, 2008, pp. 10-27.

55 John Braithwaite y Peter Drahos, *Global Business Regulation*, Cambridge, 2000, pp. 588-590.

funcionamiento real de los procesos de integración y desintegración.[56] Tomar en consideración los intermediarios no humanos nos ayudará a completar nuestra exploración de las sendas desbrozadas por el estudio de las conexiones.

Conexiones no humanas

En 1869, el estadounidense W. C. Gardenhire recorrió las islas Fiyi, en el Pacífico Sur. De regreso a San Francisco, exhibió (y vendió) a personas y artefactos nativos en una «Exposición de caníbales de Fiyi».[57] Tenedores y cuchillos supuestamente usados para comer carne humana y una gran cantidad de armas fueron fundamentales en su intento de transmitir una visión concreta de Fiyi a los visitantes. En 1875, Anatole von Hügel llegó a las mismas islas y decidió empezar una «colección etnológica» con fines científicos. Dos exposiciones internacionales en Sídney y Melbourne en 1879 y 1881 incluyeron una sección sobre «Recursos y progreso en Fiyi» que exhibía ropa, alfombrillas y cerámica para demostrar el efecto positivo de la idea de imperio en una población de nativos salvajes. La visión ofrecida era distinta en cada caso, pero en ambos se dio a los objetos el papel de mediadores entre su lugar de origen y la audiencia extranjera. Evidentemente, fueron personas quienes seleccionaron, coleccionaron, vendieron y admiraron esos objetos, pero fue a las *cosas* a las que se atribuyó la capacidad de unir y distinguir los mundos de los colonizados y los colonizadores.

Los historiadores no han soslayado el estudio de la cultura material en el pasado, pero, cuando se trata de objetos que crean vínculos entre entidades políticas y sociedades, tenemos mucho que ganar siguiendo los pasos de los antropólogos. Podemos inspirarnos en Nicholas Thomas, como también en los pioneros Margaret Mead y Bronisław Malinowski —que investigaron la práctica del *potlatch* (don o regalo) entre las tribus americanas del Pacífico Norte y el intercambio *kula* en Papúa Nueva Guinea, res-

56 Frederick Cooper, «What is the Concept of Globalization Good For? An African Historian's Perspective», *African Affairs*, 100, 399, 2001, pp. 189-213.

57 Nicholas Thomas, *Entangled Objects: Exchange, Material Culture, and Colonialism in the Pacific*, Cambridge (Massachusetts), 1991.

pectivamente— o en los antropólogos que han puesto el acento en la «biografía de las cosas».[58] Aun así, en esta sección no debería bastar con tener en cuenta la capacidad conectiva de las cosas, los artefactos o las máquinas. Otros intermediarios no humanos han contribuido a crear y deshacer vínculos entre entidades políticas y sociedades humanas en los últimos doscientos años aproximadamente: animales, plantas, gérmenes, elementos naturales de la biosfera y la atmósfera también han generado situaciones, problemas y soluciones entre y a través de comunidades.

El cambio climático y el modo en que se evalúa, discute y aborda en grupos de activistas y gobiernos como una amenaza planetaria; los medios impresos (libros, revistas, periódicos...) y su capacidad de movilizar mentes y energías a través de las fronteras; el sistema interconectado de satélites y ordenadores que se ha convertido en la base indispensable de la vida cotidiana en muchas partes del mundo cuando las personas navegan por Internet, sacan dinero de un cajero, conducen con la ayuda de un GPS o envían mensajes de texto desde sus teléfonos móviles gracias al GSM (sistema global para las comunicaciones móviles): todo esto nos viene inmediatamente a la cabeza cuando tratamos de pensar en los intermediarios no humanos que actualmente operan a lo largo y a través de países, difuminan la distinción entre lo propio y lo ajeno y contribuyen a integrar lugares distintos en un espacio discontinuo. Este capítulo se apoyará en una muestra de ese tipo de intermediarios, cuyo papel puede ser menos visible, para invitar a los lectores a pensar acerca del amplio abanico de cosas y elementos naturales que crean conexiones.

Objetos

En las primeras páginas de *Dominance by Design*, el historiador estadounidense Michael Adas cuenta cómo, mientras obligaba a Japón a abrirse al comercio con Estados Unidos en 1854, el comodoro Matthew Perry (1794-1858) llevó y exhibió una plétora de objetos, incluyendo un tren en

58 Ruth Benedict, *Patterns of Culture*, Boston, 1934; Bronisław Malinowski, «Kula: the Circulating Exchange of Valuables in the Archipelagoes of Eastern New Guinea», *Man*, 20, 1920, pp. 97-105, y Arjun Appadurai (ed.), *The Social Life of Things: Commodities in Cultural Perspective*, Londres, 1986.

miniatura, relojes y maquinaria agrícola.[59] Perry confiaba en ellos para transmitir la imagen del poderío estadounidense. Ciertamente, los objetos tecnológicamente sofisticados pueden crear conexiones. La combinación de ordenadores, diseño, digitalización y transmisión de datos a alta velocidad reorganizó las cadenas industriales de suministro con la adopción del *sistema de producción modular* en los sectores textil y electrónico a finales de los noventa. La impresión 3D (también conocida como «fabricación aditiva») puede llevar esta reorganización un paso más allá. La máquina parlante y las grabaciones musicales de principios del siglo XX, junto con los televisores y equipos de radio que las siguieron, también dan fe de la capacidad conectiva de las máquinas.[60]

Pero también los objetos relativamente simples contribuyen a conectar lugares distintos y distantes: en 1929, un peregrino indio a La Meca se sintió consternado al descubrir que incluso las camas y las alfombras de oración eran importadas de países no musulmanes. Estos objetos encarnaban el vínculo entre los mundos europeo y musulmán que, a ojos de aquel observador, humillaban a todos los musulmanes.[61] Algunas acciones políticas importantes, como las campañas contra los bienes extranjeros, resultaron del rechazo causado por vínculos similares en torno a mercancías comunes, empezando por los boicots al azúcar y el algodón producidos por mano de obra esclava en la década de 1830. Asimismo, otros objetos no tecnológicos representan lugares distintos y distantes a través de los efectos y las sensaciones que causan en sus usuarios. Una versión lujosa de estos últimos es el arte nativo americano y africano que, desde la década de los treinta —y con mayor intensidad durante su exilio americano—, los surrealistas europeos coleccionaron por su capacidad de conectarlos con una tierra mítica hermanada con sus concepciones de la poesía.[62] De toda la panoplia de posibilidades, he elegido unos pocos objetos cuya invocación nos invitará a considerar diversos tipos de conexiones.

---

59 Michael Adas, *Dominance by Design: Technological Imperatives and America's Civilizing Mission*, Cambridge (Massachusetts), 2006.

60 Karl Miller, «Talking Machine World: Selling the Local in the Global Music Industry, 1900-1920», en A. G. Hopkins (ed.), *Global History: Interactions between the Universal and the Local*, Nueva York, 2006, pp. 160-190.

61 Bose, *A Hundred Horizons*, cap. 6, p. 228.

62 Steven Harris, *Surrealist Art and Thought in the 1930s: Art, Politics, and the Psyche*, Cambridge, 2004.

Nuestro primer objeto tiene la capacidad material de hacer posibles las conexiones y, como tal, representa toda una familia que incluye el mapa y el cronómetro marino. Se trata de la pequeña pieza de metal en forma de ele que puede encontrarse en el bolsillo de muchos auxiliares de operaciones del tren en toda Europa. La creación de esta «llave de Berna», pues así se llama, fue uno de los resultados de la conferencia internacional del ferrocarril que se celebró en la ciudad homónima en 1886. En el programa de la conferencia estaba la armonización del material rodante y el ancho de vía, así como de las condiciones de acceso a los vagones. La llave de Berna fue la respuesta a este último problema. Con una de sus extremidades, podían abrirse las cerraduras de los vagones de la mayoría de las empresas ferroviarias de Hungría, Alemania, Austria, Italia y Suiza; con la otra, las puertas del material rodante de las principales empresas francesas y algunas de las italianas. Aunque era un objeto sencillo y poco sofisticado, la llave permitió establecer una conexión más fluida en las fronteras para el transporte de mercancías.[63]

Pero conectar objetos no solo contribuyó a transportar a personas y bienes. El tanque de aguas de lastre, que empezó a usarse en la década de 1880, ha sido y sigue siendo un vínculo entre diferentes ecosistemas. Junto con el agua que unos barcos cada vez más grandes cargan y descargan, viajan organismos marinos (peces, mariscos, crustáceos, algas...), o sencillamente agua con diferentes salinidades, que causan alteraciones en muchos sistemas ecológicos.[64]

Los objetos del segundo tipo son aquellos que tienen la capacidad de crear conexiones más allá del momento y el lugar precisos en que están presentes, así como de asentar una prolongada interdependencia. Se trata de objetos de alta tecnología que requieren mantenimiento y, a menudo, el complemento de una amplia gama de otros objetos (piezas de repuesto) y recursos inmateriales (conocimiento, técnicas, normas...). El armamento es un buen ejemplo de este efecto dominó. Cuando una armada compra un buque de guerra, nuevo o usado (las armadas brasileña y argentina

63 George Ribeill, «Aux origines de l'utopie du réseau ferroviaire européen intégré», *Histoire et Sociétés*, 21, 2007, pp. 44-59.

64 Sue Matthews y Kobie Brand, *South America Invaded: The Growing Danger of Invasive Alien Species*, Ciudad del Cabo, 2005.

compraron algunos barcos británicos y estadounidenses tras la Segunda Guerra Mundial), también necesita una gran cantidad de objetos grandes y pequeños para aprovisionarlo y mantenerlo, como el muelle flotante que Brasil compró a Gran Bretaña para reparar el acorazado de segunda mano *Minas Gerais* a principios del siglo XX.[65] Cuando Kuwait adquirió aviones de reacción estadounidenses a finales de los ochenta, también tuvo que comprar estándares dimensionales, eléctricos, espaciales o temporales certificados por la Armada de Estados Unidos, sin los cuales los aviones habrían sido «tan inútiles como si no hubiera pista de aterrizaje».[66] Comprar nuevo armamento es también, para un ejército, el comienzo de vínculos duraderos que no solo incluyen la munición, sino también asesores militares para entrenar a los soldados para usarla y reorganizar el Ejército para obtener el mejor rendimiento. Los objetos crean vínculos más allá de su mera materialidad.

Los objetos del tercer tipo son aquellos que admiten variaciones y apropiaciones, que conducen tanto a la integración como a la diferenciación. Un ejemplo son los tambores *bàtá* que se usaban en el culto Changó del Imperio oyo, el Estado yoruba que ocupó lo que hoy es el oeste y el norte de Nigeria y se desintegró entre las décadas de 1810 y 1830. Los tambores (y muchos otros objetos) unían diversas comunidades de esclavos en Brasil, Trinidad y Cuba con sus tierras natales en África occidental.[67] Pero su apariencia —así como sus usos musicales y religiosos— variaba en cada lugar. La historia del consumo está repleta de objetos similares. Están disponibles en muchos lugares y, por tanto, llevan aparejada una especie de mancha universal, pero han sido los vectores de apropiación que los usuarios han elegido al tratar de marcar estilos propios o adoptar maneras extranjeras. Este último punto lo ponen de manifiesto las élites gobernantes y co-

65 David Edgerton, *The Shock of the Old: Technology and Global History since 1900*, Londres, 2006, p. 93 (hay trad. castellana: *Innovación y tradición. Historia de la tecnología moderna*, Barcelona, 2007).

66 Joseph O'Connell, «Metrology: The Creation of Universality by the Circulation of Particulars», *Social Studies of Science*, 23, 1, 1993, p. 164.

67 Henry B. Lovejoy, «Drums of Ṣàngó: Bàtá Drums and the Symbolic Reestablishment of Oyọ in Colonial Cuba, c. 1817-1867», en Joel E. Tishken, Toyin Falola y Akíntúndé Akínyẹmí (eds.), *Ṣàngó in Africa and the African Diaspora*, Bloomington, pp. 284-308.

merciales de la ciudad de Mutsamudu —situada en la isla de Anjuán, en el canal de Mozambique— durante el siglo XIX. Sus miembros demostraron ser «maestros en similitud» al usar formas y bienes británicos para afirmar su lealtad (no solicitada) a la corona y mejorar su situación como comerciantes, dirigentes y aventureros, abriéndose paso entre las grietas y los prejuicios del orgullo imperial británico. Los habitantes de Mutsamudu, concluye su historiador, «tuvieron mucho éxito en el uso de cosas que denotaban "anglicidad" para encauzar medios imperiales hacia fines locales».[68]

Y el último grupo es el de los objetos cuyo uso crea un panorama de identidad, imaginación y prácticas compartidas y contestadas. Algunos de estos objetos trabajan conjuntamente. Desde la década de los veinte, la combinación de la máquina de coser Singer y los patrones de confección de papel permitió a millones de mujeres «remendar París».[69] La compañía Singer, una empresa estadounidense que había convertido el invento industrial del francés Barthélemy Thimonnier en un producto doméstico, vendió cientos de miles de máquinas de coser en todo el mundo desde mediados de la década de 1870. Por otro lado, el patrón de papel se desarrolló considerablemente a finales del siglo XIX, como un producto por sí solo o asociado a una floreciente prensa de moda. Cuando la moda femenina viró hacia líneas más rectas y funcionales en la década de los veinte, la posesión de una máquina de coser, combinada con los patrones de papel y sus manuales de usuario (adquiridos por correspondencia), hizo posible que las mujeres replicaran, adaptaran o subvirtieran la moda de París. El dúo que formaron la máquina y los patrones fue la organización material que expandió la influencia de la moda parisina más allá de los círculos aristocráticos y las mujeres de clase media alta que podían permitirse el servicio de las casas de alta costura o de una modista.

Combinaciones similares pueden observarse en otras partes: por ejemplo, con la música grabada y las partituras musicales desde finales del siglo XIX; o con el aparato de vídeo y su cinta VHS, que fueron el vector de la piratería y la producción cinematográfica nigerianas, que conectaron a

68 Jeremy Prestholdt, «Similitude and Empire: On Comorian Strategies of Englishness», *Journal of World History*, 18, 2, 2007, p. 113.

69 Mikael Hård y Ruth Oldenziel, *Consumers, Tinkerers, Rebels: The People Who Shaped Europe*, Basingstoke, 2013, cap. 1.

los espectadores del África subsahariana con las películas y tramas de Bollywood, la industria del cine de Bombay, en las últimas décadas del siglo xx. En ambos casos, se crearon vínculos remotos en el ámbito del comercio, pero también en la imaginación y el afecto de las personas implicadas.

Infraestructuras de comunicación y transporte

Las combinaciones han demostrado ser poderosas, pero hay sistemas de objetos todavía más formidables que también han creado conexiones y desconexiones. En los últimos doscientos o doscientos cincuenta años, las infraestructuras de transporte y comunicación han sido saludadas por su capacidad para integrar diferentes comunidades y sociedades, una celebración a la que George Orwell fue de los pocos en no sumarse.[70]

En invierno de 2011, muchos comentaristas de las protestas populares que se estaban produciendo en el norte de África y Oriente Próximo reconocieron la relevancia de las infraestructuras de comunicación al señalar el papel de los teléfonos móviles, los sitios web y las redes sociales como YouTube y Facebook en la organización y difusión de las revueltas contra los dictadores, tanto dentro como a través de las fronteras.

Esta creencia en la capacidad de las infraestructuras de comunicación para abolir las distancias geográficas y políticas ha sido un lugar común desde los días del telégrafo. Los sucesivos avatares de la comunicación eléctrica (teléfono, radio, televisión, Internet...) han suscitado comentarios parecidos de que el mundo estaba a punto de entrar en una nueva era; una perspectiva que han apoyado promotores, constructores y operadores de sistemas de transporte y energía, y aquellos que han concebido proyectos

---

70 «Leyendo, hace poco, una remesa de libros "progresistas", superficialmente optimistas, me llamó la atención el automatismo con el que la gente sigue repitiendo determinadas frases que estaban de moda antes de 1914. Dos de las preferidas son "la abolición de la distancia" y "la desaparición de las fronteras". No sé cuántas veces me he topado con declaraciones como "el avión y la radio han abolido las distancias" y "todas las regiones del mundo son hoy interdependientes". En realidad, el efecto de los inventos modernos ha sido incrementar el nacionalismo, dificultar enormemente los viajes, reducir los medios de comunicación entre un país y otro, y hacer que las distintas regiones del mundo sean menos —no más— dependientes unas de otras en lo tocante a los alimentos y a los bienes de consumo», George Orwell, *Tribune*, 12 de mayo de 1944.

de integración política basados en la existencia o la expectativa de tales infraestructuras. Los primeros en hacerlo fueron los ingenieros franceses que siguieron las teorías de Saint-Simon (1760-1825) sobre la democracia industrial y su énfasis en la organización. Ya en 1832, Michel Chevalier (1806-1879) hizo suyo el himno al poder civilizador e integrador de las vías fluviales, navieras y, sobre todo, ferroviarias en su *Système de la Méditerranée*. Los sansimonianos adoraban la «red redentora».[71]

Unas décadas antes de que el periódico satírico inglés *Punch* caricaturizara a Cecil Rhodes como un coloso sosteniendo una línea telegráfica entre El Cairo y Ciudad del Cabo (1892), los imperialistas británicos declararon que la construcción de más líneas entre Gran Bretaña e India era una condición para que la misión civilizatoria imperial tuviera éxito.[72] Los constructores de lo que los historiadores de la tecnología llaman *grandes sistemas tecnológicos* nunca dejan de tararear variaciones de la misma cantilena. Gracias al reciente esfuerzo masivo de investigación sobre la historia de las infraestructuras en Europa, hoy podemos ir más allá del mantra y considerar la capacidad de conexión y desconexión transfronteriza de las infraestructuras materiales.[73]

Las infraestructuras de transporte, energía y comunicación en red generaron, efectivamente, sistemas europeos que trascendieron las fronteras políticas. Los planes para crear un sistema eléctrico europeo, que ganaron adeptos en la década posterior a 1929, dieron paso, después de 1950, a un gran aumento de las interconexiones materiales, que son las que ahora conectan, literalmente, los países entre sí.[74] Los apagones de 2003 y 2006 dejaron esto muy claro a los ciudadanos italianos y los habitantes de algunas regiones de Austria, Bélgica, Francia, Alemania y España. Y lo mismo

71 Armand Mattelart, *Histoire de l'utopie planétaire. De la cité prophétique à la société globale*, París, 1999, p. 124 (hay trad. cast.: *Historia de la utopía planetaria. De la ciudad profética a la sociedad global*, Barcelona, 2000).

72 Deep Kanta Lahiri Choudhury, *Telegraphic Imperialism: Crisis and Panic in the Indian Empire, c. 1830-1920*, Basingstoke, 2010, caps. 4 y 5.

73 Esta sección se basa en los distintos resultados de la red de investigación Transnational Infrastructures of Europe (TIE), creada en 2002 en la Universidad Técnica de Eindhoven.

74 Vincent Lagendijk, *Electrifying Europe: The Power of Europe in the Construction of Electricity Networks*, Ámsterdam, 2008.

ocurre con otras redes de energía. Cuando la compañía rusa Gazprom interrumpió su suministro a Ucrania en 2006, afectó profundamente a otros países de Europa del Este que se encontraban al otro lado del oleoducto.[75] Desde mediados del siglo XIX, en el caso de los ferrocarriles, y desde la década de los veinte, en el de las carreteras, diversos actores políticos, comerciales y técnicos con proyectos explícitos para crear mercados europeos integrados apostaron por las infraestructuras de transporte para alcanzar sus objetivos. Esas infraestructuras contribuyeron a una mayor interdependencia en términos de comercio agrícola e industrial, producción y distribución y abrieron una brecha por la que penetraron técnicas extranjeras, capital y mano de obra en muchos lugares de Europa.[76] Los historiadores de la tecnología han mostrado el papel de las infraestructuras en la «integración oculta» de Europa.[77] Pero también han insistido en que una «fragmentación oculta» estaba en marcha en el mismo proceso de construcción de infraestructuras.

Conectar algunos lugares implica dejar otros sin conectar. Las infraestructuras eléctricas presentan una organización en varios bloques regionales, mientras que la historia de las infraestructuras petroleras subraya la diferenciación entre Europa oriental y occidental.[78] Por último, pero no menos importante, las investigaciones realizadas también dejan claro que «a la vinculación, aunque a veces crea estructuras de larga duración, puede suceder la desvinculación».[79] Los recientes cortes de electricidad o gas no son acontecimientos aislados: el fortalecimiento de las fronteras y la creación de otras nuevas han quebrado las infraestructuras existentes e impedido nuevos vínculos. Las autoridades soviéticas aislaron Berlín Occidental

75 Per Högselius, Anna Åberg y Arne Kaijser, «Natural Gas in Cold War Europe: The Making of a Critical Infrastructure», en Per Högselius *et al.* (eds.), *The Making of Europe's Critical Infrastructure: Common Connections and Shared Vulnerabilities*, Basingstoke, 2013, pp. 27-61.

76 Frank Schipper, *Driving Europe: Building Europe on Roads in the Twentieth Century*, Ámsterdam, 2008, y Monika Burri, Kilian T. Elsasser y David Gugerli (eds.), *Die Internationalität der Eisenbahn 1850-1970*, Zúrich, 2003.

77 Thomas J. Misa y Johan Schot, «Inventing Europe: Technology and the Hidden Integration of Europe», *History and Technology*, 21, 1, 2005, pp. 1-19.

78 Per Högselius, «Fuelling Europe», en Per Högselius, Arne Kaijser y Erik van der Vleuten (eds.), *Europe's Infrastructure Transition: Economy, War, Nature*, Basingstoke, 2015.

79 Misa y Schot, «Inventing Europe», p. 9.

de la red eléctrica en 1948, y todavía hay pocos enlaces de trenes entre los Estados bálticos y Rusia. Las infraestructuras de comunicación, cuyo papel conectivo ha sido motivo de incansable celebración desde la llegada de la transmisión eléctrica de palabras, sonidos e imágenes, también han sido objeto de deliberadas interrupciones.

Durante la Segunda Guerra Mundial y la Guerra Fría, se desató una guerra en las ondas cuando las autoridades soviéticas recurrieron a diferentes tecnologías de interferencia para evitar que regiones enteras escuchasen las emisoras Radio Free Europe, Voice of America o Radio Liberty.[80] Interferir una emisión ha sido algo recurrente en momentos de crisis, como las operaciones encubiertas de la CIA en América del Sur, o en situaciones en las que los Gobiernos han querido evitar que su población accediera a noticias de fuentes indeseadas (Irán, China, las dos Coreas...).[81] Finalmente, la robustez de las infraestructuras de la que alardean los creadores de sistemas no debe ocultar que hubo y sigue habiendo fuentes y sitios que producen o están sujetos a todo tipo de vulnerabilidades.[82] Estos ejemplos europeos señalan que estudiar las conexiones es algo más que celebrar su papel en el acercamiento de las personas. Las desconexiones también importan, así como una amplia variedad de cuestiones técnicas, políticas y sociales implicadas en el establecimiento de vínculos infraestructurales a través y a lo largo de diferentes comunidades políticas.

Elementos naturales

Muchas infraestructuras se han desarrollado para monitorear, explotar, resistir o controlar las fuerzas naturales. Se han establecido sistemas de medición, transmisión de datos y difusión de información en países y regiones para monitorizar riesgos importantes tales como terremotos (Federación Internacional de Redes de Sismógrafos Digitales, 1986), tsunamis (Sistema de Alerta de Tsunamis del Pacífico, 1965), tormentas (con la observa-

---

80 Michael Nelson, *War of Black Heavens: The Battles of Western Broadcasting in the Cold War*, Siracusa (Nueva York), 1997.

81 Jamie Frederic Metzl, «Rwandan Genocide and the International Law of Radio Jamming», *The American Journal of International Law*, 91, 4, 1997, pp. 628-651.

82 Högselius *et al.* (eds.), *The Making of Europe's Critical Infrastructure.*

ción coordinada de datos meteorológicos en tierra y mar desde finales del siglo XVIII) o epidemias (Sistema Global de Vigilancia y Respuesta a la Gripe, 1952). Estos sistemas fueron cruciales para definir y reconocer los elementos naturales como fuerzas y recursos, y a menudo fueron el resultado de décadas de colaboración y controversias científicas que traspasaron los límites nacionales y disciplinarios, como ocurrió con la sismología.[83]

Así como la incipiente cooperación entre los observatorios europeos continentales recibió un nuevo impulso tras la tormenta que causó estragos en la flota francesa en Crimea en 1856, muchos sistemas de seguimiento se crearon a partir de experiencias y temores comunes ante la desolación y la muerte provocadas por acontecimientos ocurridos en la litosfera, la hidrosfera y la biosfera, por usar los términos de John R. McNeill.[84] La percepción de los riesgos comunes generó conexiones entre entidades políticas y sociedades antes de finales del siglo XX, cuando el sociólogo Ulrich Beck situó el riesgo como un factor esencial en la creación de la «sociedad cosmopolita».[85]

Los historiadores han contado la historia de estos sistemas en diferentes áreas. Al hacerlo, se han familiarizado con las organizaciones y acuerdos formales ideados para mapear patógenos y enfermedades transmitidas por vectores epidemiológicos, desde redes de laboratorios nacionales y sus proyecciones imperiales hasta acuerdos e instituciones intergubernamentales multilaterales; por ejemplo, la Oficina Internacional de Epizootias (hoy Organización Mundial de Sanidad Animal, 1924), la convención sanitaria internacional firmada en Venecia (1892), por la que las potencias europeas pusieron controles a la peregrinación a La Meca, o el trabajo de la Organización de la Salud de la Sociedad de Naciones desde 1921.[86] Fruto de ese

---

83 Johannes Schweitzer, «The Birth of Modern Seismology in the Nineteenth and Twentieth Centuries», *Earth Sciences History*, 26, 2, 2007, pp. 263-280.

84 J. R. McNeill, *Algo nuevo bajo el sol. Historia medioambiental del mundo en el siglo XX*, Madrid, 2003.

85 Ulrich Beck, *La sociedad del riesgo mundial. En busca de la seguridad perdida*, Barcelona, 2008.

86 Anne-Marie Moulin, «The Pasteur Institutes between the Two World Wars. The Transformation of the International Sanitary Order», en Paul Weindling (ed.), *International Health Organisations and Movements, 1918-1939*, Cambridge, 1995, pp. 244-265, y Iris Borowy, *Coming to Terms with World Health: The League of Nations Health Organisation 1921-1946*, Fráncfort, 2009.

proceso, surgieron normas y reglas, junto con las nuevas organizaciones internacionales encargadas de mantenerlas y expandirlas, que penetraron en diversas soberanías nacionales.

Pueden apreciarse vínculos institucionales y oficiales parecidos cuando se observan los acuerdos entre Gobiernos nacionales o regionales sobre materias como la contaminación del aire, la lluvia ácida, el cambio climático o la disminución de las especies animales y vegetales. Algunos de estos dominios también generaron movilización científica y social a través de las fronteras. La «teoría de la desecación» era muy conocida en el siglo XIX entre los ingenieros forestales que trabajaban en diferentes países y regiones y dotó de una retórica común a los partidarios de la reforestación. Su interés fue promovido por el Servicio Forestal Indio, que operaba como una plataforma experimental para la silvicultura y un órgano especializado para la creación de nuevas autoridades forestales en todo el mundo anglófono a finales del siglo XIX y principios del XX.[87] El discreto cabildeo de las élites sociales que participaron en el primer Congreso Internacional para la Protección de la Naturaleza en 1909 o que apoyaron la protección de las aves migratorias en Norteamérica debe recibir, en este sentido, tanta atención como las espectaculares intervenciones públicas de los activistas de Greenpeace entre los barcos balleneros y sus presas en 1975.[88]

Los sistemas de seguimiento, los acuerdos, la investigación y las movilizaciones no fueron los únicos vínculos generados por los riesgos naturales. Después de grandes tormentas o terremotos o del estallido de alguna enfermedad del ganado, el suministro de alimentos o la maquinaria administrativa de los países afectados a menudo han dependido, en parte o totalmente, de la ayuda o los mercados extranjeros. Y, aunque la próxima subida del nivel del mar pueda producir una cantidad de «refugiados climáticos» sin precedentes, cabe recordar que catástrofes naturales como la grave sequía que asoló el Sahel a principios del siglo XX ya llevaron a millo-

87 Brett Bennett, «The El Dorado of Forestry: The Eucalyptus in India, South Africa, and Thailand, 1850-2000», *International Review of Social History*, 55, S18, 2010, pp. 27-50, y S. Ravi Rajan, *Modernizing Nature: Forestry and Imperial Eco-Development 1800-1950*, Oxford, 2006.

88 Kurkpatrick Dorsey, *The Dawn of Conservation Diplomacy: U.S.-Canadian Wildlife Protection Treaties in the Progressive Era*, Seattle, 1998.

nes de personas a emigrar, a veces a través de las fronteras imperiales. A menudo, la capacidad de conexión de estos conectores no humanos reside en las consecuencias directas que tienen para los humanos.

Recursos naturales

Los riesgos y sus impactos reales o previstos en los humanos no bastan, sin embargo, para definir el poder de conexión de la naturaleza. Los elementos naturales también son codiciados y explotados como recursos por combinaciones humanas que traspasan fronteras. Sobre o bajo tierra, los recursos naturales han sido la causa del desarrollo de una serie de actividades e instituciones humanas, muchas de las cuales han tenido que operar alrededor o en contra de las demarcaciones de entidades políticas y sociedades. Las migraciones laborales, las guerras, la inversión extranjera directa, los mecanismos de fijación de precios, las transferencias de tecnología y las controversias científicas han evolucionado con la exploración y el sometimiento de los recursos minerales, vegetales o animales a través de las entidades políticas.

Los diamantes y el oro pueden ayudarnos a profundizar en esto, aunque el guano, la madera dura, el petróleo o la industria pesquera valdrían también. En 1908, se descubrieron diamantes cerca de Lüderitzbucht (Angra Pequeña), en la Sudáfrica alemana. Su presencia fue la causa de una serie de entrecruzamientos entre la colonia alemana y su entorno cercano y lejano: los inmigrantes de la Colonia del Cabo fueron utilizados como mano de obra; se importaron alimentos y agua a través de la frontera imperial; comerciantes y aventureros de Europa y el resto de África acudieron en masa para proporcionar víveres o prostitutas; la administración colonial alemana copió la legislación de la Colonia del Transvaal, bajo control británico, para repartir los beneficios de la producción y el comercio de diamantes.[89] La gran cantidad de trabajadores mulatos de la Colonia del Cabo acabó planteando un desafío al sistema racial del África del Sudoeste Alemana durante el período entre imperios. Los trabajadores de la Colonia

89 Ulrike Lindner, «Transnational Movements between Colonial Empires: Migrant Workers from the British Cape Colony in the German Diamond Town of Lüderitzbucht», *European Review of History: Revue européenne d'histoire*, 16, 5, 2009, pp. 679-695.

del Cabo usaron el sistema consular británico para que se reconocieran sus derechos como «blancos».

Siempre en la misma región, el descubrimiento y la producción de oro desencadenaron flujos masivos de capital y mano de obra procedentes, respectivamente, de Europa y África, principalmente del África Oriental Portuguesa.[90] La abundancia del oro sudafricano proporcionó los medios para incrementar la disponibilidad de liquidez, que fue engullida por el auge del comercio internacional y las inversiones de finales del siglo XIX. El Banco de Inglaterra, la piedra angular del sistema financiero internacional basado en el patrón oro, se hizo cada vez más dependiente de ese oro sudafricano.[91] Empezar por los diamantes, el oro o algún otro recurso natural y las diferentes etapas de su explotación y uso nos abre a una variedad de entrecruzamientos determinados por la existencia y el atractivo de los recursos. Es una perspectiva a la que no podríamos acceder si estudiáramos la organización del capitalismo, los patrones comerciales o la migración por separado.

Invasores naturales

Los vínculos no solo se han creado entre territorios habitados por seres humanos: los elementos naturales también han unido ecosistemas separados. Las variaciones climáticas o la intervención humana han permitido a ciertas especies animales y vegetales ocupar nuevos espacios, posiblemente con más fuerza que nunca en los últimos doscientos o doscientos cincuenta años. Cuando la acción humana ha creado el vínculo, como ocurrió sobre todo entre los países europeos y sus imperios coloniales, el proceso se ha llamado «aclimatación».[92] Cuando la presencia o propagación de las nuevas especies escapa al control humano, se llama «invasión». A este se-

---

90 Charles F. Feinstein, *An Economic History of South Africa: Conquest, Discrimination, and Development*, Cambridge, 2005, cap. 5, y Alan H. Jeeves, *Migrant Labour in South Africa's Mining Economy: The Struggle for the Gold Mines' Labour Supply, 1890-1920*, Montreal, 1985.

91 Jean-Jacques van Helten, «Empire and High Finance: South Africa and the International Gold Standard 1890-1914», *The Journal of African History*, 23, 4, 1982, pp. 529-548.

92 Christopher Lever, *They Dined on Eland: The Story of the Acclimatisation Societies*, Londres, 1992.

gundo grupo es al que atenderemos ahora, junto con sus consecuencias biológicas, económicas o para la salud, que han acostumbrado a clasificarse como «problemas nacionales» o «asuntos internacionales».

Los conectores que entran en juego aquí surgen de la confluencia de humanos, objetos y otros seres vivos. La apertura del canal de Suez en 1869 dio comienzo a una «migración lessepsiana» —denominación que procede del apellido de Ferdinand de Lesseps, el ingeniero francés que dirigió el proyecto del canal—. Cientos de especies del mar Rojo se han asentado desde entonces en el Mediterráneo y han sido el objeto de investigación de diversos grupos científicos y consorcios internacionales desde la década de los veinte. De forma parecida, la unión del canal de Erie y la vía marítima del San Lorenzo ha creado una avenida para que organismos acuáticos no endémicos pongan sus válvulas o aletas en el sistema hidrográfico de Norteamérica. El proceso añadió otra capa de entrecruzamientos al sistema de los Grandes Lagos, una región que todavía es el escenario de muchos acuerdos y disputas entre los Gobiernos federal y provincial de Canadá y Estados Unidos. Las «especies invasoras», como las llaman los biólogos y las autoridades públicas, crearon lazos entre ecosistemas y áreas naturales nacionalizados. Su presencia implicó tanto disputas sobre su introducción como problemas comunes relacionados con la extinción de especies autóctonas, el control de plagas y las enfermedades animales. En el proceso, a veces surgieron improbables sistemas ecológicos intermedios.

Consideremos ahora las estrategias de control biológico, que se diseñaron para resistir estas especies invasoras y que han implicado la búsqueda e importación de depredadores naturales. Para luchar contra el conejo y sus estragos tras su introducción deliberada como presa de caza en 1859, las autoridades australianas importaron el mixomavirus de América del Sur. Aunque menos visibles, los insectos, polillas, ácaros y moscas han desempeñado un papel similar entre los sistemas ecológicos. El barrenador del café *Hypothenemus hampei,* un escarabajo centroafricano que encontró un billete a América Latina y Asia del Sur en las primeras décadas del siglo XX, o el ácaro verde de la yuca *Mononychellus tanajoa,* una gran plaga que hizo el viaje inverso a África en la década de los setenta, acabaron atrayendo a sus mejores enemigos a su nueva biota. En Colombia, especialmente, se ha combatido el *H. hampei* aclimatando algunas avispas parasitoides de África central. Y, en África, para controlar el ácaro de la yuca, los entomólogos

eligieron otro ácaro del nordeste de Brasil: *Typhlodromalus aripo*. Este fue trasladado a la línea del frente de la yuca en Benín en 1993. Ahora está presente en una docena de países africanos, lo que refuerza la presencia de una muestra del ecosistema tropical brasileño en África, ya que la propia yuca llegó a África desde América del Sur en el siglo XVI. Entre 1996 y 2011, la investigación en control biológico, su información y métodos y los recursos políticos para controlar las especies invasoras se reunieron en el Programa Global de Especies Invasoras, lo que añadió una capa organizativa a los entrecruzamientos ecológicos.

Muchas otras historias de invasión y control biológicos invitan a los historiadores a trabajar a través de los límites de la biota regional o continental y los sistemas ecológicos. Hasta ahora, han sido los biólogos quienes han realizado tales estudios, pero ya es hora de combinar biología e historia para determinar el establecimiento y el funcionamiento de estos vínculos peculiares. La llamada de las historiadoras Jane Carruthers y Libby Robin a «reducir la brecha entre la bibliografía históricamente ecológica y la ecológicamente histórica» debe ser atendida por los historiadores transnacionales.[93]

Naturaleza transfronteriza

Las variaciones de El Niño y La Niña conectan las condiciones climáticas y el destino de la humanidad en grandes áreas de América Latina y el sur y sudeste de Asia a través de tormentas, sequías, inundaciones y cambios en la pesca. Curiosamente, la hipótesis de que las condiciones climáticas en regiones tan distintas y distantes del mundo estaban correlacionadas a través de las fluctuaciones de la presión atmosférica fue la que le valió la amonestación de sus colegas científicos a Gilbert Walker, el jefe británico del Servicio Meteorológico de la India, quien sugirió tal conexión en 1924. Entonces, ese vínculo de larga distancia a través de los elementos naturales se consideró una fantasía o una simplificación excesiva. Que la hipótesis de Walker se verificara matemática y empíricamente solo unos cincuenta años después debería ser un incentivo para que los historiadores

93 Jane Carruthers y Libby Robin, «Taxonomic Imperialism in the Battles for Acacia: Identity and Science in South Africa and Australia», *Transactions of the Royal Society of South Africa*, 65, 1, 2010, pp. 48-64.

insistan en el estudio de las conexiones en general, y de los conectores naturales en particular.

Algunas situaciones que revisten especial interés para los historiadores transnacionales son aquellas en las que los elementos naturales se encuentran u operan precisamente en o a través de los límites que los Gobiernos intentan consolidar. Los accidentes naturales, como las montañas o los ríos, se utilizaron para trazar fronteras cuando los países comenzaron a consolidar esos lugares de entrecruzamientos y fueron el asunto principal de los negociadores de tratados y los líderes de opinión nacionalistas del siglo XIX.[94] Los elementos y recursos naturales, sin embargo, crean vínculos debido, sobre todo, a su papel como sitios de interacción. Su extensión subterránea a través de distintas entidades políticas ha generado problemas entre los diferentes actores que compiten por su control y uso. Este es un aspecto de la historia de los recursos naturales que llega hasta nuestros días, cuando podemos ver que el trazado de la frontera entre Sudán y Sudán del Sur está condicionado por la ubicación de los yacimientos petrolíferos y los pastos naturales. O pensemos también en los veinte años de guerras civiles e internacionales en la región de los Grandes Lagos de África, donde tantas partes han codiciado los recursos de coltán y casiterita, valiosos ingredientes para las industrias electrónica y militar.

Pero los recursos no son los únicos elementos naturales que crean vínculos por su situación entre y a través de los países. El reciente surgimiento de la historia marítima y oceánica se ha basado en la redefinición de esos espacios como áreas de conexión. La «nueva talasología» se ha ocupado, principalmente, de cuencas oceánicas y marinas enteras.[95] Pero hay también extensiones de agua más limitadas y concretas que los geógrafos han identificado como *interfaces:* estrechos, canales y ríos. Aquí nos centraremos en los últimos.

Los ríos con dos o más países ribereños han funcionado como interfaces en diversos planos: el riego, la navegación, la hidroelectricidad, el control de inundaciones o el agua potable. Los historiadores, geógrafos y poli-

94 Stephen B. Jones, *Boundary-Making: A Handbook for Statesmen, Treaty Editors and Boundary Commissioners*, Washington, 1945.

95 «AHR Forum: Oceans of History», *The American Historical Review*, 111, 3, 2006.

tólogos nos han ofrecido relatos detallados de uno u otro y han aislado los complejos entrecruzamientos entre países y comunidades que, hasta ahora, no han desembocado en «guerras del agua».[96] El estudio de los ríos demuestra que tiene sentido situar un elemento natural en el centro de la investigación histórica, precisamente por su capacidad de crear vínculos entre entidades políticas y sociedades. Así fue como estudió Mark Cioc el Rin.[97] Este río, que se convirtió en un «ininterrumpido conducto de intercambio nacionalismo» tras la Conferencia de Viena en 1815,[98] ha hecho confluir los intereses económicos de los países, regiones y empresas ribereños en un sistema integrado en torno al transporte de materias primas y mercancías, y ello a pesar de que el Rin nunca dejó de ser la principal línea de fractura geopolítica entre Francia y Alemania desde 1870 hasta 1945. La «ecobiografía» del río de Cioc no solo desvela la rivalidad y la cooperación entre los actores ribereños, sino que hace del río un actor más por su capacidad de conectar intereses económicos, recursos de ingeniería, preocupaciones ecológicas, métodos administrativos y políticas públicas en distintos países, regiones y localidades.

Las masas de agua no son los únicos elementos naturales que nos invitan a prestar atención a los conectores naturales. Debido a los ciclos estacionales y las sequías, las comunidades de pastores nómadas y sus rebaños han cruzado y siguen cruzando fronteras políticas, a pesar de los esfuerzos de los Estados nacionales por impedir estas migraciones estacionales. En el Cuerno de África, y en el África subsahariana en general, el ganado migratorio ha desafiado constantemente los límites establecidos por las potencias imperiales y sancionadas por la Organización de Estados Africanos en 1964.[99] Los animales, domesticados o salvajes, crean vínculos entre espacios en principio difíciles de conectar.[100]

---

96 Peter H. Gleick, «Water and Conflict: Fresh Water Resources and International Security», *International Security*, 18, 1, 1993, pp. 79-112.

97 Mark Cioc, *The Rhine: An Eco-Biography, 1815-2000*, Seattle, 2002.

98 Joseph E. Taylor III, «Boundary Terminology», *Environmental History*, 13, 3, 2008, pp. 454-481.

99 Véase Roger Blench, «Pastoralists and National Borders in Nigeria», en Paul Nugent y A. I. Asiwaju (eds.), *African Boundaries: Barriers, Conduits and Opportunities*, Londres, 1996, pp. 111-128.

100 Taylor, «Boundary Terminology».

Todavía en África, la migración masiva de millones de ñus, cebras y gacelas llevó a los conservacionistas a ejercer presión para que se crearan áreas protegidas transfronterizas. El parque nacional Serengueti y la reserva natural de Masái Mara se establecieron contiguamente en los años cincuenta y sesenta a uno y otro lado de la frontera entre Tanzania y Kenia, para cubrir la mayor parte de su área de migración. La capacidad de los animales para crear vínculos es aún más llamativa si tenemos en cuenta que lo que parece ser una frontera porosa para los ñus permanece, en su mayoría, cerrada a los turistas desde 1977, un cierre que se mantiene para aumentar la parte que corresponde a cada uno de los dos países de los ingresos del turismo.

Antes de seguir, debemos insistir en que el movimiento natural de los ñus no solo crea lazos de información, negociación, disputa y organización entre dos territorios nacionales, sino también entre una notable variedad de actores, incluidos diversos tipos de reservas naturales públicas y privadas, comunidades de pastores o agricultores y organizaciones no gubernamentales internacionales. Esto pone de relieve que sería un grave error centrarse solo en los lazos entre países o ver a los ñus como facilitadores. Estos no son una fuerza capaz de contrarrestar la capacidad gubernamental de delimitar e imponer su soberanía, como tampoco lo es el salmón salvaje que accede a los ríos estadounidenses en el sudeste de Alaska y el Yukón para desovar río arriba en territorio canadiense, y que ha sembrado discordia entre los Gobiernos, los pescadores y la industria conservera desde principios del siglo xx. Los vínculos que crearon fueron tanto de cooperación como de antagonismo.

Conclusión

Este capítulo ha enumerado diversas razones y formas para estudiar los intermediarios humanos y no humanos que nos ayudan a escribir historia con una perspectiva transnacional. Todas ellas caben en dos afirmaciones finales. La primera tiene que ver con los resultados de investigación: una mirada atenta a la capacidad de actuar de los intermediarios como conectores desvela cómo funcionan las conexiones: los intermediarios hacen que se produzcan. Estos crean o entran en situaciones en las que pueden actuar como mediadores, usan ciertos mecanismos y herramientas

para cumplir con su operación conectiva, están activos en una región o un momento y no en otros, crean vínculos y los deshacen. Son los caballos de Troya de los historiadores, pues penetran en organizaciones formidables como el capitalismo, la ciencia, la revolución o la ecología para desvelar hechos, tendencias y patrones que contribuyen a contestar las tres «grandes cuestiones» de la historia transnacional.

Y la segunda está relacionada con estas palabras de Daniel Rodgers: «Hay mucho que ganar partiendo de las conexiones».[101] Hacerlo ofrece, en efecto, un gran rédito heurístico. El estudio de los conectores nos proporciona un punto de apoyo para ir más allá de la mera identificación de los vínculos que unen, desestimar los indicios demasiado vagos sobre la «influencia» o la «interdependencia» entre regiones, naciones y grupos, reconstruir los circuitos en que operan las conexiones, e identificar los modos y medios efectivos que caracterizan al encuentro de sus trayectorias históricas. También nos compele a trabajar a través de los distintos niveles que solemos considerar como escalas geográficas anidadas, toda vez que seguir las actividades de un conector humano concreto ilumina su capacidad de movilizar recursos y ocupar posiciones que atraviesan todos esos niveles. Tampoco es posible descontextualizar nuestro trabajo cuando seguimos lo que hacen los conectores, porque sus acciones, palabras e impacto están siempre situados. Por último, aunque no por ello menos importante, los conectores nos recuerdan que las conexiones se hacen y deshacen, y que su existencia —y estudio— no se reduce nunca a la expresión o celebración de sus resultados benignos.

101 Rodgers, *Atlantic Crossings*, p. 5.

3
CIRCULACIONES

Las plantas y los gérmenes, los artefactos y el conocimiento para fabricarlos, las ideas y los modos de concebirlas, las personas y las técnicas para definirlas y gobernarlas han estado en constante movimiento entre y a través de las comunidades desde hace mucho más de dos siglos. Pero han sido los últimos doscientos o doscientos cincuenta años el período en que se han ido adoptando e instalando las fronteras para controlar los movimientos entre los Estados nacionales. El Estado, la nación y el nacionalismo se han ido banalizando progresivamente, encarnándose en cuerpos, mentes e instituciones mediante multitud de rituales y rutinas.[1] De resultas, incluso los atributos e instrumentos de la soberanía nacional se han visto afectados por la movilidad. Las constituciones o la organización militar se han comparado, adaptado e intercambiado ampliamente. El propio nacionalismo se ha revelado como una estructura compuesta. En la Europa del siglo XIX, las identidades nacionales se definieron gracias a un juego de construcción nacional muy similar que movilizaba a gramatólogos, educadores, artistas y folcloristas.[2] Por ejemplo, a comienzos del siglo XX, los activistas benga-

1 Michael Billing, *Nacionalismo banal*, Madrid, 2014.

2 John Hutchinson, *Nations as Zones of Conflict*, Londres, 2005, cap. 2; Anne-Marie Thiesse, «National Identities: A Transnational Paradigm», en Alain Dieckhoff y Christophe Jaffrelot (eds.), *Revisiting Nationalism: Theories and Processes*, Nueva York, 2005, pp. 122-143.

líes del movimiento *Swadeshi* («autosuficiencia») se inspiraron constantemente en otras insurgencias nacionales contra los poderes imperiales y trazaron paralelismos con ellas.[3] Más adelante, las luchas por la liberación durante la descolonización en África estuvieron influidas por la circulación de nociones, armas, ayuda y líderes anticoloniales propiciada por los Gobiernos de Egipto, Argelia y Ghana.[4] Y lo que vale para la dimensión política sirve también para otros ámbitos: las ideologías del libre comercio, lo mismo que las proteccionistas, se han movido, promovido y encontrado resistencias por encima de las fronteras del discurso nacional.[5]

Incluso las ideologías y tecnologías inventadas para restringir la circulación entre y a través de países han sido compartidas, adaptadas o vendidas. David Edgerton ilustró esta paradoja de las tecnologías de cercamiento y autarquía con el ejemplo de la venta, por parte de la Alemania nazi, de una patente para procesar petróleo sintético a la España de Franco que luego se usó en la Sudáfrica embargada de los años ochenta.[6] Los miembros de regímenes autárquicos siguieron caminos similares: después de la Segunda Guerra Mundial, antiguos nazis y colaboracionistas europeos exportaron sus habilidades de represión política a las dictaduras sudamericanas, a la sazón secundadas por las democracias occidentales;[7] asesores soviéticos engrosaron las filas de la Stasi, la policía secreta de Alemania Oriental; en los ochenta, fuerzas militares norcoreanas entrenaron a la infame Quinta Brigada del Ejército de Zimbabue, acusada de brutalidad y asesinato en Matabeleland. ¿Debe sorprendernos todo esto? No si somos capaces, recordando una vez más las palabras de Orwell,[8] de romper con el fervor, la esperanza, la distracción o la pereza que nos hacen asociar la circulación

---

3 Manjapra, *M. N. Roy*, cap. 3.

4 Véase Jeffrey James Byrne, «Our Own Special Brand of Socialism: Algeria and the Contest of Modernities in the 1960s», *Diplomatic History*, 33, 3, 2009, pp. 427-447, y Jeffrey James Byrne, *Mecca of Revolution: Algeria, Decolonization, and the Third World Order*, Oxford, 2016.

5 Compárese David Todd, «John Bowring and the Global Dissemination of Free Trade», *The Historical Journal*, 51, 2, 2008, pp. 373-397, con Mark Metzler, «The Cosmopolitanism of National Economics: Friedrich List in a Japanese Mirror», en Hopkins (ed.), *Global History*, pp. 98-130.

6 Edgerton, *The Shock of the Old*.

7 Marie-Monique Robin, *Escadrons de la mort, l'école française*, París, 2004.

8 Véase *supra*, capítulo 2, nota 70.

únicamente a ideas y prácticas desinteresadas. Inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial, los fascistas europeos y los antiguos colaboracionistas con la ocupación nazi se reunieron en apoyo de una Europa ascética, corporativista, orgánica y exclusivamente blanca con no menos fervor que los democristianos que abogaban por la reconstrucción europea.[9]

¿Ha fluido todo durante los últimos doscientos años? ¿Cuáles han sido los cambios cuantitativos y cualitativos de los flujos en ese lapso temporal? Las humanidades y las ciencias sociales se han ocupado cada vez más de estas cuestiones. Un número creciente de proyectos de investigación, conferencias y talleres indagan sobre la circulación de personas, conocimiento, capital, ideas, tecnologías, motivos artísticos y mucho más. El alcance de la investigación histórica va hoy más allá de las circulaciones evidentes (migrantes, capital, bienes, credos políticos, religiones) e incluye otras menos visibles y aun clandestinas. Al aumentar su interés en las circulaciones, los historiadores han tratado de entender el orden que opera en el espacio de los flujos. El mundo no es plano ni lo ha sido nunca: las circulaciones se crean, evitan, desean, constriñen, controlan, combaten y orientan. Este capítulo trata de encontrar formas de dar sentido a los patrones que subyacen a estos procesos.

La noción de «régimen circulatorio» nos ayudará a sistematizar la búsqueda de orden que anima la investigación reciente. En este capítulo, el término «régimen» se usará en un sentido más parecido al de la geografía física que al de la ciencia política.[10] Cuando los geógrafos físicos estudian un río aluvial, a menudo empiezan por establecer su «régimen», es decir, la combinación de factores que caracteriza el aspecto ordinario, el comportamiento y el impacto de ese río. A continuación, sitúan su corriente y sus cauces pasados y cartografiar su *zona de captación* o *cuenca hidrográfica;* calculan la descarga, la anchura, la profundidad, la pendiente y sus relaciones; estudian la variación de esas características a lo largo del tiempo como respuesta a la precipitación, la temperatura, la evapotranspiración y los

9 Compárese Wolfram Kaiser, *Christian Democracy and the Origins of European Union,* Cambridge, 2007, con Andrea Mammone, *Transnational Neofascism in France and Italy,* Cambridge, 2015.

10 La noción de régimen se rastrea en sus múltiples elaboraciones en el complemento bibliográfico en línea, que puede obtenerse escribiendo a <pys.th.2013@gmail.com>.

rasgos de la cuenca hidrográfica. Finalmente, la combinación de todos estos factores les dice ante qué tipo de río se encuentran. Este capítulo buscará analogías funcionales de esos factores. Los regímenes circulatorios son los patrones relativamente estables que caracterizan a los flujos en términos de contenido, dirección, intensidad, alcance y otros factores. La reconstrucción de esos regímenes es algo más que una metáfora riberefia: proporciona una lista de tareas a los historiadores interesados en comprender las circulaciones transnacionales.

En busca del orden en el espacio de los flujos

En las décadas de los noventa y los dos mil, la sociología de Ulrich Beck, Anthony Giddens y Zygmunt Bauman fue muy influyente por su énfasis en la fluidez y el movimiento en detrimento de la situación y la territorialidad. Otro sociólogo, el británico John Urry, llegó a sugerir que la creciente importancia de la movilidad en el mundo moderno hacía necesario pensar e investigar una «sociología más allá de las sociedades»: el estudio de las sociedades y sus encarnaciones territoriales era, al parecer, cosa del pasado.[11] Los historiadores pueden temer que insistir en lo que ocurre entre o a través de entidades políticas y comunidades conduzca a una especie de historia extraterritorial y sin ataduras dedicada a perseguir ideas, personas y objetos móviles sin atender al hecho de que su movimiento está impulsado, controlado o contrarrestado por organizaciones o individuos concretos arraigados en contextos igualmente específicos. Si así fuera, la historia transnacional renunciaría a un deber elemental de los historiadores: la contextualización de acontecimientos, hechos, personas, grupos, procesos e instituciones. Pero si nos quedásemos con esta primera impresión, sin embargo, los historiadores estaríamos malinterpretando los hallazgos de los científicos sociales.

El antropólogo Arjun Appadurai no es el único académico en subrayar que prestar atención al «mundo de los flujos» no significa que «todo

11 John Urry, *Sociology Beyond Societies: Mobilities for the Twenty-First Century*, Londres, 2000.

esté fluyendo».[12] Incluso Urry, que enfatizó la fluidez global en *Sociology Beyond Societies,* fue mucho más matizado en otros trabajos.[13] Muchos de los científicos sociales que han reclamado una mayor atención a los flujos a menudo han terminado reclamando el estudio de los contextos concretos para lograr identificar los focos de poder dentro del espacio de los flujos.[14] De forma análoga, en este capítulo nos centraremos en los intentos de reconciliar el interés por la movilidad con los requisitos de la contextualización. Nuestra dependencia de las herramientas del oficio de historiador nos obliga a abstenernos de perseguir sin descanso ideas, personas, capitales y objetos; debemos examinar estos elementos fugaces en contextos, momentos y lugares concretos, en correlación con la acción de instituciones, organizaciones e individuos concretos o dentro de mecanismos estructurales. Tres calas de investigaciones históricas recientes nos ayudarán a hacerlo.

«¿Cómo se convierte un libro en un superventas internacional?». Esa es la pregunta que aparece en la primera línea de la contraportada de la obra *The Portable Bunyan* de Isabel Hofmeyr.[15] Se trata de una cuestión en buena medida retórica, puesto que el libro que estudia fue más a menudo dado que vendido: la autora escribe sobre *The Pilgrim's Progress* (*El progreso del peregrino* de John Bunyan), un texto puritano publicado originalmente en Inglaterra en dos partes (1678 y 1684), y llevado a lugares distantes por los senderos de la migración y el trabajo de los misioneros. ¿Qué ocurrió con la forma, el contenido y el uso del libro cuando se tradujo a cerca de doscientas lenguas en distintos continentes y se convirtió casi en una «segunda Biblia»? Hofmeyr se centra especialmente en lo que ocurrió con el *Pilgrim* en África, donde se tradujo a unos ochenta idiomas entre las décadas de 1860 y 1960. Seguir la pista de las múltiples publicaciones del libro, su texto e imágenes, permite identificar los órdenes que dieron forma al proceso de traducción y los órdenes a los que, a su vez, las traducciones

12 Viki Bell, «Historical Memory, Global Movements and Violence: Paul Gilroy and Arjun Appadurai in Conversation», *Theory, Culture & Society,* 16, 2, 1999, pp. 21-40.

13 Por ejemplo, en John Urry, *Global Complexity,* Malden, 2003.

14 Saskia Sassen, «Introduction: Locating Cities on Global Circuits», en Saskia Sassen, *Global Networks, Linked Cities,* Nueva York, 2002, pp. 1-38.

15 Isabel Hofmeyr, *The Portable Bunyan: A Transnational History of The Pilgrim's Progress,* Princeton, 2004.

dieron forma. El *Pilgrim* no pasó simplemente del inglés u otras lenguas europeas a las africanas. También viajó lateralmente entre estas últimas. Las traducciones tampoco saltaron instantáneamente de las misiones europeas a los conversos africanos: el contexto de algunas misiones concretas y la contribución de los propios conversos fueron clave para adaptar las palabras, las imágenes y la retórica del *Pilgrim* durante el tiempo necesario para traducir el libro al zulú o el kele. Y, si es cierto que las autoridades imperiales promovieron el libro como un instrumento de dominación colonial, también lo es que sus traducciones dieron fuerza a los lectores africanos. Al cabo, el progreso del *Pilgrim* en África lo llevó de regreso a la política inconformista en Inglaterra y contribuyó a su entrada en el canon de la literatura británica. Hofmeyr, una historiadora de literatura en la Universidad del Witwatersrand en Johannesburgo, reconstruye toda la densidad de esos flujos a través del espacio y el tiempo e identifica claramente sus órdenes subyacentes.

Nuestro segundo libro es obra de los historiadores australianos Marilyn Lake y Henry Reynolds. Los autores siguen las ideologías raciales y las respuestas a ellas a través del mundo anglófono. Tratan, así, de «rastrear la circulación transnacional de las emociones y las ideas, las personas y las publicaciones, el conocimiento racial y las tecnologías que impulsaron los países de población blanca y sus estrategias de exclusión, deportación y segregación; en particular, el despliegue de los instrumentos de vigilancia estatal, el censo, el pasaporte y el test de alfabetización».[16]

Pero el libro no trata solo de desentrañar y dibujar *circuitos* complejos. También expone un proyecto de orden racial que implica a partes sustanciales de las democracias y naciones de los colonos blancos. Los participantes en dicho proyecto compartieron una preocupación común por la distancia racial, cuya definición e implementación se sostuvo en la observación constante, la emulación y los préstamos entre Sudáfrica, Estados Unidos y Australia, con este último país como una suerte de «modelo» en los dos primeros. Lake y Reynolds muestran también el empuje de la resistencia y las políticas anticoloniales desencadenadas por la racialización de esas so-

16 Marilyn Lake y Henry Reynolds, *Drawing the Global Colour Line: White Men's Countries and the International Challenge of Racial Equality*, Cambridge, 2008, p. 4.

ciedades, sobre todo a través del conjunto de iniciativas que emanaron del Gobierno y los intelectuales japoneses después de la guerra ruso-japonesa de 1905. Por último, nos enseñan que los flujos están sujetos a órdenes y resistencias.

Una tercera pista sobre la capacidad de los historiadores de descubrir el orden subyacente a los flujos y las jerarquías establecidas entre los vínculos es la que nos ofrece el historiador medioambiental estadounidense Michael Egan como parte de su proyecto de seguir la contaminación por mercurio a través del espacio y el tiempo en los últimos cincuenta años aproximadamente.[17] El artículo de Egan empieza en Irak, donde, desde los primeros años setenta, decenas de miles de personas han muerto o sufrido daños neurológicos por su exposición al metilmercurio. Los iraquíes se vieron afectados debido al consumo de granos de trigo y cebada tratados con ese compuesto, que todavía se enviaban a Irak después de que los fungicidas a base de mercurio se hubieran prohibido en Escandinavia y Norteamérica. En 1971, después de una catastrófica serie de inundaciones y sequías, el Gobierno iraquí compró grandes cantidades de grano en México. Las semillas de trigo habían sido desarrolladas por Norman Borlaug como parte del proyecto de revolución verde de la Fundación Rockefeller, y el largo y caluroso viaje en barco entre México y Basora significaba que el tratamiento del grano con fungicidas altamente eficaces era imprescindible. Tras la entrega masiva y gratuita de las semillas a los campesinos iraquíes en un momento en que sus existencias de grano eran bajas, muchas de las semillas, teñidas de rosa, no se sembraron, sino que se utilizaron para alimentar pollos, ganado y seres humanos. Ni la advertencia en los sacos, escrita en español, ni la muerte de las semillas alertaron a los usuarios.

Pero el trabajo de Egan no termina con el seguimiento de ese cargamento de semillas en particular. También pone al descubierto los órdenes económicos y políticos que presidieron su trayectoria: los mecanismos de oferta y demanda que hicieron de los fungicidas a base de mercurio la solución más barata, dado que su precio había caído tras la prohibición de los derivados del mercurio en Norteamérica; las medidas de protección que

17 Michael Egan, «Mercury's Web: Some Reflections on Following Nature across Time and Place», *Radical History Review*, 107, 2010, pp. 111-126.

sirvieron a los habitantes del mundo desarrollado, pero no a los de otros países; los canales de distribución de suministros alimentarios y productos agrícolas a larga distancia; la política iraquí; y los proyectos de asistencia técnica de la Fundación Rockefeller y otras agencias internacionales para crear y diseminar nuevas plantas híbridas de alto rendimiento obtenidas gracias a la selección genética natural. Ni el metilmercurio ni ningún otro elemento en movimiento flotan libremente: su movilidad se inscribe en proyectos concretos desarrollados por protagonistas concretos.

Advertencia: la circulación más allá del mero movimiento

A primera vista, la circulación parece ser una acción simple. Un elemento, de naturaleza material o espiritual, vivo o inerte, se mueve de un lugar a otro. Este elemento está bien definido y sus puntos de salida y llegada, claramente identificados. Solo tenemos que trazar su trayectoria y sopesar las causas y consecuencias de su movimiento: fácil. Por desgracia, esta visión tan nítida pronto se vuelve borrosa.

Primero, porque la circulación no equivale al mero transporte de una entidad inmutable. Las personas, ideas y cosas tienen que cambiar para moverse, o cambian porque se mueven. Y esto se aplica tanto al estilo como a la sustancia. La experiencia de la migración transforma a los migrantes, como indican los giros frecuentes en los roles de género: los antiguos aristócratas y magnates rusos perdieron buena parte del control que ejercían sobre sus familias cuando partieron hacia el exilio tras la revolución de 1917;[18] asimismo, las jóvenes enfermeras de Kerala, que llevan trabajando en los hospitales de los países del golfo Pérsico desde la década de los setenta, ya no son vistas como miembros de una profesión sin influencia, sino que son respetadas como sostén de la familia en su lugar de origen y codiciadas como novias.[19]

---

18 Anouche Kunth, «Le portrait confisqué de Joseph Mantachev. Histoire d'exils et de spoliations», *L'Homme*, 195-196, 2010, pp. 283-306.

19 Marie Percot, «Indian Nurses in the Gulf: Two Generations of Female Migration», *South Asia Research*, 26, 1, 2006, pp. 41-62, y Marie Percot, «Indian Nurses in the Gulf: From Job Opportunity to Life Strategy», en Anuja Agrawal (ed.), *Migrant Women and Work*, Nueva Delhi, 2006, pp. 155-176.

Hasta los vectores de la circulación pueden ser transformados por su propia circulación: los sampanes que los migrantes japoneses introdujeron en Hawái en la década de 1890 se adaptaron a las condiciones de pesca y navegación del lugar y, gradualmente, fueron adoptados como barcos «típicos» hawaianos; por el contrario, los juncos que habían empezado a poblar las aguas de California solo un poco antes permanecieron sin cambios y, al cabo, desaparecieron como consecuencia de la legislación antichina de finales del siglo XIX y principios del XX.[20] Y no debe olvidarse que, aunque el objeto pueda seguir siendo el mismo, su uso y significación difieren en función del momento y el lugar.

El fusil de asalto AK-47 empezó siendo un prototipo destinado a un concurso convocado en 1943 para diseñar la futura arma básica del Ejército soviético. Más de setenta años después, y tras haber sido llevado en cantidades millonarias a todas las zonas de conflicto del planeta, se ha convertido en el arma favorita de los rebeldes y mercenarios de todo el mundo, aparece en las banderas y blasones de varios países y movimientos políticos y se utiliza cada vez más en actividades delictivas en Europa continental.

Las palabras también adquieren un significado diferente cuando circulan, e incluso cuando parecen ser inmutables debido a su importancia sagrada. El *Bhagavad-gītā,* una parte del texto épico en sánscrito *Mahabharata,* recibió diferentes significados por parte de sus lectores y traductores, políticos, poéticos, religiosos (teosóficos y cristianos) o filosóficos en repetidas ocasiones entre finales del siglo XVIII y mediados del XX.[21] Y, a su vez, esos significados fueron rechazados o impugnados por diferentes lectores y traductores indios del mismo texto. La circulación es un proceso creativo que afecta a los elementos que circulan; los historiadores, en consecuencia, deben seguir de cerca la trayectoria de un elemento para capturar los diferentes usos y apropiaciones. Pero cuidado: podemos encontrarnos con lo que el historiador de arte Erwin Panofsky llamó «seudomorfosis»: formas

20 Hans Konrad Van Tilburg, «Vessels of Exchange: The Global Shipwright in the Pacific», en Jerry H. Bentley, Renate Bridenthal y Kären Wigen (eds.), *Seascapes: Maritime Histories, Littoral Cultures, and Transoceanic Exchanges,* Honolulu, 2007, pp. 38-52.

21 El número de *Modern Intellectual History,* 7, 2, 2010, está consagrado al *Bhagavad-gītā.*

idénticas con significados idénticos en tiempos y espacios distintos y distantes, pero sin que se pueda afirmar ningún contacto entre los lugares o los momentos.[22]

Sea como fuere, el *Gītā* no viajó «de la India» a «Occidente»: se han apropiado de él y lo han reelaborado constantemente individuos, instituciones y revistas que han trabajado con él y sobre él. Este es nuestro segundo punto: la circulación no es un fenómeno espacial inmediato que transcurre entre el lugar determinado A y el lugar determinado B, con elementos que salen de A de una vez para siempre, llegan ordenadamente a B y esperan tranquilamente antes de seguir hacia los puntos C o D. Incluso si puede parecer adecuado pensar así sobre elementos concretos, como objetos o personas cuya materialidad no puede estar en varios lugares al mismo tiempo, debemos tener en cuenta que la humanidad ha inventado medios para que individuos u objetos puedan estar presentes en A y B al mismo tiempo: la memoria, las imágenes, la palabra impresa y otros métodos de comunicación lo hacen posible. Además, los grupos de personas y las series de objetos poseen un movimiento desigual y no lineal: como grupo, los migrantes van y vienen entre países y continentes; una enfermedad puede extenderse simultáneamente en varios sitios por medio de gérmenes; una frase musical se escucha y comenta en diferentes lugares al mismo tiempo. Los elementos inmateriales como la información, el saber hacer y las ideas, que no están confinados en un solo recipiente, no siempre se desplazan uno detrás de otro. Se difunden sincrónicamente, pero se reciben en diferentes lugares a diferentes ritmos, y su origen no siempre puede atribuirse fácilmente a un lugar concreto.

El caso de las ideas decimonónicas sobre la reforma social es notablemente instructivo. Cuando los reformadores estadounidenses viajaron a Alemania para estudiar las políticas de vivienda en la década de 1880, sabían que algunos de los «métodos alemanes» que observaron y comentaron eran, en parte, resultado de la observación y apropiación que llevaron a cabo los reformadores alemanes de algunos programas iniciados con ante-

22 Erwin Panofsky, *Studies in Iconology: Humanistic Themes in the Art of the Renaissance*, Nueva York, 1939, pp. 70-71 (hay trad. cast.: *Estudios sobre iconología*, Madrid, 2001).

rioridad en Londres.[23] Así pues, los reformadores estadounidenses que pusieron a sus propuestas generales de política social el marchamo *made in Germany* omitieron a sabiendas mencionar que se trataba de productos compuestos que combinaban experimentos desarrollados por diferentes autoridades locales o nacionales de otros países de Europa o más allá.

Muchos elementos que circulan no son *de* un lugar y van *a* otro lugar: viven entre y a través de diferentes lugares. Kapil Raj lo expresa convincentemente cuando analiza varios ejemplos de conocimiento científico en el sur de Asia y Europa (cartografía, conocimiento legal) e insiste en que no se crearon en un lugar y luego se trasladaron hacia otros, sino que surgieron de la circulación y la interacción entre actores que trabajaban en distintos lugares.[24] Lo que importa es resituar estas circulaciones y a estos actores; los historiadores no deberían perseguir la atribución de un origen, argumenta Raj. El caso de la triaca trae su argumento a casa: como producto medicinal, su elaboración, consumo, prescripción y legitimación desafían la atribución a un «lugar de pertenencia» dado.[25] Y la misma falta de atribución se aplica a los colegios misioneros que los celosos evangelistas estadounidenses establecieron en Kioto (Japón) o Beirut (Imperio otomano): estos no eran imitaciones de colegios universitarios estadounidenses ni instituciones educativas completamente nuevas. Sus características especiales, incluso su apariencia no confesional y su interés por el conocimiento local, surgieron de la circulación del personal y las ambiciones de la Junta Americana de Comisionados para las Misiones Extranjeras.[26] De ahí, pues, la necesidad de «resituar» los objetos en circulación que estudiamos, de asentarlos en los contextos específicos donde se ven, usan y cambian, incluso aquellos que parecen estar descontextualizados o no tener lugar.

---

23 Sobre la circulación de ideas de reforma doméstica en el mundo del Atlántico Norte, véase Thomas Adam, *Intercultural Transfers and the Making of the Modern World, 1800-2000: Sources and Contexts*, Basingstoke, 2011, cap. 2.

24 Kapil Raj, *Relocating Modern Science: Circulation and the Construction of Knowledge in South Asia and Europe, 1650-1900*, Basingstoke, 2007.

25 Guy Attewell, «Interweaving Substance Trajectories: *Tiryaq*, Circulation and Therapeutic Transformation in the Nineteenth Century», en Anne Digby, Waltraud Ernst y Projit B. Mukharji, *Crossing Colonial Historiographies: Histories of Colonial and Indigenous Medicines in Transnational Perspective*, Newcastle, 2010, pp. 1-20.

26 Aleksandra Kobiljski, *Learning to be Modern: American Missionary Colleges in Beirut and Kyoto 1860-1920*, tesis doctoral, The City University of New York, 2010.

Después de todo, ni siquiera Internet está en todas partes. Se encuentra en diferentes lugares (puntos de acceso, servidores de datos, puntos de acceso inalámbrico, líneas de transmisión) y opera en diferentes anchos de banda, protocolos y redes troncales (fibra óptica o cables telefónicos). El esfuerzo actual por cartografiar Internet sugiere cómo pueden usar los mapas los historiadores, para sí mismos y para ilustrar a los lectores, cuando quieren ubicar no solo el movimiento de los elementos materiales e inmateriales, sino también sus usos y apropiaciones.[27]

Y, tercero, las circulaciones definen su propio espacio, a menudo uno muy concreto. El circuito es el contexto, por así decir. Cada tipo de mercancía que se ha movido en los últimos doscientos años ha generado su propio espacio a través de sus diversas etapas de producción, comercio y consumo. La geografía del estaño no es la misma que la del café.[28] Y tales geografías no equivalen a la localización en función del país. En los últimos años, las diferencias en la legislación para la donación de ovocitos en Europa han incentivado a las mujeres francesas mayores de cuarenta y tres años a ir a Bélgica, España y Grecia para la procreación con asistencia médica.[29]

Pero no van *a* Bélgica o Grecia; se dirigen a ciudades concretas, asisten a centros médicos concretos recomendados por informantes, amigos, conocidos y asociaciones. Esta circulación tiene su espacio distintivo, ubicado con precisión, que es a la vez el teatro y el agente de las relaciones sociales, las transacciones financieras y las experiencias transformadoras que resultan de la intersección de horizontes biológicos, individuales y legales. Las circulaciones definen espacios propios que no equivalen a la suma de sus partes espaciales. Estos espacios son los muchos puntos intermedios y zonas de contacto donde hemos visto que operan los conectores en el capítulo 2. Son sitios que producen actitudes, roles, situaciones, objetos e instituciones.

---

27 Martin Dodge y Rob Kitchin, *Atlas of Cyberspace*, Harlow, 2008.

28 Steven Topik, Carlos Marichal y Zephyr Frank (eds.), *From Silver to Cocaine: Latin American Commodity Chains and the Building of the World Economy, 1500-2000*, Durham, 2006.

29 Virginie Rozée, «Cross-Border Oocyte Donation in Europe: From Paris to Athens», *27th Annual Meeting of European Society of Human Reproduction and Embryology (ESHRE)*, Estocolmo, 2011.

Estas son pistas de que las circulaciones son más complicadas de lo que parecen. Cada elemento que circula se comporta de forma distinta, enmarca su propio tipo de espacio, genera diferentes consecuencias. Y está lejos de ser fácil o necesario ver dónde comienza el movimiento y cuándo termina. A pesar de toda esta complejidad, ¿podemos pensar modos en que los historiadores puedan ver a través de ella y organizar sus intentos de reconstruir y analizar las circulaciones? La noción de regímenes circulatorios trata de capturar la extensión, dirección, intensidad y organización relativamente estable de las circulaciones, y las siguientes directrices ofrecen sugerencias para analizar su presencia y efectos duraderos.

Pauta 1: conoce el cauce de tu río

Cuando el transporte de contenedores sustituyó al de cargamentos a granel entre finales de los cincuenta y la década de los ochenta, esta evolución significó algo más que un cambio en la forma de empaquetar mercancías en movimiento.[30] La nueva manera de organizar la carga disminuyó drásticamente la cantidad de horas necesarias para descargar embarcaciones, convirtió el transporte en una industria que utilizaba intensivamente capital en lugar de mano de obra, permitió conexiones fáciles entre barcos, ferrocarriles y camiones y despejó el terreno para procesos industriales basados en la fragmentación de la producción (la logística *just in time*, la externalización, el *sistema de producción modular*). También comportó nuevas infraestructuras como puertos mercantiles, centros multimodales y un sistema informático que hoy administra el flujo de casi veinte millones de contenedores estandarizados. Por último, pero no menos importante, cambió la relación entre empleadores y trabajadores en muchos puertos del mundo. Tras esa ruptura, una caja inerte de metal devino de vital importancia para la circulación de bienes en nuestro mundo: hoy sostiene la división internacional del trabajo por su capacidad de hacer circular cosas.

Esa caja de metal inerte es importante. Así como es necesario especificar las características de los cauces de los ríos para comprender adónde

30 Marc Levinson, *The Box: How the Shipping Container Made the World Smaller and the World Economy Bigger*, Princeton, 2006.

pueden llegar las corrientes y qué puede hacerse con ellas, es de vital importancia ser específico acerca de los conductos y vectores de circulación, pues sus características crean oportunidades y limitaciones particulares, y los pormenores de su funcionamiento condicionan su posible impacto. Una vez que el Comité Conjunto Británico sobre Cables de Telégrafos Submarinos formuló las reglas técnicas para el montaje y tendido de cables transoceánicos en 1861, su fiabilidad aumentó rápidamente: se hizo posible tenderlos en aguas difíciles y llenar los cables de más cables adicionales, lo que permitió que las comunicaciones telegráficas fueran más rápidas, más numerosas y bidireccionales. Pero los vectores son importantes no solo por sus aspectos tecnológicos.

Las remesas que los migrantes envían a sus lugares de origen pueden circular a través de aquellos que regresan, pero también mediante las cámaras de compensación de las compañías comerciales de las «Montañas Doradas» (Jinshan Zhuang), de las elaboradas cadenas de compensación interindividuales del *hawala* (el popular sistema alternativo para el envío de remesas en el sur de Asia) o de la red corporativa de Western Union: dependiendo del medio, la cuestión de la confianza entre los socios cambia radicalmente, al igual que el número de intermediarios que se aprovechan de esas remesas o la capacidad de las autoridades gubernamentales para cuantificarlas o controlarlas. Problemas similares aparecen cuando se comparan los lazos familiares que trasladaban información e inversiones a través de la Casa Rothschild en el siglo XIX con las limitaciones de las obligaciones y contratos en un importante banco corporativo de finales del siglo XX como HSBC.[31] O considérese esta diferencia: si los traductores de los textos religiosos fuesen los nativos conversos, en lugar de los misioneros extranjeros, entonces tales traducciones podrían liberarse de los conflictos teológicos previos. Por todo ello, los vectores de circulación reclaman toda nuestra atención.

La importancia de conocer el cauce del río también tiene consecuencias metodológicas. Solo cuando uno es consciente de cómo viajan las cosas, puede saber dónde se capta y registra su movimiento. Esto puede parecer obvio: los centros de cuarentena y los registros de las autoridades locales

31 Frank H. H. King *et al.*, *The History of the Honghong and Shanghai Banking Corporation*, Nueva York, 1987-1991, 4 vols.

son, como era de esperar, los lugares para documentar los movimientos de gérmenes a lo largo de las rutas marítimas. Pero la imaginación lleva la batuta cuando se trata de localizar sitios y fuentes menos visibles, como cuando los historiadores financieros usan boletines de intercambio para reconstruir la circulación de capital entre diferentes centros financieros.[32] En la misma línea, al querer saber cómo se convirtió la pintura francesa en una referencia en el mundo alemán del siglo XIX a pesar de la hostilidad generalizada del público hacia cualquier cosa francesa, France Nerlich prestó atención a los catálogos de ventas, además de analizar colecciones públicas, viajes de coleccionistas a estudios parisinos y la prensa especializada.[33]

Esto indica que, las más de las veces, estudiar la circulación implica considerar distintos vectores que operan simultánea o sucesivamente. Alguien que esté interesado en cómo evolucionan los estilos y las modas musicales a través y a lo largo de los estilos nacionales o regionales tendrá que prestar atención al movimiento de discos, instrumentos, equipos de estudio de grabación, músicos y partituras musicales. La gama de temas por investigar incluirá la prensa musical, las cifras de ventas de instrumentos y discos, las políticas de grabación de las compañías discográficas, los viajes de migrantes y turistas, la maquinaria de los festivales, las conversaciones e inspiración entre músicos y las giras de orquestas, pero también las máquinas de propaganda gubernamental que promocionaban estilos musicales e intérpretes concretos como mensajeros de la grandeza nacional o civilizacional. Los papeles de estos diversos conductos, por supuesto, han aumentado y disminuido durante los últimos doscientos o doscientos cincuenta años, pero tenerlos en cuenta ha permitido evaluar la historia de éxito de la *Novena* de Beethoven, la popularidad de la *bossa nova* brasileña, el destino del *jazz* durante la Guerra Fría, el crisol musical caribeño, el estatus icónico de Umm Kalzum en el mundo árabe desde la década de los cincuenta o la presencia de grabaciones musicales étnicas en el mercado estadounidense de principios del siglo XX.[34]

---

32 Marc Flandreau y Clemens Jobst, «The Ties that Divide: A Network Analysis of the International Monetary System, 1890-1910», *Journal of Economic History*, 4, 2005, pp. 977-1007.

33 France Nerlich, *La Peinture française en Allemagne (1815-1870)*, París, 2010.

34 Véase la bibliografía extendida en el complemento bibliográfico en línea, que puede obtenerse escribiendo a <pys.th.2013@gmail.com>.

Cubrir todas estas bases —o sus equivalentes en otros objetos de estudio— es, ciertamente, una tarea abrumadora, especialmente cuando, como en el caso de la música, la circulación parece ser planetaria. Pero si los vectores nos hablan del estilo y la sustancia de las circulaciones, también nos ofrecen pistas sobre los lugares que alcanzan y los que no. Prestar atención a los vectores de circulación ayuda a delinear el espacio de esta. En su estudio de las redes anarquistas regionales en el Golfo de México y el Caribe, Kirk Shaffer identifica dos subconjuntos diferentes de intercambio basados en distintas revistas y organizaciones que funcionaron como conductos de información y movilización.[35] A partir de nuestro conocimiento de los vectores, podemos demarcar la zona de captación de las circulaciones.

Pauta 2: demarca una zona de captación

Desde hace unas dos décadas, ha habido un auge en la historia de las mercancías. Uno puede leer la historia del mundo contada a través de seis bebidas o seguir las tribulaciones de la piña o el curri. Pueden encontrarse diversos títulos exitosos, académicos o de divulgación. El subtítulo de uno de ellos, el del libro de Mark Kurlansky *El bacalao. Una biografía del pez que cambió el mundo,* publicado en 1997 y traducido a 15 idiomas, se ha convertido en una fuente de inspiración, como demuestran obras como *The Potato: How the Humble Spud Rescued the Western World* (1998) de Larry Zuckerman. Cabe preguntarse, sin embargo, ¿cuál es ese mundo que ha «cambiado»? ¿Debe entenderse la palabra como sinónimo de «planeta Tierra» o acaso de una esfera particular, como en el «mundo del teatro italiano»? Puede decirse mucho de la ubicuidad de mercancías fundamentales como la electricidad, pero todavía hay lugares en la Tierra de los que aquellas no vienen ni a los que tampoco van, y esta geografía desigual cambia con el tiempo. El chocolate todavía no es objeto de consumo cotidiano en África o Asia, aparte de Japón. La India solo se convirtió en un

35 Kirk Shaffer, «Tropical Libertarians: Anarchist Movements and Networks in the Caribbean, Southern United States, and Mexico, 1890s-1920s», en Steven Hirsch y Lucien van der Walt (eds.), *Anarchism and Syndicalism in the Colonial and Postcolonial World, 1870-1940: The Praxis of National Liberation, Internationalism, and Social Revolution*, Leiden, 2010, pp. 273-320.

país bebedor de té después del gran empeño que pusieron los productores de té de Ceilán a finales del siglo XIX.

«La circulación se produce en un espacio limitado», escribe Kapil Raj, y añade que este espacio limitado cambia con el tiempo.[36] Esto podría imprimirse en un folleto y fijarse en los escritorios de los historiadores que trabajan desde una perspectiva transnacional: «¡Es la zona de influencia, estúpido!». La identificación de este espacio limitado, una especie de zona de captación o cuenca hidrográfica de la circulación que estudian, es una tarea vital, aun cuando la idea misma de los límites parezca contraintuitiva. La circulación a larga distancia, como la lluvia ácida, las columnas de humo industriales o las nubes radiactivas de Chernóbil y Fukushima, se cierne sobre ciertos lugares y no sobre otros: sigue las rutas de las corrientes atmosféricas. Aunque tales corrientes no se detienen en las fronteras nacionales, como se dijo infamemente en Francia tras el desastre de Chernóbil, hay áreas a las que no llegan.

El sistema financiero ahora se describe comúnmente como un flujo continuo de información 24/7 en todo el mundo. Pero las bolsas de valores se organizan en grupos limitados por infraestructuras capitalistas y logísticas: Euronext fue el resultado de la fusión de varias bolsas de valores (principalmente, París, Ámsterdam y Bruselas) que comenzó en la década de los dos mil, mientras que una única red de cables de fibra óptica y un sistema de información administrado por una sola empresa tecnológica dan servicio a ocho mercados de valores alrededor del mar Báltico.

A primera vista, también parece contraintuitivo sugerir que la electricidad tiene diferentes espacios de circulación, si se tiene en cuenta la red de cables y las redes interconectadas de la península europea a principios del siglo XXI. Aun así, una división importante resulta de los diferentes estándares de frecuencia en las líneas de alta tensión: el área síncrona de Europa continental incluye Turquía y África del Norte, mientras que las islas británicas y una gran parte de Escandinavia viven en otra frecuencia. Esto explica por qué el apagón europeo de 2006, que comenzó con un incidente en el norte de Alemania, oscureció las luces en Marruecos y Túnez, pero

36 Raj, *Relocating Modern Science*.

apenas afectó a la cercana Escandinavia.[37] El conocimiento de la zona de captación de la circulación bajo escrutinio revela dónde puede tener impacto y dónde no. Asimismo, contextualiza las interconexiones y nos obliga a ser específicos acerca de la espacialidad de las circulaciones, en lugar de etiquetar cualquier cosa remota como «global».

Esto es especialmente digno de mención, porque la perspectiva transnacional se asocia, a menudo, con las circulaciones de larga distancia que implican grandes cantidades de capital, bienes y personas. La distancia y el tamaño son, sin duda, dos aspectos importantes para evaluar la extensión de las circulaciones. La distancia hace que la interacción cara a cara sea más difícil para las personas y la transmisión de información y bienes requiere infraestructura adicional para compensar la distancia (por ejemplo, estaciones de compresión intermedias para oleoductos o estaciones de combustible para barcos). Las empresas que comenzaron a operar más allá de sus mercados nacionales a partir de la década de 1850 necesitaron grandes dosis de energía e inventiva para establecer marcos de organización y valores de gestión que permitieran la fabricación y venta de objetos y servicios en distintos países, continentes, idiomas y áreas religiosas.[38] Pero ni la distancia ni el tamaño impiden las interacciones que se derivan de la circulación. De hecho, los historiadores transnacionales combinan sin prejuicios el gran/pequeño número de protagonistas y la larga/corta distancia de circulación.[39] Cemil Aydin trabaja en los tres frentes de la historia transnacional mientras rastrea el pensamiento y las actividades panasiáticas y panislámicas en todos los continentes. Pero también lo hace Caitlin Murdock cuando se centra en la circulación de personas, bienes, vigilancia y poder

---

37 Erik van der Vleuten y Vincent Lagendijk, «Transnational Infrastructure Vulnerability: The Historical Shaping of the European "Blackout"», *Energy Policy*, 38, 4, 2010, pp. 2042-2052.

38 Para una visión de conjunto de la situación actual, véase Glenn Morgan, Peer Hull Kristensen y Richard Whitley (eds.), *The Multinational Firm: Organizing across Institutional and National Divides*, Oxford, 2001.

39 Para la combinación en una colección de ensayos, véase Michael O. West, William G. Martin y Fanon Che Wilkins (eds.), *From Toussaint to Tupac: The Black International since the Age of Revolution*, Chapel Hill, 2009; para la combinación en un campo de estudio, compárese Liu, *The Transnational History of a Chinese Family*, con Walton Look Lai, *Indentured Labor, Caribbean Sugar: Chinese and Indian Migrants to the British West Indies, 1838-1918*, Baltimore, 1993.

en una pequeña región a través de la antigua frontera entre Sajonia y Bohemia, hoy entre Alemania y Chequia.[40] Ambos son muy concretos acerca del espacio de circulación que estudian, a pesar de la inconmensurabilidad de sus zonas de captación en términos de tamaño y distancia.

Más que el tamaño y la distancia, probablemente sean los límites y la duración las características esenciales de la zona de captación de cualquier circulación. Establecer límites no es solo dibujar una línea o colorear un mapa para incluir un país y excluir otro. Confundir la ubicación con el país es una de las consecuencias del *nacionalismo metodológico:* la propensión de los historiadores y científicos sociales a considerar el marco nacional como la única unidad válida de observación y comprensión.[41] Pero caracterizar a una circulación como un ir de un país a otro es un ejemplo de «falacia ecológica», ese error lógico por el cual los estadísticos infieren los rasgos de una unidad singular a partir de las estadísticas agregadas del grupo al que pertenece. Esta es una de las razones por las que algunos historiadores acuñaron el término *translocalidad:* para indicar que los entrelazamientos y circulaciones se producen entre lugares específicos.[42] Así, resituar la circulación implica algo más que localizar el país. Requiere una investigación minuciosa de los lugares incluidos y excluidos de la zona de captación de la circulación que se estudia.

Así, por ejemplo, el espacio de circulación de las exportaciones e importaciones alemanas a principios del siglo xx, es decir, sus lazos económicos con el mundo, tenía su centro neurálgico en el puerto de Róterdam, en los Países Bajos. La revista *Al-Manar,* cuyo título afirmaba la ambición de ser un «faro» para la reforma del islam entre 1898 y 1935, no fue una revista «de» Egipto que fuese leída o muy respetada «en» Rusia, el este de China o el mundo malayo-indonesio:[43] fue en el seno de comunidades concretas, en torno a determinados individuos y a través de los estudiantes

40 Cemil Aydin, *The Politics of Anti-Westernism in Asia: Visions of World Order in Pan-Islamic and Pan-Asian Thought,* Nueva York, 2007, y Caitlin E. Murdock, *Changing Places: Society, Culture, and Territory in the Saxon-Bohemian Borderlands, 1870-1946,* Ann Arbor, 2010.

41 Wimmer y Glick-Schiller, «Methodological Nationalism and Beyond».

42 Freitag y von Oppen (eds.), *Translocality.*

43 Dudoignon *et al.* (eds.), *Intellectuals in the Modern Islamic World,* pp. 3-159.

de algunas escuelas religiosas donde se escuchó y emuló el proyecto de reactivación islámica lanzado por su editor, Muhammad Rashid Rida —nacido en la Siria otomana—, desde su sede en El Cairo.

Asimismo, las cadenas migratorias no vinculan un país con otro, sino que conectan una región determinada o incluso un pueblo con otros: las tierras alrededor de Thanjavur (en Tamil Nadu, India) con las plantaciones alrededor de Perak y Selangor (en Malasia); Valdengo (en la provincia de Biella, Italia) con un barrio concreto de Nueva York o Buenos Aires; el condado de Taishan (en Cantón, China) con el antiguo barrio chino de Los Ángeles (en California, Estados Unidos). Cartografiar el comercio del café como una flecha entre los países productores y consumidores es una aproximación algo tosca: en realidad, los granos se trasladan desde áreas específicas y especializadas hasta los almacenes y plantas de procesamiento que han llegado a controlar este mercado en las últimas décadas. Las circulaciones ocurren entre un país y otro solo si «vemos como un Estado», esto es, si adoptamos el punto de vista de las autoridades nacionales que crean y manejan las cifras totales de personas o cantidades de bienes que salen o entran en el territorio nacional. Establecer los límites de una cuenca hidrográfica no es lo mismo que hacer una lista de países. Uno tiene que seguir las cosas, personas y nociones a lo largo de los lugares, organizaciones y segmentos concretos de los grupos sociales donde se reúnen, usan o emplazan.

El café también ofrece pistas para pensar la duración. La geografía de la cadena del café ha cambiado varias veces, entre principios del siglo XIX y finales del XX, en todas sus etapas (producción, transformación, consumo).[44] Tales cambios no solo unieron o desconectaron lugares distintos en materia de salarios, tecnología, precios y hábitos de consumo, sino que también alteraron las condiciones de todos los protagonistas de la cadena, desde las condiciones de trabajo en las plantaciones hasta el sabor de la bebida. Así pues, el primer aspecto de la duración tiene que ver con la existencia y estabilidad de una cuenca hidrográfica. Los límites y ubicaciones pueden cambiar, como sucede con el café, pero la cuenca entera tam-

44 Steven Topik y William Gervase Clarence-Smith (eds.), *The Global Coffee Economy in Africa, Asia, and Latin America, 1500-1989*, Cambridge, 2003, y John M. Talbot, *Grounds for Agreement: The Political Economy of the Coffee Commodity Chain*, Lanham, 2004.

bién puede desmoronarse y la circulación desaparecer: la llegada de los fertilizantes químicos a finales del siglo XIX destruyó la mayor parte de la zona de captación del guano peruano;[45] la afluencia masiva de mano de obra libre y forzada desde China y las islas del Pacífico Sur se detuvo, al igual que los flujos de guano hacia Estados Unidos y Europa.

Pero la duración también es un factor interno: ¿cuánto se tarda en viajar entre los diferentes lugares de una zona de captación? Franco Moretti ha estudiado el tiempo que llevó traducir al inglés las principales novelas francesas, rusas o alemanas durante el siglo XIX para comprender cómo Inglaterra «se convirtió en una isla» en términos literarios.[46] Los primeros clásicos rusos, dice, se tradujeron al francés, de media, veinte años después de su publicación, mientras que al inglés se hizo cuarenta y tres años después. En la zona de captación de un elemento concreto, entran en juego diferentes temporalidades que crean diferentes contextos y condiciones para las relaciones entre los diferentes participantes: la recepción y las traducciones al inglés de Tolstói diferían de las francesas no solo por el idioma, sino también porque no se produjeron al mismo tiempo. Capturar estas temporalidades no es fácil. El filósofo francés Victor Cousin presentó los elementos de la filosofía hegeliana a los participantes de su curso en París en 1828, pero las primeras traducciones de los textos de Hegel al francés no se realizaron hasta 1850, mucho antes de que el inmigrante ruso Alexandre Kojève reformulara completamente la interpretación de la *Fenomenología del espíritu* de Hegel en sus seminarios en la École pratique des hautes études entre 1933 y 1939.[47] Estimar el tiempo que tardó el trabajo de Hegel en *llegar* a la filosofía francesa —o incluso a la parisina— es, pues, una pregunta problemática. Y lo es más aún por cuanto cada nueva versión y apropiación de su trabajo tuvo que lidiar con la presencia de las versiones anteriores: la duración es una dimensión estratificada. Solo la atención escrupulosa a cada estrato de duración puede permitirnos observar el funcionamiento de la zona de captación francoalemana definida por la circula-

45 W. M. Mathew, *The House of Gibbs and the Peruvian Guano Monopoly*, Londres, 1981.

46 Franco Moretti, *Atlas of the European Novel, 1800-1900*, Londres, 1998 (hay trad. cast.: *Atlas de la novela europea, 1800-1900*, Madrid, 2001).

47 Michel Espagne, *Les Transferts culturels franco-allemands*, París, 1999, caps. 2 y 8.

ción de los escritos de Hegel, los motivos del interés en su trabajo y las distintas interpretaciones de su pensamiento. Y este proceso debe llevarse a cabo en relación con lugares y entornos específicos (instituciones o ciudades) de la escena intelectual francesa para no tomar la parte por el todo: una vez más, la resituación es clave para ser específicos acerca de la duración. Esto también apunta al hecho de que las zonas de captación no son homogéneas. Siguiendo con nuestra metáfora hidrológica, en una sola zona de captación hay diferentes afluentes con diferentes caudales.

Pauta 3: identifica tus afluentes

Algunos flujos tienen un caudal mayor que otros. Un individuo escribe con mayor frecuencia a unos corresponsales que a otros, un científico privilegia las referencias a una cierta cantidad de textos extranjeros, los migrantes parten de regiones concretas y viajan desde un número determinado de puertos marítimos, una fábrica recibirá más suministros y enviará más bienes a áreas particulares. En la historia cultural, los estudios de las transferencias se han centrado en flujos muy visibles, como las relaciones bilaterales entre Alemania, Gran Bretaña y Francia o la proyección cultural estadounidense del siglo XX, definida como americanización o imperialismo cultural. Esto está justificado si se considera que un gran caudal puede corresponderse con un profundo impacto: tiene sentido poner énfasis en la circulación de la cultura estadounidense, porque ha sido un motivo de discordia en las sociedades receptoras, o en la afinidad antagónica francoalemana, pues ha sido importante para la historia de la Europa moderna y para la forma en que estos dos países se han imaginado a sí mismos.[48]

Prestar demasiada atención a las corrientes de circulación más visibles o caudalosas, no obstante, puede ser engañoso. Desde hace mucho tiempo, los historiadores económicos saben que los países que importan capital también pueden exportarlo: después de todo, este fue el caso de Estados Unidos desde finales de la década de 1880 hasta la Primera Guerra Mundial, con una afluencia masiva de capital británico y una importante inver-

48 Robert W. Rydell y Rob Kroes, *Buffalo Bill in Bologna: The Americanization of the World, 1869-1922*, Chicago, 2005, y Allan Mitchell, *The German Influence in France after 1870: The Formation of the French Republic*, Chapel Hill, 1979.

sión directa en América Latina.[49] De algún modo, los historiadores de los imperios apuntaban en la misma dirección al insistir en que el Estado, la cultura y la economía política de las colonias y las metrópolis formaban parte de un único campo analítico.[50] Mientras que el estudio del colonialismo y el Estado colonial había privilegiado la circulación de capital, personal y poder de la metrópoli a las colonias, ellos insistieron en que estudiar las circulaciones entre las propias colonias y entre estas y la metrópoli daría una visión más apropiada de la condición colonial.

Lo que es más visible e intenso no debe acaparar nuestra curiosidad histórica. Esta es una observación especialmente pertinente para temas concretos como el estudio de la circulación de personas, capital, creencias e ideas dentro y a través de las comunidades migrantes. Se ha investigado mucho sobre inmigrantes italianos, chinos o judíos, pero los procesos que surgen de estos segmentos específicos no son, *per se,* más importantes o relevantes para los historiadores transnacionales que el estudio de las diásporas armenia, hadramita, libanesa o sij. Hay una serie de flujos ocultos, olvidados, negados o simplemente discretos que participan en el establecimiento y la operación de los regímenes circulatorios, y tendemos a descuidar estas corrientes de «escaso caudal».

Los protagonistas históricos son, a veces, responsables de arrojar al olvido estas circulaciones discretas, como los socialistas italianos que no reconocían los experimentos y principios que tomaron prestados de sus homólogos belgas y usaron como marcos para sus actividades sociales, éticas y económicas a finales del siglo XIX.[51] Los progresistas estadounidenses de Daniel Rodgers también subrayaron públicamente sus ejemplos alemanes o británicos en detrimento de lo que aprendieron de países europeos «pequeños» o «arcaicos» o de Nueva Zelanda.

---

49 Mira Wilkins, *The History of Foreign Investment in the United States to 1914,* Cambridge (Massachusetts), 1989.

50 Frederick Cooper y Ann Laura Stoler, «Between Metropole and Colony: Rethinking a Research Agenda», en Frederick Cooper y Ann Laura Stoler (eds.), *Tensions of Empire: Colonial Cultures in a Bourgeois World,* Berkeley, 1997, pp. 1-58.

51 Ariane Landuyt, «Il modello "rimosso". Pragmatismo, etica, solidarietà e principio federativo nelle interrelazioni fra socialismo belga e socialismo italiano», en Maurizio Ridolfi (ed.), *Alessandro Schiavi. Indagine sociale, culture politiche e tradizione socialista nel primo '900,* Cesena, 1994, pp. 15-30.

Pero son principalmente nuestros propios sesgos los que nos impiden mirar más allá de las corrientes de circulación más visibles. El opio y la cocaína han sido objetos de interés histórico por su papel en la historia política, social y cultural de Europa, pero reconstruir los diferentes regímenes circulatorios de narcóticos durante los últimos doscientos años también requiere que incluyamos su comercio y consumo en África y Oriente Próximo.[52] Para los historiadores, hacerse transnacionales ha significado, a menudo, mirar las circulaciones hacia y desde su área original de especialización: empezamos desde una ciudad, país, continente o región familiares y seguimos las cosas desde y hacia allí. Esto tiene sentido por razones prácticas e intelectuales (acceso a las fuentes, dominio de la lengua y la literatura, exploración más profunda de temas ya conocidos) y se ajusta también a la organización de nuestra disciplina según la especialización nacional o regional. Este enfoque ha influido mucho en el desarrollo actual de los estudios de los entrelazamientos entre un lugar y el resto del mundo, o entre dos países o regiones. Ha sido muy productivo y hemos adquirido un mayor conocimiento de las circulaciones en el sur y sudeste de Asia, o entre Europa y Asia.[53] Ahora bien, como resultado de este tropismo bilateral, todavía nos cuesta valorar estas corrientes en relación con otras.

Esto se hace evidente al estudiar por separado las corrientes entre dos países cuando, de hecho, forman parte de zonas de captación «temáticas» más grandes. Pongamos como ejemplo la historia del cine en el bloque soviético: las películas estadounidenses se consideraron políticamente peligrosas, por lo que alternativas como los *Indianerfilme* —antiwésterns hechos en Alemania Oriental— se exhibieron en todo el bloque oriental.[54] Hacia los años cincuenta, sin embargo, las películas de la India empezaron a encon-

---

52 Ezekiel B. Gebissa, «Khat in the Horn of Africa: Historical Perspectives and Current Trends», *Journal of Ethnopharmacology*, 132, 3, 2010, pp. 607-614, y Cyrus Schayegh, «The Many Worlds of 'Abud Yasin; or, What Narcotics Trafficking in the Interwar Middle East Can Tell Us about Territorialization», *The American Historical Review*, 116, 2, 2011, pp. 273-306.

53 R. Michael Feener y Terenjit Sevea (eds.), *Islamic Connections: Muslim Societies in South and Southeast Asia*, Singapur, 2009 y, para circulaciones entre Europa y Asia, Christiane Brosius y Roland Wenzlhuemer (eds.), *Transcultural Turbulences: Towards a Multi-Sited Reading of Image Flows*, Heidelberg, 2011.

54 Gerd Gemünden, «Between Karl May and Karl Marx: The DEFA *Indianerfilme* (1965-1983)», *Film History*, 10, 3, 1998, pp. 399-340.

trar audiencia en Rusia, Bulgaria y otras partes del mundo socialista y el tercer mundo.[55] Estas dos corrientes apenas se comparan. Y lo mismo puede decirse de la circulación de películas en el mundo actual. Las producciones de Bollywood y Hollywood compiten por las audiencias de Oriente Próximo o el Sudeste Asiático, pero es engañoso limitar el estudio de la circulación de largometrajes a estas dos potencias, puesto que deja de lado la producción de Nollywood y la industria del «vídeo nigeriano»: largometrajes populares en inglés que se distribuyen en Ghana, Kenia y Sudáfrica.[56] La relación entre estas corrientes, un aspecto esencial del régimen circulatorio de las películas como productos culturales, apenas se estudia en su conjunto, ni siquiera en ámbitos regionales. Asimismo, los historiadores europeos han analizado, con frecuencia en un contexto bilateral o transatlántico, los flujos de estudiantes universitarios que se matricularon en el extranjero durante los siglos XIX y XX. Pero la economía política internacional de las migraciones estudiantiles en esta época también incluye a los estudiantes del Sudeste Asiático que estudiaron en Japón y a los del mundo islámico que siguieron el circuito de la madrasa (recuérdese que las madrasas son escuelas de educación superior teológica y jurídica islámica), asistieron a la Universidad de al-Azhar de El Cairo por su prestigio en el estudio de textos islámicos clásicos o se inscribieron en escuelas técnicas paquistaníes y en las instituciones de educación superior de los Estados del Golfo en la década de los setenta. Estas corrientes aún deben analizarse juntas.

A pesar de todo, no está más allá de nuestros poderes ampliar la perspectiva para incluir tanto las corrientes fuertes como las débiles. En su estudio del cine exiliado y diaspórico, Hamid Naficy usa una serie de secciones temáticas y primeros planos de numerosos filmes y cineastas para cubrir una impresionante gama de situaciones.[57] En su biografía del economista político y alcalde de Osaka Hajime Seki, Jeffrey Hanes no privilegia la investigación estadounidense por encima de las ciencias sociales alemanas y despliega la amplia variedad de textos extranjeros y colegas en los

55 Sudha Rajagopalan, *Indian Films in Soviet Cinemas: The Culture of Movie-Going after Stalin*, Bloomington, 2009.

56 Brian Larkin, «Degrades Images, Distorted Sounds: Nigerian Video and the Infrastructure of Piracy», *Public Culture*, 16, 2, 2004, pp. 289-314.

57 Hamid Naficy, *An Accented Cinema: Exilic and Diasporic Filmmaking*, Princeton, 2001.

que se inspiró Seki.[58] Ambos ejemplos sugieren que las historias de vida pueden ayudarnos a reconocer y tener en cuenta las diferentes corrientes de las que un individuo ha formado parte. Aun así, estos dos ejemplos parecen implicar una elección entre la multiplicación de trayectorias individuales o la atención a una sola. ¿Fragmentación o concentración?

Una interesante solución al dilema es la publicación conjunta de artículos o capítulos complementarios de varios autores que fragmentan un tema. Los números especiales de revistas y los ensayos recopilatorios se han organizado así durante mucho tiempo, pero, para los historiadores transnacionales, la agregación de capítulos y artículos distintos tiene el potencial de ser algo más que la mera recopilación de investigaciones particulares. Tal organización, por ejemplo, permite reconstruir las distintas corrientes de poder, capital, ideas y personas que confluyeron en Harbin (Manchuria) para convertirla en una ciudad muy especial entre países.[59] La historiografía del anarquismo ofrece otro ejemplo del valor agregado de este tipo más elevado de iniciativa conjunta. Si bien los historiadores del anarquismo nunca ignoraron el movimiento de individuos e ideas entre y a través de países, se centraron sobre todo en las regiones de Europa y el Atlántico Norte.[60] Durante los últimos quince o veinte años, sin embargo, la historia del anarquismo ha incorporado muchas otras corrientes por medio de monografías que han documentado, por ejemplo, los fuertes lazos entre combatientes anticoloniales cubanos y filipinos, los núcleos de radicalismo mediterráneos o el intercambio de apoyo y métodos entre activistas bengalíes e irlandeses en su lucha común contra el poder británico.[61]

---

58 Jeffrey E. Hanes, *The City as Subject: Seki Hajime and the Reinvention of Modern Osaka*, Berkeley, 2002.

59 Frank Grüner e Ines Prodöhl (eds.), «Ethnic Ghettos and Transcultural Processes in a Globalised City: New Research on Harbin», *Itinerario. Journal of Imperial and Global Interactions*, 35, 3, 2011, y Thomas Lahusen (ed.), «Harbin and Manchuria: Place, Space, and Identity», *South Atlantic Quarterly*, 99, 1, 2000.

60 Carl Levy, «Social Histories of Anarchism», *Journal for the Study of Radicalism*, 4, 2, 2010, pp. 1-44.

61 Benedict Anderson, *Bajo tres banderas;* Ilham Khuri-Makdisi, *The Eastern Mediterranean and the Making of Global Radicalism, 1860-1914*, Berkeley, 2010; Michael Silvestri, «The Bomb, *Bhadralok*, *Bhagavad Gita*, and Dan Breen: Terrorism in Bengal and Its Relation to the European Experience», *Terrorism and Political Violence*, 21, 1, 2009, pp. 1-27.

Más que una simple expansión espacial del conocimiento, esta reestructuración de la historia del anarquismo ha implicado un decidido intento de reunir las diferentes corrientes, valorar cada una en relación con las demás y comprender los patrones que han presidido la circulación de las ideas y el personal anarquistas. Esto ha sido posible gracias al trabajo colectivo de investigadores que elaboraron un lenguaje común a través de una serie de reuniones y talleres, y publicaron informes sintéticos que sacaron provecho de las investigaciones recientes.[62] Este trabajo colaborativo no equivale a una división geográfica del trabajo ni a la búsqueda de un consenso o la aniquilación de los intereses de investigación individuales. Es, sencillamente, una invitación a idear soluciones apropiadas para descubrir los afluentes sobresalientes y no tan sobresalientes que constituyen los regímenes circulatorios.

Pauta 4: donde hay pendientes, hay corrientes

Isaac Friedlander fue conocido como el Rey del Grano de California en la década de 1870. Su poder residía en su habilidad para recopilar información sobre futuros cultivos en la región y alquilar embarcaciones para enviar grano a Inglaterra. Gracias a sus repetidas y exitosas anticipaciones, Friedlander controló el envío y puso el precio del transporte y, por tanto, el precio del grano y las condiciones de su comercio.[63] Así, monopolizó el mercado.

El negocio de los cereales era conocido por los intentos de monopolio *(corner).* En 1909, el director de cine estadounidense D. W. Griffith lanzó un cortometraje, titulado *A Corner in Wheat,* que presentaba a un especulador de trigo que acaparaba «todo el mercado mundial» desde la Junta de Comercio de Chicago.[64] Tal anticipación se hizo cada vez más fácil gracias a

---

62 Michael Schmidt y Lucien van der Walt (eds.), *Black Flame: The Revolutionary Class Politics of Anarchism and Syndicalism,* Edimburgo, 2009, y Steven Hirsch y Lucien van der Walt (eds.), *Anarchism and Syndicalism in the Colonial and Postcolonial World, 1870-1940: The Praxis of National Liberation, Internationalism, and Social Revolution,* Ámsterdam, 2010.

63 Rodman W. Paul, «The Great California Grain War: The Grangers Challenge the Wheat King», *Pacific Historical Review,* 27, 4, 1958, pp. 331-349.

64 El corto puede verse en <https://archive.org/details/D.w.Griffith-ACornerInWheat1909> (consultada en agosto de 2019).

nuevos procesos comerciales como los futuros (es decir, las ventas de cultivos por venir). Cualquiera puede establecer una posición dominante *(cornner)*, por su cuenta o con socios, sobre cualquier tipo de producto que se pueda comprar (así, por ejemplo, los sacos que se usaron para empaquetar el trigo californiano, importados de Dundee, Escocia, también fueron objeto de tales estratagemas). Los acaparamientos se convirtieron en sinónimo de creación artificial de escasez para aumentar el precio y las ganancias. Fueron uno de los dispositivos que los especuladores crearon para orientar, controlar y aprovechar las circulaciones. La clave era congelar la circulación mediante la compra y el almacenamiento anticipados para evitar que el flujo de mercancías siguiera la pendiente de la oferta y la demanda.

De nuevo, nuestra alegoría hidráulica resulta útil para recordarnos que las presas no son los únicos dispositivos que controlan la pendiente de los ríos: los bancos y los diques orientan el agua cuando fluye demasiado o demasiado poco, las esclusas ayudan a los barcos a superar la pendiente, los aliviaderos contrarrestan los efectos de la pendiente. La manipulación del caudal del río llega incluso al flujo bidireccional: en 1900, el río Chicago fue obligado a salir del lago Míchigan contra su pendiente por el distrito sanitario de Chicago. Aunque, recientemente, los investigadores han demostrado que durante el invierno, en las profundidades, el agua todavía corre de oeste a este, hacia el lago. Los conflictos entre los usuarios aguas arriba y aguas abajo de un río, mencionados en el capítulo anterior, nos recuerdan también que las pendientes naturales generan entrelazamientos entre entidades políticas y comunidades.

Sin embargo, la analogía tiene sus límites: la mayoría de las circulaciones estudiadas por los historiadores no tienen una pendiente «natural». Dependen de la acción humana y, en la mayoría de los casos, son multidireccionales. La historia de las circulaciones es también una historia de los dispositivos y procesos concebidos y aplicados para iniciar, orientar, controlar, monitorear, bloquear y resistir esas direcciones. Los dispositivos y procesos han hecho y deshecho regímenes circulatorios: los ejemplos incluyen los cárteles firmados entre empresas, el sistema de pasaportes instalado por los Estados, la red de sucursales establecida por las agencias de noticias, las estaciones de control para registrar datos meteorológicos, las cuotas de migrantes fijadas por los Gobiernos, los conceptos y barreras del nacionalismo económico que intentan frenar los flujos de mercancías y capital, así

como las tarifas de transporte que influyen en los flujos de mercancías. En cada circulación, identificar los dispositivos instalados para su control revela las pendientes que se han creado, seguido o resistido.

¿Dónde observar esos dispositivos en funcionamiento y evaluar su capacidad para restringir las circulaciones? Las fronteras nacionales son sitios obvios: desde mediados del siglo XIX, ahí se instalaron dispositivos legales y materiales para identificar, cribar, filtrar o rechazar personas y bienes. En algunos lugares, ahora los puestos de control, las inspecciones fronterizas, los escritorios de los censores y los depósitos aduaneros pueden haber sido sustituidos por procesos más fluidos, como los que operan en la frontera entre Estados Unidos y Canadá (el programa NEXUS), o haber desaparecido por completo, como en el espacio Schengen de la Unión Europea. En general, sin embargo, en los últimos doscientos o doscientos cincuenta años, las fronteras y las tierras fronterizas se han caracterizado por la presencia de capital suelto, la acumulación de mano de obra móvil, una gran cantidad de instalaciones comerciales o fabriles, la fuerte presencia policial o militar, una amplia variedad de muros y barreras y la concentración de las ansiedades nacionales: son sitios de continuos intentos de controlar los flujos en los límites exteriores de los territorios nacionales.[65]

Otros sitios obvios son los centros y núcleos que polarizan las circulaciones: las pendientes comienzan o conducen allí. A principios del siglo XX, cientos de miles de fichas de bibliotecas, codificadas por los corresponsales del Répertoire Bibliographique Universel, atascaron los escritorios y casilleros del Instituto Internacional de Bibliografía en Bruselas, donde Paul Otlet y Henri La Fontaine habían puesto en marcha su plan de un Repertorio Bibliográfico Universal.[66] Casi al mismo tiempo, la información sobre las atrocidades cometidas en las plantaciones de caucho del infame Estado Libre del Congo gobernado por el rey Leopoldo II de Bélgica llegó a Edmund Dene Morel en Liverpool, donde coordinaba las

---

65 Samuel Truett y Elliott Young (eds.), *Continental Crossroads: Remapping U.S.-Mexico Borderlands History*, Durham, 2004.

66 *Cent ans de l'Office international de bibliographie: 1895-1995*, Mons, 1995; en inglés, la visión más completa es: W. Boyd Rayward, *The Universe of Information: The Work of Paul Otlet for Documentation and International Organisation*, Moscú, 1975.

campañas de la Congo Reform Association.[67] Orientar los flujos hacia un centro fue considerado como la mejor y más eficaz estrategia por muchos de los movimientos o asociaciones internacionales que perseguían sus objetivos científicos, profesionales o políticos movilizando energías a través de las fronteras.

Sin embargo, la polarización de los flujos no siempre conduce a una centralización en las grandes metrópolis, ahora conocidas como «ciudades globales», y las polaridades deben identificarse en cada circulación. En los últimos veinte años, el sector de servicios financieros islámicos se ha desarrollado considerablemente. La conformidad de sus productos con las normas religiosas debe estar certificada teológicamente para atraer a inversores, y cada firma de servicios financieros islámicos tiene una junta de estudiosos de la *sharía* que avala dicha conformidad.[68] La afiliación interconectada de una gran cantidad de estas juntas indica que una reducida élite de eruditos de la *sharía* proporciona las certificaciones a todo el mundo musulmán, y Manama, en Baréin, es el lugar que aporta más estudiosos a esas interconexiones. Manama no es un nodo central de erudición religiosa como Medina, pero ha sido un importante centro financiero con ventajas fiscales de Oriente Próximo desde la década de los setenta. Es ahí donde se han desarrollado los organismos reguladores para certificar que los productos financieros cumplen con la *sharía* y es, sobre todo, de ese entorno de expertos religiosos y financieros de donde han surgido las reglas que dan forma al desarrollo de las finanzas islámicas en el mundo musulmán.

La polarización también puede tener que ver con el afecto y la lealtad más que con los flujos de personas, cosas o información. A pesar de la transformación del yudo Kōdōkan de una disciplina de elevación física y moral a un «deporte» durante su traslado a Europa y América por parte de migrantes y aficionados, sus millones de practicantes en todo el mundo todavía consideran que su núcleo simbólico reside en Japón. Las instalaciones *(dojo)* que frecuentan, las técnicas corporales y la ética espiritual

---

67 Catherine Ann Cline, *E.D. Morel, 1873-1924: The Strategies of Protest*, Belfast, 1981.

68 David Bassens, Ben Derudder y Frank Witlox, «Setting Shari'a Standards: On the Role, Power and Spatialities of Interlocking Shari'a Boards in Islamic Financial Services», *Geoforum*, 42, 2011, pp. 94-103.

que aprenden, las reglas que respetan, el vocabulario que usan y los maestros y yudocas emblemáticos que celebran se identifican, principalmente, con Japón.[69]

En cualquier caso, la polarización de los flujos materiales o simbólicos es el resultado de un esfuerzo continuo de individuos u organizaciones por controlar y orientar dichos flujos. Incluso en circuitos altamente centralizados y jerarquizados como la Iglesia católica o la Internacional Comunista, este poder siempre está en peligro. En esta última, especialmente en las décadas de los sesenta y setenta, algunas subcomunidades de creencias desafiaron el poder central e intentaron definir, orientar y controlar sus propias circulaciones de principios y posiciones bajo el marchamo de la teología de la liberación o el eurocomunismo.[70] En este caso, como en el de las policéntricas galaxias del anarquismo, el islam o el protestantismo, los momentos de subversión son intentos de establecer nuevas pendientes en el espacio de los flujos. La identificación de tales intentos de cambiar los regímenes circulatorios es el último aspecto que cubriremos en este capítulo.

Pauta 5: echa la culpa a quienes definen el sistema

Identificar los proyectos para establecer, manejar o subvertir regímenes circulatorios dista mucho de ser fácil. Las nociones de «fuerzas» o «sistema» se usan a menudo para calificar los patrones duraderos que presiden las circulaciones históricas complejas, como el «sistema monetario internacional». Aun así, los historiadores pueden identificar a los protagonistas que imaginaron los vectores, las cuencas y las pendientes que deberían seguir o no las monedas en ese sistema. Algunos Gobiernos nacionales acordaron formar uniones monetarias, como la Unión Monetaria Escandinava (1873), donde el valor de las divisas se armonizó frente al patrón oro para hacer intercambiables los fondos. Los bancos centrales del mundo del Ar-

69 Quentin Deluermoz, «La fabrique "d'Empires inversés"? Le judo à la conquête de l'Europe et du monde», en Pierre Singaravélou y Julien Sorez (eds.), *L'Empire des sports. Une histoire de la mondialisation culturelle*, París, 2010, pp. 117-137.

70 Christopher Rowland (ed.), *The Cambridge Companion to Liberation Technology*, Cambridge, 2007, y Barry Carr, «Mexican Communism, 1968-1981: Eurocommunism in the Americas?», *Journal of Latin American Studies*, 17, 1, 1985, pp. 201-228.

lántico Norte idearon reglas y prácticas para estabilizar la circulación de oro y divisas a finales del siglo XIX, y se implementaron o desmantelaron muchos otros dispositivos para controlar los flujos de capital y las relaciones entre las monedas. Tales dispositivos fueron concebidos y debatidos por políticos, economistas, empresarios y agentes financieros y se pusieron en funcionamiento a través de conferencias, tratados e instituciones. El más conocido de ellos es el «sistema de Bretton Woods», que contribuyó a asentar el dólar estadounidense como moneda internacional *de facto*.[71] Hay voluntad y responsabilidad detrás del mundo financiero, nos dicen los historiadores financieros. También hay proyectos y diseños detrás de las circulaciones complejas en los *grandes sistemas tecnológicos*. Cuando el historiador estadounidense Thomas Hughes comenzó a estudiar la instalación y el cierre de las infraestructuras eléctricas, que definían cómo y dónde podía ir la electricidad, subrayó el papel de los «constructores de sistemas», «inventores, ingenieros, gerentes y financieros» que diseñaron y manejaron las redes eléctricas.[72] La investigación ulterior sobre grandes sistemas técnicos ha añadido a las autoridades públicas, las instituciones, los grupos de presión y los consumidores como protagonistas de la construcción de sistemas, lo que sugiere que los regímenes circulatorios se crean y no están dados de antemano, y que los sistemas surgen de proyectos y propósitos competitivos.

Si consideramos los regímenes circulatorios como resultado de intentos conscientes de estabilizar características tales como las pendientes, los afluentes, los lechos de los ríos y las zonas de captación, entonces debemos identificar a los creadores de regímenes: individuos y organizaciones que intentan establecer patrones para estas características y mantener su equilibrio durante el tiempo suficiente para que el régimen satisfaga sus visiones. Estos creadores de regímenes pueden ser organizaciones muy complejas, como grandes empresas que planifican el suministro de insumos y el transporte de sus productos. Desde mediados del siglo XIX, la firma alemana

---

71 Eric Helleiner y Jonathan Kirshner, *The Future of the Dollar*, Ithaca, 2009.

72 Thomas P. Hughes, *Networks of Power: Electrification in Western Society, 1880-1930*, Baltimore, 1983. Para una aplicación a la Europa de los siglos XIX y XX, Erik van der Vleuten *et al.*, «Europe's System Builders: The Contested Shaping of Transnational Road, Electricity and Rail Networks», *Contemporary European History*, 16, 3, 2007, pp. 321-347.

BASF ha creado y mantenido un régimen circulatorio centrado en su sede de Ludwigshafen, a orillas del Rin. Por barco, tren, carretera y oleoducto, toneladas de petróleo, carbón, piritas, sal y otros componentes para tinturas o fertilizantes han convergido en la ciudad renana a través de un tejido de infraestructuras de transporte, acuerdos comerciales y tratos empresariales urdido por una legión de firmes ingenieros y gerentes.[73]

No menos probable es que los creadores de regímenes sean simples individuos que trabajan a través de la interacción cara a cara para crear las condiciones para que sus planes prosperen. En 1949, Solomana Kante (1922-1987) creó el alfabeto N'Ko, que concibió como el primer guion original para las lenguas africanas.[74] Para popularizar el N'Ko entre los hablantes de lenguas mandé en África occidental —desde Mauritania hasta Nigeria—, Kante intentó varias veces convencer a las autoridades de los diferentes países de la región de que usaran el N'Ko en sus políticas de alfabetización. Pero, principalmente, se basó en su propia contribución para extender el alcance del N'Ko, enseñando su guion a comerciantes extranjeros en plazas públicas, transcribiendo y traduciendo textos islámicos religiosos, copiando su alfabeto a mano y confiando en una cadena de maestros y discípulos para correr la voz. Puede decirse que Kante fue un creador de regímenes de baja intensidad, ya que no estableció una organización específica para hacer circular su alfabeto. Pero injertó el N'Ko en el circuito de las migraciones, las peregrinaciones, el comercio y la educación religiosa en África occidental, hasta Libia o Arabia Saudita.

Ya esté dirigida por individuos o lo esté por grandes aparatos burocráticos, generalmente la creación de regímenes circulatorios es el resultado de la cooperación o confrontación de varias partes. Muchos de sus protagonistas tenían un interés personal en la circulación de personas y creencias que constituyó y resultó de la peregrinación de musulmanes a La Meca. Desde mediados del siglo XIX, compitieron abiertamente para hacer que esa circulación se ajustara a sus intereses. Las compañías navieras intentaron atraer a los peregrinos a sus rutas, las autoridades inglesas vigilaron

73 Werner Abelshauser *et al.* (eds.), *German Industry and Global Enterprise. BASF: The History of a Company*, Cambridge, 2003.

74 Diane White Oyler, *The History of the N'ko Alphabet and Its Role in Mande Transnational Identity: Words as Weapons*, Cherry Hill, 2005, caps. 5 y 7.

celosamente la presencia de los gérmenes de la protesta anticolonial tanto como los del cólera, el Imperio otomano emparejó su política con respecto al *hach* con sus esbozos panislámicos y la nueva dinastía saudí trató de dar forma a una geografía de la peregrinación acorde con su propia versión del islam. Las diferentes comunidades de peregrinos también tenían sus propias ideas sobre los itinerarios de viaje y adoración, según su lugar de origen y la corriente islámica de la que formaban parte, y los *muallim* o *muttawwif* (como se ha dicho, los intermediarios que proporcionaban servicios y orientación a los visitantes religiosos) también intentaron crear rutas que sirvieran a los intereses de su comercio.[75] En la encrucijada de la política sanitaria, las preocupaciones coloniales, la protesta política, los intereses comerciales y empresariales y la competición por la ortodoxia religiosa, distintos protagonistas enfrentaron sus respectivas perspectivas, y ese enfrentamiento dio forma a los regímenes circulatorios de la peregrinación.

Conclusión

Con la publicación de los tres volúmenes de *La era de la información*, el nombre de Manuel Castells y la noción de «red» se hicieron familiares en el mundo de las humanidades y las ciencias sociales.[76] Aparecen, casi inevitablemente, en las obras que tratan de reconstruir los movimientos de personas, bienes, capitales o compromisos.[77] A pesar de la atención en las conexiones y los flujos, aquí no se ha usado esa noción de red, fundamentalmente porque Castells contrapone enfáticamente la red a otras estructuras sociales: el Estado, el Ejército, las jerarquías religiosas, las burocracias «y sus subsidios a la producción, el comercio y la cultura». Según Castells, estas estructuras son verticales, jerárquicas y centralizadas y, en su seno, el

---

75 Francis E. Peters, *The Hajj: The Muslim Pilgrimage to Mecca and the Holy Places*, Princeton, 1994.

76 Su trilogía sobre *The Information Age* se publicó originalmente entre 1996 y 1998. Hay trad. cast.: *La era de la información 1. La sociedad red*, *La era de la información 2. El poder de la identidad* y *La era de la información 3. Fin de milenio*, Madrid, 2005-2006.

77 De la lista de libros recientes véase, por ejemplo, Gary B. Magee y Andrew S. Thompson, *Empire and Globalization: Networks of People, Goods and Capital in the British World, c. 1850-1914*, Cambridge, 2010, o Berthold Unfried, Jürgen Mittag y Marcel van der Linden (eds.), *Transnationale Netzwerke im 20. Jahrhundert. Historische Erkundungen zu Ideen und Praktiken, Individuen und Organisationen*, Leipzig, 2008.

poder se transmite por «flujos unidireccionales de información y recursos». Para el sociólogo, la sociedad red es un producto de los años ochenta y noventa, y los flujos que genera suponen un desafío para las «estructuras más viejas».[78] Habría sido inapropiado injertar la idea de red de Castells en un argumento que sugiere que hay aspectos verticales, jerárquicos y centralizados en la distribución de flujos y que la propia emergencia de esas «estructuras más viejas» fue contemporánea del desarrollo y la organización de flujos multidireccionales. Además, Castells insiste también en que el «espacio de flujos», la nueva organización del espacio y las funciones en nuestras sociedades, se definió en oposición a una concepción anterior que él llama «espacio de lugares», pues sacudió y abolió la territorialidad como la base de la organización.[79] Esto contrasta con la idea de «resituación» que se ha puesto de relieve en este capítulo.

Aun así, Castells formula también diversas ideas que deben dar que pensar a los historiadores transnacionales que tratan de establecer regímenes circulatorios. Así, por ejemplo, el sociólogo aborda los titulares del poder en las redes y los caracteriza, bien como «programadores», que alinean el funcionamiento de la red con sus objetivos, bien como «conmutadores», que están en posición de conectar distintas redes. Otra idea muy relevante para la conclusión de este capítulo es que las redes, dice Castells, cooperan o compiten unas con otras, y el resultado puede ser la destrucción de la red, ya sea por la sustitución de sus nodos interconectados, ya por el reemplazo de los elementos que se transmiten por la red. La relación entre ellas convierte las redes en criaturas históricas.

En su conversación sobre la historia transnacional, los historiadores invitados por la *American Historical Review* se preguntaron cómo podía contribuir la perspectiva transnacional al estudio del cambio en el tiempo, lo que equivale a preguntar cómo nosotros, los historiadores, vendemos

78 Manuel Castells, «Informationalism, Networks, and the Network Society: A Theoretical Blueprint», en Manuel Castells (ed.), *The Network Society: A Cross-Cultural Perspective*, Cheltenham, 2004, pp. 3-45. Hay trad. cast.: *La sociedad red. Una visión global*, Madrid, 2006.

79 Manuel Castells, *The Rise of Network Society*, Cambridge (Massachusetts), 1996, cap. 6. Se trata del primer volumen de *The Information Age* antes mencionado.

nuestra disciplina al público.[80] Una respuesta a la pregunta puede ser que las circulaciones a través y a lo largo de diferentes países, continentes o áreas son tan sumamente importantes, por su contenido y sus consecuencias, que el cambio en sus pautas merece ser estudiado *per se*. El auge, metamorfosis y caída de regímenes circulatorios puede, además, proporcionar un relato de cambio y continuidad perfectamente adecuado a la perspectiva transnacional.

80 «AHR Conversation: On Transnational History», *The American Historical Review*, 111, 5, 2006, pp. 1449-1450.

4
RELACIONES

Las conexiones y circulaciones no solo merecen estudiarse por sí mismas, pues ellas crean, además, relaciones entre distintas entidades y participantes unidos por flujos y vínculos. Las relaciones son el efecto o el peso que estas entidades tienen sobre y entre ellas, pero no son una consecuencia automática de las conexiones y circulaciones. También puede ocurrir que las conexiones y circulaciones acaben en nada, en el sentido de que parezca no haber ningún cambio en el comportamiento de los participantes. Un ejemplo famoso es la falta de adaptación de la estrategia militar tras la guerra ruso-japonesa de 1905. A pesar de los numerosos informes y recomendaciones de los oficiales europeos que observaron la contienda, no hubo respuestas de consideración en el pensamiento estratégico y el equipamiento militar en los ejércitos británico, estadounidense, francés o austrohúngaro. Cuando estalló la Primera Guerra Mundial, no estaban preparados para hacer frente a granadas de mano, morteros de trinchera, alambres de púas, artillería de campaña y ametralladoras.[1] La historia de las «lecciones no aprendidas» y los rechazos todavía espera en los pasillos la atención de los historiadores transnacionales: en cambio, este capítulo se

---

1 David G. Herrmann, *The Arming of Europe and the Making of the First World War*, Princeton, 1996, y Michael Howard, «Men against Fire: Expectations of War in 1914», *International Security*, 9, 1, 1984, pp. 41-57.

concentrará en aquellas situaciones en las que el comportamiento de los participantes involucrados en vínculos y flujos entre entidades políticas y sociedades se vio afectado por esa participación.

¿Cómo podemos concebir las relaciones? Una gran variedad de factores está presente en las relaciones entre entidades políticas y sociedades. Una relación puede evaluarse observando su intensidad, su resultado o el número de participantes y su grado de consentimiento y constreñimiento. Dependiendo de su disciplina o subdisciplina, los académicos han caracterizado las relaciones que atraviesan las entidades políticas y comunidades según su relación con esos u otros muchos factores y han evaluado sus efectos bajo distintos nombres. Los historiadores de la economía barajan nociones como «integración», «convergencia» o «ciclos»; los especialistas en la sociedad civil hacen lo propio con «movimientos», «alianzas» u «olas»; los historiadores de las relaciones internacionales, con «sistemas», «alianzas» y «tratados»; y los historiadores de la religión, con «conversión» o «sincretismo». Desde este punto de vista, los estudiosos de la cultura han sido especialmente creativos. Por eso, este capítulo empieza con sus intentos de definir las relaciones a través y a lo largo de regiones, naciones o imperios.

Relaciones características

En sus intentos de observar el impacto de los productos culturales estadounidenses en las formas culturales latinoamericanas durante los últimos dos siglos (y antes), los científicos sociales y artistas latinoamericanos han analizado dichos procesos con las nociones de digestión cultural, imperialismo, dominación, *transculturación*, mestizaje* y, finalmente, hibridación.[2] Cada una de esas nociones tenía un contenido distinto y enfatizaba diferentes aspectos de las relaciones establecidas a través del hemisferio o de la división entre el primer y el tercer mundo. Cuando la relación se interpretó como imperialismo, como en la obra de Armand Mattelart, se moldeó con las férreas leyes de la dominación, y su proceso y resultado tuvo

---

* *N. del T.*: en español en el original.

2 Abril Trigo, «Shifting Paradigms: From Transculturation to Hybridity. A Theoretical Critique», en Rita de Grandis y Zilà Bernd (eds.), *Unforeseeable Americas: Questioning Cultural Hybridity in the Americas*, Ámsterdam, 2000, pp. 85-111.

que ver con la reproducción de las prácticas y nociones culturales —o la resistencia a ellas— que el hegemón estadounidense intentó imponer en las sociedades latinoamericanas.[3] Cuando aquella se capturó en los tamices de la hibridación, como hizo Néstor García Canclini, se insistió en las combinaciones que ocurrieron entre estructuras y prácticas distintas y en los objetos, estructuras y nociones culturales intermedios resultantes.[4]

Dada la sensibilidad de las ciencias sociales y las humanidades al contexto político, esas variaciones latinoamericanas dependieron de cambios en la política nacional e internacional producidos entre principios de los años setenta y finales de los noventa. Pero las variaciones también indican que, históricamente hablando, las relaciones rara vez pueden reducirse a conceptos puros. La apropiación cultural puede tener lugar dentro de las relaciones marcadas por la dominación, y la dominación y la reproducción no están ausentes de las relaciones de intercambio. Esta es la razón por la cual los historiadores han tendido a alejarse de los arquetipos puros, por ejemplo, en las discusiones sobre la historia del encuentro cultural entre las sociedades europeas y Estados Unidos. Desde la perspectiva de la «hegemonía» —un concepto definido por el marxista italiano Antonio Gramsci para señalar la capacidad de las élites de ejercer la dominación consentida sobre los grupos subalternos a través de la cultura—, la interpretación de estos encuentros se desplazó gradualmente hacia la traducción y la adaptación.[5]

Si nos movemos de América a Europa, «transferencia» es el término más utilizado recientemente, en particular por parte de los historiadores modernos, que lo usan para caracterizar las relaciones que observan en los mundos de la cultura, la tecnología, la historia de las políticas públicas y otros dominios. El estudio de las transferencias culturales, que los historiadores Michel Espagne y Michael Werner pusieron en el mapa en la década de los ochenta, comenzó con su deseo de estudiar la movilidad real de li-

---

3 Ariel Dorfman y Armand Mattelart, *Para leer al Pato Donald*, Valparaíso, 1972.

4 Néstor García Canclini, *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, Ciudad de México, 1990.

5 Rob Kroes, «Americanisation: What Are We Talking About?», en Rob Kroes *et al.* (eds.), *Cultural Transmissions and Receptions: American Mass Culture in Europe*, Ámsterdam, 1993.

bros, autores e ideas entre Francia y Alemania desde finales del siglo XVIII hasta finales del XIX, especialmente en las disciplinas de la filología, la literatura y la filosofía. El interés inicial radicaba en cómo las diferencias entre los dos contextos culturales nacionales condicionarían la emisión y la recepción de autores, nociones y textos, y los cambiarían de acuerdo con los usos de los actores importadores o exportadores. Gracias al refinamiento posterior de sus promotores, y también porque se derramó de su tubo de ensayo francoalemán original, la noción de «transferencias culturales» se extendió rápidamente para abarcar procesos de apropiación, rechazo y traducción que podrían implicar más de dos formaciones culturales nacionales, así como otras entidades (regiones, grupos).[6]

Las transferencias se han utilizado como un sinónimo del estudio de lo ocurrido entre culturas, aunque también se han propuesto otras nociones. El historiador británico Peter Burke argumenta que es preferible «intercambio cultural» a «transferencia cultural» debido al énfasis del primero en el encuentro.[7] Sin embargo, se muestra poco entusiasta con las distinciones. Como conclusión de una presentación de los diversos términos usados para caracterizar a los entrelazamientos culturales, señala que uno tiende a oscurecer lo que el otro mejora: elegir una noción por encima de las otras generaría más pérdidas que ganancias.[8] De ser así, la búsqueda de la mejor caracterización parece ser fútil, aunque cada noción que hemos enumerado se suma al arsenal de los historiadores transnacionales.

Aunque ninguna caracterización singular hará justicia a la variedad de relaciones generadas o creadas por las circulaciones o conexiones históricas, este capítulo debe sortear ese obstáculo. Sería en vano partir de nociones estilizadas como «transferencias culturales» o «hibridación», enumerar todos los tipos de relaciones que han observado los historiadores o proponer una tipología para clasificar todas las relaciones en tipos «puros». En su lu-

---

6 Compárese Michel Espagne y Michael Werner, «La construction d'une référence culturelle allemande en France: genèse et histoire», *Annales. Économies, Sociétés, Civilisations*, 42, 4, 1987, pp. 969-992, con Espagne, *Les Transferts culturels franco-allemands*.

7 Peter Burke, «Translating Knowledge, Translating Cultures», en Michael North (ed.), *Kultureller Austausch: Bilanz und Perspektiven der Frühneuzeitforschung*, Colonia, 2009.

8 Peter Burke, *Cultural Hybridity*, Cambridge, 2009, cap. 2. Hay trad. cast.: *Hibridismo cultural*, Madrid, 2013.

gar, pues, volveremos a la historia de las conexiones y las circulaciones para aislar los «tropos» que pueden ayudarnos a considerar en qué medida el estudio de las relaciones puede contribuir a responder a las «grandes cuestiones» de la historia transnacional. Un tropo no es un ejemplo singular ni una categoría universal: es parte de una relación, de una propiedad, un ejemplo de ellas. Este capítulo presentará cuatro tropos. El primero es la «dedicación», un tropo de conversación que pone el énfasis en las relaciones donde los protagonistas se unen consentidamente para obtener algún beneficio mutuo o alcanzar un objetivo común. El segundo es el «dominio», que alude a la cuestión de la asimetría y la reciprocidad entre los participantes en una relación. Desde ahí, pasaremos a la «movilización», un tropo de uso en el que la atención se centra en cómo algunos actores establecen una relación en la que otros socios apenas se ven afectados. El último será el «alineamiento», un tropo de convergencia, donde todos los participantes se ven afectados por la creación y adopción de un conjunto común de referencias.

Dedicación

Durante las últimas décadas del siglo XIX, Joseph Victor Viviand-Morel fue el jardinero jefe del jardín experimental que el botánico Alexis Jordan había creado en Villeurbanne (Francia) en torno a 1840. Para aquel, un aspecto importante de su tarea de dirigir los experimentos de Jordan con plantas fue el activo contacto que mantuvo con docenas de otros botánicos en Francia y más allá durante cerca de treinta años. Un círculo que creció cuando, en 1879, Viviand-Morel se convirtió en el jefe de redacción de la revista *Lyon-Horticole*.[9] En aquel tiempo, además, publicó en revistas británicas, ejerció la docencia en Ginebra y contribuyó a la biblia de los amantes de las rosas: *The Genus Rosa* de Ellen Willmott. También fue uno de los muchos participantes en la circulación de información, especímenes y semillas entre botánicos y otros naturalistas. Para ello, se unió a sociedades científicas; asistió a conferencias; editó, contribuyó o se suscribió a revistas especializadas; visitó a individuos extranjeros que compartían su pasión y mantuvo correspondencia con ellos. Ninguno de sus huéspedes y

9 La información procede de la historia de la horticultura en Lyon, que puede consultarse aquí: <http://horti-lyon.crba.fr/> (consultada en agosto de 2019).

corresponsales se sintió obligado a involucrarse en tales actividades: se unieron voluntariamente a la conversación, convencidos de que su participación individual en la recolección y diseminación del conocimiento hortícola beneficiaba a todos los jardineros, horticultores, vendedores de semillas, y también a sí mismos.

Esta estampa hortícola es un episodio de la historia de la circulación del conocimiento sobre el mundo natural. Tal circulación amplió su esfera de acción después de que el mundo fuera circunnavegado entre finales del siglo XV y finales del XVI; todavía hoy podemos sentir los resultados del gran intercambio colombino.[10] Lo relevante para este capítulo es que, durante el siglo XVIII, los participantes concibieron su relación cada vez más como una conversación, una comunicación interpersonal consentida orientada a hacer avanzar la comprensión de la naturaleza: conocimiento personal y científico se mezclaban en la práctica de la correspondencia.[11] Esta sección se sitúa bajo su égida, puesto que la idea de conversación nos ayuda a centrarnos en las relaciones como un proceso de dedicación a una meta común, lo que no excluye objetivos individuales. En esa relación, la capacidad de los protagonistas de afectarse mutuamente fue el resultado de lo que, deliberadamente, decidieron —o rehusaron— ofrecerse unos a otros en la búsqueda de esa meta: información, cosas, fondos, ideas o compromiso personal. Para mostrar cómo afectaron esas conversaciones a los individuos, grupos y lugares que estuvieron implicados en ellas, examinaremos una serie de movilizaciones políticas y cívicas antes de regresar al dominio del conocimiento.

Los movimientos cívicos y políticos surgen de decisiones individuales de unirse a otros para trabajar por una causa común. Los últimos doscientos años han visto multiplicarse las organizaciones creadas para facilitar ese trabajo y hacerlo más efectivo: han florecido partidos, asociaciones y clubes para propagar y defender ideas sobre la organización de los Gobiernos y sociedades. El estudio de las organizaciones que han aparecido y operado a

10 Alfred W. Crosby, Jr., *The Columbian Exchange: Biological and Cultural Consequences of 1492*, Westport, 1972.

11 Margaret O. Meredith, «Friendship and Knowledge: Correspondence and Communication in Northern Trans-Atlantic Natural History», en Schaffer *et al.* (eds.), *The Brokered World*, pp. 151-191.

través y a lo largo de entidades políticas y sociedades nacionales ha sido durante mucho tiempo parte del oficio de los historiadores, especialmente en el caso de los movimientos sociales y políticos identificados con los trabajadores (sindicatos y organizaciones socialistas) u otras causas progresistas, como la abolición de la esclavitud o la emancipación de las mujeres.

Tales estudios han sentado una de las bases para el desarrollo de la historia transnacional en Estados Unidos: en 1991, Ian Tyrrell apoyó parte de su llamamiento a favor de una «nueva historia internacional estadounidense» en las observaciones que extrajo de su estudio de la Unión Cristiana de Mujeres por la Templanza; Leila Rupp publicó su artículo sobre las organizaciones transnacionales de mujeres en la *American Historical Review* en 1994, y el número especial de *The Journal of American History* titulado «Nation and Beyond» (1999) incluyó un artículo de Kenneth Cmiel sobre organizaciones pro derechos humanos. Aun así, fueron los sociólogos, científicos de la política y antropólogos quienes llevaron la delantera en el estudio histórico de los grupos de presión, que interpretaron como parte de la emergencia de una sociedad civil mundial/global/ transnacional. De un tiempo a esta parte, sin embargo, cada vez más historiadores han emprendido investigaciones originales sobre las asociaciones internacionales y los movimientos y organizaciones no gubernamentales en los últimos doscientos años aproximadamente. Uno de sus hallazgos resulta de particular interés aquí, porque contribuye a nuestra comprensión de hasta qué punto lo propio y lo extraño son asuntos compuestos. Todos los estudios de movimientos, organizaciones y acontecimientos en los que algunos individuos entablaron una conversación para definir y defender una causa a través y a lo largo de las fronteras nacionales han insistido en que esas organizaciones internacionales trabajaban a la vez con y a través del marco, las instituciones y las lealtades nacionales. La presencia de la nación, por ejemplo, podría ser, a la vez, reforzada por la constante presencia de símbolos nacionales, tanto en las imágenes como en los discursos, aceptada como el marco para crear secciones nacionales encargadas de recolectar cuotas y organizar actividades, y rechazada por oponerse a la causa y sus valores.

Estudios recientes sobre la masonería han dejado claro que esas diferentes opiniones sobre el elemento nacional fueron objeto de un apasiona-

do debate por parte de los propios protagonistas.[12] Decidir con quién debía tener lugar la conversación era, en efecto, crucial: daba forma a la expansión y la marcha de la causa cuando se trataba de decidir la apertura de logias en el extranjero, la creación de vínculos con masones de otros países o la incorporación de miembros del otro lado de la línea colonial —y de color—. Una sociabilidad creada por y entre individuos de diferentes naciones contribuyó, así, a la definición de las diferencias nacionales y de las naciones mismas.

En otros casos, la confluencia de energías en torno a una actividad común para promover una causa tuvo un efecto todavía más decisivo en la creación de naciones o en el auge y caída de Gobiernos. Mucho antes de la época de los movimientos socialistas, comunistas o anticoloniales, el siglo XIX presenció conversaciones «por el hecho», en las que los cuerpos, el dinero y las armas circulaban para seguir o resistir los golpes de la era de las revoluciones. A principios de ese mismo siglo, la presencia de combatientes extranjeros facilitó la desintegración del Imperio español en Latinoamérica. Muchos de ellos tenían una sólida experiencia adquirida en los años de guerra en Europa, y sus razones para comprometerse con la causa bolivariana oscilaban entre su pasado revolucionario y su búsqueda de trabajos mercenarios.[13]

Algunos de esos hombres regresaron al Viejo Mundo para continuar la lucha lejos del golfo de México y contribuyeron a una de las primeras causas que se desarrollaron a lo largo y a través de las fronteras nacionales de Europa: el filohelenismo. Ya combatiesen por la libertad, el dios cristiano o la humanidad, ya hicieran su contribución en sangre, especie o dinero, formaron una comunidad de simpatizantes que se extendió por toda Europa y Norteamérica para financiar a los nacionalistas griegos durante su guerra de independencia contra el Imperio otomano en la década de

12 Stefan-Ludwig Hoffmann, *The Politics of Sociability: Freemasonry and German Civil Society, 1840-1918*, Ann Arbor, 2007, parte 3 (ed. orig. alem., 2000), y Jessica L. Harland-Jacobs, *Builders of Empire: Freemasons and British Imperialism, 1717-1927*, Chapel Hill, 2007.

13 Matthew Brown, *Adventuring through Spanish Colonies: Simón Bolívar, Foreign Mercenaries and the Birth of New Nations*, Liverpool, 2006, y Clément Thibaud, *Républiques en armes. Les armées de Bolívar dans les guerres d'indépendance du Venezuela et de la Colombie*, Rennes, 2006.

1820. Durante la mayor parte del siglo, de hecho, el sur de Europa fue una región donde el destino de las naciones tuvo mucho que ver con este tipo de conversación por el hecho. «En el siglo XIX, las luchas nacionales eran, sobre todo, un asunto internacional», escribe Gilles Pécout a propósito de los voluntarios internacionales que participaron en las guerras del Risorgimento italiano.[14] Lo acontecido en la Europa mediterránea corrobora tal afirmación. Durante los levantamientos carlistas en España y Portugal desde 1833 a 1876 o las diversas fases del Risorgimento desde la década de 1840 hasta la de 1860, los voluntarios extranjeros acudieron en manada en apoyo de los dos bandos contendientes, por un sentido de amistad y solidaridad con los «hermanos» de ideas afines, liberales o conservadoras, y con la certeza de que esas insurrecciones y guerras concretas contribuían al avance de la causa revolucionaria o contrarrevolucionaria en toda Europa.

Aunque había algunas organizaciones secretas que reclutaban hombres, compraban armas y las enviaban a los teatros de operaciones, la conversación por el hecho no se institucionalizó del mismo modo que la conversación mediante palabras. Bajo el patrocinio y la dirección de los monarcas europeos del siglo XVIII, habían florecido muchas sociedades científicas, pero no fue hasta la conflagración revolucionaria y sus repercusiones que las actividades científicas empezaron a llevarse a cabo cada vez más en instituciones que situaban su afiliación nacional en primer plano: «sociedades nacionales de...», museos nacionales, congresos nacionales.

El desarrollo de la universidad investigadora a finales del siglo XIX y la creciente presencia de agencias y centros de investigación, especialmente después de 1945, impulsaron la nacionalización de la producción del conocimiento más allá de Europa. Esta nacionalización de la ciencia no impidió que las conversaciones interindividuales prosiguieran a través de los dominios nacionales, ahora más estrictos: los viajes, la correspondencia o el intercambio de especímenes siguieron siendo parte del trabajo de los científicos. Cuando los naturalistas Cuvier y Valenciennes estaban reuniendo el material en el Museo de Historia Natural de Francia para escribir su *Historia natural de los peces,* publicada en 1830, tomaron prestados especímenes de

14 Gilles Pécout, «The International Armed Volunteers: Pilgrims of a Transnational Risorgimento», *Journal of Modern Italian Studies,* 14, 4, 2009, p. 414.

peces japoneses del Museo de Historia Natural de Berlín, algunos de los cuales nunca devolvieron.[15] En la era de la «gran ciencia», después de 1945, y a pesar de que la conversación estaba viciada por las rivalidades, las distintas interpretaciones de la sociabilidad científica y los rifirrafes políticos de la Guerra Fría, los biólogos moleculares Melvin Cohn, Joshua Lederberg, Sol Spiegelman y Jacques Monod hicieron volar cartas, cepas de bacterias y resultados experimentales de un lado a otro del Atlántico.[16] Estas y otras circulaciones desembocaron en publicaciones, premios, descubrimientos y disputas: contribuyeron a cimentar las reputaciones, las prácticas científicas y los resultados de las distintas partes implicadas.

Típicos del siglo XIX son los nuevos patrones de las conversaciones científicas que comienzan a surgir como infraestructuras dedicadas a la circulación del conocimiento y concebidas para aprovechar las fuerzas combinadas de la especialización de la ciencia y la nacionalización. La conferencia internacional, la asociación internacional, la expedición internacional y el laboratorio de investigación internacional estaban destinados a crear oportunidades para la conversación científica a través de las divisiones disciplinares, nacionales o políticas.[17] La primera de estas infraestructuras, el congreso científico internacional, estuvo desde su origen estrujado entre el discurso de la «ciencia universal» y la retórica de las «escuelas científicas nacionales».

El polímata belga Adolphe Quetelet (1796-1874), astrónomo, matemático, estadístico y economista, fue el impulsor de dos de los primeros congresos científicos internacionales en 1853: un congreso de estadísticos y una conferencia marítima. Más tarde, describió los congresos como momentos de inteligencia colectiva en los que los científicos se reúnen con un espíritu de conciliación y fraternidad para decidir investigaciones comunes basadas en métodos uniformes. Para él, los congresos constituían un intento de mantener «los ojos de la ciencia siempre abiertos» en todo el planeta,

---

15 Yuko Takigawa, «Contrast of Japanese Materials and Knowledge Used by Cuvier, Valenciennes and Siebold to Describe Japanese Fish and Aquatic Animals in the 19th Century», *Mobilités et circulation des savoirs: 2ème colloque international du Laboratoire Identités-Cultures-Territoires*, París, 2011.

16 Jean-Paul Gaudillière, *Inventer la biomédecine. La France, l'Amérique et la production des savoirs du vivant (1945-1965)*, París, 2002, cap. 7.

17 Elisabeth Crawford, Terry Shinn y Sverker Sörlin, *Denationalizing Science: The Contexts of International Scientific Practice*, Dordrecht, 1993.

una perspectiva que él albergaba desde la década de 1820.[18] Pero Quetelet también concebía las conferencias en función de las delegaciones nacionales y gubernamentales y organizó los congresos de Bruselas para situar en el mapa al joven y pequeño reino de Bélgica. Este último, a su vez, tenía que ser el coordinador y facilitador de ese tipo de iniciativas internacionales, un Estado nación con vocación internacional. Los congresos, asociaciones, expediciones y laboratorios internacionales prosperaron porque vivían en ese equilibrio de la ciencia como esfuerzo común y como campo de afirmación nacional.

Así pues, las infraestructuras marcaron un nuevo ritmo para la presentación de los resultados de la investigación, crearon las condiciones para la institucionalización de nuevas disciplinas, forjaron la reputación de académicos, validaron resultados en nuevos frentes de investigación teórica y experimental, avivaron controversias y fomentaron la amistad entre los científicos.[19]

No se trata de que la existencia de relaciones de conversación fuera un derivado de alguna esencia universal del conocimiento científico. Los diversos participantes se influyeron mutuamente no solo a través de la cooperación o el debate, sino también a causa de la incesante rivalidad nacional que caracterizó los congresos, expediciones, centros de investigación y asociaciones. Todos ellos fueron arenas donde tenían lugar las olimpiadas de la ciencia internacional, con las naciones —o conjuntos de ellas— compitiendo por los laureles del reconocimiento o tratando de ponerse al día, mientras los individuos abrazaban o se resistían a esa competición.[20] Una vez más, las escuelas o los «estilos» científicos nacionales se definieron en las relaciones a través de entidades políticas y sociedades.

---

18 Adolphe Quételet, *Sciences mathématiques et physiques au commencement du XIX^e^ siècle*, Bruselas, 1867.

19 Véase, respectivamente, Mircea Babes y Marc-Antoine Kaeser (eds.), *Archaeologists without Boundaries: Towards a History of International Archaeological Congresses (1866-2006)*, Oxford, 2009; Pierre Marage y Grégoire Wallenborn (eds.), *The Solvay Councils and the Birth of Modern Physics*, Berna, 1999; Anthony Hallam, *Great Geological Controversies*, Oxford, 1983; Naomi Oreskes, *The Rejection of Continental Drift: Theory and Method in American Earth Science*, Nueva York, 1999, y Anne Rasmussen, «L'amitié, une valeur scientifique. Les amitiés internationales des savants au tournant du siècle», *Jean Jaurès. Cahiers trimestriels*, 143, 1997, pp. 77-95.

20 Geert J. Somsen, «A History of Universalism: Conceptions of the Internationality of Science from the Enlightenment to the Cold War», *Minerva*, 46, 3, 2008, pp. 361-379.

Dominación

La exposición de humanos fue una exitosa empresa comercial desde principios del siglo XIX hasta la Segunda Guerra Mundial, desde la explotación a pequeña escala de la «Venus hotentote» Sara Baartman en Londres y París hasta las grandes atracciones turísticas que Buffalo Bill, P. T. Barnum o Carl Hagenbeck transportaban alrededor de Europa y Norteamérica, pasando por las «aldeas nativas» que, hasta mediados del siglo XX, incluyeron todas las ferias y exposiciones internacionales. Aunque a veces presentaban habitantes de regiones periféricas de países europeos, estos espectáculos exhibían, principalmente, pueblos de otros continentes, del otro lado de la línea de color, o considerados al margen de la civilización. Más que la propia colonización, estos «zoos humanos» fueron —según argumentan sus historiadores— el escenario donde se produjo el encuentro masivo entre Occidente y el resto.[21] Ellos introdujeron lo extranjero en lo doméstico, cristalizando así la línea racial y la división del mundo entre pueblos civilizados y los demás. Tuvieron, por tanto, un papel central a la hora de justificar la subyugación de los no civilizados.

Las crudas escenas de racismo mostradas en esos espectáculos parecen encarnar una relación de dominación, ya que algunos participantes tienen todo el control sobre lo que los otros pueden hacer (incluida su movilidad). A pesar de ello, algunas de las personas exhibidas tenían un contrato de trabajo que establecía obligaciones mutuas, otros usaron las giras para subvertir la dominación colonial y celebrar rituales prohibidos en sus lugares de origen, y aun otros transformaron su experiencia en oportunidades para denunciar el colonialismo. Además, las exposiciones también desataron críticas en las sociedades donde se organizaron. Todas esas acciones tuvieron efectos en el destino de la relación colonial. Eso no disminuye su brutalidad, pero nos avisa de que, aunque la relación era abrumadoramente asimétrica, en sus intersticios cabía alguna reciprocidad.

Esto da el pie a esta sección. La mayoría de las relaciones estudiadas por los historiadores transnacionales son asimétricas. Por lo general, algu-

21 Pascal Blanchard *et al.* (eds.), *Zoos humains. Au temps des exhibitions humaines*, París, 2004.

nos participantes obtienen más que otros y desarrollan métodos sofisticados o brutales para alterar el comportamiento de los demás. Sin embargo, incluso los protagonistas más dominantes pueden verse alterados por la relación, empezando por los momentos en que sus planes se tuercen ante formas de resistencia. La indivisibilidad de la historia de las metrópolis y las colonias ha sido uno de los principales argumentos de los historiadores que, desde finales de los ochenta, han revitalizado la historiografía del Imperio británico, y es una de las razones del impacto de sus contribuciones en la cristalización de la perspectiva transnacional (véase el capítulo 1).[22] Aunque también reconectaron con el trabajo de los académicos que habían insistido en la necesidad de considerar la «relación colonial» en su conjunto (antropólogos como Georges Balandier o escritores anticoloniales como Frantz Fanon), los historiadores agrupados bajo la etiqueta de «nueva historia imperial» han desempeñado un papel crucial en la profundización del estudio de la dominación colonial. Su trabajo subraya la necesidad de una visión crítica de la asimetría como la característica clave de la relación colonial. Una pista para este capítulo es que nuestra comprensión de la asimetría mejora cuando, en un estudio, incorporamos los efectos recíprocos de la relación.

La historia de las relaciones que unieron a los actores gubernamentales y particulares de Estados Unidos con otros participantes en el mundo es rica en situaciones asimétricas. Al tratar de comprender el orden de las circulaciones y conexiones, muchos historiadores del siglo XX han sacado a relucir la capacidad de los actores estadounidenses para dar forma a esas relaciones. El poder de Estados Unidos tiene que ver, sobre todo, con su capacidad de desplegar dispositivos que alteran el comportamiento de Gobiernos y personas en países extranjeros: asesoramiento y orientación en políticas públicas, grandes programas de información pública y planificación más o menos exitosa de *coups d'état* cuando se creen necesarios.

Así pues, en este capítulo es pertinente seleccionar un momento de esa historia asimétrica para identificar los elementos de reciprocidad que pue-

22 La relación entre asimetría y reciprocidad está en el corazón del trabajo de Serge Gruzinski sobre México en los siglos XVI y XVII, empezando por *El pensamiento mestizo*, Barcelona, 2000.

da incluir. Dos libros recientes nos ofrecen la oportunidad de hacerlo. Ambos abordan las relaciones del Gobierno y la sociedad estadounidenses con otros Gobiernos y sociedades extranjeros entre mediados del siglo XIX y mediados del XX, y ambos se solapan parcialmente en el período que los historiadores han calificado de «dominio por el diseño» e «imperio irresistible», esto es, cuando la relación de dominación se estableció en torno a los productos tecnológicos y culturales *made in USA*.[23] Tanto Ian Tyrrell como Kristin Hoganson buscan la reciprocidad en el seno de una relación tan desigual.[24]

Tyrrell se centra en los intentos, por parte de ciudadanos particulares y organizaciones estadounidenses, de recrear el mundo a su imagen y semejanza a través de campañas de elevación moral desde la década de 1880 hasta la de 1920. Lo que animaba a la mayoría de esos individuos y grupos era el deseo de difundir el evangelio de la cristiandad protestante, directamente o a través de sus valores morales y sociales, y alterar así las creencias y la conducta de las personas llamadas a ser convertidas o reformadas. Sin embargo, cuando Tyrrell explica cómo operaron sobre el terreno, uniéndose para presionar a las autoridades estadounidenses para obtener su apoyo, menciona el efecto que tuvo esa red mundial de reformadores en la propia sociedad estadounidense. La organización nacional de esos grupos se creó para recoger fondos, alimentos, firmas y compromisos dedicados al trabajo en el extranjero. Los misioneros de permiso y los estudiantes foráneos procedentes de las misiones cristianas en el extranjero dieron conferencias en todo Estados Unidos para animar a los y las estudiantes a trabajar en el extranjero o para abogar por iniciativas protestantes no denominacionales. La narrativa de la reforma moral que se proyectó hacia el exterior también tenía la intención de revitalizar el menguante entusiasmo religioso nacional, en un momento en el que las organizaciones cristianas diagnosticaron una creciente secularización de la sociedad estadounidense. Además de ese uso estratégico de lo extranjero para enriquecer a Estados Unidos, Tyrrell también

23 Victoria de Grazia, *Irresistible Empire: America's Advance through Twentieth-Century Europe*, Cambridge (Massachusetts), 2005; Adas, *Dominance by Design*.

24 Kristin L. Hoganson, *Consumers' Imperium: The Global Production of American Domesticity, 1865-1920*, Chapel Hill, 2007, e Ian Tyrrell, *Reforming the World: The Creation of America's Moral Empire*, Princeton, 2010.

identifica el trabajo misionero que impactó en la escena nacional. Las campañas nacionales contra el alcohol y las drogas se asociaron estrechamente a las que se desarrollaron en el extranjero,[25] y las luchas contra la casta en la India y el linchamiento en Estados Unidos fueron vistas, por unos pocos, como dos caras de la misma moneda. Al cabo, algunos disidentes se inspiraron en el trabajo misionero en el extranjero para cuestionar las condiciones sociales y económicas de los inmigrantes asiáticos o los estadounidenses negros en territorio nacional. Los mismos exmisioneros volvieron la vista hacia la escena doméstica tras concluir que Estados Unidos y los estadounidenses necesitaban más elevación moral que los extranjeros, o acusaron al Imperio formal que se estaba formando en Filipinas a principios del siglo xx. Por último, pero no menos importante, el trabajo de reforma moral llevó el conocimiento de la cultura y los lugares extranjeros al corazón de la vida del estadounidense medio a través de periódicos, revistas, giras de conferencias, presentaciones de diapositivas, exposiciones y campañas de carteles que circulaban por los salones de las iglesias y grupos religiosos.

Y ahí es donde Hoganson empieza su estudio. La contribución de los misioneros es un aspecto del viaje cultural cuyo auge ella rastrea a través de asociaciones turísticas, exposiciones y programas de conferencias en clubes femeninos, toda vez que el «viaje de sofá» es uno de los instrumentos que utiliza para estudiar la producción de la domesticidad estadounidense.

La autora se adentra en los hogares estadounidenses y en el acogedor ambiente de la vida doméstica perfeccionada por las «mujeres nativas, blancas, de clase media o ricas» que, entre otras cosas, estaban a cargo de la transmisión de los valores patrióticos del país. Hoganson busca los objetos y prácticas que introdujeron lo extraño en los interiores (decoración, cocina, clubes de viajes) y, por esta vía, desempeñaron un papel importante en la afirmación de las diferencias sociales entre los estadounidenses medios. Desde el sofisticado rincón de estilo japonés arreglado por un decorador hasta la exposición de baratijas sacadas de tiendas de curiosidades y artículos de vendedores ambulantes, desde los chiles y tamales en lata hasta las recetas de *chutney*, Hoganson descubre que los bienes y maneras de Europa, Persia, África y muchas otras regiones del mundo penetraron en los

25 Tyrrell, *Woman's World/Woman's Empire.*

salones estadounidenses de clase media en el momento en que se decía que el mundo estaba americanizándose. Además de ser disfrutados por su apariencia, estilo o sabor, estos bienes y maneras también acentuaron la distinción de esas mujeres de clase media: un toque de cosmopolitismo era un símbolo de poder de clase, etnia y civilización. Estas contracorrientes produjeron la domesticidad estadounidense —y, por tanto, una parte de la idea de identidad nacional del país— e infundieron un determinado sentido de estar en el mundo en las mujeres que recolectaban esos objetos y disfrutaban de esas prácticas: el mundo como un bazar para consumidores, un cosmopolitismo mediado por bienes y representaciones. Si seguimos las pistas dejadas por Tyrrell, Hoganson y otros, la asimetría y la reciprocidad no son las dos caras de la misma moneda, sino procesos que se constituyen uno a otro; una razón más para que, en las relaciones, los historiadores no busquemos tipos puros.

Movilización

Los historiadores del arte han utilizado con frecuencia la noción de «influencia» para señalar similitudes estilísticas entre artistas singulares o entre formas locales y nacionales de pintar, esculpir y decorar. Pero —a pesar de los tempranos y resueltos esfuerzos de los historiadores del arte de comienzos del siglo XIX por rastrear, por ejemplo, los viajes y obras de los artistas bizantinos en la Italia altomedieval— la noción de «influencia» sigue siendo vaga. Así, en muchas exposiciones, catálogos y libros de historia del arte, sirve antes como un indicio de semejanzas formales que como una pista para investigar con detalle la dinámica de las conexiones entre las mentes y las manos de los creadores. El historiador del arte Michael Baxandall critica con dureza el uso limitado y perezoso que hacen del término los historiadores del arte que escriben sobre artistas singulares. Su «excurso sobre la influencia» subraya que, para los artistas y grupos de artistas, declararse «influenciados» por un artista, escuela u obra ha sido una forma de situarse a sí mismos en una filiación, de reescribir la historia del arte y encontrar un lugar en ella.[26] Baxandall no menciona las declaraciones de in-

26 Michael Baxandall, *Patterns of Intentions: On the Historical Explanation of Pictures*, New Haven, 1985, pp. 59-60.

fluencia que se extienden a través de naciones o civilizaciones o entre «escuelas artísticas nacionales». Sin embargo, también aquí declarar la influencia de o sobre creadores extranjeros es un claro intento de establecer filiaciones y reclamar un lugar y un papel determinados en la historia del arte. Hay formas de situar un arte nacional (y a sus practicantes) en una escala de valoración que ordene la expresión artística nacional en relación con otras, o de subvertir los cánones nacionales aludiendo a la estética extranjera. Desde Picasso hasta los surrealistas, las vanguardias pictóricas fueron especialmente diestras en este tipo de movilización, por ejemplo, con relación a la estética africana.[27]

Este ejemplo extraído de la historia del arte es una pista de que la movilización de elementos extranjeros es un proceso dinámico y de que sus protagonistas autóctonos esperan algo de ella: algo que pueda cambiar su *standing,* incrementar su valor, apoyar sus afirmaciones sobre su papel y significación o sustanciar sus pretensiones de universalidad. Esto dirige también nuestra atención hacia las relaciones que pueden no afectar a todos los participantes en las conexiones y circulaciones, y hacia los casos en que los «propietarios» de los elementos movilizados pueden no ser conscientes de la movilización. Los historiadores de los productos culturales, el consumo de masas, los movimientos sociales, las ideas políticas, las políticas públicas y los procesos de construcción nacional y estatal han definido estas relaciones en términos de préstamo, imitación, mimetismo, referencia cruzada, adaptación y traducción. Todos ellos son casos en los que los actores autóctonos tratan de alterar su propia situación movilizando elementos extranjeros.

El historiador Vicente Rafael analiza los aspectos discursivos del nacionalismo filipino en su libro *The Promise of the Foreign,*[28] un título que sugiere que los historiadores transnacionales deben atender a las expectativas y estrategias de aquellos que movilizan elementos extranjeros, al hecho de que no todas las promesas se mantienen y a los malentendidos creativos que caracterizan el proceso de construir a partir de lo extranjero. Esta sec-

27 William Rubin (ed.), *«Primitivism» in 20th Century Art: Affinity of the Tribal and the Modern,* Nueva York, 1984.

28 Vicente L. Rafael, *The Promise of the Foreign: Nationalism and the Technics of Translation in the Spanish Philippines,* Durham, 2005.

ción se basará en dos situaciones contrapuestas para explorar esas promesas. Veremos la primera de la mano de Rafael —con el apoyo de Benedict Anderson—. El historiador filipino cubre una situación en la que la movilización de elementos extranjeros participa en la lucha por la emancipación nacional del dominio colonial.[29] Para él, la primera generación de nacionalistas filipinos que desafió la dominación española usó los instrumentos de esa misma dominación para enmarcar y propulsar su ofensiva discursiva durante las décadas que precedieron a la revolución de 1896-1898. Eso incluyó la traducción en sentido literal —obras españolas convertidas en teatro vernáculo— y en sentido figurado —autores filipinos que tomaron prestados los patrones del drama, la pintura o el pensamiento político españoles y los reformularon como armas contra la presencia hispana—. Y lo mismo ocurrió cuando utilizaron el español como la lengua franca del movimiento nacionalista, al valorar su capacidad tanto para interpelar al poder español como para superar la multiplicidad de idiomas en el archipiélago. La traducción, remarca Rafael, trató de reemplazar y apropiarse de lo extranjero.

Benedict Anderson nos recuerda, por su parte, que la promesa de lo extranjero tuvo también una dimensión práctica para los nacionalistas revolucionarios filipinos en la década de 1890. En efecto, ellos usaron ciudades como Bruselas, Yokohama o París como refugios. Y esos medios urbanos, literarios y políticos fueron canales para nutrir y publicar declaraciones anticoloniales. Las insurrecciones cubanas fueron especialmente importantes para ellos: proporcionaron un ejemplo de malestar duradero, así como de camaradería, en el intento de sacudirse la dominación española. Aunque las armas propuestas por la neoyorquina Oficina Cubana de Información General no parece que lograran abrirse paso hasta Filipinas, otros materiales cubanos sí lo hicieron: en 1897, la Constitución cubana fue completamente plagiada para redactar la primera Constitución filipina proclamada por la insurrección. Incluso las cárceles de las ciudades españolas, especialmente Barcelona, donde en distintos momentos fueron retenidos numerosos filipinos, tuvieron el efecto no intencionado de poner en contacto a los nacionalistas filipinos con los agitadores anticoloniales y

29 Anderson, *Bajo tres banderas.*

anarquistas españoles, italianos y cubanos. Por último, Anderson subraya que la movilización a menudo se efectúa en cascada, y que el juego entre el «modelo» y la «inspiración» es un proceso eminentemente dinámico. Solo una remesa de armas estuvo a punto de llegar a manos de los nacionalistas filipinos, pero el barco se perdió en un tifón. El líder nacionalista chino Sun Yat-sen organizó el envío desde Japón en 1899, después de su encuentro con el nacionalista filipino exiliado Mariano Ponce, en un momento en el que la insurrección estaba combatiendo contra la Armada estadounidense. Como otros miembros de la *intelligentsia* china, Sun Yat-sen había seguido de cerca la Revolución filipina y la había usado como recurso para concebir la situación política de China en el mundo.[30] Si los nacionalistas filipinos movilizaron recursos extranjeros, ellos fueron, a su vez, movilizados por otros movimientos nacionalistas o anticoloniales. Para que exista un modelo, los actores han de haber intentado establecer su situación o trayectoria como replicables; asimismo, otros han de tener el deseo de observar y aprender de esa situación, y todo ello sin perjuicio de que el «modelo» resultante sea también, a menudo, resultado de movilizaciones simultáneas o precedentes de recursos extranjeros.

La segunda situación se encuentra en el lado político supuestamente opuesto de la posición anticolonial. La veremos de la mano de Marilyn Lake y Henry Reynolds —con el apoyo de Carl Nightingale—. Ellos han rastreado las formas en que la movilización de legislación y nociones extranjeras ha permitido mantener o fortalecer la línea de color en distintos países y ciudades de población blanca a lo largo del mundo angloparlante.[31] El objetivo de los académicos, activistas, políticos, administradores y líderes sindicales que alabaron e instalaron las infraestructuras legales de la segregación racial y la restricción de la inmigración era reforzar la blancura como un rasgo perdurable en sus ciudades, provincias y países. En el estado de Victoria y otros estados australianos, en California y en la Columbia Británica al otro lado del Pacífico o en la provincia sudafricana de Natal se

30 Rebecca E. Karl, *Staging the World: Chinese Nationalism at the Turn of the Twentieth Century*, Durham, 2002.

31 Lake y Reynolds, *Drawing the Global Colour Line;* Carl Nightingale, «The Transnational Contexts of Early Twentieth-Century American Urban Segregation», *Journal of Social History*, 39, 3, 2006, pp. 667-702, y Carl Nightingale, *Segregation: A Global History of Divided Cities*, Chicago, 2012, caps. 5-10.

introdujeron constantemente elementos de situaciones extranjeras en los debates internos. Fue así en coyunturas extraordinarias comunes a esas regiones, como las fiebres del oro en Victoria y California a mediados del siglo XIX, y también en circunstancias ordinarias, como las discusiones sobre las reformas urbanas y los mercados inmobiliarios en Baltimore, donde la comparación de Estados Unidos con África planeaba siempre sobre el ambiente. Entre mediados del siglo XIX y las primeras décadas del XX, los activistas raciales se leyeron, cartearon y visitaron unos a otros, analizaron y comentaron las publicaciones y los informes parlamentarios extranjeros, sugirieron adoptar legislaciones o dispositivos extranjeros, y espolearon a sus conciudadanos o compatriotas para que emularan el ejemplo extranjero de las «Repúblicas hermanas».

La movilización de estas referencias extranjeras acerca de la segregación y la inmigración tuvo resultados diversos. Primero, dotó a los activistas de un marco general para comprender y revigorizar la diferencia racial, así como de ejemplos de los males enfrentados por otros países blancos. Segundo, ofreció un conjunto de soluciones, como el test de alfabetización como barrera a la emancipación o la inmigración. Y, tercero, les garantizó que marchaban en el sentido de la historia y dio una pátina de universalidad a sus posiciones. Tomándose unos a otros como modelos, compartiendo pruebas factuales y reuniendo soluciones, las diferentes comunidades de activistas blancos se consolaron creyéndose en lo correcto y se fortalecieron con una gramática cosmopolita de conocimiento racial. Con su imaginación política y social avivada por la promesa de lo extranjero, se sintieron seguras de poder instalar la supremacía blanca en su país.

Alineamiento

Un simple puñado de cifras y letras en páginas de revistas o pantallas de ordenador: eso es lo que salta a la vista al leer los informes anuales del *Times Higher Education* o la Clasificación Académica de las Universidades del Mundo (también conocida como Clasificación de Shanghái). La misma sensación de leer algo inocuo prevalece si navegamos por las listas de calificación crediticia de Moody's o Standard & Poor's. Sin embargo, las primeras se han convertido en la brújula que los gerentes universitarios y los encargados de formular políticas de educación superior utilizan en mu-

chas instituciones y países, y las segundas son la herramienta utilizada por actores financieros y empresariales para reducir la incertidumbre de sus préstamos, a pesar de su papel en las crisis financieras de 2007 y 2011.[32] En las últimas décadas, las agencias de calificación han proliferado: sus listas ordenan organizaciones, instituciones, lugares y personas.

La evaluación comparativa se ha convertido en una palabra clave en la Administración pública y privada, así como en la dirección de carreras profesionales. El «Estudio anual de calidad de vida» realizado por la consultora Mercer clasifica las ciudades de todo el mundo para sus clientes corporativos. La organización no gubernamental Transparencia Internacional utiliza un Índice de Percepción de la Corrupción para nombrar y avergonzar a los Gobiernos nacionales. Incluso los académicos pueden ahora buscar sus nombres en «Rising Stars» de Thomson Reuters y otras listas de clasificación cuando deseen satisfacer su ego o pedir un aumento de sueldo.[33] Este trabajo de calificación y clasificación nos revela una relación en la que el comportamiento y las prácticas de sus participantes convergen en algunos amarres comunes, cuya validez reconocen diferentes entidades políticas y sociedades.

Estos amarres pueden ser de muchos tipos, y las relaciones de alineamiento se producen bajo diferentes normas, reglas y estándares. Es el caso de las categorizaciones intelectuales (izquierda/derecha o primer/segundo/tercer mundo) y los principios de la vida política y social (el derecho internacional, el mercado, el Estado, los derechos humanos); de los estándares libremente acordados (las normas de la Organización Internacional de Normalización) y las cláusulas restrictivas en los acuerdos de estilo contractual (como los préstamos condicionales del Fondo Monetario Internacional de los años ochenta); de los efectos cascada de las innovaciones legislativas en diferentes legislaciones nacionales (la armonización de las legislaciones nacionales sobre terrorismo después de los ataques del 11S de 2001) y la

---

32 John P. Hunt, «Credit Rating Agencies and the "Worldwide Credit Crisis": The Limits of Reputation, the Insufficiency of Reform, and a Proposal for Improvement», *Columbia Business Law Review*, 2009, 1, 2008, pp. 109-209.

33 Para echar un vistazo a las múltiples clasificaciones de científicos individuales hechas por Thomson Reuters, diríjase a <http://archive.sciencewatch.com/dr/> (consultada en agosto de 2019).

construcción, difusión e institucionalización supranacional de normas (como en la Unión Europea); de los detalles de la vida diaria (la vestimenta y sus cánones) y de prácticas colectivas masivas (como el trabajo misionero cristiano); de las relaciones de corto alcance (la pintura parisina como un canon estético para los artistas de habla alemana en las décadas centrales del siglo XIX) y las de largo alcance (la convergencia regional o global de precios y salarios generada por la integración económica); de la categorización de objetos (el sistema de clasificación decimal Dewey para libros) y de las formas de vida no humanas (clasificación natural o clasificación de enfermedades).

En todos estos casos y en muchos otros, los historiadores transnacionales pueden estudiar tanto la producción como el resultado de las relaciones de alineamiento. El resultado no necesariamente tiene que ser la uniformización: una referencia común no excluye la diferencia. Los proyectos de alineamiento se han debatido, disputado, desafiado, aceptado y rechazado. Tales debates han incluido propuestas para otros alineamientos en torno a otros cánones. Las relaciones de alineamiento nos brindan la oportunidad de estudiar los procesos históricos de universalización, mediante los cuales alguna causa se define y declara como válida, más allá del espacio y el tiempo donde se creó o adoptó, y se implementa en nombre de esa supuesta universalidad. Como proyecto, la universalización puede llegar tan lejos como pueden hacerlo el debate y la implementación de un estándar mundial.

Los grandes sistemas religiosos, políticos y sociales han fabricado elementos universales, como lo son los estándares de desarrollo político y económico sugeridos por el socialismo, el comunismo o el liberalismo. Otro de esos marcos intelectuales fue la «teoría de la modernización», que enmarcó la percepción de las trayectorias económicas regionales y nacionales, así como la gestión de las políticas de desarrollo, por parte de los Gobiernos europeos y norteamericanos —y, en cierta medida, también del de la Unión Soviética— en los años cincuenta y sesenta.[34] Pero las empresas, los grupos profesionales y las comunidades científicas también desarrollaron «universales menores» destinados a alinear los procesos de producción,

34 Nils Gilman, *Mandarins of the Future: Modernization Theory in Cold War America*, Baltimore, 2003.

los estilos de vida, los códigos de conducta o los marcos intelectuales en torno a directrices comunes que pudieran adoptarse independientemente del contexto.[35]

Para comprender los alineamientos o convergencias, los historiadores deben considerar tanto los universales mayores como los menores. Por poner un ejemplo contemporáneo, esto significa que la relación de alineamiento tiene tanto que ver con los esfuerzos actuales de Monsanto y otras empresas de biotecnología por lograr que sus semillas genéticamente modificadas sean la única fuente para los agricultores de todo el mundo, argumentando acerca de la protección de los derechos mundiales de propiedad intelectual, como con la reconfiguración del capitalismo que ha presidido la erección de la desregulación económica como paradigma de las políticas económicas públicas desde finales de los años setenta. Esta sección profundiza en dos proyectos de universalización que se encuentran en un punto intermedio entre los universales menores y mayores.

En primer lugar, nos ocuparemos de la estandarización del espacio y el tiempo que se desarrolló durante el siglo XIX a través del sistema métrico y los husos horarios. A principios del siglo XIX, el kilo y el metro eran los jóvenes estándares legales del peso y la longitud. Aún estaban ganándose la aceptación en Francia y los pocos países europeos donde las guerras revolucionarias y napoleónicas los habían transportado. El tiempo todavía era una medida derivada de los acontecimientos astronómicos observados en una latitud y longitud dadas: cada ciudad mantenía el suyo propio y no había equivalencia entre ellos. Hoy, el sistema métrico y los husos horarios rigen la vida diaria de miles de millones de personas y les proporcionan una referencia común para los viajes, el comercio, la comunicación o la guerra. Han sido los instrumentos de una gran operación de alineamiento, bastante reciente por cierto. Tales cambios se remontan, a menudo, a acuerdos internacionales seminales entre Gobiernos nacionales, como la Convención del Metro en 1875 y la Conferencia Internacional del Meridiano en 1884. Estos acuerdos fueron importantes, pero no diseñaron ni pusieron en funcionamiento los estándares de tiempo y medición de un plumazo.

35 La expresión es una alteración de las «utopías menores» de Jay Winter, *Dreams of Peace and Freedom: Utopian Moments in the Twentieth Century*, New Haven, 2006.

Tuvieron lugar tras décadas de debates y presiones, especialmente de organismos científicos (geógrafos y astrónomos), intereses comerciales y empresariales e intensas campañas de partidarios que abogaron por la estandarización como una herramienta de civilización, destinada a fortalecer la paz y la armonía en el mundo. También fueron combatidos, en las mismas esferas, por activistas antiestándares. En general, no había una clara línea de falla entre los partidarios y los detractores: compañías ferroviarias, marineros, científicos y comerciantes podían encontrarse en ambos lados. Asimismo, el orgullo nacional y los intereses creados aparecían cuando se trataba, por ejemplo, de decidir el meridiano para medir el tiempo y calcular la longitud[36] o de aceptar que una unidad de medida hecha en Francia alterara los hábitos cotidianos y las categorías fundamentales de otro país. Un aspecto importante de los acuerdos fue que establecieron agencias para administrar y difundir la norma en los países que decidieran aceptarla, como la Oficina Internacional de Pesos y Medidas, aunque estas agencias nunca recibieron ningún poder para hacer efectiva la norma. La adopción siguió siendo una cuestión de política interior. Además, las propias unidades de medición se diseñaron tras un proceso conflictivo y no lineal en el que la uniformidad encontró resistencias y fue objeto de negociación;[37] tanto más cuanto que, en ambos casos, existían sistemas alternativos: medidas nacionales y regionales, sistemas rivales como el imperial británico y contrapropuestas para adoptar el tiempo decimal o, en el otro hemisferio, tomar como referencia el antimeridiano de Greenwich.[38]

Definir, completar y poner en práctica el sistema métrico y el tiempo estándar llevó décadas, y la mayor parte del proceso tuvo lugar tanto dentro de los países como en los congresos internacionales que se convocaban regularmente para ajustar, desarrollar o refinar esos estándares. Además, la

---

36 Martin H. Geyer, «Prime Meridians, National Time, and the Symbolic Authority of Capitals in the Nineteenth Century», en Andreas W. Daum y Christof Mauch (eds.), *Berlin-Washington, 1800-2000: Capital Cities, Cultural Representations, and National Identities*, Nueva York, 2005, pp. 79-100.

37 Martin H. Geyer, «One Language for the World: The Metric System, International Coinage, Gold Standard and the Rise of Internationalism, 1850-1900», en Martin H. Geyer y Johannes Paulmann (eds.), *The Mechanics of Internationalism: Culture, Society, and Politics from the 1840s to the First World War*, Londres, 2001, pp. 55-92.

38 Hector Vera, «Decimal Time: Misadventures of a Revolutionary Idea, 1793-2008», *KronoScope. Journal for the Study of Time*, 9, 1-2, 2009, pp. 29-48.

uniformidad aparentemente irresistible de las normas nunca dejó de modificarse marginalmente, siguiendo el ritmo de su adopción. Los husos horarios distan de ser rectilíneos y han cambiado con el tiempo, mientras que la introducción del horario de verano —que comenzó durante la Primera Guerra Mundial— ha hecho posible que comunidades concretas alteren las coordenadas de su «hora universal».[39] Otros pesos y medidas todavía se utilizan en países que oficialmente se han incorporado al sistema métrico, como Canadá. Aun así, el sistema métrico es ahora oficial en todos los países del mundo, excepto Liberia, Birmania, Estados Unidos, Samoa, Micronesia, Palaos y las Islas Marshall. El sistema de husos horarios, basado en el meridiano de Greenwich, es sencillamente la forma común de decir y predecir la hora en nuestro planeta. Una tonelada es una tonelada dondequiera que opere el sistema métrico y una simple tabla de husos horarios permite calcular el tiempo en lugares distintos y distantes. Las unidades de medidas estándar parecen encarnar la hipótesis del historiador alemán Jürgen Osterhammel de que el siglo XIX se caracteriza por «la compresión de la cuadrícula de referencia» en asuntos políticos, religiosos y culturales. La estandarización no condujo a la uniformidad, sino a discusiones y variaciones en torno a un conjunto más pequeño de referencias comunes.[40]

Un especialista en metrología resumió el proceso cuando escribió que «la creación de universalidad ocurrió a través de la circulación de detalles», y que esa circulación requería mucha energía de sus participantes.[41] A ello cabe añadir que la particularización también tiene lugar a través de la vernacularización de los universales. Sin embargo, no sabemos mucho sobre las circulaciones que hicieron posible el alineamiento en el caso del sistema métrico y los husos horarios, sobre el proceso de enseñanza y aprendizaje que implicó o sobre los ajustes sociales y técnicos que hubo que encontrar. La densidad histórica de la «*metrificación* del mundo» es una historia que

---

39 Ian R. Bartky, *One Time Fits All: The Campaigns for Global Uniformity*, Stanford, 2007, caps. 10 y 11.

40 Jürgen Osterhammel, *Die Verwandlung der Welt. Eine Geschichte des 19. Jahrhunderts*, Múnich, 2009, p. 1294. Hay trad. cast.: *La transformación del mundo: Una historia global del siglo XIX*, Barcelona, 2015.

41 Joseph O'Connell, «Metrology: The Creation of Universality by the Circulation of Particulars», *Social Studies of Science*, 23, 1, 1993, pp. 129-173.

aún sigue contándose.[42] Pero hay otros casos en los que sí podemos documentar la circulación de detalles que generaron un alineamiento en torno a un supuesto universal, así como la forma como distintos detalles compitieron por ser definidos como universales.

Aquí podemos ampararnos, en segundo lugar, en la creciente bibliografía sobre el «transnacionalismo musulmán» que se ha desarrollado desde finales de los ochenta, concretamente en los estudios de las actividades de algunos grupos de renovación religiosa en Asia del Sur durante el siglo XX. Estos grupos ejercen la *dawwa* —la llamada de Alá a difundir la fe—, preocupados por devolver los rituales y creencias religiosas musulmanas a un estado de pureza original, que sienten que se ha perdido debido a la adaptación a contextos espirituales mixtos (la presencia hindú, budista o cristiana, el secularismo o el materialismo). Los deobanditas, los wahabitas, el Ahle Hadith y el Yamaat Tabligh son articulaciones intelectuales de la fe que difieren, especialmente, en su relación con las diferentes fuentes textuales del islam y en el grado de rechazo de otras corrientes del islam (principalmente, el chiismo y el sufismo), pero que comparten con frecuencia referencias personales y religiosas. Todos esos movimientos apoyan el resurgimiento de las prácticas originales del islam, aunque también luchan entre sí por encarnar la voz del islam «genuino». Desempeñan labores de prédica y de asistencia social y dirigen clínicas, mezquitas y redes de escuelas religiosas.

Algunos de estos grupos ya estaban implicados en relaciones de larga distancia dentro de la comunidad musulmana mundial (la umma) en la década de los veinte. Por ejemplo, el Ahle Hadith, con sede en la India, apoyó expresamente a la dinastía Saúd cuando se hizo con el poder de la ciudad sagrada de La Meca. La Universidad islámica Darul Ulum en Deoband, también en la India, ya trabajaba entre y a través de comunidades y organizaciones políticas a principios del siglo XX. Pero fue sobre todo después de la Segunda Guerra Mundial (en el caso del Yamaat Tabligh, creado en 1927) y en las décadas de los setenta y ochenta (en el del wahabismo) cuando esos movimientos sistematizaron su alcance más allá de su región

42 Hector Vera, *The Social Life of Measures: Metrication in the United States and Mexico, 1789-2004*, tesis doctoral, The New School of Social Research, 2011.

de origen (la India y Arabia Saudita, respectivamente). En los últimos cuarenta años, en general su actividad se ha disparado, aunque tras los atentados del 11S de 2001 han llegado tiempos difíciles. En sus intentos de alinear las creencias, los rituales y los comportamientos musulmanes en Tailandia, la India, Indonesia, Malasia y más allá, cada uno de ellos ha creado relaciones específicas a través de las comunidades políticas y las sociedades que afectan tanto a las personas que predican la «verdadera voz del islam» como a quienes la reciben.

La escuela deobandita ha elegido la educación para reformar el islam, y los principios que estableció en su curso de ocho años se han transcrito en varias escuelas afiliadas en toda la umma musulmana, junto con los textos que publicó y los decretos legales (fetuas) de sus estudiosos.[43] Aquí, el alineamiento se persigue a través del desarrollo de un marco intelectual unificado. El wahabismo, especialmente entre los años setenta y noventa, formó parte de la estrategia geopolítica de Arabia Saudita, con el doble objetivo de resistir el socialismo secular árabe e impugnar las afirmaciones de la República Islámica de Irán de ser el único Estado islámico genuino. A través de canales gubernamentales, fundaciones religiosas y organizaciones internacionales no gubernamentales, el dinero del petróleo se distribuyó generosamente entre los grupos salafistas —los seguidores de los piadosos antepasados— en Indonesia o las comunidades Ahle Hadith en la India o Pakistán. Estos grupos usaron el dinero para publicar libros, grabar cintas de audio y vídeo que celebraban los principios del wahabismo, construir mezquitas, crear madrasas y enviar a los estudiantes más talentosos a la universidad islámica Imam Muhámmad ibn Saúd en Riad o la Universidad islámica de Medina.[44] Aquí, la estrategia de alineamiento se basó en construir instituciones para hacerse cargo del resurgimiento y la renovación de la fe. El Yamaat Tabligh, el último de nuestros grupos, comenzó su *dawwa*

43 Dietrich Reetz, «The Deoband Universe: What Makes a Transcultural and Transnational Educational Movement of Islam?», *Comparative Studies of South Asia Africa and the Middle East*, 27, 1, 2007, pp. 139-159.

44 Mariam Abou Zahab, «Salafism in Pakistan: The Ahl-e Hadith Movement», en Roel Meijer (ed.), *Global Salafism: Islam's New Religious Movement*, Nueva York, 2009, pp. 126-142, y Noorhaidi Hasan, «The Salafi Movement in Indonesia: Transnational Dynamics and Local Development», *Comparative Studies of South Asia, Africa and the Middle East*, 27, 1, 2007, pp. 83-94.

en 1927, poniendo el acento en la transmisión del mensaje a través del contacto interindividual. Ahora como entonces, este se produce en las giras de prédica, en las que equipos de dos o tres personas cruzan un distrito concreto, visitan regularmente cada casa habitada por musulmanes, entablan discusiones sobre su práctica del islam y los invitan a acudir a la mezquita para escuchar sus recomendaciones sobre la conducta apropiada de los verdaderos creyentes. Cuando el Yamaat Tabligh decidió expandir sus actividades al subcontinente indio después de la partición de la India en 1947, y más tarde a la diáspora surasiática en los países del Golfo y el Reino Unido, no cambió su *modus operandi*. A través de la interacción interindividual fue como se entregó el mensaje de alineamiento.[45]

Hay una segunda dimensión en la relación de alineamiento que estos grupos se esfuerzan por crear, y es la que atañe a sus propios miembros. Nuevamente, aquí se desarrollan distintos procesos de alineamiento. Para los deobanditas, es la relación entre guía y discípulo *(shaij/khalifa)*, típica del sufismo, lo que garantiza la dedicación de los antiguos graduados a hacer efectivo el plan de estudios y el espíritu de la escuela madre en sus propias actividades educativas en el extranjero. Las declaraciones públicas de los grupos Ahle Hadith en Pakistán y la India, que se encontraban entre los principales beneficiarios de la generosidad saudita, coinciden en la defensa de Arabia Saudita como el único y verdadero Estado islámico y modelo de Estado islámico. La lealtad es clave aquí, y la lealtad hacia sus clientes sauditas ha eclipsado las diferencias teológicas que los eruditos del Ahle Hadith solían mantener con el wahabismo.[46] En cuanto al Yamaat Tabligh, las secciones locales no solo trabajan de acuerdo con las instrucciones de sus líderes indios, sino que también crean entre sus misioneros un sentimiento de pertenencia a una única comunidad de almas y cuerpos: los equipos se forman deliberadamente mezclando nacionalidades. Asimismo, la organización de los centros Tabligh es notablemente similar en los diferentes países. Aquí, las prácticas diarias transforman el yo, lejos de las

45 Marc Gaborieau, «The Transformation of Tablighi Jamā'at into a Transnational Movement», en Muhammad Khalid Masud, *Travellers in Faith: Studies of the Tablighi Jamā'at as a Transnational Islamic Movement for Faith Renewal*, Leiden, 2000, pp. 121-138.

46 Yoginder Sikkand, «Stoking the Flames: Intra-Muslim Rivalries in India and the Saudi Connection», *Comparative Studies of South Asia, Africa and the Middle East*, 27, 1, 2007, pp. 95-108.

preocupaciones mundanas y las raíces locales, y crean normas y valores comunes para los verdaderos creyentes.[47]

Conclusión

Incluso el más distraído de los lectores habrá notado que las relaciones históricas entre y a través de entidades políticas y comunidades suelen combinar los tropos utilizados para organizar este capítulo. La movilización de recursos extranjeros por parte de activistas anticoloniales o partidarios de la segregación incluyó la dedicación a una causa común y, al cabo, algún tipo de alineamiento cuando concibieron sus actividades bajo palabras clave y nociones comunes. Del mismo modo, el alineamiento en torno a estándares puede ser resultado de la capacidad de una parte de afectar a las demás: esta parte será capaz de hacer circular su particularidad, y hacerla universal, gracias a su dominio sobre los otros participantes. Así, por ejemplo, el sistema métrico se introdujo bajo el dominio colonial en las regiones controladas por Francia, Portugal, España y los Países Bajos, que lo mantuvieron tras la independencia.

Hay pocas situaciones en las que un solo tipo de relación capte adecuadamente la forma en que los participantes se afectan mutuamente. Por eso, este capítulo no se ha organizado en función de tipos, sino de tropos: casos y fragmentos y sus manifestaciones entrecruzadas en lugar de categorías netamente definidas y sus ejemplos exclusivos. Para analizar y narrar las relaciones que estudian, los historiadores transnacionales usan, además, muchos otros tropos: en capítulos anteriores, nos hemos encontrado con la competición, la combinación o el rechazo, una noción clave en *Politics of Anti-Westernism in Asia* de Cemil Aydin. Ninguna de esas figuras merece más atención que las otras, y depende de cada historiador poner el énfasis en una u otra según cuáles sean los aspectos que desee destacar de la historia de los entrecruzamientos durante los últimos doscientos o doscientos cincuenta años.

---

47 Alexander Horstmann, «The Tablīghī Jamā'at, Transnational Islam, and the Transformation of the Self between Southern Thailand and South Asia», *Comparative Studies of South Asia, Africa and the Middle East*, 27, 1, 2007, pp. 26-40.

Si elegimos insistir en los límites de la integración, haremos bien en identificar relaciones de rechazo o indiferencia. Si queremos condenar la arrolladora capacidad que algunos grandes sistemas políticos y económicos poseen de rehacer el mundo a su imagen y semejanza, entonces deberemos centrarnos, probablemente, en las relaciones de dominación. Nuestra visión de una posible comunidad global ganará adeptos si presentamos pruebas de las relaciones de alineamiento y dedicación. Sea como fuere, el objetivo es establecer qué es lo que las conexiones y circulaciones hacen a los lugares, personas, instituciones, entidades políticas y sociedades que incluyen o excluyen. Los historiadores transnacionales tienen muchas otras relaciones que describir, nombrar, escrutar y criticar antes de fijar un número limitado de arquetipos. Nuestra atención actual en binomios como hibridación/hegemonía o competición/cooperación puede no ser el marco conceptual más apropiado para ordenar las relaciones entre y a través de entidades políticas y comunidades. Todavía hay mucho que explorar e imaginar, empezando por las formaciones duraderas o transitorias que estas relaciones crean. El capítulo siguiente nos lleva ahí.

5
FORMACIONES

¿Cuáles son los resultados de estas circulaciones y conexiones y de las relaciones de las que derivan o que establecen? ¿Qué es lo que generan que los historiadores puedan estudiar para dar sentido al pasado y al presente? ¿Dónde tienen lugar las combinaciones de enlaces, flujos y relaciones que crean las entidades que los historiadores pueden examinar? ¿Cuáles son las atalayas desde las que los historiadores pueden seguir la línea difusa entre lo interior y lo exterior y narrar la historia de actores históricos y procesos que aparecen y desaparecen entre y a lo largo de las unidades territoriales que enmarcan su sentido común? ¿Cómo podemos reconstruir el hacerse y deshacerse de las interdependencias entre esas unidades?

Hace algunos años, los politólogos Thomas Callaghy, Robert Latham y Ronald Kassimir dieron respuesta a estas cuestiones. Proclamaron su deseo de superar las oposiciones binarias que habían llegado a marcar la investigación sobre la *«globalización»* en la década de los noventa (local/global, espacio de lugares/espacio de flujos, interno/externo) y afirmaron su interés en «aquello que permanece silenciosamente entre» esos binomios: «Los ricos núcleos de junturas concretas que unen diversas estructuras, personas, ideas, prácticas e instituciones de distinto alcance en un marco social y político común».[1] Es en

1 Thomas M. Callaghy, Ronald Kassimir y Robert Latham (eds.), *Intervention and Transnationalism in Africa: Global-Local Networks of Power*, Cambridge, 2001, p. 6.

esos núcleos y en sus marcos resultantes donde se crean y entran en movimiento el poder social, los resultados políticos, las formas de autoridad, el orden y el sentido. Como ejemplos de esos núcleos, que en su libro llamarán «formaciones transfronterizas», mencionan la guerra civil en Uganda, el antiguo sistema de comercio de esclavos, el tráfico de armas y diamantes en las guerras civiles africanas, la mecánica de la deuda africana o la economía del petróleo en el delta del Níger.

Este capítulo retiene su definición de «núcleos» y «formaciones» como el resultado de la combinación de estructuras, actores y prácticas de distinto alcance. También hace suya su identificación de momentos, lugares y actividades como columna vertebral de los núcleos y formaciones. Al hacerlo, sigue la preocupación de numerosos científicos sociales que estudian circulaciones, conexiones y relaciones, y trata de evaluar su capacidad de generar estructuras duraderas para la vida y la acción humanas, opuestas o superpuestas a las estructuras nacionales. Ellos, por cierto, también eligen la palabra «formación» para designar esas estructuras.

Los estudiosos de la migración concluyen que las actividades transfronterizas de los migrantes tienen lugar y generan «formaciones sociales transnacionales».[2] Valiéndose del vocabulario del sociólogo francés Pierre Bourdieu, otros insisten en que la investigación sobre fenómenos transnacionales necesita definir su propia unidad de estudio cuando el marco analítico nacional se vuelve irrelevante y ofrecen, al respecto, la idea de «campo social transnacional» como «un conjunto de múltiples redes de relaciones sociales entrelazadas a través de las cuales se intercambian, organizan y transforman asimétricamente ideas, prácticas y recursos».[3]

Los historiadores también buscan unidades y recipientes donde puedan observar y evaluar los entrecruzamientos que estudian. Mrinalini Sinha, exponente de la «nueva historia imperial», usa la expresión «formación social imperial» como una herramienta analítica que le permite unir temas

---

2 Luis Eduardo Guarnizo, «The Emergence of a Transnational Social Formation and the Mirage of Return Migration among Dominican Transmigrants», *Identities. Global Studies in Culture and Power*, 4, 2, 1997, pp. 281-322.

3 Peggy Levitt y Nina Glick Schiller, «Conceptualizing Simultaneity: A Transnational Social Field Perspective on Society», *International Migration Review*, 38, 3, 2004, p. 1009.

(política, ideología, economía) y lugares inconexos (India y Gran Bretaña).[4] Ann Laura Stoler y Carole McGranahan, basándose en la noción de formaciones sociales, elaborada por la escuela marxista en la década de los setenta, como conjuntos complejos que abarcan prácticas políticas, ideológicas y económicas, hablan de «formaciones imperiales» para unir elementos inconexos, tendencias y configuraciones cambiantes dentro de la historia de los imperios.[5] Este capítulo participa de ese espíritu de unir elementos que aparecen a menudo inconexos con el fin de observar y analizar el origen, el funcionamiento y los efectos de las circulaciones, conexiones y relaciones en los últimos doscientos años más o menos.

En capítulos anteriores, nos hemos adentrado en diversas formaciones y tipos de formación, desde pequeños objetos como la llave de Berna hasta envolturas planetarias como el sistema de vientos atmosféricos. Ninguna lista ni tipología podría hacer justica a semejante diversidad, por lo que, en este capítulo, parece más sensato presentar un abanico de opciones que puedan suscitar la reflexión. He elegido cinco ejemplos de formaciones, algunas de las cuales son marcos que resultan familiares a los historiadores que bucean en el pasado y cuentan sus historias. Empezaremos tratando la que tal vez sea la formación humana más pequeña que cabe imaginar, el «yo». Como contrapeso a este énfasis en lo individual, seguiremos con la «organización» como entidad colectiva. Nuestro tercer ejemplo será similar a algunos de los propuestos por Callaghy y sus colegas: una «región temática». Terminaremos con el alimento básico de los historiadores: el «acontecimiento» y el «territorio». Tras una presentación general, en cada caso nos demoraremos en un trabajo seleccionado.

El yo

Los objetos e individuos concretos han aparecido varias veces en capítulos anteriores, ya sea a través de su papel en la creación de conexiones, el lanzamiento y corte de circulaciones y la generación de relaciones, ya como

---

4 Mrinalini Sinha, *Colonial Masculinity: The «Manly Englishman» and the «Effeminate Bengali» in the Late Nineteenth Century*, Nueva York, 1995, p. 2.

5 Ann Laura Stoler y Carole McGranahan, «Introduction», en Ann Laura Stoler, Carole McGranahan y Peter C. Perdue (eds.), *Imperial Formations*, Santa Fe, 2007, pp. 8-9.

encarnación de esos procesos. Aquí será el aspecto interior del ser humano, el yo, el que trataremos como un «núcleo de junturas». ¿Cómo se ve afectado el yo cuando las trayectorias personales abarcan diferentes comunidades sociales, políticas y culturales? ¿Cómo generan tales situaciones oportunidades o limitaciones para la continuidad o la reinvención del yo? ¿Hay «yoes transnacionales», producidos por las vidas de aquellos que trabajan como conectores, participan en las circulaciones o desarrollan relaciones?

Podemos empezar con una observación: la cuestión del yo, en cuanto que identidad esencial y singular de una persona, ha sido objeto de uso, conversaciones y disputas a través de las fronteras. La historia de las disciplinas dedicadas a la exploración y sanación del yo lo atestigua. Durante mucho tiempo, la mayoría de los partidarios y practicantes del psicoanálisis consideró que su disciplina y sus conceptos eran universales. Ese conocimiento curativo del yo se ha proyectado y apropiado a través de entidades políticas y sociedades desde los días de Sigmund Freud.[6] Aunque, más recientemente, han surgido voces que han cuestionado esa opinión: algunos etnopsiquiatras han defendido que los problemas de salud mental de los migrantes, en parte resultado de la tensión entre identidad y desplazamiento, deben abordarse a través de las palabras y el conocimiento de la cultura de origen.[7] Estas discusiones apuntan a una cuestión clave que han explorado incansablemente los muchos académicos e intelectuales que han estudiado las consecuencias de los entrelazamientos sobre la autopercepción. Basándose en la noción de «doble conciencia» acuñada por W. E. B. Du Bois a propósito de los estadounidenses negros, en el análisis del sociólogo Abdelmalek Sayad sobre la condición migratoria marcada por la «doble ausencia» o en la interpretación de la alienación y el «enemigo interior» del colonizado y el excolonizado de Ashis Nandy y Frantz Fanon, aquellos trataron, principalmente, de comprender o conceptualizar los efectos de esos entrelazamientos en la percepción y la construcción del yo en términos de identidades sociales y psíquicas divididas y en conflicto.[8] Así, mu-

6 Joy Damousi y Mariano Ben Plotkin (eds.), *The Transnational Unconscious: Essays in the History of Psychoanalysis and Transnationalism*, Basingstoke, 2006.

7 Tobie Nathan, *Nous ne sommes pas seuls au monde. Les enjeux de l'ethnopsychiatrie*, París, 2001.

8 W. E. B. Du Bois, *The Souls of Black Folk*, Chicago, 1903, p. 4 (hay trad. cast.: *Las almas del pueblo negro*, Madrid, 2020); Abdelmalek Sayad, *La Double absence. Des illusions*

chos estudiosos de las migraciones, la esclavitud y el colonialismo describieron la «dualidad» *(twoness)* del yo, lo que puede ser un punto de partida para los historiadores transnacionales.

«Solo desearía tener un hogar en este globo», escribió en una ocasión la estadounidense Mary Eddy (1864-1923).[9] La cita es de una carta que escribió en 1916, cuando perdió la vista y fue confinada en un hogar para incurables en Washington D. C. Ese fue un momento terrible para Eddy, no solo por el resultante aislamiento del mundo exterior, sino porque había pasado la mayor parte de su vida como médica en Siria. De hecho, nació allí de padres misioneros y fue una de esas misioneras de segunda generación que se criaron en el idioma local y adaptaron sus actividades al contexto para propagar la fe cristiana. El primer y principal compromiso de Mary Eddy fue difundir la Biblia y distribuir los tratados religiosos de la Junta Presbiteriana de Misiones Extranjeras. Para hacerlo, eligió ser médica y, durante unos diez años, proporcionó tratamiento ocular y cirugía a mujeres en aldeas remotas y campamentos de la Siria otomana (Siria, Palestina, Líbano, Israel y Jordania en la actualidad).

Los diversos aspectos de sus actividades la obligaron a moverse entre y a través de los límites de Siria y Estados Unidos, Beirut y Boston. La educación de la hija de un misionero, la vida de una misionera y la formación de una doctora conllevaron muchas temporadas en Estados Unidos: períodos de estudio en la escuela secundaria o la universidad, permisos que incluyeron mucho trabajo de contacto con los donantes y tratamientos médicos para su propia salud quebradiza. Por otra parte, en el Imperio otomano no era posible ser médico sin la interacción con las autoridades y colegas del lugar. El título de Eddy tuvo que ser reconocido por un comité especial y, cuando más tarde creó un sanatorio, tuvo que hacerlo junto con un profesor de Medicina sirio. Siria y sus habitantes musulmanes fueron la base del sentido misionero cristiano que impregnó toda su vida, aunque a la postre su trabajo allí solo fuera posible gracias al respaldo financiero de los donantes estadounidenses.

---

de l'émigré aux souffrances de l'immigré, París, 1999; Ashis Nandy, *The Intimate Enemy: Loss and Recovery of Self Under Colonialism*, Delhi, 1983, y Frantz Fanon, *Piel negra, máscaras blancas*, Madrid, 2009 (ed. orig. franc., 1952).

9 Ellen Fleischmann, «"I Only Wish I Had a Home on This Globe": Transnational Biography and Dr. Mary Eddy», *Journal of Women's History*, 21, 3, 2009, pp. 108-130.

La angustia de Eddy durante su confinamiento en Washington mostró hasta qué punto su sentido de la identidad y sus afectos estaban moldeados por su experiencia vital. Una de sus amistades escribió en 1920 que «sus pensamientos estaban entrelazados con Siria», y nosotros sabemos que no dejó de preguntarse dónde estaba el lugar al que llamar «hogar». Al cabo, su hermana la llevó a Beirut, donde murió. Un obituario escrito en árabe en una revista femenina beirutí por una mujer siria educada en la escuela de una misión protestante capturó las tensiones de su existencia. Elogió a Eddy como una «patriota siria». En su propia conciencia, así como en la percepción de quienes la celebraron —llegó a sugerirse la erección de una estatua—, Eddy era una misionera estadounidense cuyo hogar en este globo fue, finalmente, Siria.

Así como los antropólogos y etnólogos de las migraciones hacen un uso cada vez mayor del enfoque biográfico para rememorar las trayectorias de los migrantes,[10] diversos historiadores han elegido el prisma del individuo para hablar de los entrelazamientos en los últimos doscientos años más o menos. Eso ha llevado a algunos de ellos a distanciarse de la «dualidad» y a subrayar en sus historias la multiplicidad de hebras y estratos que contribuyen a la formación de los yoes y a la singularidad de los individuos. En conjunto, los colaboradores de un volumen sobre *Transnational Lives* sugieren que participar en circulaciones, conexiones y relaciones puede dar lugar a distintas configuraciones del yo: algunas personas itinerantes a la postre sintieron que su identidad era cosmopolita, otras mantuvieron un sentido muy vivo de su lugar de origen y su trayectoria, algunas rechazaron una versión anterior de sí mismas al explotar las oportunidades del desplazamiento y otras perdieron su autoestima y autopercepción a causa del mismo desplazamiento.[11] Para el historiador, este es uno de los atractivos del yo como una formación que puede ayudarnos a captar todas las posibilidades y limitaciones generadas por los entrelazamientos.

Esto también resalta la promesa de la biografía como marco narrativo, porque permite recordar cómo los individuos aceptan esas oportunidades

---

10 Minna-Kristiina Ruokonen-Engler, *»Unsichtbare« Migration? Transnationale Positionierungen finnischer Migrantinnen. Eine biographieanalytische Studie*, Bielefeld, 2012.

11 Desley Deacon, Penny Russell y Angela Woollacott, *Transnational Lives: Biographies of Global Modernity, 1700-present*, Basingstoke, 2010.

y limitaciones para dar sentido a los entrelazamientos que desafían su imaginación y creencias. Sin embargo, eso no significa que escribir sobre el yo como una formación entre y a través de sociedades sea una tarea fácil: más bien, aleja a los historiadores de su zona de confort, molesta a los editores que deben decidir a qué mercado nacional se dirige el libro y obliga a los académicos y estudiantes a leer fuera de su recipiente nacional y campo de interés.[12] Finalmente, puede llevar a los historiadores a escribir «heterografías», donde lo que está en juego no es tanto acercarse a la autenticidad y la voluntad del yo, como las perciben los sujetos de las biografías, cuanto la capacidad o incapacidad de estos para reunir, habitar y usar distintos yoes en función de las interacciones.[13] A pesar de todo, los resultados merecen el esfuerzo, como lo muestra el libro de Roger Levine sobre Jan Tzatzoe, a quien encontramos en el capítulo 2.[14] Gracias a su atención al modo en que Tzatzoe se definió a sí mismo y otros definieron su identidad (sus hermanos xhosa, los misioneros, los defensores británicos de los aborígenes), Levine puede contrapesar su capacidad para representarse como intermediario entre y a través de entidades políticas y sociedades y las limitaciones que, más adelante, lo compelen a asumir la identidad de un súbdito fiel del Imperio para sobrevivir.

La organización

En el transcurso de los últimos doscientos años aproximadamente, se han creado muchas estructuras para definir y realizar las tareas que implicaban las conexiones, circulaciones e interacciones. En el mundo del Atlántico Norte, algunos incluso vieron en la organización una herramienta indispensable de la vida moderna. Para el teórico social francés Henri de Saint-Simon, fue un *leitmotiv* de su reflexión sobre el futuro de la sociedad humana a principios del siglo XIX; por su parte, el periodista William H. Whyte consideraba las organizaciones y su *ethos* empresarial y colecti-

12 Desley Deacon, Penny Russell y Angela Woollacott, «Introduction», en Desley Deacon, Penny Russell y Angela Woollacott (eds.), *Transnational Ties: Australian Lives in the World*, Canberra, 2008, pp. XVI-XVII.

13 Clifton Crais y Pamela Scully, *Sara Baartman and the Hottentot Venus: A Ghost Story and Biography*, Princeton, 2009.

14 Levine, *A Living Man from Africa*.

vista como la columna vertebral de los Estados Unidos de mediados del siglo XX.[15] Empresas, iglesias, asociaciones y clubes, organizaciones intergubernamentales oficiales y revistas se establecieron con entusiasmo para prevenir, crear y mantener actividades entre y a través de territorios políticos e imaginarios. Algunas de esas organizaciones perduraron décadas, reinventándose bajo nuevos avatares en varias ocasiones; otras desaparecieron muy rápidamente, habiendo cumplido o no sus objetivos; la mayoría solo fueron sueños y proyectos. Cuando los historiadores y los científicos sociales se han acercado al estudio de organizaciones que sirvieron a la fe, el poder, la revolución, la ciencia o el mercado, se han centrado, comprensiblemente, en sus programas, declaraciones y logros, en detrimento de su desempeño como formaciones. Esto se refleja claramente en la investigación sobre organizaciones internacionales intergubernamentales y no gubernamentales.

Todavía estamos lejos de tener una idea clara acerca del funcionamiento de las organizaciones creadas explícitamente para trabajar entre y a través de las entidades políticas durante los últimos doscientos años: las sociedades y movimientos que empezaron a organizarse en la primera mitad del siglo XIX, los sindicatos y oficinas internacionales que florecieron en las últimas décadas de ese siglo o las organizaciones intergubernamentales establecidas por el Tratado de Versalles. La historiografía de la Sociedad de Naciones, piedra angular del sistema de Versalles, se ha limitado durante mucho tiempo a discutir la capacidad de la Sociedad de preservar la paz y prevenir la guerra. Solo recientemente los historiadores han empezado a analizar sistemáticamente la composición de su personal, su proceso de trabajo o su papel en la definición y aplicación de reglas y estándares en diferentes campos.[16] Desde este punto de vista, los historiadores tienen mucho que ganar si integran las preguntas y los hallazgos de los politólogos y académicos de relaciones internacionales que llegaron antes al estudio de las organizaciones internacionales intergubernamentales armados con nue-

---

15 Henri de Saint-Simon, *Selected Writings*, Nueva York, 1952, y William H. Whyte, *The Organization Man*, Nueva York, 1956.

16 Compárese Zara Steiner, *The Lights that Failed: European International History, 1919-1933*, Oxford, 2007, con Patricia Clavin y Jens-Wilhelm Wessels, «Transnationalism and the League of Nations: Understanding the Work of Its Economic and Financial Organisation», *Contemporary European History*, 14, 4, 2005, pp. 465-492.

vas preguntas que iban más allá del poder, la guerra y la paz.[17] Para dar respuesta a sus propias grandes cuestiones, los historiadores transnacionales deben considerar la capacidad de esas organizaciones de trabajar entre y a lo largo de distintos países, continentes o culturas, y sus intentos de crear proyectos, comportamientos o normas comunes para unir sociedades distintas y distantes.

La historia de la Fundación Rockefeller es de especial interés desde esta perspectiva. Se fundó en 1913 y se convirtió en el buque insignia de las diversas juntas «filantrópicas» creadas por John D. Rockefeller (Sénior), su hijo John D. Rockefeller (Júnior) y sus asesores. Su fundador, el creador de Standard Oil, percibió la fundación y sus otras organizaciones benéficas como un acto de reciprocidad por el don que Dios le había concedido para hacer dinero y también como un instrumento mágico que le permitía ser, a la vez, inmensamente rico e inmensamente virtuoso, pues podía regalar una parte de su fortuna, la mayor de su tiempo. El establecimiento del mayor fideicomiso caritativo fue también su intento más astuto de redimir la reputación pública del «dinero sucio» asociado al nombre de Rockefeller en cuanto que despiadado promotor del monopolio industrial. La misión que se arrogó la fundación era «promover el bienestar de la humanidad en todo el mundo». Bajo la supervisión de fideicomisarios cuidadosamente seleccionados, un equipo de oficiales diseñó y dedicó ese fideicomiso a «donaciones científicas». Inicialmente, se centraron en la salud y el bienestar social; después, ampliaron su radio de acción de tal modo que ha habido pocos campos, temas o países que la fundación no haya alcanzado con sus donaciones a instituciones e individuos entre 1913 y la actualidad.[18] La fundación desarrolló sus programas particularmente en torno a la educación superior y la investigación científica. Apoyó, creó y orientó los flujos de académicos, fondos, literatura científica, conceptos y planes de organización, con unas prioridades distintas hasta la década de los cincuenta, cuando la Fundación Ford creó un programa internacional todavía más amplio.

---

17 Michael Barnett y Martha Finnemore, *Rules for the World: International Organizations in Global Politics*, Ithaca, 2004.

18 Los informes anuales de la fundación desde 1913 están disponibles en línea en <https://www.rockefellerfoundation.org/about-us/governance-reports/annual-reports/> (consultada en septiembre de 2019).

A pesar de la radical divergencia interpretativa entre, por un lado, los académicos que ven la Fundación Rockefeller como un engranaje de una máquina diseñada para hacer que el mundo sea seguro para el capitalismo y, por el otro, aquellos que celebran sus objetivos desinteresados,[19] la bibliografía existente nos ofrece una descripción rica, aunque indirecta, de cómo ha funcionado la fundación. Muestra la propia institución como una formación, un marco común donde se reunieron actores, ideas, estructuras y niveles de rango variable. Eso se manifiesta, en primer lugar, en sus actividades. La Fundación Rockefeller financió la creación de instituciones de investigación para el desarrollo y de educación superior en muchos lugares del mundo, desde la London School of Economics (Reino Unido) hasta la Universidad de Ibadán (Nigeria), y alentó a esas instituciones a operar como plataformas de investigación y capacitación para estudiantes y académicos de diferentes orígenes nacionales o regionales. Apoyó o fomentó comunidades de académicos que compartieron instrumentos, métodos y visiones a través de las fronteras nacionales en nuevas disciplinas o campos interdisciplinares (como los *estudios de área*). Organizó el alineamiento de programas de investigación y planes de estudios en muchas universidades de distintos sistemas nacionales (por ejemplo, con la introducción del trabajo de laboratorio y una cátedra de educación médica a tiempo completo a principios del siglo xx). Distribuyó a personas y difundió ideas a través de programas de becas que enviaron al extranjero, contando todas las disciplinas, a más de diez mil personas de docenas de países para investigar y recibir formación avanzada. En la mayoría de esas ocasiones, la fundación cooperó con universidades, asociaciones profesionales y científicas nacionales e internacionales, Gobiernos nacionales y autoridades locales. En algunas regiones, especialmente en América Latina, su acción estuvo vinculada a la del Gobierno federal estadounidense y a los intereses de los negocios de Rockefeller, pero no solo combinaba ambas cosas: dependiendo de las condiciones, la fundación operaba como un autónomo, un pez piloto, un estímulo, una plataforma logística o un equipo de seguimiento en relación con las políticas de esas dos entidades. Creó un régimen por sí sola.

---

19 Martin Bulmer, «Philanthropic Foundations and the Development of the Social Sciences in the Early Twentieth Century: A Reply to Donald Fisher», *Sociology*, 18, 4, 1984, pp. 572-579, y Donald Fisher, «Philanthropic Foundations and the Social Sciences: A Response to Martin Bulmer», *Sociology*, 18, 1984, 4, pp. 581-587.

Mientras que, tradicionalmente, el estudio de la Fundación Rockefeller y sus actividades se basó en sus informes, declaraciones y diseños, los estudios recientes de los programas de la fundación han utilizado cada vez más los documentos «de base» generados por los oficiales del programa que participaron en su funcionamiento cotidiano y han incorporado el material del «receptor»: individuos e instituciones que buscaron, recibieron o rechazaron su ayuda. Los académicos latinoamericanos han sido especialmente importantes en el estudio del meollo de las actividades de la fundación.[20] Han demostrado que su acción no consistió simplemente en la imposición del «estilo americano». Los proyectos que apoyó la fundación estuvieron, en gran parte, coproducidos por sus beneficiarios en conjunción con asesores locales y los oficiales de la fundación permanentes o itinerantes instalados en Sudamérica, Europa y Asia. Además, y especialmente durante sus primeras décadas de actividad, muchos aspectos de los principios de la fundación, como el apoyo a las universidades de investigación o la medicina preventiva, se elaboraron a partir de la observación preliminar de las condiciones en el extranjero (especialmente en Alemania). El alcance geográfico del trabajo extranjero de la fundación no debe ocultar el hecho de que una parte importante de sus actividades tuvo lugar en el interior de Estados Unidos y descansó en la apropiación de métodos, nociones y personal extranjeros que culminó en la asistencia a los intelectuales y artistas europeos exiliados entre las dos guerras mundiales.[21] En sus actividades internacionales, la fundación a menudo promocionó un producto compuesto que, aunque estampado con la etiqueta de *made in America*, estaba preparado para ser entendido, apreciado y apropiado en otras partes.

La fundación también ha sido una formación por derecho propio en sus aspectos organizativos. La investigación sobre esos aspectos está creciendo lentamente, como lo demuestra la atención a las trayectorias sociales y profesionales de los trabajadores de la fundación y su actividad. No era raro que esos oficiales, que a veces pasaban mucho tiempo desplazados en el lugar donde se desarrollaba su trabajo, terminaran siendo tanto la

---

20 Anne-Emanuelle Birn, *Marriage of Convenience: Rockefeller International Health and Revolutionary Mexico*, Rochester, 2006.

21 Giuliana Gemelli (ed.), *The «Unacceptables». American Foundations and Refugee Scholars between the Two Wars and after*, Bruselas, 2000.

voz de la sede neoyorquina como informadores y cómplices de sus colegas *in situ*.[22] Anne-Emanuelle Birn, que estudió las actividades mexicanas de la fundación, la trató como una formación cuando escribió: «Quizá únicamente en la primera mitad del siglo XX, la Fundación Rockefeller fue a la vez una agencia nacional, bilateral, multilateral, internacional y transnacional».[23] En efecto, la fundación trabajó a través de lo que generalmente vemos como niveles distintos y separados, y aparece como una formación ahí donde se generaron interacciones, conexiones y circulaciones que pueden estudiarse.

La región temática

Consideremos un libro que incluye muchas tablas sobre temas tan «atractivos» como el número de cerdos en el mundo occidental desde 1913 hasta 1938; la producción mundial de carne entre 1955 y 1999; las toneladas de carne de res, borrego y cordero exportadas desde Argentina, o los resultados comerciales de las empresas ganaderas y los frigoríficos* (empresas de sacrificio y refrigeración) entre finales de los años veinte y finales de los treinta. Es probable que a pocos historiadores no económicos les entusiasme la perspectiva de ojear esas tablas. Pero aquellos interesados en escribir historia desde una perspectiva transnacional deberían hacerlo.

Las tablas se encuentran en la obra de Richard Perren, que trabaja en los tres frentes de la historia transnacional. Perren muestra que la industria cárnica creó interdependencias muy acusadas entre los mercados urbanos de la carne de Estados Unidos y Gran Bretaña y las regiones productoras de Argentina, Uruguay, Nueva Zelanda y Australia; las cadenas alimentarias ya estaban bien establecidas a finales del siglo XIX. El autor identifica actores robustos y duraderos que operaron en todos los continentes bajo la forma de empresas cárnicas capaces de controlar todo el proceso desde la produc-

---

22 Pierre-Yves Saunier y Ludovic Tournès, «*Philanthropies Croisées:* A Joint Venture in Public Health at Lyon (1918-1940)», *French History*, 23, 2, 2009, pp. 216-240.

23 Anne-Emanuelle Birn, «Wa(i)ves of Influence: Rockefeller Public Health in Mexico, 1920-50», *Studies in History and Philosophy of Science Part C: Studies in History and Philosophy of Biological and Biomedical Sciences*, 31, 3, 2000, p. 381.

* *N. del T.:* en español en el original.

ción hasta el consumo. Además, pone de manifiesto lo difícil que es identificar lo que era nacional o extranjero en el destino del ganado latinoamericano de las razas Shorthorn o Hereford, importado de Inglaterra a través de Estados Unidos o Canadá, criado en Argentina, procesado en una fábrica uruguaya bajo patente alemana y con capital británico, y enviado a Europa o Norteamérica para su consumo.[24] Perren es solo uno de los muchos historiadores económicos y empresariales que recorren las trayectorias de los productos, sectores o mercados que han prosperado entre y a través de los dominios económicos nacionales durante los últimos doscientos años.

Pero no son solo los historiadores económicos quienes han explorado regiones temáticas para ver qué entrelazamientos crearon o estuvieron en su origen. La crítica literaria Pascale Casanova ofrece una interpretación de la «República mundial de las Letras», que estuvo liderada por un nexo de instituciones literarias, críticos y editores radicados en París desde finales del siglo XIX hasta mediados del XX. Estos se autoproclamaron «guardianes de la literatura» y desempeñaron un papel decisivo en la definición de los cánones sobre la materia —cánones que luego se aplicaban en la evaluación de obras y de los propios autores—.[25] Casanova sugiere que este nexo parisino, que funcionó como un «meridiano de Greenwich» para medir las creaciones literarias del mundo, hizo mucho por crear un campo literario entre y a través de países, considerado como un espacio donde dirimir las rivalidades y luchas literarias para establecer una jerarquía de géneros, autores y literaturas nacionales, lo cual tuvo un impacto directo en la lectura, traducción y venta de libros.

En su estudio sobre las políticas de control de la población, sus protagonistas y su impacto, el historiador global Matthew Connelly también muestra que su tema es una formación en la que actores e instituciones de distinto tipo actuaban en conjunción y disyunción.[26] A principios del siglo XX, la cooperación y la emulación promovieron en la región del Atlántico Norte el éxito de la eugenesia, que se levantó sobre el extendido con-

---

24 Richard Perren, *Taste, Trade and Technology: The Development of the International Meat Industry since 1840*, Aldershot, 2006.

25 Pascale Casanova, *La República mundial de las Letras*, Barcelona, 2001.

26 Matthew Connelly, *Fatal Misconception: The Struggle to Control World Population*, Cambridge (Massachusetts), 2008.

senso en torno a la posibilidad y necesidad de mejorar la raza blanca. Desde la década de los cincuenta en adelante, grandes flujos de ayuda exterior, asesores técnicos y visiones del mundo llegaron a Asia a través de campañas masivas. El objetivo era desactivar la «bomba demográfica» y promover la reducción de las tasas de fertilidad. La operación estuvo liderada por organizaciones internacionales gubernamentales y no gubernamentales —incluida la Fundación Rockefeller—, respaldadas más tarde por los Gobiernos nacionales de Europa y Norteamérica. Los Gobiernos que aceptaron esa afluencia de ideas, personas y fondos, sin embargo, también modificaron ese esfuerzo en su propio interés, con el fin de dar forma al destino de sus flamantes países independientes. El «establecimiento de la población» y la formación a la que había dado vida se desintegraron en la década de los setenta, un recordatorio de que no existe una tendencia irresistible e irreversible hacia las políticas globales.

Connelly y Casanova ofrecen dos ejemplos de cómo se puede abordar y analizar una formación temática a partir de investigaciones de primera mano. Al hacerlo, añaden otra faceta a la distinción entre historia transnacional e *historia mundial*.[27] En esta última, la región temática está presente desde el principio. Religión, enfermedad, imperio, guerra: la historia mundial elige un tema «universal» para compararlo a través del tiempo y el espacio mediante la síntesis de una gran cantidad de investigación ya existente. Las regiones temáticas de la historia transnacional, en cambio, se inspiran en las disputas y acuerdos de los protagonistas históricos y se apoyan en las pistas que brindan los archivos, el material impreso, las entrevistas y otras fuentes primarias.

Eso no significa que no pueda escribirse una síntesis desde una perspectiva transnacional. Volviendo a la historia empresarial, el trabajo seleccionado de esta sección muestra cómo combinar la investigación original y la síntesis de segunda mano para escribir sobre una formación temática. *Global Electrification: Multinational Enterprise and Internatio-*

27 En torno a una tentativa similar de entretejer enfermedad y política internacional, compárese el libro del historiador mundial John R. McNeill, *Mosquito Empires: Ecology and War in the Greater Caribbean, 1620-1914*, Nueva York, 2010, con Sunil S. Amrith, *Decolonizing International Health: India and Southeast Asia, 1930-65*, Basingstoke, 2006.

nal Finance in the History of Light and Power, 1878-2007 no es una mera yuxtaposición de historias de empresas de servicios eléctricos en diferentes países, aunque incluye una gran cantidad de material que compara situaciones locales o nacionales.[28] Más bien, sigue a las empresas (fabricantes de equipos eléctricos, proveedores de electricidad, bancos, empresas de ingeniería) en todas partes donde contribuyeron a difundir la electrificación: ciudades y países distantes y distintos en la mayoría de regiones del mundo.

El libro es un gran logro también por otras dos razones. En primer lugar, por su autoría. Está escrito por tres autores que, en cuanto que especialistas en la historia de la inversión extranjera, las empresas multinacionales y las industrias eléctricas, están familiarizados con el material histórico original. Pero los diferentes capítulos incorporan también contribuciones sustanciales de un núcleo de 11 investigadores, completado con el asesoramiento y la información de algunas docenas de historiadores más, todos ellos experimentados buscadores de material impreso y de archivo. El resultado ofrece una interesante forma de manejar material original y literatura de investigación a través de diferentes países e idiomas sin caer en una serie de estudios de caso.[29]

En segundo lugar, el volumen es un intento sistemático de presentar la historia de la electrificación como una formación a través de la identificación de los actores, la dirección y las dinámicas que orientaron el capital y las tecnologías circulantes. Reconstruye los conductos «a través de los cuales el capital, la tecnología y el conocimiento se trasladan más allá de las fronteras»[30] e insiste en los patrones de interacción a lo largo del tiempo. Con respecto a lo primero, muestra cómo la dimensión intensiva del capital del sector de servicios públicos creó, inicialmente, condiciones favorables para las empresas multinacionales; a continuación, enumera los grandes actores que orientaron el sector a través de la competición o la

---

28 William J. Hausman, Peter Hertner y Mira Wilkins, *Global Electrification: Multinational Enterprise and International Finance in the History of Light and Power, 1878-2007*, Cambridge, 2008.

29 Para otra original tentativa en coautoría, véase Jonathan Bignell y Andreas Fickers (eds.), *A European Television History*, Malden, 2008.

30 Hausman *et al.*, *Global Electrification*, p. 41.

cooperación, desde empresas de servicios eléctricos hasta intermediarios comerciales y financieros. La iniciativa y el papel de los ingenieros autónomos, los abogados y los municipios no se minimizan, sino que se identifican como una sección importante de los grupos que dirigieron la electrificación. Con respecto a los patrones de interacción, *Global Electrification* determina el papel que, desde la década de 1870 hasta la de 1940, desempeñaron las empresas multinacionales en la generación y suministro de electricidad a través de la inversión extranjera directa, empresas independientes *(free-standing companies)* o la participación financiera en empresas nacionales, a lo que siguió un período en el que se deshicieron las interdependencias e interconexiones a medida que el capital nacional y los Gobiernos nacionales iban superando la inversión, la propiedad y el control extranjeros. Desde finales de la década de los ochenta, la inversión internacional directa se reanudó tras la desregulación nacional de los servicios públicos. La obra también esclarece la identificación de los actores. Así, las empresas multinacionales que llevaron a cabo la electrificación entre 1878 y 1945 fueron, principalmente, compañías de servicios públicos que controlaban el capital y las patentes, mientras que el regreso de las multinacionales al sector desde finales de los ochenta se realizó bajo el paraguas de las compañías operadoras.

El libro explica claramente que el de la electrificación es un sector donde los factores nacionales y extranjeros son difíciles de distinguir: a pesar de los muchos intentos de las autoridades públicas de domesticar la propiedad extranjera y el control de las empresas de servicios públicos, las empresas independientes hicieron añicos esa distinción. Sociedades creadas por británicos y registradas en Canadá podían operar en ciudades latinoamericanas, contratando a ingenieros estadounidenses e instalando equipos estadounidenses, para luego ser adquiridas por capital alemán sin que esa configuración se alterase en lo más mínimo. Por último, los autores profundizan en los mecanismos de la internacionalización del sector eléctrico: no fue provocado tanto por las empresas que abrieron en el país y luego se expandieron hacia el extranjero como por aquellas creadas para trabajar en el extranjero sin haber operado en el territorio nacional. Aunque los autores no usan el término «transnacional», sí brindan respuestas a todas las grandes cuestiones de la historia transnacional, y su estudio es un ejemplo de cómo puede analizarse una formación temática.

El acontecimiento

Para captar la emoción de una jornada en el Festival Panafricano de Argel, el cineasta William Klein decidió reconstruir el día 22 de julio de 1969 en un documental. Este exsoldado estadounidense, asentado en Francia tras la Segunda Guerra Mundial, capturó la atmósfera del festival desde muchos ángulos significativos para la historia transnacional.[31]

El festival fue una gran manifestación pública del papel que el Gobierno argelino quería desempeñar como vanguardia del activismo anticolonial africano desde su independencia en 1962 (aunque un golpe militar había comenzado a cambiar las tornas en 1965). En la capital, Argel, un santuario para los grupos guerrilleros y otras organizaciones de África y el tercer mundo, el festival mostró la vitalidad cultural del continente durante los 12 días del evento, que incluyó representaciones artísticas, debates, clases y conferencias. Movilizando todo el repertorio nacional de banderas, disfraces, teatro y danza, varias delegaciones de los países recientemente independizados de África y de los movimientos guerrilleros se codearon, celebraron su emancipación y protestaron contra el imperialismo. El festival también abogó por la existencia de una cultura común panafricana, personificada en el discurso oral y musical del saxofonista estadounidense Archie Shepp y su quinteto mientras tocaban en el escenario con músicos argelinos/tuareg.

Pero el festival no solo fue una celebración; también fue un acontecimiento político que puso en escena múltiples confrontaciones y debates a través de las líneas de diferencias: ¿era el panafricanismo un proyecto exclusivo para las personas de ascendencia negra o para todos aquellos que habían experimentado el colonialismo europeo?; ¿era la negritud —la actitud cultural y política defendida por Aimé Césaire y el entonces presidente de Senegal Léopold Sédar Senghor— solo una postura reaccionaria llamada a ser arrollada por la concepción marxista y revolucionaria del futuro político africano?; ¿eran compatibles las bailarinas subsaharianas en topless con las mujeres argelinas veladas que veían su actuación en las calles de Argel?; ¿estaba dispuesto el Partido Pantera Negra estadounidense, cuyos representantes esta-

31 William Klein, *Le Festival panafricain d'Alger*, filme documental, Argelia, Francia y Alemania, 1969.

ban entre el público, a cambiar su posición del nacionalismo afronorteamericano a la solidaridad revolucionaria panafricana? Sea como fuere, en los años siguientes los recuerdos de Argel proporcionaron a muchas personas y grupos una visión de lo que significaba esa solidaridad panafricana.

En la víspera de ese día, otro acontecimiento había encarnado otro conjunto de proyectos, esperanzas y sueños entrelazados. No hubo una ovación multitudinaria real, pero muchas personas recuerdan —o creen hacerlo— haberse sentado frente a su radio o televisión para seguir la transmisión en vivo del alunizaje del astronauta estadounidense Neil Armstrong. Era el 20 de julio de 1969. Allá arriba, en el espacio, tres hombres concentraron millones de ojos y oídos durante un breve instante y marcaron un punto de inflexión en la carrera espacial que había movilizado a científicos estadounidenses y soviéticos. Aquí abajo, en Argel, un torbellino de actuaciones y declaraciones envolvió a los asistentes y, para algunos, también marcó la llegada de un mundo nuevo. En ambos casos, un instante en el tiempo funcionó como un sitio, causa y consecuencia de circulaciones, conexiones y relaciones.

Muchos otros lapsos de tiempo han tenido ese papel. El festival de Argel nos abre la puerta a una serie de eventos temáticos en el ámbito de la cultura, como los festivales de música, cine y teatro o las ferias de arte y del libro, que hasta ahora no han recibido ni un ápice de la atención que la investigación histórica ha prestado a las exposiciones mundiales.[32] Cuando uno piensa en los acontecimientos como formaciones en el sentido de este capítulo, es probable que sean las agitaciones políticas y los años en que ocurrieron lo que primero acuda a la cabeza y, desde luego, es lo que ha recibido mayor consideración por parte de los historiadores. La Revolución haitiana de 1804; la ola revolucionaria europea de 1848; la Rebelión Taiping de 1851; las protestas de 1968, de México a Belfast, o los movimientos populares de Europa del Este en 1989 han sido objeto de trabajos recientes que han analizado estos acontecimientos como causas y consecuencias de movilizaciones políticas conjuntas o convergentes a través de lugares distintos y distantes, y los han reconocido como sitios que generaron apropiación de elementos extranjeros, proyección hacia el extranjero y alguna intervención de países, organizaciones e individuos extranjeros en el acontecimien-

32 Paul Greenhalgh, *Ephemeral Vistas: The Expositions Universelles, Great Exhibitions and World's Fairs, 1851-1939*, Mánchester, 1987.

to. La «era de las revoluciones» que se extendió desde finales del siglo XVIII a mediados del XIX se lee ahora, nuevamente, en esa perspectiva,[33] del mismo modo que la Primavera Árabe de 2011 atraerá probablemente la atención de los historiadores transnacionales en los años venideros. Para destacar la forma como los acontecimientos pueden resultar de la interacción de una serie de ideas, actores e intereses formados entre y a través de los continentes, naciones o regiones, esta sección se centrará en un tipo de acontecimiento conocido principalmente por su capacidad de romper los vínculos, obstaculizar los flujos y limitar las interacciones: la guerra.

La guerra, que transforma las fronteras en frentes, bloquea el comercio y la migración, arrasa los intercambios culturales y desgarra las comunidades transfronterizas. Al menos a primera vista. Los historiadores de la economía han tenido pocas dudas: cuando se las considera desde el punto de vista del comercio o la convergencia de ingresos y salarios, las guerras de la primera mitad del siglo XX detuvieron la *globalización*.[34] La guerra, entonces, sería la última risa de las naciones, la gran divisora. Y, sin embargo, las guerras entre y dentro de países también han sido momentos creativos en lo tocante a conexiones, circulaciones y relaciones. En términos de comercio y producción, las guerras no solo destruyen, sino que también reorientan o redistribuyen. El cacao se convirtió en un producto raro en Europa a raíz de las rebeliones contra la autoridad española de principios del siglo XIX: la guerra detuvo el flujo y el consumo cayó.[35] Pero la guerra de Secesión estadounidense, lejos de destrozar la economía política internacional del algodón, reconfiguró su creciente comercio y la geografía de su producción mediante una cascada de nuevas limitaciones y posibilidades.[36]

---

33 David Armitage y Sanjay Subrahmanyam (eds.), *The Age of Revolutions in Global Context, c. 1760-1840*, Basingstoke, 2010.

34 El año 1914 es un punto de referencia en Kevin O'Rourke y Jeffrey G. Williamson, *Globalization and History: The Evolution of a Nineteenth-Century Atlantic Economy*, Cambridge (Massachusetts), 1999 (hay trad. cast.: *Globalización e historia. La evolución de una economía atlántica del siglo XIX*, Zaragoza, 2006), como también lo es en Stephen Broadberry y Kevin O'Rourke (eds.), *The Cambridge Economic History of Modern Europe*, Cambridge, 2010, 2 vols.

35 Sarah Moss y Alec Badenoch, *Chocolate: A Global History*, Londres, 2009, pp. 54-55.

36 Sven Beckert, «Emancipation and Empire: Reconstructing the Worldwide Web of Cotton Production in the Age of the American Civil War», *The American Historical Review*, 109, 5, 2004, pp. 1405-1438.

Y el argumento económico puede trasladarse a otras esferas. La yihad en África occidental, que empezó en las últimas décadas del siglo XVI, pero cobró impulso con la yihad fulani de principios del XIX, implicó una multiplicación de los centros de educación islámica dentro del nuevo Imperio fulani, favoreció la circulación de la mística y la producción jurisprudencial de órdenes sufíes y creó nuevos incentivos para la peregrinación a La Meca, que a su vez propició el contacto con los intelectuales sufíes de África del Norte y Arabia.[37]

Las dos guerras mundiales, que vemos como grandes hitos de la historia del siglo XX, generaron sus «propios» flujos de migrantes especiales a través de las naciones y los continentes: grupos e individuos exiliados, trabajadores coloniales y extranjeros, trabajadores forzados, prisioneros de guerra, personas desplazadas, tropas de ocupación, niños refugiados y novias de guerra. La propia contienda creó conjuntos de lazos y flujos en sectores distintos a los de los tiempos de paz, ya que los países aliados coordinaron la logística, el mando estratégico y el armamento siguiendo unos patrones que implicaban flujos de conocimiento, personas y de capital. Y todo ello a pesar del inmenso despliegue del espionaje transfronterizo y la contrainteligencia para descubrir armas y planes de guerra.[38]

Después de las guerras, las pérdidas humanas generaron conmemoraciones, lugares y rituales comunes de duelo e indignación, así como movilizaciones políticas de veteranos. Al igual que los programas de reconstrucción masiva sustentados en ayuda extranjera, desde la Bélgica posterior a 1918 hasta el Afganistán de los dos mil, la destrucción de la guerra implicó muchas conexiones, circulaciones y relaciones que no siempre se detuvieron al acabar los conflictos. Recuérdese que uno de los primeros usos académicos del término «transnacional» fue el que hizo el jurista alemán Max Gutzwiller para designar el tipo de ley creada y utilizada por los aproximadamente cuarenta tribunales permanentes de arbitraje mixto creados después de la Primera Guerra Mundial. Esos tribunales se hicieron cargo de reclamaciones individuales contra las Potencias Centrales, principalmente

37 David Robinson, *The Holy War of Umar Tal: The Western Sudan in the Mid-Nineteenth Century*, Oxford, 1985.

38 Christopher Andrew y Jeremy Noakes (eds.), *Intelligence and International Relations, 1900-1945*, Exeter, 1987.

disputas sobre inversiones. De esos tribunales bilaterales, el único tribunal germano-estadounidense examinó 13 000 casos.

Las alianzas de posguerra cristalizan relaciones duraderas: la historia de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) y del Pacto de Varsovia trata sobre los planes de guerra y la coordinación estratégica en el seno de cada alianza y también sobre la observación mutua entre ellas,[39] pero la esperada «interoperabilidad» de las fuerzas armadas también dio lugar a detalles más triviales. Desde 1951, la Agencia de Normalización Militar —ahora la Oficina de Normalización de la OTAN— ha alcanzado más de dos mil acuerdos de estandarización, desde protocolos de combate y señales de mapas hasta municiones y procedimientos de reabastecimiento en vuelo. En muchos aspectos, las guerras son un acontecimiento extraordinariamente relevante para los historiadores transnacionales.

El caso que hemos elegido es una guerra muy especial, una que no dijo su nombre durante mucho tiempo. De 1954 a 1962, y muchos años después del acuerdo final, la guerra de Independencia de Argelia se llamó en Francia la «guerra sin nombre». Los sucesivos Gobiernos franceses la definieron como una operación de seguridad y se esforzaron por mantenerla como un asunto estrictamente interno. Matthew Connelly, por el contrario, desveló con detalle hasta qué punto esa guerra fue el resultado y la fuente de múltiples entrelazamientos entre países, regiones y bandos políticos.[40] Ejemplo de ello son sus causas, que incluyen desafíos a la subordinación colonial procedentes de la movilización de energías en ultramar durante la guerra y las promesas de emancipación que las acompañaron —y no se cumplieron—. Connelly aborda también las numerosas partes que participaron directa o indirectamente en la guerra en sí, puesto que esta involucró a muchos otros protagonistas, además del Ejército francés y los combatientes argelinos, a través de la ayuda o presión económica, militar y propagandística: especialmente, a los Gobiernos de Túnez, Marruecos, Egipto, Estados Unidos y la China comunista, pero también a la Liga Árabe, la Cruz Roja y la Media Luna Roja. Connelly insiste, so-

39 Vojtěch Mastný, *Learning from the Enemy: NATO as a Model for the Warsaw Pact*, Zúrich, 2001.

40 Matthew J. Connelly, *A Diplomatic Revolution: Algeria's Fight for Independence and the Origins of the Post-Cold War Era*, Oxford, 2002.

bre todo, en la decisión muy temprana (1948) del Frente de Liberación Nacional de internacionalizar la lucha por la independencia. El objetivo era consolidar su causa con la de la unidad del norte de África, por un lado, y con la lucha general contra el colonialismo, por el otro. En plazas internacionales como las Naciones Unidas, la Unesco, la conferencia de Bandung de países no alineados o los congresos de organizaciones juveniles, y con la ayuda de conferencias de prensa, programas de radio y documentales de cine, la insurrección argelina se mostró ante los ojos del mundo. A pesar de sus intentos de mantener la cuestión argelina como un asunto nacional, las autoridades francesas acabaron contribuyendo a su internacionalización al lanzar una campaña de contrapropaganda en las mismas plazas y con las mismas herramientas, incluido el intento de vender el conflicto argelino como un choque de civilizaciones entre Europa y el mundo musulmán.

Después de la independencia en 1962, la guerra de Argelia no dejó de ser un foco de atención para numerosas actividades a través de las líneas nacionales. Para el derecho internacional, se convirtió en un elemento importante en la evaluación de procesos de autodeterminación. Para las relaciones internacionales, el Gobierno argelino se basó en el prestigio obtenido en la guerra para establecer y mantener su influencia, ya que apoyó y alimentó a los movimientos de liberación nacional en África y más allá.[41] Este papel de vanguardia del tercer mundo resultó todavía más atractivo cuando *Los condenados de la tierra* de Frantz Fanon se convirtió en un modelo de la literatura anticolonial. Fanon (1925-1961), que había sido portavoz del Gobierno provisional argelino y había sido enviado en misión especial al África subsahariana, contribuyó a establecer la guerra de Argelia como una importante referencia común para los enemigos del imperialismo. Se convirtió así en una de esas guerras que cautivó la imaginación de los nacionalistas anticoloniales en muchos lugares distintos de Asia o África, tras la guerra de Aceh de finales del siglo XIX y la victoria de Japón sobre Rusia en 1905.[42] También en ese frente, la guerra desencadenó enlaces, flujos y relaciones mucho después del fin de la batalla.

41 Byrne, «Our Own Special Brand of Socialism».
42 Aydin, *The Politics of Anti-Westernism in Asia*, especialmente cap. 4.

El territorio

Otro aspecto de la guerra es que a menudo cambia la afiliación nacional de los espacios. Después de una derrota o una victoria, extensiones de tierra, ciudades y regiones enteras se transfieren de un país a otro. Algunos efectos de esa traslación son muy relevantes para los historiadores transnacionales. Las reafiliaciones tienen profundos efectos en los territorios involucrados, porque renuevan los lazos, los flujos y las relaciones. Las reordenaciones territoriales de posguerra provocan un duradero irredentismo en el país cuyo territorio queda disminuido por el tratado, el exilio o retorno de los habitantes de las ciudades o regiones afectadas, y una carga de problemas sociales, políticos y legales en el país que gana nuevo territorio. Tales efectos han sido tanto más importantes cuanto que las guerras de los últimos doscientos años han afectado a países que se definían a sí mismos como Estados nación que se esforzaban por endurecer los derechos y deberes de sus ciudadanos y aumentar la uniformidad nacional de sus normas y reglas. Los historiadores han desentrañado tales formaciones.[43]

El caso de Alsacia y Lorena, una región que se movió entre Francia y Alemania en cuatro ocasiones entre 1871 y 1945, ejemplifica el modo en que ese tipo de territorios podrían convertirse en lugares entre países. Eso fue particularmente notorio entre 1918 y 1939, cuando Alsacia y Lorena disfrutó de un estatus especial dentro de la República francesa en términos de política y legislación laboral, religiosa, educativa y de bienestar. Ese estatus era una mezcla de la legislación francesa anterior a 1871 que las autoridades alemanas habían mantenido y de las normas introducidas en el marco del Imperio alemán entre 1871 y 1918. La región no solo ha conservado este cuerpo legislativo hasta hoy, incluso en asuntos menores como la regulación de la caza, sino que la legislación regional actuó como un estímulo y un desafío a las políticas públicas francesas durante el período de entreguerras.

Algunos territorios han surgido como lugares y resultados de entrelazamientos en circunstancias menos excepcionales. Se ha mencionado va-

---

43 Tibor Frank y Frank Hadler (eds.), *Disputed Territories and Shared Pasts: Overlapping National Histories in Modern Europe*, Nueva York, 2011.

rias veces en este libro que los propios países eran formaciones de ese tipo, un argumento que se ha reforzado gracias a la historiografía alemana o estadounidense reciente. Las ciudades son otro tipo de territorio que los historiadores han interpretado como una formación. Las ciudades son formaciones en el sentido de que han funcionado como estaciones de transporte, emporios comerciales, centros económicos, puertas de entrada y destinos para migrantes, capitales culturales o núcleos de actividades revolucionarias. Los historiadores han prestado atención a esos aspectos por separado; nos hemos encontrado con algunos de ellos en capítulos anteriores. Pero, cuidado, no solo las grandes ciudades, los grandes puertos y los pueblos fronterizos merecen ser interpretados como formaciones. Los barrios, las ciudades pequeñas, incluso las aldeas pueden ser formaciones por derecho propio. Por ser el lugar de retiro del anarquista Bakunin y sus seguidores, las pequeñas aldeas del Jura suizo funcionaron como focos de actividad política en la década de 1860.[44] En la misma época, las ciudades que crecieron con el *boom* del petróleo y la ozoquerita en la Galicia de los Cárpatos atrajeron mano de obra y capital de toda Europa.[45] Las ciudades industriales creadas por la deslocalización de la producción industrial europea y estadounidense desde mediados del siglo XIX eran formaciones cuya importancia no coincidía con su tamaño. Ese fue el caso de los numerosos saladeros* a lo largo del río Uruguay, especialmente el de Fray Bentos, con su gigante matadero, su fábrica de procesamiento y sus instalaciones de refrigeración. Entre finales de la década de 1860 y principios de la de 1970, a través de Fray Bentos llegaron a esa parte de Uruguay las tecnologías extranjeras, la fuerza laboral y los estilos de vida urbanos para producir extracto de carne Liebig, más conocido por los consumidores británicos como Oxo (pastillas de caldo).[46] La cadena de la carne británica tuvo su origen en Fray Bentos y similares ciudades ganaderas.

---

44 Marianne Enckell, *La Fédération jurassienne. Les origines de l'anarchisme en Suisse*, Lausana, 1971, y el número especial «L'anarchisme dans les montagnes», *Revue Neuchâteloise*, 55-56, 14, 1971.

45 Alison Fleig Frank, *Oil Empire: Visions of Prosperity in Austrian Galicia*, Cambridge, 2005.

* *N. del T.*: en español en el original.

46 René Boretto Ovalle, *Historiografía de la ciudad de Fray Bentos. Los antecedentes: fundación y desarrollo social, económico y cultural, 1857-1890*, Fray Bentos, 2000.

El interés en las ciudades, especialmente en las ciudades de tránsito y comercio, ha llevado a intentar reemplazarlas en el contexto de las regiones marítimas. En su *Nouvelle Géographie Universelle,* publicada entre 1875 y 1894, el anarquista y geógrafo Élisée Reclus destacó especialmente las ciudades portuarias del Mediterráneo: su lista de «ciudades cosmopolitas» incluía Tánger, Alejandría, Esmirna, Odesa, Salónica y muchas otras. A sus ojos, su complejidad social y sus vínculos con el mundo encarnaban la definición del Mediterráneo como un «espacio en movimiento».[47] Aunque Fernand Braudel —el «precursor» a quien más comúnmente aluden los historiadores que ahora abogan por una historia centrada en el mar— no menciona a Reclus, la definición de este encaja perfectamente con lo que viene haciendo la «nueva talasología».[48]

El alcance cronológico de esta tentativa de hacer de los mares y océanos un marco renovado de los *estudios de área* excede con mucho nuestro lapso de doscientos o doscientos cincuenta años, pero sus investigaciones están en sintonía con las expectativas de los historiadores transnacionales: tratan los cuerpos marinos, o algunas de sus rutas, subregiones o áreas de influencia, como formaciones en las que los actores, estructuras, ideas y prácticas se combinan a través de los canales comerciales, migratorios, políticos o religiosos. Aunque otros cuerpos marinos han recibido atención, el océano Índico ha sido el tema más candente para los historiadores que estudian los océanos como formaciones a lo largo de los últimos doscientos años. Se ha beneficiado del desarrollo de la «nueva historia imperial» del mundo británico, del interés en la historia de las conexiones, circulaciones y relaciones musulmanas y de la investigación de los avatares históricos de la globalización, de ahí que el océano Índico haya sido llamado la «cuna de la globalización» o la «primera economía global».[49] Como resultado, los flujos comerciales, culturales, religiosos e intelectua-

---

47 Véase Raffaele Cattedra, «Élisée Reclus et la Méditerranée», en Raffaele Cattedra et al., *Elisée Reclus – Paul Vidal de la Blache. Le géographe, la cité et le monde, hier et aujourd'hui*, París, 2009, pp. 69-112.

48 «AHR Forum: Oceans of History», *The American Historical Review,* 111, 3, 2006.

49 Para definiciones del océano Índico como una «cuna de la globalización», véase Markus Vink, «Indian Ocean Studies and the "New Thalassology"», *Journal of Global History,* 2, 1, 2007, p. 47, nota 23.

les que existieron entre la costa de África del Este, el golfo Pérsico, el litoral de la India y la península malaya se han estudiado de nuevo. Eso ha conducido a algo más que a los sospechosos habituales, como lo demuestra el interés de un historiador de las corrientes políticas, religiosas e intelectuales en la región, Mark Frost. Que preste atención al círculo de Rabindranath Tagore y su influencia en los literatos del océano Índico no es sorprendente, pero Frost también revela las mucho menos familiares actividades de los «agitadores y publicistas» del *revival* religioso budista en Sri Lanka, sus intentos de definir un nacionalismo multicultural y su capacidad de enlazar con la más amplia comunidad budista Theravāda en ambos lados del golfo de Bengala.[50]

Pero el formidable esfuerzo de los historiadores por estudiar los territorios regionales que emergen de las conexiones, circulaciones y relaciones no se agota en el estudio de las regiones marítimas. Las regiones que damos por descontadas en nuestra vida diaria también son objeto de cuestionamiento en cuanto a su delimitación, incluida Europa.[51] Asimismo, las regiones que los historiadores tienden a considerar vacías, como por ejemplo el desierto del Sáhara, se están redescubriendo como organizaciones densas en cuanto a sus flujos, vínculos e interacciones.[52] Además, del estudio de las interacciones, circulaciones y conexiones emergen algunas definiciones regionales. Un ejemplo reciente es el de Zomia, una región que no encontrará en su atlas mundial. Zomia se ha dado a conocer, sobre todo, gracias a un libro del antropólogo norteamericano James C. Scott, que identificó la región como uno de los últimos enclaves donde los pueblos todavía no habían caído totalmente bajo el control de los Estados nación.[53]

---

50 Compárese Frost, «"Wider Opportunities"», con Frost, «"That Great Ocean of Idealism"».

51 Philipp Ther, «Comparisons, Cultural Transfers and the Study of Networks: Toward a Transnational History of Europe», en Heinz-Gerhard Haupt y Jürgen Kocka (eds.), *Comparative and Transnational History: Central European Approaches and New Perspectives*, Nueva York, 2009, pp. 204-225.

52 Lydon, *On Trans-Saharan Trails;* Laurence Marfaing y Steffen Wippel (eds.), *Les Relations transsahariennes à l'époque contemporaine. Un espace en constante mutation*, París, 2004.

53 James C. Scott, *The Art of Not Being Governed: An Anarchist History of Upland Southeast Asia*, New Haven, 2009.

En efecto, cuando acuñó el término «Zomia» en 2002, el historiador Willem van Schendel quiso abrir una brecha en la geografía canónica de los estudios de área, toda vez que, a juicio de Schendel, las definiciones regionales de esta última eran contenedores cerrados tras cuya concepción latían las preocupaciones geopolíticas de la Guerra Fría y cuyo mantenimiento se debía más a un asunto de reproducción académica que de relevancia intelectual.[54] En su lugar, Schendel puso en primer plano una región de tierras altas —un macizo— que abarca numerosas áreas canónicas (el Sudeste Asiático, Asia del Sur, Asia Central y Asia del Este) y distintos países (desde la India hasta Vietnam y Tailandia a través de China). Esta región, argumentó, posee características comunes, como «afinidades lingüísticas [...], comunidades religiosas [...], rasgos culturales [...], antiguas redes comerciales y condiciones ecológicas».[55] Para darle nombre, Schendel eligió el atractivo vocablo Zomia, que deriva de la palabra *zomi,* un término que designa a los habitantes de las tierras altas en varias lenguas del macizo del Sudeste Asiático.

Si Scott se preocupa por los rasgos «anárquicos» de la región, otros investigadores interpretan esta región como una formación en el sentido de este capítulo. Un número especial del *Journal of Global History* reúne a geógrafos, antropólogos e historiadores en esa misma línea.[56] Los participantes describen Zomia como una formación producida por y productora de conexiones, circulaciones y relaciones. Dentro de nuestro marco cronológico de doscientos o doscientos cincuenta años, las rutas comerciales atravesaron esas tierras altas transportando lana, almizcle, té y muchos otros productos, y las empresas de caravanas de Yunnan evolucionaron hasta convertirse en vastos sistemas que unían la región con el mundo. Ese comercio no solo era lícito. La cultura y el comercio del opio desde mediados del siglo XIX, y más adelante el procesamiento de heroína, también estuvieron presentes. Por toda Zomia, los grupos étnicos que estaban divididos por el trazado de las fronteras imperiales y nacionales, como los tha-

54 Willem van Schendel, «Geographies of Knowing, Geographies of Ignorance: Jumping Scale in Southeast Asia», *Environment and Planning D: Society and Space,* 20, 6, 2002, pp. 647-668.

55 *Ib.,* pp. 654-655.

56 *Journal of Global History,* 5, 2, 2010.

mi, los va o los hmong, usaron dichas fronteras para refugiarse de las respectivas autoridades gubernamentales o generar ingresos aprovechando las migraciones estacionales y el comercio legal e ilegal.

Las migraciones han llevado a esos pueblos hasta las tierras bajas circundantes y otros lugares distantes de Asia y más allá, lo que ha creado una red de remesas culturales y económicas que convergen en Zomia. Y si los Estados de alrededor, las autoridades coloniales o los actores privados estaban ansiosos por penetrar en algunas de esas tierras altas en busca de sus materias primas (teca, plata u oro), introduciendo en ellas mano de obra y capital extranjeros, los proyectos mineros autónomos del pueblo va también incluyeron redadas en busca de esclavos en China hasta los años treinta. Desde el exterior se hicieron muchos intentos de integrar a los pueblos de esas regiones en las construcciones nacionales, los dominios religiosos, los itinerarios turísticos o los bloques geopolíticos. Así, la CIA contrató a los hmong de Laos durante los conflictos periféricos vinculados a la guerra de Vietnam, y más tarde fue el Gobierno tailandés quien lo hizo en su conflicto con el Gobierno laosiano. A la vista de todos esos entrelazamientos, los estudiosos de Zomia no pretenden que esta sea una región coherente. Hay discusiones acaloradas sobre sus límites y definición. Sin embargo, su virtualidad heurística es palmaria: pensar en Zomia resalta elementos que eran invisibles en el marco de los estudios de área o la historia nacional. Y demuestra que podemos dar forma a las unidades territoriales que investigamos de acuerdo con las cuestiones que queremos estudiar, en lugar de forzar las cuestiones para que encajen en los territorios existentes.

Conclusión

«Excava donde estés». Los historiadores que desean adoptar una perspectiva transnacional no necesitan grandes fuentes de financiación, tampoco trabajar en tierras remotas ni gestionar grandes equipos de colaboradores para llevar a cabo sus investigaciones. La historia transnacional puede versar sobre una persona, un barrio, un acontecimiento o un objeto de nuestro entorno cercano. El verdadero desafío es encontrar el modo de resituar esos elementos en las formaciones más amplias de las que forman parte. Ahí es donde son necesarios planes de investigación social e intelec-

ual originales, capaces de movilizar a una comunidad de académicos entre a través de historiografías nacionales. Como hemos visto con el anarquis-no o la electrificación, esos académicos pueden crear un lenguaje común, ncluyendo acuerdos y desacuerdos, discutir sobre marcos problemáticos, compartir información y fuentes y ayudarse mutuamente, aunque cada uno de ellos conserve ciertos intereses de investigación particulares. Aquí a mayor dificultad reside en organizar esa conversación, para que nunca se reduzca a una mera yuxtaposición de monografías territoriales. Este capí-ulo suscita otras cuestiones relativas a la forma en que investigamos y se-ñala algunos problemas metodológicos concretos. Este será el aspecto que examinemos más de cerca en el capítulo final.

6
SOBRE LA METODOLOGÍA

«Sigue siendo cierto que los historiadores mundiales dependen en gran medida de fuentes secundarias en lugar de basarse en su propia investigación primaria», escribe Patrick Manning en el capítulo «Methods and Materials» de su sinopsis sobre la *historia mundial*.[1] «En gran medida» nos recuerda correctamente que algunos historiadores mundiales sí se amparan en fuentes primarias, pero la concepción del proceso de investigación como uno de segundo grado es ampliamente compartida en el ámbito de la historia mundial y de otros intentos de escribir historia a «gran escala», como la *Big History* o la *historia global*.[2] Este tipo de afinidades ha alimentado el temor de que la adopción de un horizonte amplio implique un creciente alejamiento del material original. Bartolomé Yun Casalilla apunta al respecto que «la historia global conlleva un claro desplazamiento del laboratorio del historiador, desde el archivo a la biblioteca».[3] El éxito de un ensayo sintético como el de Christopher Bayly parece avalar este punto de vista.[4]

---

1 Patrick Manning, «Methods and Materials», en Marnie Hughes-Warrington (ed.), *Palgrave Advances in World Histories*, Basingstoke, 2005, p. 49.

2 Pamela Kyle Crossley, *What Is Global History?*, Cambridge, 2008, pp. 3-4.

3 Bartolomé Yun Casalilla, «"Localism", Global History and Transnational History. A Reflection from the Historian of Early Modern Europe», *Historisk Tidskrift*, 2007, 127, 4, p. 675.

4 C. A. Bayly, *The Birth of the Modern World, 1780-1914: Global Connections and Comparisons*, Malden, 2004.

Sin embargo, aquí voy a argumentar que los historiadores transnacionales no pueden alejar su laboratorio del material original, sea este archivístico o no. Pues es al abrirse paso a través del material original cuando ven cómo se constituyen circulaciones, relaciones y formaciones, y es al estar en posición de reorganizar los datos, recopilar evidencias documentales y reunir nuevo material cuando pueden reconstruir su funcionamiento e impacto. Recopilar datos y pruebas que otros han desenterrado y organizado desde una perspectiva ajena a las «grandes cuestiones» mencionadas en la introducción de este libro no es suficiente.

La historia transnacional no es un *collage* de muchas historias locales, regionales o nacionales distintas sobre uno u otro tema. Es una línea de investigación intensiva que participa resueltamente en la «modesta» aproximación que Frederick Cooper ofrece como alternativa a los metarrelatos de la literatura de la *globalización*, que no guardan relación alguna con la investigación o los materiales originales. «Mi argumento —escribe Cooper— está a favor de la precisión al especificar cómo se constituyen tales circuitos de mercancías, cómo se extienden y limitan las conexiones a través del espacio y cómo los procesos a gran escala y largo plazo, como el desarrollo capitalista, pueden analizarse prestando la debida atención a su poder, sus limitaciones y los mecanismos que les dan forma».[5] Una reconstrucción precisa de los vínculos y flujos específicos que han atravesado regiones, países, imperios y continentes, y de su funcionamiento y efectos, requiere fuentes primarias. Esto es lo que hace que la valoración de las opciones metodológicas sea un factor relevante. Este capítulo examina la postura, los métodos y los materiales que pueden ayudar a los historiadores transnacionales en su tarea empírica.

Estirar nuestra imaginación espacial

Los historiadores tendemos a trabajar dentro de un marco territorial: una ciudad, un país, etc. Ahí es donde reunimos nuestros datos, ahí es desde donde armamos nuestro argumento y de ahí es de lo que trata nuestra narrativa.

5 Frederick Cooper, «What Is the Concept of Globalization Good for? An African Historian's Perspective», *African Affairs*, 100, 399, 2001, pp. 189-213.

Tales territorios existen antes de nuestra investigación. Tendemos a darlos por sentados porque están encarnados en instituciones, en fuentes de archivo y en la organización misma de nuestra disciplina: somos historiadores de África, de Bristol, de Chile, del océano Índico. Por debajo de las particularidades de cada tema, de las nociones y métodos específicos utilizados por los historiadores que trabajan desde una perspectiva transnacional, subyace una preocupación común. Todos ellos se esfuerzan por resituar los lazos y flujos y por valorar los órdenes que presidieron su desarrollo y resultaron de él. Por consiguiente, la historia transnacional nos obliga a rastrear objetos, capital, normas, organizaciones, ideas, patrones y personas entre, a través y a lo largo de las categorías territoriales habituales de nuestra comprensión histórica. Si nos atenemos a nuestras unidades de comprensión canónicas —principalmente los países, pero también los continentes, océanos o áreas culturales—, no podemos tomar nota de lo que vive entre y a través de ellas. Dichos objetos, capital, organizaciones y similares se deslizan por debajo del radar y escapan a nuestra atención simplemente porque sobrepasan los límites de nuestra especialización territorial. Si queremos identificarlos, seguirlos y capturarlos, necesitamos tonificar nuestra imaginación espacial con algunos ejercicios.

El primero de estos ejercicios es un suave estiramiento horizontal y vertical. Aunque ni siquiera el movimiento horizontal, que parece más elemental, es tan fácil. La división del trabajo intelectual en la disciplina de la historia no solo está organizada por países, sino que además privilegia los «grandes países». ¿Cuántas cátedras de historia belga o laosiana hay fuera de Bélgica o Laos? Si ese número se acerca a cero, ¿realmente es porque la historia de Laos o de Bélgica no tiene nada que enseñarnos? Los historiadores tienden a especializarse en la historia de los grandes países, incluso cuando escriben historias regionales o comparan países. Una historia de la Europa contemporánea es, las más de las veces, una historia de los grandes países cuyo papel ha marcado supuestamente la historia de la región: Francia, Alemania, Gran Bretaña. Un toque de Italia, y últimamente de Europa del Este, ha sido durante mucho tiempo todo cuanto los más osados historiadores han ofrecido en términos de cobertura. Regiones enteras como Escandinavia, países pequeños como Suiza o los Países Bajos y zonas de «dudosa modernidad» como el sur de Europa se han borrado de lo que contaba como historia europea. Tienen un papel marginal y corren el riesgo de tenerlo también los historiadores que invierten tiempo y energía en investigar y publicar sobre ellos.

Aun así, si estamos convencidos de seguir a las personas, la imaginación o determinadas cosas, si queremos entender el orden que preside la dirección, la orientación y el impacto de todo cuanto circula, no podemos confinar nuestro trabajo dentro de los límites de los «grandes países». Si un historiador estudia el alcance de la Declaración de Independencia de los Estados Unidos de América, necesita seguirla allá donde vaya, sea Ghana o Venezuela, y no solo hasta el Japón de posguerra.[6] La historia de cómo la cultura legal estadounidense se utilizó en contextos extranjeros es cautivadora cuando se estudia en la Kenia de la década de los sesenta o en Europa tras la Segunda Guerra Mundial.[7] Asimismo, si uno trata de determinar la capacidad que los comerciantes de la provincia india de Sind (hoy en Pakistán) tenían de encontrar su sitio en los vastos sistemas comerciales de la región desde la década de 1870, no puede conformarse con buscar las sucursales de las empresas de Hyderabad en unas cuantas grandes ciudades comerciales de países importantes. Junto con Claude Markovits, tenemos que seguir a los *Sindworkies* —como se conocía a los ricos comerciantes y mercaderes hindúes de la región— en Mequinez (Marruecos), Tenerife (Canarias), Panamá, Kingston (Jamaica), Mellieħa (Malta) o Freetown (Sierra Leona).[8]

Ahora bien, si un movimiento lateral en dirección hacia los «países pequeños» es imprescindible, apenas es un calentamiento. También necesitamos ajustar nuestra tensión vertical. En su versión de la *historia mundial,* Arif Dirlik sugiere que «el desafío radical de la historia transnacional radica en la unión de lo supranacional y lo subnacional (o intranacional)».[9] Algunos historiadores han ido más allá de esa unión. Consideran que la pregnancia de la nación, en cuanto que concepto originado en el mundo del Atlántico Norte, no les permite recobrar la densidad y profundidad de las circulaciones, conexiones y relaciones en aquellas regiones donde el Estado

---

6 David Armitage, *Las declaraciones de independencia. Una historia global,* Madrid, 2012.

7 Mary L. Dudziak, *Exporting American Dreams: Thurgood Marshall's African Journey,* Oxford, 2008; Antonin Cohen, «Constitutionalism without Constitution: Transnational Elites between Political Mobilization and Legal Expertise in the Making of a Constitution for Europe (1940s-1960s)», *Law & Social Inquiry,* 32. 1, 2007, pp. 109-135.

8 Markovits, *The Global World of Indian Merchants,* en especial cap. 3.

9 Dirlik, «Performing the World».

nación fue impuesto por la colonización (Asia y África). Para rescatar la historia de la nación y definir su enfoque, apuestan por la *«translocalidad»*.[10]

En los capítulos anteriores, hemos tratado de trabajar con y a través de la nación, pero también por encima y por debajo de ella. No ha sido una tarea difícil, pues muchos historiadores transnacionales están en la misma longitud de onda. En *Drawing the Global Colour Line*, los autores contextualizan los entrelazamientos entre las políticas raciales de Transvaal y Natal (Sudáfrica), la Columbia Británica, Victoria (Australia) y California sin subsumir esos contextos regionales en contenedores nacionales. Sobre el mismo tema, Carl Nightingale ha mostrado que el intercambio y la aplicación de las versiones espaciales de esas visiones del mundo, esto es, la segregación residencial racial, también se producen al nivel de las políticas urbanas.[11] Las unidades significativas de observación para la historia transnacional pueden ser un vecindario o algunas aldeas tanto como una gran costa oceánica.

Pasemos ahora a una serie de ejercicios más exigentes. Trabajamos en el marco de una concepción de las sociedades, comunidades políticas y actividades humanas y de los factores no humanos organizada en niveles que van desde lo local a lo global, pasando por lo nacional, y donde cada uno de ellos encaja en el siguiente formando una estructura piramidal. Es lo que los geógrafos han llamado «lógica escalar», en la que a las escalas espaciales se les atribuyen unos rasgos y capacidades sociales y culturales fijos: del barrio a la ciudad, de la ciudad a la región, de la región a la nación, de la nación al continente, del continente al planeta. Desde esta perspectiva, los actores y procesos operan en un nivel tras otro y el cambio de escala se corresponde con un cambio en la intensidad, calidad y cantidad de su actividad.

A la inversa, la historia transnacional muestra que tales actores y procesos están presentes y operan simultáneamente en diferentes niveles y escalas, como se percibe cuando uno sigue a los migrantes y sus rasgos y actividades característicos en los ámbitos del comercio, la inversión, la política o la identidad.[12] Dicha historia subraya que los actores crean es-

---

10 Freitag y von Oppen (eds.), *Translocality*.
11 Nightingale, «The Transnational Contexts of American Urban Segregation».
12 Gregor Benton y Edmund Terence Gomez, *The Chinese in Britain, 1800-Present: Economy, Transnationalism, Identity*, Basingstoke, 2008.

calas y juegan con ellas tanto como están limitados por su existencia. También contradice la visión asentada del desarrollo gradual sistemático *de* un nivel *a* otro. Estudiar la organización de las comunidades científicas desmiente la visión sistemática de que lo «nacional» da forma a lo «internacional», o viceversa: algunas disciplinas han echado a andar en congresos internacionales sin haber tenido antes ninguna visibilidad nacional; otras han resultado de la unión de componentes nacionales, pero han sido redefinidas a través del diálogo entre las diversas versiones nacionales de las disciplinas.[13] Las grandes organizaciones «filantrópicas», como la Fundación Rockefeller, no «ampliaron» sus horizontes de lo local al bienestar de la humanidad: Rockefeller inició sus programas simultáneamente en Estados Unidos y en el extranjero. En general, el estudio detallado de una formación territorial concreta muestra hasta qué punto sus características «locales» están empapadas en influencias que provienen de otras «escalas»: lo que se considera «local» puede tener impacto mucho más allá de un lugar concreto o ser resultado de la combinación de elementos que han transitado a través de muchos otros lugares antes de ser «localizados» en uno. Los procesos de vernacularización y universalización a menudo se combinan entre sí. Generalmente, los hallazgos que surgen de la perspectiva transnacional nos obligan a atravesar lo que estamos acostumbrados a considerar escalas anidadas. Priman la idea de relación sobre la de jerarquía como la característica clave de los vínculos entre los niveles.

Por último, los historiadores transnacionales sacan provecho de considerar el espacio no solo como una extensión bien definida y acotada, sino también como multidimensional, discontinua y transitoria. Eso puede ser exigente, pero vale la pena el esfuerzo porque nos permite capturar actores, proyectos y patrones que, de otro modo, volarían por debajo del radar histórico. La historia transnacional implica ajustar el espacio de nuestra investigación a las preguntas que planteamos en lugar de apretujar nuestras preguntas en contenedores nacionales.[14]

---

13 Babes y Kaeser (eds.), *Archaeologists without Boundaries;* Johan Heilbron, Nicolas Guilhot y Laurent Jeanpierre, «Towards a Transnational History of the Social Sciences», *Journal of the History of Behavioral Sciences*, 44, 2, 2008, pp. 146-160.

14 De la Guardia y Pan-Montojo, «Reflexiones sobre una Historia Transnacional».

El historiador francés Marc Bloch fue un paso más allá cuando urgió a los historiadores a definir el espacio de investigación más apropiado partiendo del fenómeno que observaban en lugar de basarse en «esos viejos marcos de referencia que utilizamos como encuadre de los problemas y que, en nuestros días, ya están totalmente pasados de moda, además de resultar erróneos».[15] Más arriba se ha sugerido que los viejos marcos de referencia, especialmente los nacionales, no deben descartarse expeditivamente, puesto que han dado forma a muchos aspectos de la historia contemporánea. A pesar de ello, aquellos de nosotros que deseamos seguir flujos y establecer vínculos tenemos que estar atentos a otros tipos de espacialidad al margen del tipo de espacialidad continua, territorial y duradera a la que estamos acostumbrados. Si la historiadora turca Selçuk Esenbel se hubiera ceñido a las naciones, las civilizaciones o las típicas regiones de los *estudios de área*, o a la contraposición entre Occidente y Japón que ha marcado la percepción de las relaciones del Japón posterior a 1858 con el mundo exterior, no se habría sentido atraída por el estudio de las conexiones japonesas con actores panislamistas ubicados en la Rusia tártara, Turquía, Egipto, la India y China.[16] La contribución de esas conexiones a la definición del nacionalismo japonés y las políticas imperiales habría resultado invisible para ella. Si Benedict Anderson hubiera decidido amoldar su investigación a las unidades bien definidas y acotadas de Asia del Sur o el Imperio español, no habría podido reconstruir los recursos intelectuales y materiales que Mariano Ponce, José Rizal e Isabelo de los Reyes aprovecharon en su tentativa de desafiar la dominación española en Filipinas.[17] Si se hubiera limitado a examinar «marcos de referencia», viejos o nuevos, su comprensión de sus actividades se habría visto privada de «italianos en Argentina, Nueva Jersey, Francia y el territorio vasco original; portorriqueños y cubanos en Haití, Estados Unidos, Francia y Filipinas; españoles en Cuba, Francia, Brasil y Filipinas; rusos en París [...]; chinos en Filipinas y Japón [...] y así sucesivamente».[18]

---

15 Marc Bloch, *Historia e historiadores*, Madrid, 1999, p. 150.

16 Selçuk Esenbel, «Japan's Global Claim to Asia and the World of Islam: Transnational Nationalism and World Power, 1900-1945», *The American Historical Review*, 109, 4, 2004, pp. 1140-1170.

17 Anderson, *Bajo tres banderas*.

18 *Ib.*, p. 10.

Siguiendo su estela, los historiadores transnacionales pueden tener en mente la idea de situar su investigación en el marco de distintos tipos de espacio, que no siempre encajarán con los territorios políticos, físicos o culturales ya delimitados. Estos espacios *ad hoc* que construimos a partir de nuestra investigación pueden estar claramente demarcados, como los puntos, líneas y áreas que dibujamos cuando recorremos el movimiento de las cosas o las personas: hay incluso una geografía de la producción, el procesamiento y el consumo de petróleo; hay lugares dispersos y definidos de migrantes procedentes de un pueblo, región o país determinados. Pero, definitivamente, otros espacios *ad hoc* son difusos, se superponen y no pueden reducirse a una extensión específica; por ejemplo, las «zonas de pensamiento» definidas por las conversaciones en torno a una causa o una noción, como la cultura impresa anticolonial del océano Índico o la idea de cosmopolitismo.[19] Además de discontinuos, la mayoría de las veces tales espacios son transitorios. La fiebre por el intercambio transfronterizo de productos e información que se apodera de las transacciones en las ferias mundiales, las ferias de arte o los festivales de cine solo dura unos pocos días o un par de meses. El centro de gravedad de la formación anarquista estuvo en el sur y el centro de Europa a mediados del siglo XIX, mientras que las ciudades latinoamericanas fueron centros importantes cuando estalló la Primera Guerra Mundial. Nuevamente, deberíamos estar preparados para cambiar la atención y la lealtad espacial cuando sea necesario.

Inspiraciones metodológicas

En función de su trayectoria intelectual, cosmovisión política, ubicación geográfica o afiliación subdisciplinar, los historiadores pueden recurrir a varias fuentes de inspiración para desarrollar su sentido de la espacialidad. Los historiadores de los imperios encuentran inspiración en el trabajo de los antropólogos.[20] Muchos investigadores de la historia de la migración mexicana a Estados Unidos se abrieron camino gracias a la concepción de Gloria Anzaldúa de las tierras fronterizas como un espacio

19 Bose y Manjapra (eds.), *Cosmopolitan Thought Zones*, pp. 112-130.

20 Akhil Gupta y James Ferguson, «Beyond "Culture": Space, Identity, and the Politics of Difference», *Cultural Anthropology*, 7, 1, 1992, pp. 6-23.

autónomo que se extendía mucho más allá de las estrictas regiones geográficas fronterizas.[21] Los «zomianistas» como Willem van Schendel o Jean Michaud se apoyan en las reflexiones del sociólogo francés Henri Lefebvre sobre la producción del espacio.[22]

Otros encontraron inspiración en la noción de rizoma, un término procedente del mundo vegetal: el rizoma es un tallo horizontal y múltiple con características bastante diferentes a las de una raíz lineal y vertical en cuanto a la propagación, resistencia y filiación de una planta. El rizoma es un motivo central en *Mil mesetas* de Gilles Deleuze y Félix Guattari, donde se utiliza como metáfora para comprender la multiplicidad.[23] Pensar en los lazos, flujos e interacciones en esos términos abre un espacio para la discontinuidad, las rupturas, las nuevas salidas y los orígenes múltiples, mientras que el paradigma de la raíz conduce a la búsqueda del origen, la filiación y la génesis. Los autores que comparten la perspectiva rizomática pueden hacer las cosas más comprensibles, especialmente cuando escriben ficción o poesía como Édouard Glissant, quien ha conectado con la metáfora del rizoma algunos de sus desarrollos sobre la criollización, la transversalidad y el intercambio conflictivo de ideas en sus novelas o ensayos.[24] El científico social Bruno Latour también partió de la idea de rizoma para hacer tambalear la distinción binaria entre lo local y lo global. Latour presta atención a lo que llama objetos y tecnologías «no humanos», que tienen la capacidad de estar simultáneamente aquí y allá por su naturaleza o su reproductibilidad (el ferrocarril o la máquina). Con esos objetos y tecnologías no humanos, sugiere Latour, accedemos a una nueva topografía donde lugares distintos permanecen unidos entre sí por medio de conexiones. Como resultado, argumenta, no existe una línea clara entre lo local y lo global, lo particular y lo general, lo concreto y lo universal. Y, añade, no deberíamos estar obsesionados por asignar personas, hechos y procesos a

---

21 Gloria Anzaldúa, *Borderlands/La Frontera. La nueva mestiza*, Madrid, 2016 (ed. orig. americana, 1987).

22 Henri Lefebvre, *La producción del espacio*, Madrid, 2013 (ed. orig. francesa, 1974).

23 Gilles Deleuze y Félix Guattari, *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*, Valencia, 2010 (ed. orig. francesa, 1980).

24 Édouard Glissant, *Poética de la relación*, Bernal, 2017 (ed. orig. francesa, 1990); Édouard Glissant, *Tratado del Todo-Mundo*, Barcelona, 2006 (ed. orig. francesa, 1997).

un lado de esa línea divisoria: lo más importante puede ser lo que está en medio.[25]

Con todo, no es necesario profundizar en la teoría francesa o las complejidades de la *teoría del actor-red* de Latour para ejercitar nuestro sentido de la espacialidad. Mi propia idiosincrasia, como historiador formado en Francia bajo el doble amparo de la historia y la geografía, me conecta con dos tipos de inspiración heurística y sugerencias prácticas. Por un lado, el geógrafo estadounidense John Agnew nos invita a reinventar la geopolítica. Agnew señala la «trampa territorial», una manera de pensar que nos induce a hablar del Estado nación moderno como un espacio netamente delimitado, concebir los asuntos interiores y exteriores como ámbitos completamente distintos y considerar que el territorio de un país equivale a los límites de una sociedad.[26] Agnew también insiste en que las escalas y los territorios fueron producidos en y por la historia, y que la visión estadocéntrica de la soberanía y la organización social es una concepción reciente y singular de la territorialidad.[27]

Por otro lado, también podemos recurrir a los geógrafos británicos que intentaron sacudirse la visión del mundo como escalas jerarquizadas que domina nuestra percepción como académicos y ciudadanos. Tendemos a ver lo local, lo regional, lo nacional y lo global como muñecas rusas.[28] Este «razonamiento escalar», dicen, asigna cualidades y papeles preestablecidos a cada uno de esos niveles y establece una jerarquía entre ellos. Eso nos impide ver cómo los individuos y los colectivos existen y operan simultáneamente en dichos niveles y cómo activan la existencia de estos a través de su práctica (en lugar de estar simplemente sujetos a ellos). Los mismos geógrafos han insistido también en la necesidad de completar nuestro sentido topográfico de la espacialidad con una dimensión topológica, en la que el discurso y la imaginación crean proximidad tanto como la situación estrictamente espacial.[29]

---

25 Bruno Latour, *Nunca fuimos modernos. Ensayo de antropología simétrica*, Buenos Aires, 2007 (ed. orig. francesa, 1991).

26 John Agnew, «The Territorial Trap: The Geographical Assumptions of International Relations Theory», *Review of International Political Economy*, 1, 1, 1994, pp. 53-80.

27 John Agnew, *Globalization and Sovereignty*, Lanham, 2009.

28 Ash Amin, «Spatialities of Globalization», *Environment and Planning A: Economy and Space*, 34, 3, 2002, pp. 385-399.

29 John Allen, *Lost Geographies of Power*, Oxford, 2003.

Al escribir sobre conexiones, circulaciones, relaciones y formaciones, la topografía debe complementarse con la topología. El trabajo del sociólogo francés Henri Lefebvre, quien exhortó a los científicos sociales a considerar la «producción del espacio», es una base fundamental en ambos casos.[30]

Los sociólogos y antropólogos que han investigado y escrito acerca de la globalización durante los últimos veinticinco años han adoptado alguna de estas perspectivas, porque eso los ha ayudado a explorar dimensiones invisibles a causa del hechizo conjunto de las escalas anidadas y la trampa territorial. La socióloga Saskia Sassen ofrece una ilustración de ese cambio en la imaginación espacial: partió de la idea de estudiar la interacción de «lo global» y «lo local» como entidades separadas, pero luego se desplazó hacia una posición en la que cuestionó la idea de escalas anidadas y, en su lugar, se concentró en la forma en que las escalas se hacen y deshacen, enfatizando que lo que llamamos «local» está repleto de elementos de origen «global» y viceversa.[31] Los historiadores que trabajan en aquello que reside entre y a través de las entidades políticas y comunidades no son ajenos a esas ideas. Ya en 1999, Richard White llamó la atención de los historiadores transnacionales sobre la cuestión de la espacialidad, pero hasta hace poco los historiadores no habían puesto estos temas en primer plano.[32] Y, como se ha señalado anteriormente, al hacerlo, los historiadores transnacionales tienen un desafío adicional que afrontar: no pueden deshacerse de las categorías territoriales habituales, aunque solo sea porque las regiones, los continentes, las ciudades o los países son *categorías de los actores*. No solo las han utilizado los historiadores, sino también los actores y agentes de la historia, y ese uso ha generado situaciones, papeles, valores, institucio-

30 Lefebvre, *La producción del espacio*.

31 Compárese *La ciudad global*, Buenos Aires, 1999, con *Una sociología de la globalización*, Buenos Aires, 2007.

32 Richard White, «The Nationalization of Nature», *The Journal of American History*, 86, 3, 1999, pp. 976-986; Matthias Middell y Katja Naumann, «Global History and the Spatial Turn: From the Impact of Area Studies to the Study of Critical Junctures of Globalization», *Journal of Global History*, 5, 1, 2010, pp. 149-170, y Michael G. Müller y Cornelius Torp, «Conceptualising Transnational Spaces in History», *European Review of History: Revue européenne d'histoire*, 16, 5, 2009, pp. 609-617.

nes y comportamientos que son parte integrante de los procesos históricos que estudian. En consecuencia, adoptar una imaginación espacial relucientemente nueva no es suficiente: tenemos que idear métodos para escapar de la trampa territorial y, a la vez, dar cuenta de la existencia y la actuación de los territorios.

Ecumenismo metodológico y posiciones metodológicas

Cuando hacen historia transnacional, los historiadores usan sus pulidas habilidades. La mayoría de ellos se esfuerza por combinar una gran cantidad de material impreso y de archivo.[33] Otros recurren a las historias orales para trabajar sobre las décadas más recientes.[34] Quienes trabajan en equipo reúnen grandes bases de datos para identificar patrones y oleadas en grandes fracciones de tiempo y espacio.[35] Las imágenes son las fuentes principales de las innovadoras «narrativas visuales» y de los ensayos concebidos por los participantes en el proyecto digital *Visualizing Cultures*, cuyo fin es tratar la percepción y la representación gráfica de los encuentros entre japoneses y occidentales en los siglos XIX y XX.[36]

Existe una amplia gama de estrategias narrativas. Algunos parten de unas pocas personas, como Benedict Anderson en *Bajo tres banderas*, y reconstruyen sus mundos. Algunos eligen unos pocos temas significativos en una esfera nacional e investigan cómo fueron permeados por referencias y experimentos extranjeros, como Daniel Rodgers en *Atlantic Crossings*. Los historiadores transnacionales pueden organizar sus tramas en torno a un texto, una idea o una mercancía. También pueden centrarse en una franja

---

33 Jonathan Gantt, *Irish Terrorism in the Atlantic Community, 1865-1920*, Basingstoke, 2010.

34 A. James Hammerton y Alistair Thomson, *«Ten Pound Poms»: Australia's Invisible Migrants*, Mánchester, 2005.

35 La World Labor Group Database incluye 91 487 menciones de malestar laboral en 168 países entre 1870 y 1996 y ha sido utilizada, entre otros, por la socióloga histórica Beverly J. Silver en *Fuerzas de trabajo. Los movimientos obreros y la globalización desde 1870*, Madrid, 2005.

36 <https://visualizingcultures.mit.edu/home/vls_menu.html> (consultada en enero de 2020).

de tierra[37] o un movimiento social.[38] Y el dispositivo biográfico es el que hace posible que Kris Manjapra muestre la importancia del «pensador intersticial» e intelectual marxista indio M. N. Roy, cuya actividad y pensamiento se desarrollaron a través de la India, México, Alemania, China y la Unión Soviética, y en torno a una serie de compromisos, desde el nacionalismo anticolonial *Swadeshi* hasta la revolución mundial, las ciencias sociales alemanas y el «humanismo de reconciliación».[39]

Por debajo de semejante variedad, laten algunas sorprendentes semejanzas. El énfasis constante en el contenido, densidad y profundidad de las circulaciones, conexiones, relaciones y formaciones es elocuente y reconecta la historia transnacional con los debates metodológicos de las ciencias sociales que intentan observar y explicar la convergencia o divergencia de patrones en diferentes unidades (países, culturas, grupos sociales...).

El debate entre función y difusión es uno de los más importantes. Surgió ya en 1889 en Londres, cuando el Royal Anthropological Institute discutió las leyes matrimoniales y los patrones de descendencia. En sus comentarios a un artículo que explicaba las convergencias entre esos dos fenómenos entre unos trescientos pueblos, argumentando que su relación funcional era similar en todos ellos, Francis Galton sugirió que la similitud podría ser resultado de la observación, la imitación y la adaptación entre esas diferentes sociedades.[40] Los antropólogos lo han llamado el «problema de Galton» y, desde entonces, han ideado una serie de técnicas estadísticas para tratar de separar la función de la difusión.

El otro gran debate es entre sistema y relación, propio de la sociología histórica mundial. Para los maestros de esa disciplina, como Charles Tilly, Immanuel Wallerstein o John Meyer, existen procesos sistemáticos que han impulsado el cambio social en los últimos dos siglos (principalmente, la

37 Samuel Truett, *Fugitive Landscapes: The Forgotten History of the U.S.-Mexico Borderlands*, New Haven, 2006.

38 Martin Klimke, *The Other Alliance: Student Protest in West Germany and the United States in the Global Sixties*, Princeton, 2010.

39 Manjapra, *M. N. Roy*.

40 Edward B. Tylor, «On a Method of Investigating the Development of Institutions; Applied to Laws of Marriage and Descent», *The Journal of the Anthropological Institute of Great Britain and Ireland*, 18, 1889, pp. 245-272.

formación conjunta del sistema de Estados nación y el sistema capitalista mundial). A sus ojos, es el todo —el sistema— el que gobierna las partes: las sociedades locales, los países o los imperios. Para abonar esta tesis, los sociólogos históricos mundiales utilizan la «comparación incluyente» y consideran que las similitudes y diferencias entre las unidades —en su mayoría países, pero también imperios— son el resultado de su inclusión en el sistema. Philip McMichael, en cambio, aboga por la «comparación incorporada», en la que son las relaciones entre las partes (países e imperios) las que revelan y realizan el todo.[41] Meyer sitúa la relación y la interacción como factores clave, en tanto que Tilly o Wallerstein consideran que la restricción sistémica es la principal impulsora del cambio histórico.

Los historiadores transnacionales trabajan en las fallas de esos dos debates. Podemos partir de circulaciones y conexiones para ver qué relaciones crean y si generan formaciones de algún tipo. Al hacerlo, no postulamos un marco general o sistema que dicte el contenido, el papel y el lugar de cada flujo, cada vínculo y sus protagonistas. Buscamos orden en el espacio de los flujos, pero no leemos esos flujos a partir de un supuesto orden previo. Ese es el quid de la aproximación de Frederick Cooper: especificar la extensión espacial y cronológica, el contenido, el impacto de las circulaciones y las conexiones en lugar de partir de un sistema general (para Cooper, la «globalización») como si este fuera ubicuo e irresistible y careciera de precedentes. Debido a su énfasis empírico, esta «modesta aproximación» tiene consecuencias metodológicas.

Por un lado, los historiadores transnacionales necesitan adoptar lo que el sociólogo John Urry llama *métodos móviles* para seguir a las personas, cosas o imaginaciones en circulación.[42] Por otro lado, son conscientes de la importancia de resituar esos elementos móviles en su contexto específico, so pena de perder la posibilidad de evaluar la capacidad que tienen las personas, ideas o capitales en movimiento de afectar a las organizaciones sociales o económicas existentes.

---

41 Philip McMichael, «Incorporating Comparison within a World-Historical Perspective: An Alternative Comparative Method», *American Sociological Review*, 55, 3, 1990, pp. 385-397.

42 Monica Büscher, John Urry y Katian Witchger (eds.), *Mobile Methods*, Londres, 2011.

Los antropólogos han afrontado problemas similares. En los noventa, su intento de comprender las «cuestiones globales» avivó una dura crítica del «trabajo de campo», al que se acusó de ceñir la investigación en la camisa de fuerza de un territorio limitado y, por tanto, de encarcelar las culturas en celdas. Fueron los años en que James Clifford destacó que el «viaje» era tan necesario como el «asentamiento» en cuanto que estrategia de investigación para la etnografía urbana y George Marcus instó a «seguir a las personas» y «seguir los objetos».[43] La «etnografía multisituada» se convirtió en un grito de guerra y fue elogiada por su capacidad de capturar y registrar un mundo en movimiento. De algún modo, el vaivén enloqueció, como señaló Anna Tsing, y generó una tendencia a olvidarse de todo aquello que no estaba en movimiento y adoptar una visión del cambio histórico que contraponía un mundo pasado, estático y limitado a los horizontes locales a un mundo dinámico reciente y futuro de flujos globales.[44]

Debido a que la historia transnacional trata de lo que las circulaciones hacen a las unidades territoriales demarcadas y lo que estas hacen a aquellas, los historiadores tenemos mucho que ganar si adoptamos una estrategia de investigación multisituada. Esta abre la posibilidad de trabajar con materiales que documentan la contribución y posición concretas de los diversos participantes en las conexiones, circulaciones, relaciones y formaciones. Pero también tenemos que hacer justicia a los diversos sitios de nuestra estrategia multisituada y respetar su particularidad. El entrenamiento en espacialidad propuesto más arriba ofrece alguna solución a este respecto, puesto que evita que opongamos lo local y lo global como escalas separadas: cada sitio y cada nivel son relevantes y es la relación entre ellos lo que constituye el todo. El otro antídoto es la resituación: una continua y apremiante preocupación por contextualizar nuestro estudio de las conexiones y circulaciones en lugares, momentos, acontecimientos y proyectos

43 James Clifford, «Travelling Cultures», en Lawrence Grossberg, Cary Nelson y Paula Treichler (eds.), *Cultural Studies*, Nueva York, 1992, pp. 96-116, y George E. Marcus, «Ethnography in/of the World System: The Emergence of Multi-Sited Ethnography», *Annual Review of Anthropology*, 24, 1995, pp. 95-117.

44 Anna Tsing, «The Global Situation», *Cultural Anthropology*, 15, 3, 2000, pp. 327-360.

concretos.[45] Necesitamos rastrear y movernos, pero también necesitamos capturar y cavar. Tres herramientas de distinta naturaleza pueden ayudarnos a rastrear, cavar, decidir dónde cavar cuando rastreamos y a contarles a los demás lo que hacemos; de ahí su lugar especial en nuestra caja de herramientas.

En la caja de herramientas de la historia nacional

En primer lugar, los mapas. El sociólogo John Urry y sus colegas de la «movilidad» sitúan la creación de mapas a la cabeza de los métodos móviles que nos instan a adoptar si queremos entender el mundo de los flujos. Parece un valioso consejo para cuando tratamos de capturar su dimensión topográfica.[46] Aunque existen obvias excepciones, los mapas no son frecuentes en los libros de historia, incluso en países donde la disciplina de la historia ha estado tradicionalmente asociada a la geografía en términos de aprendizaje y enseñanza. Y, cuando aparecen, lo hacen principalmente como instrumentos auxiliares encargados de la misión menor de localizar o ilustrar el argumento. Los libros citados recurrentemente en este volumen no desmienten esta impresión. Benedict Anderson solo ofrece dos mapas, ninguno de los cuales añade algo a su argumento, mientras que Isabel Hofmeyr no los utiliza en absoluto para analizar las trayectorias de *The Pilgrim's Progress.*

Aun así, podemos recurrir al trabajo de otro historiador de la literatura, Franco Moretti, para ver cómo los mapas pueden ser una herramienta interpretativa. «"Ubicar" un fenómeno literario en su espacio propio —cartografiarlo— no es, en efecto, la conclusión del trabajo geográfico, sino solo el principio [...]. Es ahí donde empieza la parte más bella [...] del asunto: mirar el mapa y *razonar sobre él*».[47] Y, en efecto, Moretti piensa en los mapas que dibuja, ya que le permiten rastrear personajes de ficción, libros famosos y géneros enteros. Los mapas le ayudan a descubrir el papel del espacio en

45 Raj, *Relocating Modern Science*, e Yves Cohen, «Circulatory Localities: The Example of Stalinism in the 1930s», *Kritika: Explorations in Russian and Eurasian History*, 11, 1, 2010, pp. 11-45.

46 Jonas Larsen, John Urry y Kay Axhausen, *Mobilities, Networks, Geographies*, Londres, 2006.

47 Moretti, *Atlas de la novela europea*, p. 10.

la literatura, como en las novelas de Jane Austen donde los seres queridos están varados en algún rincón del Imperio británico, una ubicación periférica que simboliza a la vez la distancia máxima y la centralidad de Inglaterra en las tramas de Austen (capítulo 1). Los mapas dan también a Moretti la oportunidad de considerar la literatura en el espacio e identificar el orden que da forma a los flujos de traducción del siglo XIX: los mapas desentrañan el proceso de centralización intranacional de la publicación de novelas extranjeras, el desarrollo de un paisaje europeo de lectores donde distintos géneros de literatura extranjera solo están presentes en áreas geográficas concretas y la supremacía de las novelas en inglés y francés que las olas de traducción convierten en los cánones europeos que los autores y editores emularán durante décadas (capítulo 3). Por supuesto, los mapas de Moretti están acompañados por tablas, cuadrículas y gráficos. Todos esos derivados de la historia cuantitativa participan en su aparato explicativo.

Los historiadores transnacionales podrían aprovecharse del poder visual de los mapas para enmarcar el proceso analítico y narrativo en lugar de solo apoyarlo. Es bastante difícil, y a veces confuso para el lector, contar una historia que sigue una mercancía o una idea, a un individuo o conjunto de individuos a través de lugares, continentes e idiomas. La narración de esa trayectoria mediante un argumento lineal, organizado en párrafos y páginas, es muy exigente. Los mapas pueden ayudarnos a producir y comprender la narrativa. No en vano, durante mucho tiempo han sido utilizados para representar las interdependencias y entrelazamientos entre países y regiones: así lo hicieron Otto Neurath y Paul Otlet en la década de los treinta en sus atlas,[48] y, desde que Michael Kidron y Ronald Segal publicaron *The State of the World Atlas* en 1981, el atlas ha sido un vehículo privilegiado para las interpretaciones de la globalización.[49] Se ha recordado a los historiadores que los mapas pueden ser un medio eficaz de composición y narración, como lo indican publicaciones recientes de atlas que ponen los mapas en el centro del argumento en lugar de en sus márgenes.[50]

---

48 Otto Neurath, *Gesellschaft und Wirtschaft*, Leipzig, 1930.

49 Michael Kidron y Ronald Segal, *The State of the World Atlas*, Londres, 1981.

50 Pierre-Yves Beaurepaire y Silvia Marzagalli, *Atlas de la Révolution française. Un basculement mondial, 1776-1815*, París, 2016, y Sergio Luzzatto y Gabriele Pedullà, *Atlante della letteratura italiana*, Turín, 2010-2012, 3 vols.

Además, la creación de mapas es ahora mucho más fácil que antes. Por un lado, la cuestión difícil del «mapa de flujos», que pretende visualizar las trayectorias de los flujos entre el origen y el destino, ahora puede abordarse mediante aplicaciones informáticas especializadas como Tableau, Flowmap o Flowstrates.[51] Y, para aquellos que no quieran abrir la caja negra de ese *software*, hay numerosos paquetes en línea «listos para usar» que permiten escribir en el mapa, insertar contenido multimedia en él y liberar su poder interpretativo y narrativo. Eso parece ser de gran ayuda al tratar con conexiones, circulaciones, formaciones e interacciones; el pan de cada día de la historia transnacional. Los historiadores pueden usar Google Maps y Google Earth como elementos básicos para geolocalizar datos históricos, que luego pueden completarse en plataformas de acceso abierto como GeoTWAIN o HyperCities, dos herramientas que han sido desarrolladas por historiadores y científicos sociales.[52] Esta última permite hacer análisis y argumentaciones «geotemporales» y combina la cartografía con capas de análisis escrito y material original (material de archivo, estadísticas, extractos de audio y vídeo). Otra plataforma digital disponible gratuitamente para uso académico y sin fines de lucro es VisualEyes, donde se pueden entrelazar mapas con imágenes, gráficos, vídeos y datos, y donde se pueden disponer movimientos, trayectorias y ubicaciones en una línea de tiempo.[53]

Hasta ahora, estos recursos han sido utilizados principalmente por estudiantes en proyectos de clase o para proporcionar un avatar digital para imprimir publicaciones.[54] Un logro reciente señala el camino para

---

51 <http://flowmap.geo.uu.nl/> (consultada en enero de 2020), e Ilya Boyandin *et al.*, «Flowstrates: An Approach for Visual Exploration of Temporal Origin-Destination Data», *Computer Graphics Forum*, 30, 3, 2011, pp. 971-980.

52 GeoTWAIN fue creado por un equipo del clúster de excelencia «Asia and Europe in a Global Context» de la Universidad de Heidelberg. Para más información, véase <http://hgis.club/geotwain> (consultada en enero de 2020). HyperCities fue desarrollado en colaboración por la Universidad de California en Los Ángeles y la Universidad del Sur de California. Véase <https://www.hypercities.com/> (consultada en enero de 2020).

53 VisualEyes es un proyecto del Virginia Center for Digital History de la Universidad de Virginia. Véase <http://www.viseyes.org/visualeyes/> (consultada en enero de 2020).

54 Número especial de *Urban History* sobre el «Transnational Urbanism in the Americas», 36, 2, 2009: <https://www.cambridge.org/core/journals/urban-history/issue/0006AEA7DF7BCDB9B61555913FC9C5E4#> (consultada en enero de 2020).

ampliar ese uso. En 2012, Simon Burrows y sus colegas pusieron a disposición del público una base de datos masiva sobre el comercio de libros en la Europa de finales del siglo XVIII. La base de datos es una mina en sí misma: permite identificar, contar y cartografiar a un autor o libro en concreto que fuera publicado o comercializado por la Société Typographique de Neuchâtel. Pero su uso de la base de datos es todavía más sugerente: su combinación de mapas, datos e investigación de archivo les permite proponer una nueva comprensión «del comercio del libro francés y, se atreven a soñar, de la Ilustración».[55] Es hora de que los historiadores transnacionales, en su búsqueda de los mejores instrumentos para analizar y transmitir la historia de los entrelazamientos, hagan suyas las herramientas de las humanidades digitales.

Si se acepta «excavar» como metáfora de la necesidad de integrar la historia transnacional en contextos, momentos y lugares específicos, ¿qué mejor sugerencia metodológica que la *arqueología histórica*? Aunque se refiere a situaciones de la Edad Moderna, Martin Hall argumenta que la arqueología histórica, en su preocupación por las «pequeñas cosas olvidadas» (James Deetz), es especialmente capaz de explicar cómo esas pequeñas cosas circulaban en las redes del colonialismo.[56] Esta capacidad de documentar la cultura material y resituar los objetos circulantes en contextos concretos a menudo pasa desapercibida a los historiadores, que todavía tienden a ver la arqueología histórica como una hermana distante y desvalida de la disciplina reina de la historia. Pero los arqueólogos históricos saben aprovechar ágilmente las fuentes documentales y orales para interpretar sus excavaciones. No podemos permitirnos el lujo de no aprender de sus logros. Nos hablan, por ejemplo, de la vida de comunidades inmigrantes concretas en ciudades o entornos diaspóricos más amplios y nos brindan

55 Simon Burrows *et al.* (eds.), *The French Book Trade in Enlightenment Europe, 1769-1794. Mapping the Trade of the Société typographique de Neuchâtel*, Leeds, 2012, <http://fbtee.uws.edu.au/main/> (consultada en enero de 2020), y Simon Burrows y Mark Curran, «How Swiss was the Société typographique de Neuchâtel? A Digital Case of Study of French Book Trade Networks», *Journal of Digital Humanities*, 1, 3, 2012, <http://journalofdigitalhumanities.org/1-3/how-swiss-was-the-stn-by-simon-burrows-and-mark-curran/> (consultada en enero de 2020).

56 Martin Hall, *Archaeology of the Modern World: Colonial Transcripts in South Africa and Chesapeake*, Londres, 2000.

un terreno firme para considerar la hibridación o la criollización en la cultura material.[57]

La arqueología histórica tiene el poder de excavar los lazos entre un sitio determinado y el mundo en general: en Denver, las investigaciones sobre el hotel Tremont House ofrecen pistas sobre la penetración de bienes extranjeros en la frontera estadounidense,[58] mientras que, en San Francisco, los restos de embarcaciones oceánicas convertidas en almacenes amarrados y flotantes documentan el papel de la ciudad en el sistema de comercio marítimo oceánico.[59] Los arqueólogos también se han adentrado en importantes momentos, acontecimientos y lugares de entrelazamientos. Las excavaciones arqueológicas ayudan a los estudiosos de la diáspora africana a dirimir la naturaleza compuesta de la religión y la cultura material de los africanos esclavizados en Norteamérica;[60] un volumen de la serie *Studies in Contemporary and Historical Archaeology* incluye el lanzamiento del Sputnik, la invención de la televisión o el primer mensaje transatlántico inalámbrico de Marconi.[61] Siempre que las fuentes de los historiadores van «más allá de las palabras», cosa que ocurre cuando se adopta una perspectiva transnacional, la arqueología es una carta con la que contar.

Sin embargo, uno debe tener una idea de dónde excavar para aumentar las posibilidades de un retorno fructífero. ¿Hay alguna pista más allá de la intuición, el talento y la perspicacia de la investigación existente que pueda ayudar a los historiadores a decidir dónde concentrar sus indagaciones cuando tratan de hallar orden en el espacio de los flujos? El análisis de redes sociales ofrece una. Podemos utilizar ese sólido método para estudiar

---

57 Roberta S. Greenwood, *Down by the Station: Los Angeles Chinatown, 1880-1933*, Los Ángeles, 1996; Christopher C. Fennel (ed.), *Perspectives from Historical Archaeology: African Diaspora Archaeology*, Columbus, 2008, y Timothy Clack (ed.), *Material Hybridity: Archaeologies of Contact*, Oxford, en prensa.

58 Sarah M. Nelson *et al.* (eds.), *Denver: An Archaeological History*, Boulder, 2008, en especial cap. 5.

59 James P. Delgado, *Gold Rush Port: The Maritime Archaeology of San Francisco's Waterfront*, Berkeley, 2009.

60 Véase Theresa A. Singleton, «African Diaspora Archaeology in Dialogue», en Kevin A. Yelvington (ed.), *Afro-Atlantic Dialogues: Anthropology in the Diaspora*, Santa Fe, 2006, pp. 249-287.

61 John Schofield (ed.), *Defining Moments: Dramatic Archaeologies of the Twentieth-Century*, Oxford, 2009.

los lazos entre un conjunto de actores (como individuos, organizaciones, lugares y entidades políticas). Esos vínculos pueden consistir en correspondencia, transacciones comerciales y empresariales, parentesco, citas textuales o afiliación a una organización de algún tipo. La topología sustituye a la topografía, ya que son las relaciones sociales o inmateriales, y no simplemente los caminos espaciales, las que se vuelven visibles gracias a ese método. El análisis de redes es una herramienta cuantitativa y presenta una expresión matemática de la organización de esos vínculos, que se denominan «enlaces», y de la «red» resultante, que está formada por los enlaces entre los elementos, llamados «nodos». Para establecer enlaces, reconstruir la red y analizar su organización, se necesitan datos. Esos datos serán, por ejemplo, listas de miembros de juntas empresariales, si el objetivo es apreciar el grado de solapamiento entre las juntas de diferentes firmas.[62] Si una persona está en la junta directiva de varias empresas, eso establece un enlace entre ellas.

Son ese tipo de datos los que se introducen en el *software* que puede ejecutarse en los ordenadores personales (UCINET y PAJEK están entre los más utilizados). Ese *software* analiza la arquitectura general de los enlaces y los presenta en forma de tablas, matrices y gráficos. Este último es el tipo de resultado más visual: combina un conjunto de puntos con un conjunto de líneas que conectan pares de puntos. Los dibujos de redes se utilizan tanto para descubrir nuevas formas de comprender las estructuras de redes como para comunicar esas formas a otros.[63] El análisis de redes sociales permite identificar los centros de una red, dibujar los contornos de los vínculos tejidos por un individuo determinado, mostrar con qué frecuencia comunidades diferentes están conectadas de acuerdo con distintas variables, ubicar los conjuntos de elementos que están vinculados más frecuentemente entre sí que con otros elementos e iluminar los intermediarios entre esos conjuntos. Es posible medir la estructura en una red personal, pero la mayoría de los análisis de datos de la red personal «resu-

62 Meindert Fennema, *International Networks of Banks and Industry*, La Haya, 1982.

63 Linton Freeman, «Visualising Social Networks», *Journal of Social Structure*, 1, 1, 2000, <https://www.cmu.edu/joss/content/articles/volume1/Freeman.html> (consultada en enero de 2020).

men la composición de la red como un conjunto de variables» o atributos sociales.[64]

Los sociólogos han utilizado el análisis de redes sociales para estudiar los enlaces entre los movimientos sociales;[65] los historiadores lo han hecho para estudiar entornos sociales y grupos étnicos, «ego redes» (los enlaces de personas individuales), parentescos o migraciones,[66] principalmente dentro de los límites de un país o una ciudad. El número de historiadores que ha utilizado el análisis de redes para respaldar su trabajo sobre las conexiones, circulaciones, relaciones y formaciones entre y a través de entidades políticas y sociedades todavía es pequeño.[67] Los historiadores económicos son de los pocos que lo han hecho con provecho para entender el orden y el movimiento en los flujos de bienes o capital.[68] Como con cualquier método, las ventajas y los límites del análisis de redes sociales son objeto de discusión entre sus usuarios: hay debates sobre la capacidad del método para caracterizar la intensidad de los enlaces más allá de su mera existencia o número o sobre la conveniencia de usar la precedencia cronológica de un enlace para inferir su importancia relativa. La suposición fundamental del análisis de redes sociales, a saber, que las diferencias estructurales mostradas por el análisis están correlacionadas con las diferencias sustantivas en las relaciones reales entre las unidades, no se da por sentada.

Aun así, el uso del análisis de redes sociales para estudiar las conexiones intelectuales y literarias a través de las fronteras señala dos importantes

---

64 C. McCarty *et al.*, «A Comparison of Social Network Mapping and Personal Network Visualization», *Field Methods*, 19, 2, 2007, pp. 145-162.

65 Naomi Rosenthal *et al.*, «Social Movements and Network Analysis: A Case Study of Nineteenth-Century Women's Reform in New York State», *American Journal of Sociology*, 90, 5, 1985, pp. 1022-1054.

66 Charles Wetherell, «Historical Social Network Analysis», *International Review of Social History*, 43, S6, 1998 pp. 125-144.

67 Véase, por ejemplo, Roland Wenzlhuemer, «The Dematerialization of Telecommunication: Communication Centres and Peripheries in Europe and the World, 1850-1920», *Journal of Global History*, 2, 3, 2007, pp. 345-372.

68 David A. Smith y Douglas R. White, «Structure and Dynamics of the Global Economy: Network Analysis of International Trade, 1965-1980», *Social Forces*, 70, 4, 1992, pp. 857-893, y Marc Flandreau y Clemens Jobst, «The Ties that Divide: a Network Analysis of the International Monetary System, 1890-1910», *The Journal of Economic History*, 65, 4, 2005, pp. 977-1007.

razones por las que los historiadores transnacionales deben tenerlo en cuenta. Los historiadores de la traducción lo utilizan para detectar enlaces a través de las líneas de diferencias nacionales y lo encuentran especialmente útil cuando se trata de personas o revistas que no pertenecen a los círculos más visibles de la vida literaria. En el trabajo de Anthony Pym sobre los enlaces entre «pequeñas revistas» en Francia y Alemania,[69] el análisis de redes sociales muestra que los lugares relevantes para entender los vínculos literarios son las ciudades, más que los países, y destaca el papel de las revistas y traductores belgas, suizos y holandeses como protagonistas de un «espacio intercultural» que hizo posible y duradera la interacción francoalemana. También llama la atención sobre las citas cruzadas entre revistas, el papel desempeñado por la traducción mutua (entre autores o publicaciones), las relaciones de intercambio y oposición entre dos revistas y, por último, la importancia de los enlaces internacionales para las publicaciones de vanguardia que no podían confiar solo en los autores y lectores nacionales mayoritarios.

El estudio de los círculos literarios también señala la capacidad heurística del análisis de redes. A propósito de su investigación sobre las carreras literarias en la Bélgica de finales del siglo XIX, Christophe Verbruggen insiste en que el análisis de redes sociales despeja el camino para futuros trabajos.[70] A él lo ayuda a captar la estructura de las revistas literarias belgas y sus autores en su relación con las revistas francesas: conjuntos de autores y revistas conectados por lazos mutuos («subgrupos cohesivos» dentro de las redes), revistas con una gran cantidad de enlaces a otras («centralidad»), bloques de revistas con similares enlaces con terceros (lo que el análisis de redes llama «modelado de bloques»). Así, el análisis de redes sociales identifica, en relación con su papel dentro de la red, a autores «significativos» cuya carrera debe ser reconstruida, o revistas o grupos de revistas «importantes» que reclaman más investigación. Verbruggen, junto con otros his-

69 Anthony Pym, «Cross-Cultural Networking: Translators in the French-German Network of *Petites Revues* at the End of the Nineteenth Century», *Meta*, 52, 4, 2007, pp. 744-762.

70 Christophe Verbruggen, «Literary Strategy during Flanders's Golden Decades (1880-1914): Combining Social Network Analysis and Prosopography», en Katharine Keats-Rohan (ed.), *Prosopography: Approaches and Applications. A Handbook*, Oxford, 2007, pp. 579-599.

toriadores que utilizan el análisis de redes sociales, concluye que este no proporciona una explicación, pero nos hace más conscientes de lo que debería explicarse. «La investigación empírica profunda basada en documentos personales como memorias, cartas y diarios —escribe— es imprescindible para una visión más profunda de la génesis de las estructuras de red».[71] Esto es atractivo para los historiadores transnacionales que prosperan en la investigación empírica, pero buscan pistas sobre dónde aplicar exactamente sus energías empíricas dentro de la amplia gama de posibilidades y fuentes con la que trabajan.

Fuentes: invención, destrucción creativa, reciclaje

Cualquiera que sea la estrategia narrativa, cualquiera que sea el método, los historiadores dependen en última instancia del material y las fuentes para construir su interpretación. ¿Dónde está el material original que los historiadores transnacionales necesitan para responder a sus preguntas y estimular su curiosidad e imaginación? No hay fuentes obvias o específicas para ellos: incluso los archivos que han acumulado una gran cantidad de datos y documentos sobre los entrelazamientos del mundo son el resultado de elecciones o sesgos concretos, y ninguna colección singular basta para contar historias completamente acabadas. La literatura existente sugiere algunos patrones de creación de fuentes que se repiten en la investigación reciente. Presentaremos tres de ellos.

El primero consiste en sacar a escena nuevos materiales o un nuevo tipo de material. El material oral cumple claramente con ese papel, como las docenas de entrevistas que ha realizado Ghislaine Lydon con excaravaneros y otros protagonistas del comercio transahariano[72] o las que ha reunido Martin Klimke para su estudio sobre los vínculos entre los estudiantes rebeldes en Alemania y Estados Unidos.[73] La oralidad, igual que cuando se usaba para escuchar la «voz de los débiles» en contextos nacionales o regionales concretos, es ciertamente un recurso fundamental para captar la actividad de aquellos que trabajaron entre y a través de las preocupaciones

71 *Ib.*, p. 599.
72 Lydon, *On Trans-Saharan Trails.*
73 Klimke, *The Other Alliance.*

y unidades nacionales que han enmarcado la producción y conservación de registros escritos.

La producción de nuevo material también consiste en dar una nueva importancia al material previamente soslayado. Es lo que ha hecho la misma Lydon con varios archivos familiares y registros comerciales diseminados a lo largo de las paradas de las rutas comerciales de África occidental. Y eso vale también para los pequeños folletos, periódicos y revistas alrededor del océano Índico que imprimieron extractos unos de otros a principios del siglo XX.[74] Contribuyeron a crear una opinión pública del Índico, pero durante mucho tiempo transitaron por debajo del radar de los historiadores. De hecho, un material que se considere trivial, anodino o irrelevante desde una perspectiva nacional puede convertirse en una fuente de primera clase cuando se lee bajo otro prisma. La *Lloyd's List*, publicada diariamente desde 1837 para documentar la situación de los barcos en los diversos puertos del mundo, es utilizada ahora por los historiadores de la comunicación para inferir el tiempo que tardaba la información en alcanzar la sede de la compañía inglesa de seguros en Londres.[75]

Cuando intentaron cartografiar la geografía monetaria de finales del siglo XIX para comprender los vínculos asimétricos del ajuste externo que afectaban a la balanza comercial, la deuda, el nivel de los precios y las tasas de interés, Marc Flandreau y Clemens Jobst buscaron un modo agrupar países y monedas nacionales como base para examinar la interdependencia financiera y la interconexión.[76] Por falta de datos, no pudieron calcular las propiedades agregadas de bancos y agentes financieros. En consecuencia, optaron por utilizar los boletines de «curso de cambio», siguiendo la hipótesis de que la cuota de un mercado financiero en los boletines de otro mercado financiero era una pista sólida de que había una demanda y unos suministros suficientemente grandes para garantizar la publicación de los precios. Esas cuotas son, como dicen ellos mismos, «un representante de la liquidez».[77] Los

74 Hofmeyr, «Gandhi's Printing Press».

75 Roland Wenzlhuemer (ed.), «Global Communication. Telecommunication and Global Flows of Information in the Late 19th and Early 20th Century», número especial de *Historical Social Research*, 35, 1, 2010.

76 Flandreau y Jobst, «The Ties that Divide».

77 *Ib.*, p. 7.

boletines de curso de cambio, esas listas trilladas que utilizaban los actores financieros de la época, se convirtieron así en el recurso fundamental del análisis de redes de los dos historiadores económicos.

En este último caso, la invención de las fuentes casi llevó a otro proceso: la «destrucción creativa». Flandreau y Jobst reflexionaron sobre el caso de países con diferentes centros de cambio de divisas. Como ellos dicen:

> Una posibilidad habría sido identificar centros antes que países. Sin embargo, esto no era factible, ya que muchos listados agregaban los mercados regionales extranjeros: en lugar de citar, por ejemplo, «Amberes» y/o «Bruselas», informaban de «centros belgas» (probablemente, debido a los acuerdos de compensación a nivel nacional que hicieron que los centros regionales se sustituyeran unos a otros ante los comerciantes extranjeros).[78]

La reagrupación de datos, que les habría permitido estudiar centros regionales concretos en lugar de países, finalmente fue imposible debido a la previa agregación nacional de los datos. Por «destrucción creativa», pues, me refiero a un proceso similar de desmantelamiento y recomposición del material existente. El caso de los datos cuantitativos es especialmente relevante aquí. Aunque no siempre y no solo han sido recopilados por las entidades políticas nacionales, los datos y categorías estadísticos acabaron confluyendo en las unidades nacionales a la hora de cuantificar la producción, la riqueza o la población. Cuando esas cantidades se trasladan a través de las fronteras nacionales, generalmente se cuantifican como movimientos entre unidades nacionales tomadas como conjuntos monolíticos. Los historiadores económicos lo consideran una molestia cuando intentan comprender los aspectos económicos regionales o establecer comparaciones interregionales. Al revisar el contenido y los factores de la divergencia económica entre Europa y Asia, Kenneth Pomeranz hace suya la sugerencia de su colega californiano Roy Bin Wong de que las unidades apropiadas de comparación no son tanto los países o regiones continentales como «Europa» y «Asia» o «Gran Bretaña» y «China», sino las entidades regionales como el sur de los Países Bajos, el norte de Inglaterra, partes de la provincia de Jiangsu o de Guyarat.[79] Sin embargo, los historiadores económicos aún

78 *Ib.*, p. 11.

79 Kenneth Pomeranz, *The Great Divergence: China, Europe, and the Making of the Modern World Economy*, Princeton, 2000, pp. 7 y ss.

no han intentado desmantelar los datos económicos nacionales y recomponerlos de forma distinta. La confianza en los datos agregados a nivel nacional es uno de los fundamentos del *nacionalismo metodológico.*[80]

Asimismo, la dificultad de eludir ese tipo de datos ha sido un obstáculo para los historiadores de las migraciones que querían rastrear a los migrantes a lo largo de su recorrido y no solo entre dos países. Pero han tratado de sortearlo. Walt Kamphoefner y Donna Gabaccia crean un «enlace de registro transatlántico» entre el censo de manuscritos de Estados Unidos y las listas de poblaciones comparables de los países europeos con el fin de resituar a los migrantes en contextos subnacionales.[81] Otros partieron de los pueblos en lugar de hacerlo de los países para mostrar la textura y durabilidad de las migraciones en cadena, o empezaron por los puertos de salida y las listas de pasajeros en lugar de hacerlo por los datos nacionales. Así pues, es posible captar patrones como las migraciones de retorno, invisibles cuando se manejan datos nacionales, o comparar las migraciones asiáticas con las migraciones transatlánticas europeas.[82] Al buscar material distinto de las estadísticas producidas cuando «ven como un Estado», los historiadores también acceden a las astutas formas ideadas por los participantes en el sistema migratorio para escapar de la mirada del poder del Estado y, por tanto, de sus estadísticas. En su investigación sobre la migración tamil hacia la Malasia británica entre finales del siglo XIX y finales del XX, Sunil Amrith muestra cómo los agentes de reclutamiento de trabajadores y migrantes tenían la capacidad creativa de jugar con las «distinciones entre inmigrantes e indígenas, colonos y residentes temporales», y cómo usaron la proximidad de las Colonias del Estrecho y el puerto francés de Karaikal para eludir el control británico.[83]

Sea para mejorar nuestra capacidad de rastrear elementos que van de un país a otro, sea para identificar formaciones que abarcan diferentes paí-

---

80 Wimmer y Glick-Schiller, «Methodological Nationalism», p. 306.

81 Robert P. Swierenga, *Faith and Family: Dutch Immigration and Settlement in the United States, 1820-1920*, Nueva York, 2000.

82 Adam McKeown, «Chinese Emigration in Global Context, 1850-1940», *Journal of Global History*, 1, 5, 2010, pp. 107 y ss.

83 Sunil Amrith, «Indians Overseas? Governing Tamil Migration to Malaya, 1870-1941», *Past and Present*, 208, 1, 2010, pp. 231-261.

ses, o sea para localizar a individuos que sabían cómo escurrirse por los intersticios de los dominios nacionales o imperiales, los historiadores con una perspectiva transnacional pueden hacer mucho más para modificar los datos agregados a escala nacional para sus propios fines.

El tercer patrón de creación de fuentes resultará más familiar a los historiadores. Cada reorientación de la investigación histórica ha inspirado nuevas miradas sobre los materiales ya conocidos. Ese es el caso de la perspectiva transnacional. Un ejemplo revelador es la reactivación del interés por los archivos de las organizaciones internacionales. El historiador estadounidense Matthew Connelly —como otros visitantes asiduos a esos lugares— recuerda los días solitarios que pasó en los archivos de organizaciones intergubernamentales y no gubernamentales.[84] De hecho, hace unos veinte años, era bastante infrecuente encontrar a muchos lectores en las salas de lectura de los archivos de la Sociedad de Naciones en Ginebra, hasta el punto de que podrían haberse llegado a organizar talleres en esas salas. Hoy día, el lugar está repleto de estudiantes de doctorado y académicos y puede ser difícil conseguir una plaza con poca antelación. Si el estudio de las organizaciones internacionales provocó un «gran bostezo» entre los historiadores en los años setenta y ochenta, hoy las cosas han cambiado. Estas organizaciones ya no son el coto privado de los historiadores de las relaciones internacionales.

La Sociedad de Naciones, cuyo papel historiográfico consistía en ser el chivo expiatorio de la incapacidad de las democracias liberales para evitar la Segunda Guerra Mundial, ahora está atrayendo a historiadores interesados en ella como escenario, protagonista y motor principal de asuntos relacionados con el transporte, la salud, la estandarización, la migración o la energía.[85] Se detecta un interés similar por muchas de las agencias de la generación de Versalles y San Francisco, que incluso empieza a extenderse a los diversos sindicatos y oficinas internacionales creados en el último tercio del siglo XIX. La historia de la Organización Internacional del Trabajo (OIT), que había languidecido largo tiempo, se ha estudiado de nuevo más allá de la historia del sindicalismo o la legislación laboral que llamó la atención en

84 «AHR Conversation: On Transnational History», p. 1453.

85 Susan Pedersen, «Back to the League of Nations», *The American Historical Review*, 112, 4, 2007, pp. 1091-1117.

épocas anteriores. El trabajo empírico basado en los archivos de la OIT y en otras partes demuestra que la existencia y el funcionamiento de las organizaciones intergubernamentales han brindado oportunidades para la reunión de comunidades reformistas (grupos de mujeres o grupos anticoloniales moderados), han creado espacios para planificar iniciativas y han servido como plataforma para las demandas de los pueblos indígenas y de las nacionalidades aspirantes a convertirse en Estados.[86] Del mismo modo, la historia de las organizaciones internacionales no gubernamentales ha entrado en una fase de investigación intensiva.

Porque actuaron como conectores; porque transportaron proyectos para crear o amenazar relaciones transfronterizas; porque pusieron en movimiento a personas, valores, ideas y nociones; porque crearon una esfera de acción y comunidades de actores que abarcaron países, las organizaciones internacionales y sus archivos atraen hoy la atención de los historiadores de una manera sin precedentes. Ya se estudie la gobernanza transnacional, las migraciones, los problemas de salud, los desafíos medioambientales, las infraestructuras de comunicaciones, los movimientos sociales o la movilización política desde una perspectiva transnacional, los archivos de las organizaciones internacionales pueden aportar elementos de respuesta. Aunque solo sea porque a menudo actuaron como un agujero negro, atrayendo información y el interés de una increíble gama de actores y temas, sus archivos y bibliotecas son vetas ricas para los historiadores transnacionales.

Conclusión

La colección de herramientas necesarias es ciertamente generosa: los historiadores transnacionales tienen que hallar orden, pero dar cuenta de la movilidad; tienen que integrar una concepción distinta de la espacialidad, pero situar su búsqueda de movimientos en contextos concretos; pueden

86 Jasmien Van Daele, Magaly Rodríguez García y Geert van Goethem (eds.), *ILO Histories: Essays on the International Labour Organization and its Impact on the World during the Twentieth Century*, Berna, 2010; Frank Schipper, *Driving Europe: Building Europe on Roads in the Twentieth Century*, Ámsterdam, 2008, y Luis Rodríguez-Piñero, *Indigenous Peoples, Postcolonialism, and International Law. The ILO Regime (1919-1989)*, Oxford, 2006.

usar un amplio abanico de métodos cuantitativos o cualitativos, y pueden inventar nuevas fuentes tanto como reorganizar o revisar las existentes. Pero eso es lo que hace que el proyecto de la historia transnacional sea rico y variado, y premie la curiosidad, la imaginación y la investigación.

Cualidades estas muy necesarias, puesto que a menudo —aunque no siempre— los historiadores transnacionales tienen que lidiar con problemas cruciales que surgen cuando uno se ve obligado a trabajar entre y a través de líneas de diferencias: para describir una circulación, uno debe capturarla en los diferentes lugares que conecta; para estudiar una relación, uno debe tener en cuenta el punto de vista de las distintas partes implicadas. Una consecuencia obvia de tales necesidades es la adopción de la investigación multisituada, dado que la evidencia documental se encuentra con frecuencia fragmentada. Pero aún hay más: la historia transnacional es un incentivo para desarrollar prácticas basadas en la búsqueda de fuentes simétricas. Aunque podría ser justo tratar solo con las fuentes que conciernen a una parte de una relación si la atención de uno se centra exclusivamente en esa parte, la historia podría tomar un cariz diferente si se incorporara el material al que dan forma las herramientas, actitudes y visiones del mundo de las diferentes partes involucradas. No es solo una cuestión de dar a todos su justa parte, o de dar voz a los dominados y los vencidos. Tampoco se trata de captar correctamente los hechos al comparar diferentes puntos de vista. Lo que está en juego es la capacidad de apreciar las expectativas de los protagonistas, su comportamiento y los resultados de lo que ocurre a través de las líneas de diferencias. Y nos acercaremos más a ese objetivo si nuestro material de investigación proviene de ambos lados de tales líneas. En un intento de buscar este tipo de fuentes simétricas, Sanjay Subrahmanyam señaló que la mayoría de los historiadores estaría de acuerdo con la iniciativa en principio, pero afirmaría que cosa distinta era llevarla a cabo.[87] Esta es una de las fronteras de la historia transnacional, pero no la única.

87 Subrahmanyam, «On Indian Views of the Portuguese in Asia, 1500-1700», en Subrahmanyam, *Explorations*, vol. 1, pp. 17-44.

CONCLUSIÓN

«Este libro se propone señalar el fin de la historia estadounidense tal como la conocemos».[1] Esta es la atrevida suposición con la que Thomas Bender empieza *A Nation among Nations,* un libro que trata, en primer lugar, las conexiones e interdependencias que se tejieron y destejieron entre Estados Unidos y el resto del mundo, y localiza, en segundo lugar, la presencia de lo exterior en el interior de la historia estadounidense, así como la proyección de la América interior hacia el mundo exterior. Bender trabaja así en dos de los tres frentes que hemos llamado las «grandes cuestiones» a las que deben atender los historiadores que asumen una perspectiva transnacional. El autor insiste en que adoptar semejante perspectiva marcará una gran diferencia en el modo en que se escribe e imagina la historia estadounidense. La británica Patricia Clavin defiende valores similares en un artículo reciente donde examina el potencial de la historia global, transnacional e internacional para remodelar la historia europea. La historiadora escribe: «Desenterrar conexiones y redes —comoquiera que se definan— en el seno y a través de las fronteras de Europa, determinar dónde se rompen o extinguen, reorientará nuestra comprensión no solo de la historia europea, sino también del mundo contemporáneo».[2]

---

1 Bender, *A Nation among Nations,* p. 3.

2 Patricia Clavin, «Time, Manner, Place: Writing Modern European History in Global, Transnational and International Contexts», *European History Quarterly,* 40, 4, 2010, pp. 624-640.

¿El cielo es el límite, entonces? ¿Está la historia transnacional destinada a renovar la forma como los historiadores imaginan, investigan, escriben, enseñan y venden la historia? ¿Debe proponerse abiertamente como la nueva mejor forma de hacer historia? A lo largo de este libro, se ha adoptado una postura más tímida: se ha argumentado que escribir historia con una perspectiva transnacional no es ni más ni menos que una lente adicional para los anteojos del historiador. Va bien para algunas observaciones, pero es ineficaz e incluso engañosa para otras. En consonancia con tal postura, esta conclusión empezará revisando las formas en que la historia transnacional puede aportar valor añadido a ciertas dimensiones del conocimiento histórico. En el artículo mencionado más arriba, Clavin identifica tres dimensiones donde la historia transnacional y sus hermanas están en condiciones de otorgar valor añadido a nuestra comprensión de la historia europea, sobre todo del siglo XX: tiempo, manera y lugar. Aunque mi ámbito es más amplio, seguiré estas tres dimensiones esenciales para profundizar en sus afirmaciones. Ahora bien, lo que está por venir no son solo grandes y excitantes expectativas, sino también limitaciones y dificultades. Algunas de ellas se analizarán en segundo lugar.

Tiempo, manera y lugar

En primer término, Patricia Clavin se pregunta si la historia transnacional puede ejercer presión sobre la organización cronológica de la historia (periodización, acontecimientos significativos, parteaguas, puntos de inflexión). Concluye que, «en el mejor de los casos, [los historiadores] han hecho mella en contenedores históricos como la primera y la segunda guerras mundiales». Aun así, la producción académica que hemos repasado está desarrollando paulatinamente sus propios anclajes cronológicos. Estos tienen que ver con el establecimiento y la disrupción de las circulaciones, la longevidad de las conexiones, la cambiante eficacia de las relaciones o la durabilidad de las formaciones. Y estos no siempre coinciden con nuestras referencias habituales.

Tómese como ejemplo la Guerra Fría. Erez Manela muestra que el programa de erradicación de la viruela, una empresa conjunta entre las agencias gubernamentales soviética y estadounidense, nació y se desarrolló en un momento de creciente tensión entre las superpotencias; de ahí con-

cluye que escribir la historia del control de enfermedades dentro de la historia de la Guerra Fría requiere algunos ajustes en la narrativa de esta última, lo cual afecta directamente a la periodización de la época.[3] La mella de Per Högselius en la historia de la Guerra Fría deriva de su estudio del transporte y el comercio de gas natural desde la URSS hasta Europa occidental. No es solo que Austria, Italia, partes de Alemania Occidental (Baviera) y Grecia dependieran básica o exclusivamente del gas natural soviético gracias a acuerdos firmados mientras el Telón de Acero y la OTAN parecían dominar la política internacional, sino que los episodios de paroxismo durante el período no impactaron necesariamente en la provisión de energía. Solo dos semanas después de que las fuerzas del Pacto de Varsovia invadieran Checoslovaquia, el gas empezó a fluir hacia Austria, en virtud de un acuerdo firmado entre la compañía estatal austriaca de petróleo y gas OMV y el Ministerio de Comercio Exterior soviético en junio de 1968.[4] En un volumen reciente que escruta los entrelazamientos de la Guerra Fría desde el punto de vista de la tecnología, diversos autores identifican temporalidades *ad hoc* del período, basadas en problemas regionales o estrategias de construcción nacional: en muchos aspectos, señalan, el principio y el fin de la Guerra Fría no poseen el carácter de completa ruptura que les asignamos.[5]

Con respecto a las guerras mundiales a las que aludía Clavin, pueden perder terreno como límites inevitables de libros y disertaciones. Por ejemplo, cada vez hay más investigaciones que abarcan las dos contiendas mundiales. Asimismo, la condición de estos dos acontecimientos como umbrales de «nuevas eras» puede cambiar, una vez que estos estudios hayan matizado nuestra comprensión del modo en que la guerra afectó a la longevidad de los vínculos, redefinió las circulaciones e instaló nuevas formaciones. La dimensión «mundial» de estas (y otras) guerras también puede captarse con mayor precisión cuando podemos valorar el alcance y la importancia de las circulaciones y conexiones que se vieron alteradas, redirigidas

3 Erez Manela, «A Pox on Your Narrative: Writing Disease Control into Cold War History», *Diplomatic History*, 34, 2, 2010, pp. 299-323.

4 Högselius *et al.*, «Natural Gas in Cold War Europe».

5 Gabrielle Hecht (ed.), *Entangled Geographies: Empire and Technopolitics in the Global Cold War*, Cambridge (Massachusetts), 2011.

gidas o creadas por los conflictos. Los investigadores, por supuesto, no colegirán que las guerras mundiales no importaron, pero sí matizarán la importancia de las guerras como marcadores cronológicos cuando se trate de comprender determinados aspectos de la historia. El estudio de las conexiones y desconexiones, de las circulaciones y los cambios en sus *zonas de captación*, de las relaciones y su impacto, de formaciones territoriales o temáticas concretas pronostica que los anclajes cronológicos deberán establecerse contra los períodos e hitos canónicos que organizan la línea del tiempo histórico de los últimos doscientos años.[6] La búsqueda de cronologías *ad hoc* puede acabar por corroer los contenedores históricos, pero, por ahora, las apuestas están lejos de ser recuperadas.

Como variable, la «manera» le inspira más confianza a Clavin, que apunta a la capacidad de la historia transnacional de empujar a los historiadores de Europa a «agudizar la reivindicación de novedad o distinción de cualquier acontecimiento o fenómeno». En este volumen, he argumentado que los historiadores que trabajan en una perspectiva transnacional lo hacen en tres frentes: la reconstrucción y contextualización de las interconexiones históricas entre las unidades de comprensión histórica, la valoración de la línea difusa entre lo propio y lo extranjero dentro de esas unidades y la captura y registro de los procesos, actores y acontecimientos que vivieron entre y a través de tales unidades. Sobre esta base, los historiadores están bien situados para *historizar* diversos acontecimientos o fenómenos. Es lo que ocurrió cuando los historiadores de las migraciones entablaron una conversación con aquellos sociólogos y antropólogos que sentían que los migrantes de las postrimerías del siglo XX estaban viviendo entre dos países de un modo que no tenía precedentes. Los historiadores se sintieron espoleados por esa consideración de los científicos sociales y eso les permitió escrutar aspectos pasados de rasgos presentes. En concreto, los persuadió a desplazar la perspectiva de su investigación: del estudio de la inmigración o la emigración al estudio de las migraciones como una cadena y un entramado. Pero

6 Para tales intentos de historia mundial, véase Jerry H. Bentley, «Cross-Cultural Interaction and Periodization in World History», *The American Historical Review*, 101, 3, 1996, pp. 749-770 y, sobre la globalización, C. A. Bayly, «"Archaic" and "Modern" Globalization in the Eurasian and African Arena ca. 1750-1850», en Hopkins (ed.), *Globalization in World History*, pp. 45-72.

los historiadores también movilizaron su conocimiento de las migraciones del siglo XIX y comienzos del XX para mostrar que las remesas de dinero, el compromiso político, los vínculos familiares y las iniciativas empresariales ya eran familiares a los migrantes mucho antes de la década de los ochenta, lo que, a su vez, les permitió valorar los cambios entre el siglo XIX y las postrimerías del XX.

Clavin también hace notar que la historia transnacional puede ensanchar los campos de indagación, abrir otros nuevos y revitalizar temas soslayados. Es lo que cabe esperar de cualquier lente adicional que adopten los historiadores. En este sentido, los capítulos precedentes han mostrado diversas instancias en las que se han producido beneficios de este tipo. Pero no solo es en términos de «resultados de investigación» como la manera de investigar y escribir historia puede verse afectada. Contar la historia de los entrecruzamientos puede generar distintas formas de organizar la investigación, como hemos visto, pero también distintas formas narrativas y herramientas investigadoras. Además, lo que pueda ofrecer la esfera digital en todas estas dimensiones está todavía por integrar en nuestros métodos de investigación y enseñanza de la historia transnacional, desde la exploración de textos a la publicación de ensayos históricos multimedia en Internet, pasando por la producción y diseminación de investigaciones históricas a través de plataformas participativas (wikis, por decirlo brevemente).[7]

En cuanto al «lugar», Patricia Clavin afirma que la historia transnacional es un gran incentivo para reconsiderar la escritura de historias nacionales y el papel de las historias nacionales en la escritura de la historia europea. Por una parte, la historia transnacional desafía las narrativas nacionales al poner de relieve las unidades sub y supranacionales, cuya importancia se revela en el estudio de las conexiones y circulaciones. Por otra, apela a revisar las historias nacionales, «especialmente atendiendo al papel de las "pequeñas naciones" de Europa y (re)integrando sus historias en el estudio de tendencias, instituciones y acontecimientos más amplios».

---

7 Para una panorámica de los desarrollos actuales en las humanidades digitales, los lectores deben visitar o suscribirse a las noticias y selecciones de *Digital Humanities Now*, una publicación auspiciada por el Roy Rosenzweig Center for History and New Media en la Universidad George Mason: <http://digitalhumanitiesnow.org/> (consultada en diciembre de 2019).

Este libro ha subrayado las dos direcciones. Ciertamente, los historiadores transnacionales no consideran la unidad nacional como el contenedor natural de sucesos históricos en los últimos doscientos años aproximadamente; ellos enmarcan sus estrategias de planteamiento y resolución de problemas sin sujetarse a la *tyrannie du national*.[8] Aun así, también son conscientes de que las naciones son categorías válidas para aprehender los sucesos históricos, siquiera sea porque los Estados nación han generado suficientes lealtad e instituciones para enmarcar tales sucesos en términos nacionales. Como se ha sugerido en el capítulo 6, algunos de los ajustes de nuestra imaginación histórica espacial se corresponden con la percepción de Clavin sobre el impacto de la historia transnacional en el lugar. Dichos ajustes indican un movimiento vertical, teniendo en cuenta unidades menores y mayores que la nación, y un esfuerzo horizontal por incluir países y regiones más allá de aquellos que los historiadores suelen considerar «buenos temas» por ser «grandes países». Pero el capítulo 6 también insinúa que, en nuestra concepción del espacio, existen otros impactos de la historia transnacional: la necesidad de trabajar con las distintas escalas que usamos para organizar nuestro pensamiento espacial; la consideración acerca de cómo los actores crean escalas, espacios y lugares a través de circulaciones, conexiones y relaciones; la incorporación de espacios transitorios y no delimitados o el énfasis en la relocalización de procesos y actores en contextos específicos. Desde este punto de vista, el lugar no es meramente el sitio donde los historiadores transnacionales plantean sus preguntas sobre un tema concreto, sino que se convierte en una dimensión crucial de las respuestas que pueden dar.

Los techos de cristal de la historia transnacional

Como sugiere el uso que Patricia Clavin hace del término «potencial», todavía hay mucho por hacer antes de que pueda decirse si y en qué medida la perspectiva transnacional ha afectado a la escritura de la historia. Si el cielo es el límite, también es un lugar muy lejano, y quizá haya un techo de cristal entre nosotros y las estrellas. La plausibilidad de que la perspectiva

8 La frase es de Gérard Noiriel, quien la usó en un contexto distinto: *La Tyrannie du national. Le droit d'asile en Europe, 1793-1993*, París, 1991.

transnacional alcance una posición duradera en el arsenal de los historiadores no solo depende de la calidad de la investigación que se ha hecho, se está haciendo o se haga en el futuro. La bondad de un plato no está solo en el momento de comérselo: tiene que ver con la atmósfera de la comida y el apetito de los invitados.

En este momento, muchos estudiantes y académicos reciben la historia transnacional con interés, incluso entusiasmo. La lista de temas de investigación crece y los estudiosos muestran un franco deseo de probar diferentes formas narrativas y métodos analíticos. Consciente o inconscientemente, este mismo libro señala, sin embargo, algunos obstáculos en el camino de los historiadores transnacionales. En primer lugar, demuestra que un historiador formado en la historia social europea e interesado en el mundo del Atlántico Norte está lejos de ser plenamente consciente de las conexiones, circulaciones y relaciones históricas en otros ámbitos geográficos y temáticos. Esta es la primera capa de nuestro techo de cristal, y necesitaremos un compromiso más férreo para crear y mantener el interés entre historiadores de distintos temas, momentos y regiones para atravesarla.[9]

Los próximos años serán cruciales para la historia transnacional, pues algunos acontecimientos recientes pueden señalar el declive de factores que hasta ahora habían sostenido su ascenso. El cambiante equilibrio de poder en el mundo, con la emergencia de nuevos puntales del crecimiento económico como India, China o Brasil, puede favorecer el énfasis en la historia nacional en los programas de investigación y enseñanza de la educación superior. La continua injerencia extranjera en África, recrecida con las inversiones de China y los países del Golfo, puede generar una contranarrativa hostil a los vínculos, flujos y relaciones en ese continente. El endémico estado de crisis financiera, social y económica en Europa y Norteamérica puede desacreditar el interés en los flujos, vínculos y relaciones como símbolos del fracaso del capitalismo. El nacionalismo está en auge en Hungría y otras partes. La historia transnacional, en muchos aspectos, ha basado su éxito en su promesa de contribuir a la historia de un «mundo globalizado», al margen de la pésima calidad pleonástica de tal cliché. La desglobalización, propuesta inicial-

9 Dominic Sachsenmaier, *Global Perspectives on Global History: Theories and Approaches in a Connected World*, Cambridge, 2011.

mente por el sociólogo filipino Walden Bello como un remedio para la situación del Sur global, se propugna ahora para resolver los problemas que asolan el Norte global. ¿Conservará su atractivo la historia transnacional si hay un movimiento hacia un «mundo desglobalizado»? A lo largo de los capítulos de este volumen, se ha argumentado que la perspectiva transnacional trata también de la capacidad de los países y sus Gobiernos de controlar los entrecruzamientos, de proteger a sus ciudadanos de sus consecuencias, y que se interesa por la desintegración, el colapso de las relaciones, la interrupción y disrupción de flujos y vínculos. Así pues, creo que un regreso de la *tyrannie du national* no debería condenar la tentativa de escribir historia desde una perspectiva transnacional. Un contexto cambiante incluso empujaría a los historiadores transnacionales a prestar mayor atención a esos aspectos, todavía escasamente investigados. En cualquier caso, solo el futuro nos dará una visión más clara acerca de si la perspectiva transnacional es una posición historiográfica que puede adaptarse a distintos climas.

La tercera capa en el techo de cristal tiene que ver con la recepción de la historia transnacional. En su comentario de 1991 sobre el artículo de Ian Tyrrell en la *American Historical Review,* Michael McGerr mencionaba que la «nueva historia transnacional» se haría realidad a costa de que los historiadores estadounidenses perdieran audiencia, ya que esta era todavía en su mayoría nacionalista.[10] Las historiadoras australianas Ann Curthoys y Marilyn Lake también llaman a la cautela: «Dada la relevancia intensamente local y nacional de la historia, nos parece que existe el peligro de que las historias transnacionales permanezcan desconectadas de las audiencias locales y, por extensión, de los debates políticos nacionales».[11] Ambas observaciones nos conminan a considerar la cuestión de la audiencia. ¿Para quién escriben los historiadores transnacionales? ¿Quién está dispuesto a sentarse en clases de historia en las que se adopte una perspectiva transnacional? ¿Quiénes son los individuos que desean aprender de la historia transnacional?

El éxito de la historia transnacional, global o entrecruzada ha tenido algo que ver con su capacidad de ofrecer una visión del pasado acorde con

---

10 Michael McGerr, «The Price of the "New Transnational History"», *The American Historical Review,* 96, 4, 1991, p. 1066.

11 Curthoys y Lake (eds.), *Connected Worlds,* p. 14.

la experiencia —individual o familiar, pasada o presente— de un número creciente de personas que viven entre y a través de las naciones. Migrantes, profesionales expatriados, inversores o nómadas conectados tendrían una especie de interés particular en la historia transnacional. Los historiadores académicos encajarían parcialmente en esa descripción, sobre todo en un momento en que la formación académica incluye a menudo estancias formativas en distintas universidades de distintos países. En efecto, el mercado de trabajo universitario internacional se ha expandido mucho más allá del pequeño círculo de luminarias u oportunistas que podían buscar y encontrar un trabajo en el extranjero hace solo unas pocas décadas. Si la historia transnacional está exclusivamente destinada a proporcionar el tipo de narrativa apropiada para tales grupos sociales, una suerte de historia pública para clases móviles, su atractivo intelectual no durará. Para algunos partidarios de la historia transnacional, por el contrario, las audiencias ligadas al paradigma nacional deberían exponerse a la narrativa de conexiones y circulaciones para cambiar de actitud. Thomas Bender habla, así, de la capacidad que posee una historia mundial de Estados Unidos de «alentar y sostener una ciudadanía cosmopolita, cuyos miembros sean a la vez orgullosos patriotas y humildes ciudadanos del mundo».[12] Esa es, de cierto, una posible respuesta a Curthoys y Lake (transformar los debates políticos locales y nacionales en cosmopolitas) y McGerr (si la audiencia no encaja, cambia la audiencia).

Aun así, también puede resultar que trabajar en los tres pilares de la historia transnacional no lleve al enajenamiento de las audiencias nacionalistas ni de los problemas políticos y sociales locales y nacionales. Este volumen ha argüido que adoptar una perspectiva transnacional no conduce automáticamente a escribir al margen o en contra de la nación o a analizar solo las conexiones de larga distancia y las circulaciones de largo alcance. Una perspectiva transnacional muestra, más bien, cuán profundamente entrelazados están la estructura nacional y los debates políticos nacionales con problemas, actores y procesos que atraviesan lo que solemos concebir como local o nacional. Volviendo a las palabras de Orwell,[13] más conexiones y más entrecruzamientos no erosionan automáticamente lo local o na-

12 Bender, *A Nation among Nations*, p. 14.
13 Véase *supra*, capítulo 2, nota 70.

cional, ni tampoco llevan a un mundo feliz de comprensión mutua entre distintas sociedades y entidades políticas. Si la historia transnacional desea perdurar, sus practicantes habrán de resituar los objetos de sus investigaciones, así como su papel como intelectuales públicos, puesto que ninguno de ellos podrá vivir en un horizonte y con una audiencia enteramente cosmopolitas. Su tarea consistirá también en explicar cómo y por qué la perspectiva transnacional puede ayudar a entender el desarrollo histórico de una institución específica, un determinado grupo social, una firma, una comunidad, un barrio, una ciudad, una región o un país.

Después más

En cualquier caso, los techos de cristal del estado de ánimo y la audiencia son recordatorios de que adoptar la perspectiva transnacional no es «un anillo para gobernarlos a todos» (Tolkien, *El Señor de los Anillos*). No hace falta mucha perspicacia para darse cuenta de que no todas las huelgas obreras se caracterizan por la presencia de esquiroles importados, la provisión de ayuda financiera exterior o la participación en una ola de movilización internacional. Tampoco para admitir que no todas las pinceladas de un pintor siguen el ejemplo de preocupaciones, motivos y colores procedentes de lugares distintos y distantes. Ni tampoco para entender que las condiciones del precio, la producción y el consumo de cierto producto pueden derivar de las circunstancias de un único y pequeño lugar. Hay vastos dominios de la investigación histórica que no requieren una perspectiva transnacional. Excelentes tesis doctorales, grandes libros, artículos sugestivos y cursos cautivadores seguirán escribiéndose e impartiéndose sin ella. En un contexto de creciente competitividad entre universidades, en el que la «internacionalización» se ha convertido en un dogma, eso es algo que no debemos olvidar. De la internacionalización del reclutamiento y los acuerdos de intercambio y visibilidad a la internacionalización obligatoria de la investigación y el contenido de los cursos solo hay un pequeño paso. Los responsables de muchas universidades han elegido poner el acento en los currículos y las prioridades de investigación «globales» o «transnacionales» por razones que no siempre se corresponden con su peso intelectual.

El resultado ha sido la tendencia a postular la historia transnacional como la nueva vía, incluso la nueva ortodoxia, porque se percibía como

una buena manera de conseguir financiación, encontrar medios de publicación y recibir la atención, el crédito y el interés de los colegas. Pero las estructuras fundamentales de la enseñanza y la investigación han permanecido notablemente estables. Los currículos todavía se organizan mayoritariamente dentro de un marco nacional, incluso si muchos cursos modifican el estudio de un tema o lugar para resaltar sus vínculos con el mundo y la presencia del mundo en él. Del mismo modo, los programas de financiación que desbordan el recipiente nacional están dedicados a temas que implican dos países (y dependen de acuerdos bilaterales entre dos agencias nacionales de investigación) o están confeccionados de acuerdo con las regiones y áreas usuales. Es relativamente fácil conseguir fondos para investigar sobre «Europa». Lo es menos cuando el espacio de investigación es transitorio, desigual y no encaja en los límites de las comunidades políticas existentes o que aspiran a convertirse en tales.

Los historiadores transnacionales quizá quieran aceptar el hecho de que las condiciones de producción del conocimiento histórico todavía se definen sobre todo a escala nacional o regional cuando se trata de la Unión Europea. Quizá quieran también cambiar eso. Como alguien que está convencido del interés de la perspectiva transnacional y que es consciente de sus límites, albergo la esperanza de que los historiadores transnacionales puedan ser partícipes de ese cambio sin ser hegemónicos. Ese ha sido el horizonte de este pequeño vademécum de principio a fin.

GLOSARIO

arqueología histórica: la forma de la arqueología que estudia sociedades desde el siglo XVI en adelante.

categoría de los actores: noción que utilizan los actores históricos para percibir, organizar, dar sentido y actuar en su entorno.

categoría realizada: categoría de la percepción, organización y acción en el mundo que se infiltra en la sociedad y los cuerpos y mentes humanos a través del trabajo legislativo, educativo e institucional.

circuito: disposición de enlaces que se instala y se mantiene deliberadamente para tener acceso a fuentes y posibilidades situadas en diferentes lugares a través de fronteras nacionales.

estudios de área: campos de investigación interdisciplinares dedicados a grandes regiones (Oriente Próximo o Sudeste Asiático). Nacidos en la década de los veinte, los estudios de área se institucionalizaron tras la Segunda Guerra Mundial, sobre todo como una herramienta para las políticas de Guerra Fría del Gobierno federal estadounidense.

estudios fronterizos: campo de investigación interdisciplinar consagrado al estudio de regiones y límites que separan y unen territorios, Estados y naciones.

globalización: aunque ya estaba presente con anterioridad, el término se hizo corriente en la década de los ochenta para describir el alcance planetario de las operaciones económicas y las transacciones financieras.

grandes sistemas tecnológicos: expresión del historiador estadounidense de la tecnología Thomas Hughes (1983) para definir las estructuras coherentes compuestas por componentes técnicos interconectados e interactivos situados bajo algún control central (se conocen también como «grandes sistemas técnicos»).

histoire croisée: en su formulación original por parte de Bénédicte Zimmermann y Michael Werner, algo más que la historia de los entrelazamientos entre sociedades y entidades políticas. La historia cruzada también incluye «las operaciones por las cuales los investigadores cruzan escalas, categorías y puntos de vista».

historia comparada: intento sistemático de comparar desarrollos históricos en distintas sociedades y entidades políticas, sobre todo nacionales, en busca de causación.

historia global: usada previamente como sinónimo de historia mundial, la expresión cobró un nuevo significado en la década de los noventa, cuando llegó a designar el estudio histórico de la globalización, entendida esta como un proceso de integración y diferenciación causado por las interacciones entre sociedades.

historia mundial: como disciplina, la historia mundial alcanzó la mayoría de edad en la década de los sesenta en Estados Unidos en forma de curso de secundaria. Insiste en los patrones y tendencias generales en la historia humana y ha florecido como proyecto docente e investigador desde los años noventa.

historia universal: género historiográfico que apareció entre los siglos IV y III antes de nuestra era y que trató de escribir la historia de la humanidad en forma de anales de cada período, momento y lugar. Recuperado con el nombre de *Big History*, hoy constituye una búsqueda sintética de los grandes patrones de la historia del universo, la Tierra y la humanidad en los últimos trece mil ochocientos millones de años.

historia(s) conectada(s): enfoque formalizado por Sanjay Subrahmanyam para dirigir la atención hacia las coyunturas, circulaciones y vocabularios que conectan unas entidades políticas y sociedades con otras en la Eurasia moderna.

historización: operación que consiste en reintegrar ideas, personas, patrones y tendencias en su contexto específico, sobre todo en un tiempo, pero también en un espacio y una sociedad.

interfaces: sitios de interacciones entre diferentes entidades.

métodos móviles: el sociólogo británico John Urry englobó bajo ese término los métodos específicos que pueden usarse para capturar la movilidad y mejorar la capacidad de los investigadores de moverse para seguir objetos de estudio móviles.

mónada: en la filosofía de Leibniz, sustancia individual elemental que refleja el orden del mundo y de la cual se derivan las propiedades del mundo.

nacionalismo metodológico: según Hermínio Martins, la asunción de que la nación es la forma natural de las entidades políticas y sociedades en el mundo moderno, y la incorporación de esta perspectiva al trabajo de las humanidades y las ciencias sociales.

neo-Europas: término introducido en 1986 por el historiador Alfred W. Crosby para designar las tierras de las zonas templadas hacia las que los europeos migraron en masa con su entorno biológico (plantas o animales) entre las décadas de 1820 y 1960: Australia y Nueva Zelanda, las Américas y el Cono Sur.

sistema de producción modular: modelo industrial que se desarrolló en la década de los noventa basado en el abandono de la fabricación directa por parte de las empresas tecnológicas estadounidenses punteras (Apple, IMB, Sun o Dell). Cada «módulo» de la cadena de producción se encargó a un tercero, llamado «fabricante por contrato».

Swadeshi: palabra bengalí para «autosuficiencia» y lema del movimiento nacional anticolonial de principios del siglo XX que resistió ante la división de Bengala por medio del boicot a los productos británicos.

teoría del actor-red (ANT): desarrollado en primer lugar en el campo de los estudios científicos y tecnológicos, este enfoque considera que humanos y no humanos (máquinas y artefactos) están a la par en

cuanto a su papel en las interacciones que generan sociedades humanas y sus entornos.

transculturación: aproximación a la cultura que pone el énfasis en los procesos e hibridaciones. El antropólogo cubano Fernando Ortiz, que acuñó el término en 1940, insistió en los entrelazamientos entre culturas y en cómo las culturas son resultado de los entrelazamientos.

Transfergeschichte: término alemán para denominar el campo de investigación histórica que se desarrolló en torno al estudio de la circulación de productos culturales entre esferas nacionales.

translocalidad: noción elaborada por académicos de Asia, África y Oriente Próximo para estudiar transferencias y conexiones que tienen lugar por debajo del nivel de las élites, al margen de Occidente y dentro de las regiones identificadas por los estudios de área.

Zeitgeist: atribuida generalmente a Hegel, noción que designa el presunto espíritu unificador de una época.

zona de captación/cuenca hidrográfica: área de tierra drenada por un río.

LECTURAS COMPLEMENTARIAS

Los textos principales aparecen citados en las notas de los capítulos. Esta sección solo sugiere un número reducido de lecturas adicionales. La elección se ha hecho con el objetivo de cubrir disciplinas, temas, lugares y momentos diversos. Una bibliografía más detallada, estructurada a imagen y semejanza de los capítulos de este volumen, puede obtenerse escribiendo a <pys.th.2013@gmail.com>.

Introducción

Los lectores en alemán podrán disfrutar el primer manual de historia transnacional que se publicó: Margrit Pernau, *Transnationale Geschichte*, Gotinga, 2011. El portal <https://www.connections.clio-online.net/> (consultado en diciembre de 2019) es la mejor fuente sobre el trabajo actual de los historiadores sobre todo aquello que transcurre entre y a través de entidades políticas y comunidades. Desde 2004 (primero, bajo el nombre de *Geschichte. Transnational*), publica reseñas, informes de conferencias y anuncios de proyectos en inglés, alemán y francés. Entre las diversas revistas de historia que contienen artículos de interés para los historiadores transnacionales, algunas merecen ser hojeadas con frecuencia: *Itinerario. Journal of Imperial and Global Interactions*, *Journal of Global History*, *Journal of World History*, *Comparativ. Zeitschrift für Globalgeschichte und Vergleichende Gesellschaftsforschung* e *International Review of Social History*. El *Palgrave Dictionary of Transnational History* (Basingstoke, 2009) incluye 451 entradas sobre una amplia variedad de temas. *European History Online* (<http://ieg-ego.eu/>,

consultada en diciembre de 2019), una página lanzada en 2011 por el Leibniz Institute of European History de Maguncia, incluye un gran número de ensayos sobre entrecruzamientos dentro de Europa y con el resto del mundo.

Capítulo 1: Significados y usos

The Transnational Studies Reader: Intersections and Innovations, editado por Peggy Levitt y Sanjeev Khagram (Abingdon, 2008), es una primera parada obligada para identificar a los autores y los campos de estudio que, en las cuatro décadas antes de su publicación, han respaldado los enfoques transnacionales a través de las distintas disciplinas de las ciencias sociales. La presentación más completa en forma de libro del «transnacionalismo» como nuevo paradigma para el estudio de los migrantes y las migraciones es Steven Vertovec, *Transnationalism*, Londres, 2009. Una historia detallada del término «transnacional» y sus derivados puede encontrarse en Pierre-Yves Saunier, «Transnational», en Akira Iriye y Pierre-Yves Saunier (eds.), *The Palgrave Dictionary of Transnational History*, Basingstoke, 2009, pp. 1047-1055. Entre las múltiples contribuciones generadas por AGORA, el centro neurálgico de la historia transnacional en Alemania, debe prestarse especial atención a Shalini Randeria y Andreas Eckert (eds.), *Jenseits des Eurozentrismus: Postkoloniale Perspektiven in den Geschichts- und Kulturwissenschaften*, Fráncfort, 2002, y al artículo de Michael Werner y Bénédicte Zimmermann que se publicó originalmente en alemán en 2002 y se tradujo posteriormente a diversas lenguas: «Beyond Comparison: *Histoire croisée* and the Challenge of Reflexivity», *History and Theory*, 45, 1, 2006, pp. 30-50. La *Big History*, concebida como una nueva formulación de la historia universal y una búsqueda de grandes patrones, suscita ahora mucho interés entre los historiadores mundiales. Véase al respecto Fred Spier, *Big History and the Future of Humanity*, Chichester, 2010, y complétese con David Christian, «The Return of Universal History», *History and Theory*, 49, 4, 2010, pp. 6-27. Uno de los primeros intentos colectivos, por parte de los historiadores, de adentrarse en la historia de la globalización fue el volumen coordinado por Antony G. Hopkins, *Globalization in World History*, Nueva York, 2002. En 2007, el *History Workshop Journal* publicó una serie de contribuciones sobre el mismo tema en una sección especial: «Feature. Global Times and Spaces: On Historicizing the Global», 64, 1, 2007.

Capítulo 2: Conexiones

Conexiones humanas. Donna R. Gabaccia y Dirk Hoerder han reunido y editado amplias contribuciones sobre los migrantes como conectores en *Connec-*

ting Seas and Connected Ocean Rims: Indian, Atlantic, and Pacific Oceans and China Seas Migrations from the 1830s to the 1930s, Leiden, 2011. Los comerciantes como intermediarios y sus múltiples posiciones son el objeto de James Onley, *The Arabian Frontier of the British Raj: Merchants, Rulers, and the British in the Nineteenth-Century Gulf*, Oxford, 2007. Anne K. Bang ha escrito sobre las conexiones religiosas a través del océano Índico de una prominente figura sufí en *Sufis and Scholars of the Sea: Family Networks in East Africa, 1860-1925*, Londres, 2003. Para retratos individuales y colectivos de los intermediarios que trabajaron a través de la línea colonial, véase Benjamin N. Lawrance, Emily Lynn Osborn y Richard L. Roberts (eds.), *Intermediaries, Interpreters, and Clerks: African Employees in the Making of Colonial Africa*, Madison, 2006. Sobre el papel de los esclavos retornados en la costa de África occidental, los trabajos en portugués merecen una atención especial, como el de Milton Guran, *Agudás. Os «brasileiros» do Benin*, Río de Janeiro, 1999. La historia del viaje está en plena eclosión, y aquí debe mencionarse una sobresaliente colección de fuentes en línea: *Travel Writing, Spectacle and World History*, Adam Matthew Digital, 2010, en <https://www.amdigital.co.uk/primary-sources/travel-writing-spectacle-and-world-history> (consultada en diciembre de 2019). Maurizio Isabella devuelve la vida al duro trabajo de los exiliados políticos italianos en *Risorgimento in Exile: Italian Émigrés and the Liberal International in the Post-Napoleonic Era*, Oxford, 2009. Lionel Lambourne, *Japonisme: Cultural Crossings between Japan and the West*, Londres, 2005, describe todo el entramado de intermediarios que hizo posibles los «cruces» del arte japonés. Un desarrollo significativo ha sido la integración de la historia de los intermediarios entre el mundo comunista y los países en vías de desarrollo en la historia de las políticas de desarrollo de la posguerra, como en Jost Dülffer y Marc Frey (eds.), *Elites and Decolonization in the Twentieth Century*, Basingstoke, 2011.

Conexiones no humanas. Tomados en su conjunto, cuatro libros ofrecen una introducción a la capacidad de distintos tipos de cosas de conectar sociedades y comunidades: Frank Dikötter, *Exotic Commodities: Modern Objects and Everyday Life in China*, Nueva York, 2006; Holger Jebens (ed.), *Cargo, Cult, and Culture Critique*, Honolulu, 2004; Joe Roeber, *The Hidden Market: The Effects of Corruption in the International Arms Trade*, Nueva York, 2001, y Jeremy Prestholdt, *Domesticating the World: African Consumerism and the Genealogies of Globalization*, Berkeley, 2008. La historia de las infraestructuras tecnológicas puede rastrearse a través del trabajo del grupo de investigación Transnational Infrastructures of Europe, especialmente Erik van der Vleuten y Arne Kaijser (eds.), *Networking Europe: Transnational Infrastructures and the Shaping of Europe, 1850-2000*, Sagamore Beach, 2006. Para los conectores naturales, es recomendable otra combinación de

lecturas complementarias: Ike Okonta y Oronto Douglas, *Where Vultures Feast: Shell, Human Rights, and Oil in the Niger Delta*, San Francisco, 2001; Christopher Lever, *They Dined on Eland: The Story of the Acclimatisation Societies*, Londres, 1992, y Richard Grove y John Chappell (eds.), *El Niño: History and Crisis*, Cambridge, 2000. Además de la investigación sobre los océanos Índico y Atlántico mencionada en este capítulo, los lectores pueden surcar otros océanos y cuerpos marinos bajo la tutela de Donald B. Freeman, *The Straits of Malacca: Gateway or Gauntlet?*, Montreal, 2003; Paul D'Arcy, *The People of the Sea: Environment, Identity, and History in Oceania*, Honolulu, 2006, y Charles King, *The Black Sea: A History*, Oxford, 2004.

Capítulo 3: Circulaciones

Para empezar, una colección sobre la circulación de palabras y conceptos: Carol Gluck y Anna Lowenhaupt Tsing (eds.), *Words in Motion: Towards a Global Lexicon*, Durham, 2009. La cuestión de la movilidad personal en Europa se ha abordado en un volumen de referencia: Klaus J. Bade *et al.* (eds.), *The Encyclopedia of European Migration and Minorities: From the Seventeenth Century to the Present*, Cambridge, 2011. Para ir más allá de las habituales diásporas italiana, china o judía, considérese Ulrike Freitag, *Indian Ocean Migrants and State Formation in Hadhramaut: Reforming the Homeland*, Leiden, 2003. Para alejarse de la historia atlántica de las circulaciones culturales, véase Katherine E. Zirbel, «Playing It Both Ways: Local Egyptian Performers between Regional Identity and International Markets», en Walter Armbrust (ed.), *Mass Mediations: New Approaches to Popular Culture in the Middle East and Beyond*, Berkeley, 2000. Para las mercancías, todavía hay mucho que aprender del clásico de Sidney W. Mintz, *Sweetness and Power: The Place of Sugar in Modern History*, Nueva York, 1985, que debe leerse junto con el número de la revista *Food and Foodways* (16, 2, 2008) consagrado a la obra. Otro clásico, en este caso sobre las peregrinaciones de un objeto fabricado, es Robert Bruce Davies, *Peacefully Working to Conquer the World: Singer Sewing Machines in Foreign Markets, 1854-1920*, Nueva York, 1976. Ciertamente, las circulaciones religiosas no tienen que ver solo con los peregrinos, pero existe un cierto número de proyectos sobre los *hajjis*, incluido el de Eileen Kane sobre los ninguneados *hajjis* rusos, que debe descubrirse junto con su «Odessa as a Hajj Hub, 1880-1910s», en John Randolph y Eugene M. Avrutin (eds.), *Russia in Motion: Cultures of Human Mobility since 1850*, Urbana, 2012. Los flujos de capital en forma de mercados de bonos y valores se han reconstruido minuciosamente en Ranald C. Michie, *The Global Securities Market: A History*, Oxford, 2006. Para libros sobre circulaciones generadas por observación cruzada o proximidad espa-

cial, he aquí un amplio abanico: Willem van Schendel, *The Bengal Borderland: Beyond State and Nation in South Asia*, Londres, 2004; Michel Espagne y Matthias Middell (eds.), *Von der Elbe bis an die Seine: Kulturtransfer zwischen Sachsen und Frankreich im 18. und 19. Jahrhundert*, Leipzig, 1993, y Renée Worringer, *Ottomans Imagining Japan: East, Middle East, and Non-Western Modernity at the Turn of the Twentieth Century*, Nueva York, 2014.

Capítulo 4: Relaciones

Cuando distintas partes se unen por una causa común a través de las fronteras, descubren una interesante mezcla de situaciones: Cemil Aydin, *The Politics of Anti-Westernism in Asia: Visions of World Order in Pan-Islamic and Pan-Asian Thought*, Nueva York, 2007; Volker Heins, *Nongovernmental Organizations in International Society: Struggles over Recognition*, Nueva York, 2008; Roger D. Launius, James R. Fleming y David H. DeVorkin (eds.), *Globalizing Polar Science: Reconsidering the International Polar and Geophysical Years*, Nueva York, 2010, y Michael W. Jackson, *Fallen Sparrows: The International Brigades in the Spanish Civil War*, Filadelfia, 1994. Los proyectos y matices que caracterizan las relaciones de dominación se muestran claramente en Antoinette Burton, *At the Heart of the Empire: Indians and the Colonial Encounter in Late-Victorian Britain*, Berkeley, 1998, y en Nicholas J. Cull, *The Cold War and the United States Information Agency: American Propaganda and Public Diplomacy, 1945-1989*, Cambridge, 2008. Para valorar los variados aspectos del impacto de la cultura americana en Europa, hojéese la serie *Amsterdam Monographs in American Studies*, publicada por Rodopi bajo la dirección de Rob Kroes. Dos estudios que ofrecen una visión clara acerca de cómo los artistas y corrientes artísticas, los movimientos o escuelas movilizan elementos extranjeros para desarrollar sus posiciones artísticas y sociales son: Béatrice Joyeux-Prunel, *Nul n'est prophète en son pays? L'internationalisation de la peinture des avant-gardes parisiennes, 1855-1914*, París, 2009, sobre la pintura y los pintores, y Sujatha Fernandes, *Close to the Edge: In Search of the Global Hip Hop Generation*, Londres, 2011, sobre tendencias musicales. Para la producción de normas legales, véase Isabella Löhr, *Die Globalisierung geistiger Eigentumsrechte: Neue Strukturen internationaler Zusammenarbeit 1886-1952*, Göttinga, 2010, e Yves Dezalay y Bryant G. Garth, *Global Prescriptions: The Production, Exportation, and Importation of a New Legal Orthodoxy*, Ann Arbor, 2002. Este último se centra en las últimas décadas del siglo XX. Un estudio de los esfuerzos clasificatorios de las ciencias naturales en el siglo XIX es Jim Endersby, *Imperial Nature: Joseph Hooker and the Practices of Victorian Science*, Chicago, 2008.

Capítulo 5: Formaciones

Los participantes en el volumen de Rosamund Dalziell (ed.), *Selves Crossing Cultures: Autobiography and Globalisation*, Melbourne, 2002, ofrecen diversas reflexiones sobre el yo como lugar de intersección. Los estudios de organizaciones internacionales realizados por Madeleine Herren y su equipo en Heidelberg han dado sus frutos en *Networking the International System: Global Histories of International Organizations*, Nueva York, 2014. En el mismo campo, un libro importante para los historiadores de las organizaciones internacionales es Michael Barnett y Martha Finnemore, *Rules for the World: International Organizations in Global Politics*, Ithaca, 2004. Steven Topik, Carlos Marichal y Zephyr Frank (eds.), *From Silver to Cocaine: Latin American Commodity Chains and the Building of the World Economy, 1500-2000*, Durham, 2006, y Youssef Cassis, *Capitals of Capital: A History of International Financial Centres, 1780-2005*, Cambridge, 2006, son de gran ayuda para entender las formaciones locales creadas alrededor de las mercancías y el capital. Laurent Dubois ha descrito los ecos entrecruzados de la Revolución haitiana en *Avengers of the New World: The Story of the Haitian Revolution*, Cambridge (Massachusetts), 2005. Gracias a las contribuciones del libro de Gerd-Rainer Horn y Padraic Kenney (eds.), *Transnational Moments of Change: Europe 1945, 1968, 1989*, Lanham, 2004, los lectores accederán a un conjunto de acontecimientos situados más allá del final del espacio de tiempo cubierto por este volumen. Los lugares son sitios de intersección en la historia y la historiografía. La primera sale a la palestra en Takeshi Hamashita, *Trade and Finance in Late Imperial China: Maritime Customs and Open Port Market Zones*, Singapur, 2012, y en Christophe Charle, *Théâtres en capitales. Naissance la société du spectacle à Paris, Berlin, Londres et Vienne, 1860-1914*, París, 2008, y la última es el objeto de Tibor Frank y Frank Hadler (eds.), *Disputed Territories and Shared Pasts: Overlapping National Histories in Modern Europe*, Nueva York, 2011.

Capítulo 6: Sobre la metodología

Una introducción completa a la obra de Henri Lefebvre y sus reflexiones sobre la espacialidad puede encontrarse en *State, Space, World: Selected Essays*, editado por Neil Brenner y Stuart Elden (Mineápolis, 2009). En «The Nationalization of Nature», *The Journal of American History*, 86, 3, 1999, pp. 976-986, Richard White da cuenta de las implicaciones espaciales de la historia transnacional. Además de la contribución de los geógrafos, el antropólogo Fredrik Barth fue de los primeros en insistir en la capacidad de los grupos y los individuos de «hacer escalas». Véanse, especialmente, la introducción y la conclusión de Fredrik Barth (ed.), *Scale and Social Organiza-*

tion, Oslo, 1978. La revista *Historical Archaeology* ha publicado diversos números especiales sobre arqueología de las comunidades migrantes, diásporas, ciudades marítimas, misiones o colonias que abarcan los últimos doscientos o doscientos cincuenta años. Charles Wetherell ofreció una buena presentación del análisis de redes sociales en «Historical Social Network Analysis», *International Review of Social History*, 43, S6, 1998, pp. 125-144. Sobre los mapas y su importancia para narrar circulaciones, Béatrice Joyeux-Prunel, «Chiffres et cartes. Enjeux d'une "histoire totale" de l'art», publicado en 2010. Puede leerse en línea aquí: <https://bit.ly/2t792Ul> (consultada en diciembre de 2019).

ÍNDICE

PREFACIO 9

AGRADECIMIENTOS 11

INTRODUCCIÓN 13
Historia transnacional: ¿cuál es la apuesta? 16
El *cuándo* de la historia transnacional 20
El *dónde* de la historia transnacional 26
Conclusión 31

1. SIGNIFICADOS Y USOS 33
Fin de siècle o el *Zeitgeist* transnacional en las ciencias sociales 34
Retrospectiva: «transnacional» a los ciento setenta años 40
La historia contemporánea antes de la historia transnacional 48
Los historiadores contemporáneos se hacen transnacionales 56
Conclusión 64

2. CONEXIONES 69
Conexiones humanas 72

Situaciones 75
Papeles 83
Circuitos 87
Conexiones no humanas 91
Objetos 92
Infraestructuras de comunicación y transporte 97
Elementos naturales 100
Recursos naturales 103
Invasores naturales 104
Naturaleza transfronteriza 106
Conclusión 109

3. CIRCULACIONES 111
En busca del orden en el espacio de los flujos 114
Advertencia: la circulación más allá del mero movimiento 118
Pauta 1: conoce el cauce de tu río 123
Pauta 2: demarca una zona de captación 126
Pauta 3: identifica tus afluentes 132
Pauta 4: donde hay pendientes, hay corrientes 137
Pauta 5: echa la culpa a quienes definen el sistema 141
Conclusión 144

4. RELACIONES 147
Relaciones características 148
Dedicación 151
Dominación 158
Movilización 162
Alineamiento 166
Conclusión 175

5. FORMACIONES 177
El yo 179

La organización 183
La región temática 188
El acontecimiento 193
El territorio 199
Conclusión 204

6. SOBRE LA METODOLOGÍA 207
Estirar nuestra imaginación espacial 208
Inspiraciones metodológicas 214
Ecumenismo metodológico y posiciones metodológicas 218
En la caja de herramientas de la historia nacional 222
Fuentes: invención, destrucción creativa, reciclaje 230
Conclusión 235

CONCLUSIÓN 237
Tiempo, manera y lugar 238
Los techos de cristal de la historia transnacional 242
Después más 246

GLOSARIO 249

LECTURAS COMPLEMENTARIAS 253

Este libro se terminó de imprimir
en los talleres del Servicio de Publicaciones
de la Universidad de Zaragoza
en enero de 2021

ciencia Sociales

La historia transnacional es la innovación historiográfica más importante de las últimas décadas. Transcendiendo el Estado nación como unidad de análisis, observa lo que ocurre *entre* y *a través de* los países y naciones: transferencias, circulaciones, contactos…, relaciones, en suma, que atraviesan las fronteras. En este libro, Pierre-Yves Saunier realiza una profunda y meticulosa reflexión teórica sobre la perspectiva y metodología transnacional, traza sus orígenes intelectuales y examina los temas y herramientas conceptuales que la caracterizan. La historia transnacional, iluminando aspectos ignorados del pasado, nos ayuda a comprender mejor nuestro mundo en su dimensión global.

creative commons
LICENCIA CREATIVE COMMONS

ISBN 978-84-1340-150-8
9 788413 401508

1542
Prensas de la Universidad
Universidad Zaragoza

CealapQ Calidad en Edición Académica
Academic Publishing Quality